

La Compañía Negra

LIBRO CUATRO

# El Clavo De Plata



GLEN COOK

Lectulandia

Embutido en el tronco del hijo del dios árbol, contiene la esencia del más loco de los Diez Que Fueron Tomados..., el Dominador. Derrotado por la Dama y arrojado fuera de este mundo, todo lo que queda de él es una horrible huella de persistente maldad. Pero el lugar de muerte que fue en su tiempo el Túmulo contiene más secretos que muertos. Todo quien posea el poder del Dominador es atraído hacia el clavo. Una pandilla de temerarios ladrones es la primera en alcanzarlo, y un espíritu maligno y rapaz es liberado sobre un desprevenido mundo. Las fuerzas se unen, se establecen los bandos, y los hombres mortales sólo pueden morir mientras los Señores Oscuros batallan por el dominio.

Novela de lectura independiente a parte de cualquier saga.

Lejos de princesas elfas, príncipes prometidos, grandes palacios y mundos de ensueño, Glen Cook ha preferido un acercamiento más terrenal: un grupo de mercenarios envueltos en toda suerte de fregados, batallas, apuros y lances fantásticos para ganarse su honesto jornal teniendo como única herramienta el acero. Ellos serán nuestros ojos.

Tolkien y Howard han acuñado dos maneras incuestionables, e imitadas hasta el infinito, de escribir fantasía. Junto a ellos, únicamente dos nombres más han sobresalido por la personalidad de su producción en el mismo campo: Fritz Leiber y Glen Cook.

Lectulandia

Glen Cook

# El clavo de plata

La Compañía Negra 4

ePub r1.4

epublector 01.08.13

Título original: *The Silver Spike*  
Glen Cook, 1989  
Traducción: Domingo Santos, 2003  
Ilustraciones: Jim Burns

Editor digital: epublector  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Trish y Kim,  
maravillosas amigas desde hace más de una década.*

# CAPÍTULO I

Este diario es idea de Cuervo, pero me da la sensación de que no se sentirá muy orgulloso de él si alguna vez llega a leerlo, porque la mayoría de las veces voy a decir la verdad. Aunque fuese mi mejor amigo.

Habla de sus pies de barro. Y de cómo consiguió, a fuerza de testarudez, que el resto de su cuerpo fuese también rígido como el barro cocido. Pero es un tipo legal, aunque sea un maníaco suicida homicida la mitad del tiempo. Si Cuervo decide que es tu amigo, tienes un amigo para toda la vida. Y con un cuchillo en cada una de sus tres manos.

Me llamo Lance, Filodendro Lance, y tengo que agradecerle el nombre a mi madre. Nunca le he hablado a Cuervo de esto, pero es el motivo de que me alistase en el ejército: para alejarme del hatajo de destripaterrones capaces de pegarle un nombre así a un niño. Tenía siete hermanas y cuatro hermanos la última vez que los conté, y todos ellos tenían el nombre de una maldita flor.

Una chica llamada Margarita o Rosa, ¿qué problema tiene? Pero yo tenía un hermano llamado Lirio y otro Gladiolo. ¿Qué clase de gente le hace eso a sus hijos? ¿Por qué demonios no los llamaron Toro o Hacha?

Destripaterrones.

Gente que dedica su toda su vida a escarbar en la tierra, desde la salida a la puesta del Sol, para arrancar patatas, coles, cebollas, zanahorias, lechugas. Y nabos. Todavía odio los nabos, no se los daría ni a los cerdos. Me uní al ejército en cuanto pude escabullirme.

Intentaron detenerme. Mi padre, mis tíos, mis hermanos y mis primos, pero no lo lograron. Todavía me admira recordar como un viejo sargento consiguió parecer tan peligroso que el clan al completo dio la vuelta.

Eso es lo que yo quería ser cuando fuera mayor: alguien que pudiese quedarse quieto y parecer tan peligroso que a la gente le temblasen las rodillas. Supongo que es algo con lo que algunos nacen.

Cuervo era uno de ellos. Le bastaba mirar a alguien que le estuviera intentando timar para que el tipo se pusiese blanco.

Pues eso, me alisté, superé mi entrenamiento y me convertí en soldado. Algunas veces con Pluma y Jornada, otras con Susurro, la mayoría del tiempo aquí, en el norte. Y me di cuenta de que ser soldado no era lo que yo pensaba. Me di cuenta de que no me gustaba mucho más que cavar patatas. El caso es que se me daba bien, aunque siempre conseguía que me degradaran en cuando llegaba a sargento. Al final me mandaron con los Guardias de los Túmulos. Se suponía que era un gran honor,

pero a mí nunca me lo pareció.

Allí encontré a Cuervo, sólo que entonces se hacía llamar Corbie. Yo no sabía que era un espía de la Rosa Blanca, claro que nadie lo sabía o hubiera acabado muerto en el acto. Sólo era un tipo viejo, tullido y callado que decía haber sido soldado con el Renco pero que había tenido que dejarlo cuando le hirieron malamente en una pierna. Se alojaba en una casa abandonada que arregló sin ayuda de nadie. Hacía las tareas domésticas para tipos que no querían hacerlas ellos mismos. Los Guardias estaban bien pagados y los Túmulos estaban a cientos de millas dentro del Gran Bosque, no había en qué gastar el dinero excepto en bebida. Corbie tenía un montón de trabajo limpiando botas, fregando suelos y cepillando caballos. Venía a menudo a limpiar la oficina del coronel, y cuando acababa jugábamos al ajedrez. Así fue como me encontré con él por primera vez.

Olía raro desde el principio. No raro tipo Rosa Blanca, pero se notaba que no era un fugitivo de la granja como yo o un chaval barriobajero que se había alistado porque no tenía nada mejor que hacer con su vida. Tenía clase, cuando quería mostrarla. Era educado. Hablaba cinco o seis idiomas, sabía leer y le oí hablar con el viejo sobre cosas de las que no tenía la menor idea de lo que significaban.

Entonces tuve una idea. Me haría su amigo y le pediría que me enseñara a leer y a escribir.

Era lo mismo de siempre. Alistarse y abandonar la granja para correr aventuras y la vida sería maravillosa. Aprender a leer y a escribir para dejar el ejército y las aventuras, y la vida sería maravillosa.

Seguro que sí.

No sé si todo el mundo lo hace así. No soy del tipo de gente que pregunta a todo el mundo cosas de esas, pero me conozco lo suficiente para saber que no hay nada en el mundo exactamente igual que lo que quiero, y que nada va a satisfacerme nunca. Soy un tipo con tanta ambición que he conseguido vivir en una habitación de la última planta con un borracho cuyo mayor talento parece ser vomitar hasta las tripas después de bajarse diez litros del vino más barato que pudo encontrar.

De todas maneras conseguí que Cuervo empezara a enseñarme y acabamos siendo amigos, aunque no dejó de parecerme un tipo extraño. Y no me hizo ningún bien cuando la mierda estalló y volvió a ser un espía. Afortunadamente para mí, mis jefes y sus jefes tuvieron que hacer frente común para luchar contra el monstruo de debajo de la tierra, ese por el que a los Guardias nos pagaban tan bien por vigilar.

Entonces supe quién era realmente Cuervo, el tipo que acostumbraba a ir con la Compañía Negra, que puso a la Rosa Blanca fuera del alcance del Renco cuando era una niña y la escondió y cuidó hasta que estuvo lista para asumir su destino.

Pensaba que estaba muerto, como casi todo el mundo, en ambos bandos. Especialmente la Rosa Blanca, que le quería, y no como a un padre o a un hermano.

Esa fue la causa de que se convirtiese en un muerto y huyese: no podía soportar tener a alguien enamorado de él. Huir fue la única forma que encontró de manejarlo.

Pero él también estaba algo enamorado de ella, y la única manera que tuvo de demostrárselo fue convertirse en Corbie y hacerse espía, con la esperanza de encontrar alguna poderosa arma que ella pudiese usar en su confrontación final con la Dama, mi jefa suprema.

¿Y qué ocurre? El destino hunde un remo y lo remueve todo, y cuando volvemos a mirar, ¿qué nos encontramos? El Dominador, el viejo monstruo enterrado en los Túmulos, el más negro mal que este viejo mundo haya visto nunca, se había despertado e intentaba salir, y la única forma de detenerle era que todo el mundo olvidase sus viejas pendencias y hiciese piña. Así que la Dama vino a los Túmulos con todos sus doblemente feos paladines, y la Rosa Blanca vino con la Compañía Negra y las cosas empezaron a ponerse interesantes.

Y el maldito Cuervo desvariando en medio de todo, pensando que podía llegar tranquilamente y llevarse a Linda, como si no la hubiera abandonado dejándole creer durante un montón de años que estaba muerto.

Maldito loco. Sé más sobre hechicería de lo que él sabrá nunca sobre mujeres.

Así que dejan que el viejo mal salga de la tierra y se abalanzan sobre él. Era tan grande y tan negro que no pudieron matar su espíritu, sólo su carne, por eso quemaron esa carne hasta convertirla en cenizas y esparcieron las cenizas, y aprisionaron su alma en un clavo de plata. Hundieron el clavo en el tronco de un árbol joven, hijo de una especie de dios, que viviría para siempre y lo envolvería al crecer, evitando que hiciese más daño. Entonces todos se marcharon. Incluso Linda, con un tipo llamado Silencioso.

Había lágrimas en sus ojos cuando se marchó. Algo de lo que sentía por Cuervo seguía dentro de ella, pero no iba a abrirse de nuevo y permitirle que se lo volviera a hacer.

Y él se quedó allí, estupefacto, viéndola ir. No podía imaginarse porqué le hacía aquello.

Maldito loco.

## CAPÍTULO 2

Resultó extraño que nadie se diera cuenta, pero quizá fue porque la gente estaba más pendiente de lo que ocurría entre la Dama y la Rosa Blanca, preguntándose que podría significar para el imperio y la rebelión. Por un tiempo pareció como si la mitad del mundo estuviera disponible para todos. Y todo aquél que se creía capaz de arramblar con algo estaba midiendo sus posibilidades y mirando alrededor para ver si podrían convertirlo en eunuco por intentarlo.

Y así, fueron unos rateros de segunda venidos de la parte norte de Galeote los que dieron el primer golpe y robaron el clavo de plata.

Las noticias de los Túmulos estaban todavía en la fase de rumor de retrete cuando Tully Stahl fue a aporrear la puerta de la habitación donde estaba su primo, Smeds Stahl.

La habitación en que vivía Smeds no tenía muebles, excepto cucarachas, polvo, media docena de mohosas mantas robadas y media gruesa de jarras de vino vacías que nunca había devuelto. Hasta le hacían pagar un depósito por cada jarra de arcilla que sacaba del Corona y Espino. Smeds llamaba a las jarras su seguro de vida: si los tiempos se ponían realmente duros podría cambiar ocho vacías por una llena.

Tully decía que era una forma estúpida de hacer las cosas, porque siempre que Smeds bebía y se cabreaba comenzaba a tirarlo todo contra las paredes, quedándose sin seguro.

Los fragmentos nunca llegaban a recogerse, sólo se empujaban contra la pared con el pie, donde formaban un polvoriento desierto.

Cuando Smeds vio a Tully se imaginó que iba a darse aires porque tenía dinero. Tully tenía a dos mujeres dándole regalos por ayudarles con la casa cuando sus viejos maridos estaban fuera. Y estaba viviendo con una viuda a la que iba a desvalijar tan pronto como encontrase otra mujer que lo recogiera. Pensaba que su éxito le daba derecho a dar consejos.

Tully golpeó la puerta. Smeds lo ignoró. Las chicas de Kinbro que vivían en el piso de arriba, Marti y Sheena, de once y doce años, estaban allí para sus “lecciones de música”. Los tres estaban desnudos revolcándose sobre las raídas mantas. El único instrumento que se podía ver era una flauta de piel.

Smeds hizo que las chicas parasen de jugar y reírse. Había gente incapaz de apreciar como las estaba preparando para el porvenir.

Pom. Pom. Pom.

—Vamos, Smeds, abre, soy yo, Tully.

—Estoy ocupado.

—Abre la puerta. Tengo que proponerte un trato.

Gesticulando, Triste se liberó de las flacas extremidades juveniles y se tambaleó hasta la puerta.

—Es mi primo, todo va bien.

Las chicas le habían dado al vino y no se preocuparon, ni siquiera se cubrieron. Simplemente se sentaron sonriendo mientras Smeds dejaba pasar a Tully.

—Unas amigas, —explicó Smeds.

—¿Gustas? A ellas no les importa.

—Mejor otro día. Échalas.

Smeds fulminó a su primo con la mirada, siempre tan jodidamente prepotente.

—Vamos, chicas, poneos la ropa. Papá tiene que hablar de negocios.

Tully y Smeds observaron tranquilamente mientras se ponían sus harapos. A Smeds no se le ocurrió vestirse. Sheena le dio una palmada juguetona al pasar.

—Te vemos luego. —Y la puerta se cerró.

—Vas a acabar poniendo tu culo en cabestrillo —dijo Tully.

—No más que tú. Deberías conocer a su madre.

—¿Tiene dinero?

—No, pero es capaz de chupar un cuerno de toro. Te voy a decir algo sobre ella, cuando se pone en marcha no abandona jamás.

—¿Cuándo vas a limpiar esta cochiguera?

—En cuanto la criada vuelva de sus vacaciones. Y ¿qué es tan importante para que interrumpas así mi fiesta?

—¿Has oído algo de lo que ha ocurrido en los Túmulos?

—He oído algunas historias, pero no he prestado atención. ¿A mí qué me importa? No me va a afectar en nada.

—Podría. ¿Has oído hablar del clavo de plata?

Smeds pensó un momento.

—Sí, lo clavaron en un árbol. Pensé que podría resultar práctico acercarse por allí. Luego pensé un poco más y me di cuenta de que no habría bastante plata para amortizar el viaje.

—No es la plata, primo, es lo que hay en la plata.

La cabeza de Smeds empezó a dar vueltas sin encontrar sentido a la teoría de Tully.

—Mejor me lo masticas un poco. —Smeds Stahl no era famoso por su agudeza mental.

—Ese alfiler gigante tiene el alma del Dominador atrapada en su interior. Eso quiere decir que es un trozo de metal muy, muy malo. Le llevas un buen cachivache a un mago y seguro que puede convertirlo en alguna especie de maldito amuleto para todo. Ya sabes, como en los cuentos.

Smeds frunció el ceño.

—No somos hechiceros.

Tully se impacientó.

—Seríamos los intermediarios. Vamos hasta allí arriba, lo arrancamos de ese árbol y lo escondemos hasta que deje de hablarse del asunto. Entonces lo ponemos a la venta, al mejor postor.

Smeds frunció aún más el entrecejo y puso todo su cerebro a trabajar. No era un genio, pero le sobraban recursos, lo que venía a significar que la astucia y él habían aprendido a mantenerse vivos el uno al otro.

—Me suena jodidamente peligroso. Necesitaríamos ayuda para salir de una pieza.

—Exacto. Incluso la parte más fácil, ir allí y liberar la maldita cosa sería demasiado asunto para dos hombres solos. El Gran Bosque puede ser un lugar muy fastidiado para unos tipos que no saben nada de bosques. Me imagino que necesitaremos otros dos tipos, uno de ellos que sepa de bosques.

—Ya estamos hablando de dividir entre cuatro, Tully. ¿De cuánto estamos hablando?

—No lo sé. Dales tiempo para pujar, pero creo que estaremos arreglados para toda la vida. Y tampoco estoy hablando de dividir entre cuatro, Smeds. Dos partes. Todo se queda en la familia.

Se miraron uno al otro. Smeds dijo:

—El plan es tuyo. Cuéntame.

—¿Conoces a Timmy Locan? ¿No estuvo en el ejército una temporada?

—Lo suficiente para saber cómo cruzar una colina. Sí, es perfecto.

—Estuvo allí lo suficiente para aprender cómo funciona. Podríamos deslizarnos por entre los soldados de allí arriba. ¿Se te rompería el corazón si lo encontraran en un callejón con la cabeza aplastada?

Esta era fácil.

—No. —Su corazón estaría bien mientras no fuese a Smeds Stahl a quién encontrasen.

—¿Y qué tal Viejo Pez? Acostumbraba a poner trampas en el Gran Bosque.

—Un buen par de piezas.

—Eso es lo que necesitamos, sinvergüenzas honestos. No unos tipos que pudieran intentar dejarnos fuera del negocio. ¿Qué dices? ¿Quieres intentarlo?

—Dime otra vez cuánto podemos sacar.

—Suficiente para vivir como príncipes. ¿Vamos a hablar con esos tipos?

Smeds se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo mejor que hacer? —dijo mirando al techo.

—Mejor ponte algo de ropa.

Cuando bajaban las escaleras Smeds dijo:

—Mejor hablas tú.

—Buena idea.

Ya en la calle, Smeds preguntó:

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—No, nunca lo he necesitado. Pero no sé por qué iba a darme problemas.

—Yo una vez. Le corté la garganta a un tipo. No fue como pensaba. Lo riegan todo con sangre y hacen ruidos muy extraños. Y tardan un montón en cascar. Y tratan de ir a por ti. Todavía tengo pesadillas con ese tío intentando llevarme con él.

Tully lo miró e hizo una mueca.

—Entonces la próxima vez hazlo de otra manera.

## CAPÍTULO 3

Cada noche en que había suficiente luz de luna, algo bajaba del Gran Bosque del norte, silencioso como una sombra, internándose en el vacío y azotado lugar de muerte que los hombres llamaban los Túmulos. Este lugar estaba pesadamente marcado con el hedor de la corrupción, eran muchos los cadáveres que se descomponían en tumbas poco profundas.

Renqueando sobre sus tres patas la cosa rodeaba cautelosamente el cadáver incorrupto de un dragón y se sentaba sobre sus cuartos traseros, en el hoyo que había cavado pacientemente, noche tras noche, con una sola zarpa. Mientras trabajaba lanzaba frecuentes miradas hacia las ruinas del complejo militar y del poblado que estaban varios cientos de yardas al oeste.

La guarnición había existido para proteger los Túmulos de los intrusos con malas intenciones y para vigilar si la vieja oscuridad enterrada empezaba a moverse. Estas razones habían desaparecido. La batalla en la que la bestia cavadora había sido mutilada, en la que el dragón había perecido, en la que el pueblo y el complejo habían sido devastados había terminado con la necesidad de vigilancia militar.

Excepto que a nadie con autoridad se le había ocurrido dar nuevos destinos a los Guardias supervivientes. Algunos se habían quedado, sin saber qué hacer o a dónde ir.

Aquellos hombres eran enemigos jurados de la bestia.

Si hubiese estado sana, la cosa no se habría preocupado. Hubiera podido lidiar fácilmente con aquellos hombres armados. Sana era rival para cualquier compañía de soldados. Mutilada y sufriendo todavía de una docena de heridas sin cicatrizar, aunque lograrse vencerlos no hubiera sido capaz de correr más que un hombre, y seguro que los Guardias mandarían mensajeros a sus amos si la descubrían.

Esos amos eran crueles y mortíferos, y la bestia no tenía ninguna posibilidad contra ellos, ni siquiera estando completamente sana.

Su amo ya no podía protegerla. Su amo había sido hecho pedazos, y esos pedazos quemados. El alma de su amo había sido aprisionada en un clavo de plata que había sido clavada en su cráneo.

La bestia tenía la apariencia de un perro, pero de tamaño incierto. Tenía naturaleza multiforme. A veces parecía tan pequeño como un perro grande. Otras veces podía alcanzar el tamaño de un pequeño elefante. Era más cómodo tener el doble de tamaño que un caballo de guerra. En la gran batalla había matado a muchos de los enemigos de su amo antes de que poderosas hechicerías lo hubieran expulsado del campo.

Volvía sigilosamente, una y otra vez, a pesar del miedo a ser descubierto, del dolor de sus heridas y de su frustración. A veces las paredes de su excavación se venían abajo. A veces la lluvia inundaba el agujero. Y siempre estaba la ineludible vigilancia del único guardián siempre alerta que los vencedores habían dejado.

Un árbol joven se erguía entre los huesos, solo. Era prácticamente inmortal y mucho más poderoso que el merodeador nocturno. Era el hijo de un dios. Al final, todas las noches, la presencia del cavador acababa despertándolo. Su reacción era uniforme y violenta.

Un aura azul se formaba entre las ramas del árbol. Pálidos relámpagos cortaban hacia el monstruo. Era un tipo de relámpago silencioso, un siseo en vez de un trueno, pero abofeteaba al monstruo como un adulto enfadado a un niño pequeño.

La bestia no sufría daño, sólo un fortísimo dolor que no podía soportar. Cada vez que era alcanzado huía, para esperar a otra noche y cavar antes de que el hijo del dios despertara.

El trabajo del monstruo avanzaba lentamente.

## CAPÍTULO 4

Linda y Cuervo estaban allí. Ella cabalgó lejos de allí con ese tipo, Silencioso, y otros tipos que eran todo lo que quedaba de la Compañía Negra, una unidad mercenaria que en realidad había dejado de serlo. Hace mucho tiempo estuvieron en el bando de la Dama, pero algo ocurrió para que se fueran a la mierda y se pasaran a los rebeldes. Durante mucho tiempo fueron casi la totalidad del ejército rebelde.

Cuervo les observó entrar en los bosques. Me atrevería a decir que quería sentarse y llorar como un niño, quizá más, ya que no podía comprender por qué ella se alejaba así de él. Pero no lo hizo.

En muchos aspectos era el bastardo más fuerte y duro que conocí jamás, y no siempre para lo mejor. La primera vez que lo vi como Cuervo, y no como Corbie, estuve a punto de cagarme en los calzones. Mucho tiempo atrás hubo un Cuervo que cabalgó con la Compañía Negra, que eran lo peor de lo malo. Estuvo con ellos sólo un año antes de desertar, pero consiguió una gran reputación mientras estuvo allí. Y era el mismo tipo.

Dijo:

—Vamos a darles un par de horas de ventaja, así no parecerá que les estamos siguiendo. Entonces nos largaremos de aquí.

—¿Nosotros?

—¿Quieres seguir dando vueltas por aquí?

—Sería desertión.

—No saben si estás muerto o no, todavía no han contado las calaveras. —Se encogió de hombros—. Allá tú. ¿Vienes o te quedas?

Pudo decir que quería que fuese. Al fin y al cabo yo era lo único que tenía. Pero no iba a hacer una petición formal. Era Cuervo, el tipo duro.

No tenía futuro en los Túmulos, y seguro como el infierno que no iba a volver a escarbar patatas. Y no tenía a nadie más en el mundo entero.

—De acuerdo. Voy.

Comenzó a caminar hacia el pueblo. Bueno, a lo que había quedado tras la lucha. Fui detrás. Después de un rato dijo:

—Matasanos era lo más parecido a un amigo que tenía cuando estaba en la Compañía. —Estaba todavía confuso.

Matasanos era el jefe. No era el jefe cuando Cuervo estaba con ellos, pero habían perdido unos cuantos capitanes desde los viejos tiempos. Cuervo estaba confuso porque su viejo amigo y él se habían enzarzado en una lucha después de que el Dominador fuera abatido.

Probablemente para alardear ante Linda, Cuervo había decidido que iba a dejar las cuentas ajustadas y acabar con la Dama, que había perdido sus poderes durante la batalla. Y Matasanos dijo que ni hablar y no dio marcha atrás. Le puso una flecha a Cuervo en la cadera para dejar claro que iba en serio.

—¿Un amigo no es alguien que se queda quieto y te deja hacer lo que quieres cuando quieres? —Me echó una de sus miradas crípticas.

—Quizá era mucho más amigo de ella que tuyo. He oído decir que pasaron mucho tiempo juntos. Cabalgaron juntos hasta la puesta del Sol. Y ya sabes la forma en que esos tipos valoran la hermandad, haciendo piña pase lo que pase. La Compañía es su familia, ellos contra el mundo entero. Tú mismo me has hablado bastante de ello.

Había hablado más de la cuenta. Se lo hubiera dicho más claro todavía, le hubiera dicho cómo se sienten cuando los hermanos los abandonan, pero no lo hubiera entendido.

No había nadie con más valor en una pelea que Cuervo. No retrocedería ante nada ni nadie. Pero ante cualquier apuro emocional estaba listo para hacer el equipaje y escapar en un minuto. Se lo hizo a la Compañía y se lo hizo a Linda, y acabaron cuidando unos de otros.

Creo que la peor hazaña que nunca llevó a cabo, y la que más le reconcome, fue abandonar a sus hijos.

Lo hizo cuando se enroló en la Compañía Negra. Quizá tuvo sus razones, y seguro que eran buenas razones en aquel momento. Siempre tiene buenas excusas. Pero nada puede cambiar el hecho de que dejó a sus hijos cuando eran demasiado jóvenes para cuidar de sí mismos. Sin dejarles las cosas arregladas. Ni siquiera le dijo a nadie que tenía hijos hasta que me lo contó a mí, en cierto modo, cuando todavía era Corbie y empezaba a intentar enterarse de lo que les había ocurrido. Ya deben ser mayores. Si siguen vivos.

Nunca llegó a saber nada de ellos.

Me imaginé que haría de encontrarles su nueva misión. No tenía nada mejor que hacer. Y caminando por el bosque hacia el sur, dio algunas señales de que es lo que estaba planeando.

No pasamos de Galeote. Se convirtió en un borracho. Y no parecía que fuese a cambiar.

Yo también me convertí en uno. Me junté con algunas chicas malas. Hice todas las cosas que hace un tipo cuando ha estado en los bosques mucho tiempo y llega a la ciudad. Esta fase me duró cuatro días, y otro más sacudirme la resaca. Entonces miré a Cuervo y vi que él sólo acababa de empezar.

Encontré un lugar barato para quedarnos. Entonces me busqué un trabajo protegiendo la familia de un hombre rico. No era un trabajo duro. Corrían toda clase

de rumores sobre lo que había ocurrido en los Túmulos. El ricachón vio que se acercaban tiempos complicados y quiso tenerlos cubiertos.

Linda y su banda, la Compañía Negra, estuvieron en la ciudad por un tiempo. No nos encontramos con ninguno de ellos mientras estuvieron por allí.

## CAPÍTULO 5

Smeds se había hartado de la idea de Tully antes de pasar cuatro días fuera de Galeote. Las noches eran muy frías en el bosque. No había dónde cobijarse de la lluvia. Hordas de bichos te devoraban y no podías huir de ellos cuando te hartabas, como podías hacer con los piojos, las pulgas y los chinches. No encontrabas una postura cómoda para dormir en el suelo, si lograbas dormir con todo el jaleo que se montaba cada noche. Daba igual dónde te tumbaras, siempre había palos, piedras y raíces debajo de ti.

Y estaba ese bastardo de Viejo Pez, siempre maldiciendo pero siempre burlándose de él porque no sabía un montón de chorradas del bosque. Como si necesitase saber esa mierda para vivir en el Lado Norte.

Iba a ser un placer rebanarle el cuello.

Timmy Locan no era mucho mejor. El pequeño zanahorio no se callaba nunca. De acuerdo, era divertido la mayor parte del tiempo. Conocía cada maldito chiste del mundo, y sabía contarlos tan bien que siempre estabas deseando acordarte de ellos para que tus amigos se partiesen de risa. Pero luego nunca te acordabas cuando lo necesitabas... Maldita sea, incluso la diversión aburre al cabo de cuatro días.

Y todavía peor, el pequeño chistoso nunca bajaba el ritmo. Se levantaba de un salto cada mañana como si supiera que iba a ser el mejor día de su maldita vida y se acostaba cada maldita noche como si lo hubiera sido. Se supone que la gente pequeña no es alegre, todo lo más chulilla y detestable. Así puedes pegarles y hacerles callar sin tener remordimientos.

Lo peor de todo era que Viejo Pez decía que no se podía ir por la carretera, porque podían encontrarse con alguien que pudiese saber a donde iban o que pudiese recordarlos después de hacer el trabajo. Era importante que nadie supiera lo que hacían. Pero atravesar la maraña del bosque era terrible, incluso con Viejo Pez abriendo camino.

Tully lo odiaba más aún que Smeds, pero respaldaba al viejo.

Smeds tenía que admitir que tenía razón. Lo que no tenía por qué admitir era que la expedición valía las ramas golpeándole la cara, las zarzas apuñalándolo y rajándolo, y las repugnantes telarañas en la cara.

O quizá lo peor eran las ampollas en los pies. Le salieron cuando todavía estaban a la vista de Galeote, y aunque hizo todo lo que le dijo Viejo Pez cada vez estaban peor. Al menos no se le habían infectado. Ese idiota de Timmy seguía contando chistes sobre tipos en el ejército que habían tenido ampollas infectadas y les habían tenido que cortar las piernas. Imbécil.

La cuarta noche en el bosque no tuvo problemas para dormir. De hecho había llegado a ese punto en el que podría dormir sin dejar de caminar. El viejo comentó:

—Estás empezando a endurecerte. Vamos a hacerte un hombre, Smeds.

Smeds pensó en matarlo allí mismo, pero era mucho trabajo quitarse la mochila y luego volver a ponérsela.

Quizá la mochila era la peor parte. Tenía que cargar ochenta libras de trastos a la espalda, y lo que habían comido no había aligerado la carga ni un poquito.

Llegaron a su destino poco después del mediodía del octavo día desde que salieron de Galeote. Smeds se quedó justo en el borde del bosque y miró hacia los Túmulos.

—¿Tanto escándalo para esto? A mí me parece una mierda. —Se soltó la mochila y la dejó caer, se apoyó en un árbol y cerró los ojos.

—No está como antes. —Accedió Viejo Pez.

—¿Tienes nombre? Además de Viejo.

—Pez.

—Quiero decir nombre de pila.

—Pez está bien.

Bastardo lacónico.

—Es ese nuestro árbol. —Preguntó Timmy.

—Tiene que serlo. Es el único que hay. —Respondió Tully.

—Te quiero, arbolito. Vas a hacerme rico —dijo Timmy.

—Pez, creo que nos vendría bien descansar algo antes de ir al asunto —dijo Tully.

Smeds alzó una ceja y miró a su primo. Era lo más cerca que había estado de quejarse desde que empezó la expedición. Pero Tully siempre había sido un gran quejica, Smeds se preguntaba cuánto tiempo podría contenerse. El silencio de Tully había ayudado mucho a Smeds a seguir en marcha. Si Tully lo deseaba tanto como para aguantarse así, es que era tan bueno como decía.

¿El gran golpe? ¿El que habían estado buscando toda la vida? ¿Sería este? Sólo por esa razón Smeds aguantaría.

Pez estuvo de acuerdo con Tully.

—No podríamos empezar antes de mañana por la noche. Como muy pronto. Quizá la noche siguiente. Tenemos un montón de cosas que explorar. Tenemos que aprendernos el terreno como se aprende geografía de un experto entusiasta.

—¿Dónde está Pez el callado? —masculló Smeds.

—Tenemos que encontrar un lugar seguro para acampar. Y establecer también una base secundaria para emergencias.

Smeds no pudo quedarse callado.

—¿Qué demonios es toda esta mierda? ¿Por qué no vamos directamente, arrancamos la maldita cosa y nos vamos de aquí?

—Calla Smeds —le cortó Tully—. ¿Dónde demonios has estado los últimos diez días? Sácate la mierda de las orejas y usa tu cabeza para algo más que para mantenerlas separadas.

Smeds se calló. Sus orejas se habían abierto de golpe y habían captado un leve tono siniestro en la voz de Tully. Su primo había empezado a sonar como si se arrepintiese de haberle metido en el ajo. Como si pensase que Smeds era demasiado tonto para dejarlo vivo. De hecho tenía la misma mirada despectiva que Pez usaba tan a menudo.

Cerró los ojos, se olvidó de sus compañeros y dejó vagar su mente por los últimos diez días, fijándose en cosas que había oído sin escuchar realmente, porque había estado demasiado ocupado compadeciéndose de sí mismo.

Por supuesto no podían ir tranquilamente y talar el maldito árbol. Había soldados vigilando los Túmulos y, aunque no los hubiera, estaba el mismo árbol, que se suponía que tenía una gran magia. Su hechicería era tan grande que había sobrevivido a la oscura lucha que había machacado las entrañas de toda esta tierra ensangrentada.

De acuerdo. No iba a ser tan fácil. Tendría que trabajar más duro de lo que nunca lo había hecho. Y tendría que ser cuidadoso. Tendría que tener los ojos abiertos y el cerebro en marcha. No iba a ser como darles lecciones de música a las chicas Kimbro.

Descansaron ese día y esa noche. Incluso Viejo Pez dijo que lo necesitaban. A la mañana siguiente Pez fue a buscar un sitio para acampar. Tully dijo:

—Tienes ampollas hasta en el culo, Smeds. Quédate aquí y cuídatelas como te dijo Pez. Tienes que estar en forma para moverte si tenemos que movernos. Timmy, vamos.

—¿Dónde vais? —preguntó Smeds.

—Vamos a intentar acercarnos a ese pueblo. A ver qué podemos encontrar. —Y se fueron.

Pez volvió una hora más tarde.

—Qué rápido. ¿Encontraste un buen sitio?

—No muy bueno. El río ha cambiado algo de curso desde la última vez que estuve aquí. Pasa a unas doscientas yardas en aquella dirección. No nos deja mucho espacio para movernos. Déjame ver esos pies.

Smeds los levantó mostrando las plantas. Pez se agachó, gruñó y tocó en un par de puntos. Smeds hizo un gesto de dolor.

—¿Muy mal? —preguntó.

—Los he visto peores, pero no mucho. Y has cogido algo de pie de trinchera, probablemente los otros también —pareció ausente durante un momento—. Es culpa mía, sabía que eras novato y que Tully es tan organizado como un gallinero. No debí dejarle meternos tanta prisa. Las prisas siempre se pagan.

—¿Has decidido ya qué vas a hacer con tu parte?

—Nah. Cuando tengas mi edad no te preocuparán las cosas tan lejanas. Con suerte no llegarás a saberlo. Un día cada vez, chico. Voy a buscar algo para una cataplasma.

Smeds observó al hombre canoso de espalda tiesa desaparecer silenciosamente en el bosque. Intentó vaciar su mente. No quería quedarse solo con sus pensamientos.

Pez volvió con un manojo de hierbas.

—Córtalas en trocitos y ponlas en este saco. La misma cantidad de cada una. — Había tres clases—. Cuando el saco esté lleno ciérralo y dale con este palo. Remuévelo de vez en cuando. Todas las hojas deben quedar bien machacadas.

—¿Cuánto tengo que darle?

—Dale mil o mil doscientos palos. Luego lo echas en esta olla, pones una taza de agua y lo remueves.

—¿Y luego qué?

—Luego haces otro saco. Y remueve la olla cada poco.

El viejo desapareció en el bosque sin decir a dónde iba.

Smeds estaba machacando el tercer saco cuando Pez volvió.

—Sabes hacer un buen trabajo cuando quieres. —Se sentó y cogió la olla—. Bien, bastará con ese saco.

Rompió una camisa vieja de Smeds para hacer vendas, cubrió sus pies con las pasta de hierbas y los vendó. Un refrescante hormigueo empezó a calmar sus dolores.

Pez aplicó el mismo tratamiento a los pies de los demás, incluso a los suyos.

Smeds se apoyó en su árbol preocupado. No creía ser lo bastante duro o malo para matar al viejo.

—Debe haber entre sesenta y ochenta personas viviendo allí todavía, —dijo Tully— la mayoría soldados. Pero les hemos oído decir que un buen puñado se marcharán en un par de días. No nos matará esperar a que ocurra. Mientras podríamos acabar de explorar.

La exploración de los Túmulos comenzó después de la puesta de sol, a la luz de la luna creciente. El pueblo estaba oscuro y silencioso. Parecía un buen momento para merodear por terreno abierto.

Los cuatro se desplegaron en una línea, apenas divisándose uno a otro, con Tully dirigiéndolos hacia el árbol. No era para tanto, le parecía a Smeds. Parecía un joven álamo de tronco grueso y corteza plateada, de unos 15 pies de alto. No se veía nada llamativo. ¿Por qué tanta historia?

Desde un punto determinado llegó a captar un destello plateado. ¡Era cierto! Y tras haberlo vislumbrado comenzó a sentir su vibrante poder oscuro, como si no hubiese metal en absoluto, sino un carámbano de puro odio.

Se estremeció y forzó la vista todo lo que pudo.

Era real. La riqueza estaba ahí para que la cogiesen. Si podían.

Se lanzó hacia adelante, hasta que una barrera de piedra, larga y baja, le cortó el paso. Le extrañó encontrar algo así, pero no lo relacionó con el dragón que se suponía que había devorado al infame hechicero Bomanz antes de morir. Quizá si hubiera habido más luz hubieran llegado a percibir cómo sus manos y pies expuestos destacaban entre el polvo que los cubría.

Estaba cerca de la parte más alta cuando oyó el sonido. Como un animal resoplando. Y otro sonido más bajo, como algo escarbando la tierra. Miró hacia los demás, sólo pudo ver a Tully a diez pies de distancia, mirando el árbol. Había algo raro en el árbol. Las puntas de sus hojas brillaban con una tenue luz azulada.

Quizá fuese un reflejo de la luna creciente.

Comprobó que el suelo era firme y permaneció de pie, mirando de nuevo hacia el árbol. Definitivamente había algo misterioso. Todo él estaba brillando.

Miró hacia abajo, delante suyo. Su corazón se paró.

Algo le devolvió la mirada desde cincuenta pies de distancia. Tenía la cabeza del tamaño de una cesta. Sus ojos y dientes eran perfectamente visibles a la luz del árbol, especialmente sus dientes. Nunca había visto unos dientes tan afilados, o tan grandes.

Se dirigió hacia él.

Sus pies no se movieron.

Miró a su alrededor frenéticamente, vio a Tully y a Timmy a cierta distancia, con los ojos fijos en el árbol.

Miró al frente de nuevo cuando el monstruo comenzaba su salto, con las mandíbulas lo bastante abiertas como para abarcar su cabeza. Se dejó caer de espaldas. Cuando el monstruo estaba ya sobre él, un rayo azul proveniente del árbol lo arrojó a un lado como si fuera un insecto.

Smeds aterrizó duramente, pero no se detuvo a lamentarse. Echó a correr sin mirar atrás.

—Yo también lo vi —dijo Viejo Pez, lo que hizo que Tully dejase de actuar como si Smeds estuviera imaginando cosas—. Como él dice, era grande como una casa. Como un perro gigante con tres patas. El árbol lo fulminó y huyó.

—¿Un perro con tres patas? Vamos. ¿Qué estaba haciendo?

—Estaba intentando cavar —dijo Smeds—. Estaba olfateando y escarbando igualito que un perro desenterrando un hueso.

—Maldita sea. Complicaciones. ¿Por qué siempre tiene que complicarse todo? Seguro que nos llevará más tiempo de lo que pensaba. Pero lo que no tenemos es tiempo que perder. Antes o después a alguien se le ocurrirá la misma idea que a mí.

—No nos precipitemos —dijo Pez—. Hay que tomarse su tiempo y hacer las cosas bien. Si quieres vivir lo suficiente para disfrutar tu riqueza, claro.

Tully gruñó. A nadie se le ocurrió abandonar. Ni siquiera a Smeds, que había

sentido el aliento del monstruo en la cara.

—Perro Matasapos —dijo Timmy Locan.

—¿Qué dices? —replicó Tully.

—Perro Matasapos. En la pelea había un monstruo llamado Perro Matasapos.

—¿Perro Matasapos? ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Ni que fuera mi mascota.

Un chiste tonto, pero todo el mundo se rio. Lo necesitaban.

## CAPÍTULO 6

En tres semanas Cuervo apenas había estado sobrio un momento. Una noche volví a casa tras un día especialmente duro. Había tenido que herir malamente a un hombre aquel día, una molestia andante que se lo ganó intentando molestar a los hijos de mi jefe. Aún así me sentía mal. De alguna manera me parecía que toda la culpa era de Cuervo y era yo el que tenía que herir a la gente.

Estaba borracho hasta las cejas.

—Mírate, chupando del odre como si fuese la teta de tu madre. El gran Cuervo, tan malo que echó a su antigua esposa de los jardines públicos de Ópalo. Tan duro que peleó cara a cara con el Renco. Autocompadeciéndose y lloriqueando como un niño de tres años con dolor de barriga. Sal de aquí y haz algo por tu vida, hombre. Me pone enfermo verte así.

Titubeando y arrastrando las palabras me dijo que me fuera al infierno y que aquello no era asunto mío.

—¡Y una mierda que no! Es mí maldito dinero el que está pagando esta habitación, asqueroso. Y tengo que venir cada día a casa para oler esta peste a vómito, a vino barato y a ese maldito orinal que nunca tienes tiempo de vaciar. ¿Cuánto hace que no te cambias de ropa? ¿Cuánto hace que no te das un baño?

Me maldijo con voz cascada.

—Eres el bastardo más egoísta y desconsiderado que he conocido. Ni siquiera limpias lo que ensucias.

Seguí increpándole un rato, más alto y más furioso cada vez. Pero él no contraatacó en serio, lo que me hizo pensar que quizá estaba tan disgustado consigo mismo como yo. Pero ¿quién va a ir por ahí reconociendo que es un inútil montón de mierda sin esperanza?

Al final dejó de discutir. Se levantó y se marchó con aire cansado, sin devolver el fuego. Pero sin quemar los puentes tras él.

Estuve hablando con un tipo con el que trabajaba sobre qué hacer con un borracho. Su padre había sido un borracho, pero lo había dejado. Me dijo que hay que dejar de intentar ayudarles. Hay que dejarles llegar al punto en que no puedan hacer nada más que enfrentarse a la verdad, porque no van a cambiar hasta que ellos mismos lo decidan. Tienen que ser ellos los que crean que han tocado fondo y resuelvan que hay que cambiar algo.

No sabía si podría esperar a que Cuervo se diese cuenta de que era un hombre adulto y que tenía que enfrentarse con la realidad. Linda se había ido y eso era lo que había. Había unos niños que encontrar. Ese oscuro pasado transcurrido en Ópalo tenía

que salir a la luz para poder hacer las paces con él.

En realidad estaba bastante seguro de que, con el tiempo, volvería. Estaba siendo el tipo de gente que despreciaba profundamente y tenía que acabar dándose cuenta. Pero, que frustrante era esperar por él.

Volvió a casa cuatro días después, sobrio, limpio y medio pareciendo el Cuervo que recordaba. Se disculpó y prometió hacer las cosas bien.

Seguro. Todos lo prometen.

Lo creería cuando lo viese.

No reflexioné demasiado sobre el tema. Tampoco le sermoneé. No vi ningún beneficio en hacerlo.

Parecía estar muy bien. Se le veía como si estuviera en marcha. Pero dos días después volví a casa y lo encontré tan mamado que no podía ni gatear.

—Al infierno con él —dije.

## CAPÍTULO 7

Estaban escasos de mano de obra desde que Timmy recibió una descarga de luz azul procedente del árbol y tuvo que guardar cama, pero Smeds no llegó a notar la diferencia. No estaban consiguiendo nada. No podían salir de día sin ser vistos desde el pueblo. De noche ese monstruo siempre venía a cavar en su hoyo. Tampoco podían salir entonces. Y bastante tiempo después de expulsar al monstruo, el árbol permanecía alerta, a la espera de nuevos intrusos. Timmy lo había aprendido de la manera más dura.

Quizá hubiese una hora cada mañana, justo antes del amanecer, en que era posible conseguir algo sin mucho riesgo.

¿Pero qué? Nadie lo sabía. Estaban esperando una oportunidad para talar el maldito imbécil. Arrancarle la corteza no parecía una buena idea, suponiendo que se pudiesen acercar lo suficiente. ¿Cuánto tardaría un árbol pelado en morir, especialmente uno de esta clase?

Alguien sugirió envenenarlo. Sonaba tan bien que lo discutieron, recordando cosas que habían visto usar para matar arbustos y hierbas. Lo malo del método es que se necesitaba veneno, lo que significaba volver a Galeote a comprarlo. Con dinero que no tenían. Y podría ser tan lento como arrancarle la corteza al hijo de puta. El tiempo no estaba de su parte. A Tully le entraba pánico cada vez que pensaba en ello.

—Tenemos que darnos prisa.

—No vamos a poder hacer nada mientras ese monstruo siga rondando por ahí —dijo Timmy.

—Quizá nosotros podamos ayudarle a encontrar lo que busca.

—Cuando digas nosotros mejor ponte un ratón en el bolsillo, primo —dijo Smeds—, porque no pienso acercarme a esa cosa para ayudarla en nada.

—Quemémoslo —dijo Pez.

—¿Qué?

—El árbol, idiota. Podemos quemarlo.

—Pero no podemos ir allí y...

Pez sacó un palo de la pila de leña. Tenía un metro de largo y dos pulgadas de diámetro. Lo lanzó de nuevo entre los troncos.

—Llevará un tiempo, pero podemos apilarlos alrededor del árbol. Entonces ponemos una antorcha o dos y hala, todo en llamas. Cuando el fuego se apague cogemos nuestro clavo.

Smeds lo miró desdeñosamente.

—Olvidas a los soldados.

—No, pero tienes razón, necesitamos una diversión.

—Es la mejor idea, sin duda —dijo Tully—. Seguiremos con ella hasta que a alguien se le ocurra algo mejor.

Smeds gruñó:

—Eso nos pillaré sentados, seguro —ya se había acostumbrado al bosque, se había acabado la aventura y sólo estaba aburrido.

Comenzaron a tirar palos inmediatamente. Los tres más jóvenes lo convirtieron en un juego, apostando sus ganancias futuras. Los palos empezaron a acumularse.

Al árbol no le gustó el juego. A veces devolvía los disparos.

Todos pensaron que Smeds estaba loco, reptando cada par de noches para vigilar la excavación del monstruo.

—Tienes más pelotas que sesos —le dijo Tully.

—Es mejor que seguir sentado.

No era tan peligroso, sólo tenía que permanecer pegado al suelo y la bestia no te percibía. Pero si te levantabas dejabas que tu silueta se recortase, ¡cuidado!

La labor del monstruo avanzaba despacio, pero trabajaba como si estuviera obsesionada. Las noches iban y venían, iban y venían.

Al final desenterró lo que buscaba.

Smeds Stahl estaba vigilando la noche en que se irguió con un espeluznante trofeo: una cabeza humana.

Esa cabeza había estado demasiado tiempo en demasiadas tumbas, y había sido herida demasiado a menudo. El monstruo cogió con sus mandíbulas los jirones de cabello que le quedaban y se llevó el truculento objeto. Esquivando los rayos del árbol, transportó la cabeza hasta un remanso del río cercano.

Smeds fue detrás. Con cuidado. Con mucho cuidado.

La bestia lavó la cabeza con cuidado y ternura. El árbol crepitó y chisporroteó, incapaz de proyectar su poder tan lejos.

Cuando la cabeza estuvo limpia, el perro gigante deshizo cojeando el camino que había recorrido. Smeds continuó siguiéndolo, sorprendido de su propia audacia. La bestia rodeó el dragón muerto, que más que nunca parecía formar parte del terreno. Pisó sobre un trozo de cuero desgarrado y piedra casi invisible en la tierra húmeda sin notarlo. Smeds sí lo vio, sin embargo. Lo cogió y se lo metió en el bolsillo sin pararse a pensar.

Al otro lado del dragón, el árbol continuaba chisporroteando, inquieto y frustrado.

Cuando Smeds se lo guardó, el viejo fetiche se revolvió inquieto, revelando a cualquiera capaz de sentirlo el hecho de que había sido molestado.

Smeds se detuvo en una sombra y se congeló. La luz de la luna había iluminado la horrible cabeza, y pudo verla claramente.

Tenía los ojos abiertos, y una grotesca sonrisa adornaba su boca arruinada.

Estaba viva.

Smeds casi pierde el control de sus esfínteres.

## CAPÍTULO 8

Galeote es la ciudad más próxima al antiguo campo de batalla y cementerio que llaman los Túmulos. La alarma emitida por el fetiche fue captada por dos residentes.

Uno era un hombre muy, muy viejo que vivía de incógnito porque se las había ingeniado para orquestar su muerte aparente durante el choque que había devastado los Túmulos. La alarma lo golpeó cuando estaba sentado comiendo en una taberna barata con nuevos amigos que pensaban que era astrólogo. Cuando recibió el golpe tuvo un instante de pánico. Luego, llorando a moco tendido, salió corriendo a la calle.

Un murmullo interrogativo creció tras él. Cuando sus camaradas salieron a ver qué pasaba se había desvanecido.

## CAPÍTULO 9

Pasaron más cosas en aquellos malditos días. Galeote estaba muy agitada. Hubo disturbios, conflictos entre rebeldes y partidarios del imperio, y se cometieron un montón de crímenes privados bajo la apariencia de políticos. Mi jefe hablaba de cerrar su casa de la ciudad y mudarse a una propiedad suya cerca de Pacto. Así consiguió que yo tuviese que decidir si marcharme o no. Quería hablarlo con Cuervo, pero...

Estaba inconsciente cuando llegué.

—Todo por una maldita mujer que ni siquiera llegaste a tener, —gruñí mientras mandaba un plato de estaño al otro lado de la habitación de una patada. El hijo de puta no había vuelto a lavarse. Pensé en patearle por toda la habitación, pero aún no estaba lo suficientemente loco como para intentarlo.

Incluso borracho y hundido seguía siendo Cuervo, el hombre más peligroso que nunca conocí. No necesitaba comprobarlo.

Se despertó tan bruscamente que di un salto. Se apoyó en la pared para levantarse. Estaba pálido y agitado, pero ni por un momento pensé que fuese por efecto del vino. El chico estaba muy, muy asustado.

Apenas se tenía de pie sin la pared para ayudarlo, y probablemente estaba viendo tres Lances y un hombrecito azul, pero consiguió articular:

—Lance, coge tus cosas.

—¿Qué?

Se arrastraba a lo largo de la pared hacia sus pertenencias amontonadas en un rincón.

—Algo acaba de fallar en los Túmulos... ¡Oh, dios! Cayó de rodillas sujetándose el estómago. Empezó a vomitar. Cogí agua para lavarle la boca y un trapo para que se limpiara. No discutí.

—Algo salió. Algo tan oscuro como... —Y volvió a descargar otra vez.

Le pregunté:

—¿Estás seguro de que no es una pesadilla? O quizá te han sentado mal las uvas.

—Era real. No era el vino. No sé como lo sé, pero lo sé. Lo vi tan claro como si pasase aquí. Estaba la bestia que todos llamaban Perro Matasapos. —Hablabla despacio, tratando de no balbucear, aunque sin conseguirlo—. Algo estaba con él. Algo grande. Algo verdaderamente oscuro.

Yo no sabía que decir. Él se lo creía, aunque yo no lo hiciera. Había ordenado sus cosas y estaba empezando a meterlas en un saco. Me preguntó:

—¿Dónde están los caballos?

Lo decía en serio. Incapaz de orientarse y con el cerebro en salmuera, pero sin duda estaba dispuesto a hacer algo.

—En el establo de Thulda, ¿por qué? ¿A dónde vas?

—Vamos a ayudar.

—¿Ayudar? ¿Nosotros? Te olvidas de mi trabajo, tengo responsabilidades. No puedo montar alegremente y cabalgar para atrapar esas luces que ves en el pantano después de hartarte de vino adulterado.

Se volvió loco. Y yo también. Gritamos y chillamos un rato. Él tiró cosas porque no estaba en suficiente buena forma como para tirarme a mí. Pisoteé su odre de vino hasta la muerte comprobé que su sangre corría por el suelo. La casera pateó la puerta con fuerza. Pesaba doscientas libras y era tan miserable como una serpiente.

—Escuchadme, bastardos. No voy a aguantar ni un minuto más... —Nos fuimos hacia ella. Era una mentirosa, una timadora y una abusona, y probablemente robaba cosas de las habitaciones cuando pensaba que no la cogerían. La arrojamos por las escaleras y nos quedamos allí, riendo a carcajadas como una pareja de pequeños vándalos. Comenzó a chillar de nuevo desde la planta baja. No estaba herida.

Dejé de reírme. No estaba herida, pero podía haberlo estado. Y yo no tenía la excusa de estar borracho.

—Supongo que te vas del pueblo.

—Sí —el humor había desaparecido. Tenía la tez cadavérica.

—¿Cómo piensas marcharte? Es medianoche.

—Dinero en efectivo. La llave mágica. —Se echó el saco al hombro—. ¿Estás listo?

—Sí. —Él sabía todo el tiempo que iría.

—¡Eh, Loo! —el portero gritó hacia la garita cuando Cuervo hizo sonar las monedas—. Levanta el culo, tenemos otro cliente —sonrió a modo de disculpa.

—Loo trabaja todo el día desplumando pollos. Tiene demasiados malditos críos. Podría pensarse que un tipo sabría parar después de la primera docena, ¿no, Loo? —Seguía sonriendo.

—Supongo que sí —admití—. ¿Es un buen trabajo? ¿No conozco mucha gente que este contenta con su trabajo como tú?

—La vigilancia nocturna es aburrida, sobre todo. Pero de vez en cuando hay una noche provechosa.

—¿Ha salido alguien antes que nosotros? —preguntó Cuervo.

—Sólo un tipo. Un viejo, hará una hora. Tenía un montón de prisa, me tiró un montón de monedas sin detenerse.

Esto es lo que suele llamarse una clara indirecta. Cuervo la ignoró. Yo no dije nada hasta que Loo rebuscó entre las llaves y abrió la portilla situada en la puerta principal. Cuervo se limitó a mirar a lo lejos. Cuando Loo abrió le tiró algo de plata.

—Gracias, su señoría. Venga cuando quiera. Cuando quiera. Tiene un amigo aquí, en la Puerta Sur.

Cuervo no dijo nada. Hizo una mueca y condujo su caballo a través de la puerta hacia la carretera iluminada por la luna.

—Gracias —le dije al portero—. Ya nos veremos.

—Cuando quiera su señoría, cuando quiera. Soy su hombre.

Cuervo debía haberle pagado muy bien.

La mueca me era familiar, aunque hacía mucho que no la veía.

—¿Te sigue molestando la cadera?

—Está bien. He viajado en peor estado.

Bastardo desagradable. Se había librado del vino, muy bien, pero la resaca le estaba machacando.

—Tarda mucho en curar.

—¿Qué demonios esperas? Ya no soy tan joven. Y fue una de las flechas de Matasanos la que me hirió. —Cuervo no parecía guardar rencor. Simplemente no acababa de explicárselo.

Probablemente no quería explicárselo. Su idea de Cuervo era que Cuervo era un hombre de acción, no un pensador.

A veces me preguntaba como podía tragarse tantas estupideces.

## CAPÍTULO 10

El anciano, agotado, permaneció de pie junto a su flaca montura, mirando las polvorientas encrucijadas. Al este Lords. La carretera del sur dirigía a Rosas y a otras grandes ciudades. La gente a la que había seguido se había dividido aquí. No sabía quién había tomado cada dirección, aunque parecía razonable que la Rosa Blanca se hubiera dirigido hacia el este, hacia su escondite en la Llanura del Terror. La Dama habría continuado hacia el sur, rumbo a su capital, la Torre de Hechizo.

Con esa separación el armisticio entre ellos habría llegado a su fin.

—¿Qué camino cogemos? —le preguntó a su animal. El peludo pony no expresó su opinión. El anciano no sabía decir cual de aquellas mujeres podría estar mejor equipada para actuar cuando se enterase. Su impulso fue seguir hacia el sur, pero sólo porque hacia el este se encontraría de cara con el sol naciente.

—Somos demasiado viejos para esto, caballo.

El animal hizo un sonido que, por un momento, tomó como una respuesta. Pero el pony estaba mirando el camino por el que habían venido.

Una nube de polvo. Jinetes a galope acercándose. Dos, por lo que parecía. Tras un momento el anciano reconoció el temperamental estilo del hombre de cabeza.

—Aquí viene la respuesta. Vamos. —Se apresuró por la carretera que iba hacia el este, que entraba en un bosquecillo. Encontró un lugar desde el que poder vigilar a los jinetes. Tomaría la carretera que ellos ignoraran.

Su misión tenía que ser la misma. Resultaba increíble que otra razón hubiese provocado que aquellos dos hombres llegaran justo en ese momento, corriendo como si el infierno aullase en sus talones. El llamado Cuervo habría oído la alarma. En algún momento de su vida había tenido algún entrenamiento en el arte, y su espíritu había estado mucho tiempo atrapado en los corredores de los Túmulos. Era lo suficientemente sensitivo.

Los párpados del anciano se cerraron. Había preparado una bebida de hierbas que le mantendría alerta lo suficiente para ver qué hacían aquellos dos hombres.

## CAPÍTULO II

Cuervo hizo recular a su caballo.

—Le hemos dado un susto al vejete.

—Probablemente pensó que éramos bandidos. Lo parecemos. ¿Quieres matar estos caballos? ¿O podemos dejarles descansar un rato?

Cuervo gruñó:

—Tienes razón, Lance. No tiene sentido darnos tanta prisa, tardaremos más por tener que caminar la mayor parte del camino. Que curioso. El vejete me recordó a ese hechicero, Bomanz, el que fue devorado por el dragón de los Túmulos.

—A mí todos los viejos me parecen iguales.

—Puede ser. Sujeta. —Estudió la encrucijada. Yo intentaba localizar al anciano en el bosquecillo. Estaba seguro de que nos vigilaba.

—¿Y bien? —pregunté.

—Se separaron como habían dicho que harían.

Que no me pregunten como lo sabía. Lo sabía. A no ser que estuviera fingiendo, claro. Ya se lo había visto hacer otras veces.

—Linda fue hacia el este. Matasanos siguió hacia el sur.

Le seguí el juego:

—¿Cómo lo sabes?

—Ella está con él —se frotó la cadera—. Querrá ir a la Torre.

—Claro —buen truco—. ¿Hacia dónde han ido? Da igual, tendremos que descansar pronto.

—Sí. Pronto. Por los caballos.

—Seguro —puse mi cara más impasible. Por dentro estaba deseando tener suficientes pelotas para gritarle que no tenía por qué seguir haciendo de hombre de hierro para mí. No tenía que probar nada, únicamente que podía dejar de tragarse el vino por garrafas y que podía parar de autocompadecerse. Quería enseñarme cuantas agallas tenía, mejor me enseñaba que era capaz de ir a buscar a sus hijos y hacerse con ellos. Tampoco tenía que probar nada al anciano de aquellos árboles, ¿verdad?

Quería que diese un paso al frente y anunciase la decisión que yo sabía que iba a tomar. Estaba incómodo, sabiendo que nos observaban.

—Venga. ¿Qué camino tomamos?

Respondió espoleando su montura hacia la carretera del sur. ¿Qué demonios le pasaba? Yo ya había empezado a girar hacia el este antes de darme cuenta de lo que había hecho.

Lo alcancé.

—¿Por qué al sur?

Siempre tan amigo de subterfugios me contesto:

—Matasanos siempre fue un tipo comprensivo. Y sabe olvidar.

El hijo de puta estaba loco.

O quizá se había vuelto cuerdo de repente y no necesitaba ya lloriquear por Linda.

## CAPÍTULO 12

La bestia de tres patas llevó la cabeza al corazón del Gran Bosque, al altar situado en el centro de un anillo de piedras verticales que había estado allí desde hacía varios miles de años. Apenas pudo escurrirse entre el puñado de ancianos robles que rodeaban el más grande de los lugares sagrados de los lastimosamente disminuidos bosques salvajes.

El monstruo depositó la cabeza y cojeó de vuelta al oscuro bosque.

La bestia cazó uno por uno a todos los chamanes de las tribus de los bosques y les obligó a ir hasta la cabeza. En su terror, aquellos insignificantes hombres medicina se arrojaron de bruces ante él y lo adoraron como a un dios. Hicieron votos de fidelidad por miedo a las mandíbulas de la bestia. Entonces empezaron a atender las necesidades de la cabeza.

A ninguno se le ocurrió aprovechar la ventaja de su impotencia para destruirla. El miedo se había grabado demasiado profundamente en los de su clase. No se les pasó por la cabeza resistir.

Y siempre estaba el monstruo esclavizador para aterrorizarlos más aún.

Se alejaron del lugar sagrado para recolectar varas de sauce, hierbas místicas, lianas, cuero crudo y teñido, plumas bendecidas y piedras conocidas por sus propiedades mágicas. Reunieron pequeños animales apropiados para sacrificios, incluso llevaron un ladrón que iba a ser ejecutado de todas formas. El hombre aullaba y suplicaba ser despachado de la forma tradicional, temiendo el lazo perpetuo y el tormento de un alma dedicada a un dios.

La mayor parte de lo recogido era porquería. La mayor parte de la magia de los chamanes era una farsa, pero procedía de una verdad más profunda, de una fuente de genuino poder. Poder que era lo suficientemente real para servir al propósito inmediato de la cabeza.

En aquel antiguo lugar sagrado, el más venerable de todos, los chamanes tejieron y construyeron un hombre de mimbre, sauce, lianas y cuero. Quemaron sus hierbas y inmolaron sus sacrificios, ungiendo y bautizando el hombre de mimbre con sangre. Sus cantos e invocaciones poseyeron el anillo de piedra durante varios días.

Muchos de los cantos no tenían sentido, pero olvidadas o sólo parcialmente comprendidas, quedaban palabras de poder perviviendo en sus ritmos. Suficientes palabras.

Cuando aquellos ancianos acabaron el rito, colocaron la cabeza en el cuello del hombre de mimbre. Sus ojos parpadearon tres veces.

Una mano de madera le arrebató el bastón a un chamán. El anciano cayó.

Vacilante, el engendro se movió a una zona de tierra desnuda. Con la punta del bastón escribió unas bastas letras mayúsculas.

Lentamente, la cosa dio ordenes a los ancianos. Ellos se apresuraron. En una semana estaban listos para hacer mejoras en su obra.

Esta vez los ritos fueron más sangrientos y perversos. Incluyeron el sacrificio de dos hombres arrancados del pueblo de al lado de los Túmulos. Tardaron mucho tiempo en morir.

Cuando acabaron los ritos, el hombre de mimbre y su corrupta carga disponían de mayor libertad de movimiento, aunque ni de lejos el de un verdadero cuerpo humano. La cabeza ya podía hablar con un suave y grave susurro.

—Reunid vuestros mejores cincuenta guerreros —ordenó.

Los ancianos se mostraron reacios. Habían hecho su parte. No tenían ganas de más aventuras.

La cosa que habían creado susurró un canto en el que no había palabras de sobra. Tres ancianos murieron aullando, devorados por gusanos que los comieron desde dentro.

—Reunid vuestros mejores cincuenta guerreros.

Los supervivientes hicieron lo que les había dicho.

Cuando los guerreros vinieron, alzaron el hombre de mimbre sobre el lomo del monstruo mutilado. Ningún buey o pony de los bosques permitiría al engendro que los montase. Entonces dirigió la banda hacia los restos del pueblo de los Túmulos.

—Matadlos a todos —susurró.

Cuando comenzó la masacre, el hombre de mimbre la dejó atrás y fijó su cara arruinada en el sur. Sus ojos ardían de loco, venenoso odio.

## CAPÍTULO 13

Timmy llegó corriendo al campamento momentos antes de que el jaleo comenzara. Estaba tan asustado que apenas podía hablar.

—Tenemos que salir de aquí —consiguió decir entrecortadamente—. El monstruo ha vuelto. Y algo va montado en él. Unos salvajes están matando a la gente del pueblo.

Viejo Pez asintió una vez y echó agua al fuego.

—Antes de que se acuerde de nosotros. Hacedlo como ensayamos.

—Oh, vamos —se quejó Tully—. Jimmy estará imaginando cosas...

El árbol dejó libre al bisabuelo de todos los rayos azules. Llenó el bosque con su brillo y atronó como un relámpago del cielo.

—Mierda sagrada —susurró Tully, y salió corriendo como un oso en estampida.

Los otros no se quedaron muy atrás.

Smeds estaba pensativo mientras trotaba con sus brazos llenos de bártulos. Las precauciones de Pez habían merecido la pena. Quizá. Como decía el vejete, estarían fuera una temporada.

De atrás llegó una llamarada de color melocotón, respondida inmediatamente por una ráfaga de azul. Algo gritó como el alma perdida de un gran gato.

Tully se quejaba de que Pez pensaba demasiado. Pero ahí estaba Pez asumiendo más y más liderazgo cuando Tully ocupaba el antiguo lugar de Smeds como haragán y quejica. Timmy no había cambiado, sin embargo. Seguía siendo el hábil alfeñique de las mil historias.

Pez y Timmy estaban poniendo más de su parte que Tully. Smeds no pensaba que fuese capaz de acabar con ellos. Especialmente si la recompensa era tan grande como esperaba Tully. Entonces no habría necesidad de ser avaricioso y sanguinario.

Smeds se agachó al lado de su tabla y colocó sus cosas en el nido de ramas que había preparado. Tully ya estaba en el río, chapoteando.

—¡Sshh! —dijo Pez. Todo el mundo dejó de respirar excepto Tully, chapoteando allí fuera.

Viejo Pez se puso a escuchar.

Todo lo que oía Smeds era un montón de silencio. Ya no había más rayos.

Pez se relajó.

—No se mueve nada, tenemos tiempo de desnudarnos.

Smeds le tomó la palabra al anciano, pero se dio toda la prisa que pudo en desnudarse y zambullirse.

Con el pecho sobre una tabla en medio de un río en medio de la noche, Smeds

sintió las primeras punzadas de pánico. No podía ver la isla hacia la que se dirigían, aunque Pez decía que no había forma de perdersela una vez hubieran dejado la orilla. La corriente les llevaría derechos a ella.

Eso no lo confortaba. No sabía nadar. Si no llegase a la isla quizá no parase hasta el mar.

Una súbita descarga de llamaradas azules iluminó el río. Se sorprendió al ver que Pez y Timmy estaban cerca. Y los furiosos chapoteos de Tully sonaban sólo a unos cien pies de distancia.

Sintió la necesidad de decir algo, lo que fuera, sólo para sacar valor del hecho de comunicarse. Pero no tenía nada que decir. Y el silencio era imperativo. Mejor no buscar problemas.

Durante la hora siguiente revivió cada momento de miedo que había conocido en su vida, cada instante de mala suerte y desastre. Estaba muy abatido cuando vio la oscura masa de la isla delante de él.

No era demasiada isla. Podía tener treinta pies de ancho y doscientas yardas de largo, una aguja salida de un banco de barro que había acumulado raíces y matorrales. Ninguno de los matorrales era más alto que un hombre. Smeds siempre había pensado que era un escondite lamentable.

En ese momento le parecía el paraíso.

Un minuto después Pez susurró:

—Ya podemos hacer pie. Camina hasta el otro lado para que no se vean pisadas desde la orilla.

Smeds se bajó de su tabla, descubriendo que el agua le llegaba a la cintura. Siguió a Pez y a Timmy, con sus uñas revolviendo el cieno y sus pantorrillas enredándose en las plantas acuáticas. Timmy respingó al pisar algo que se movía.

Smeds miró atrás. Nada. No había fuegos artificiales desde el intercambio que le había mostrado a sus compañeros en el río. El bosque había empezado a recuperar su murmullo nocturno.

—¿Por qué tardasteis tanto? —preguntó Tully con cierta tensión.

Smeds le cortó bruscamente:

—Nos tomamos nuestro tiempo para coger algunas cosas y no morirnos de hambre. ¿Qué vas a masticar tú, rapidillo?

Smeds se preguntaba si una ocasional dosis de estrés no sería buena para el sentido común de un tipo. Había desenterrado algunos recuerdos útiles durante su viaje sin ayuda.

Tully le había dejado tirado ya antes. Cuando eran pequeños como simple acto de crueldad, más adelante abandonándole a merced de matones o dejándole para que le golpeará un mercader al que, involuntariamente, había distraído mientras Tully agarraba un puñado de cobres y corría.

Tully le sostuvo la mirada.

Smeds pudo ver la sombra del futuro. Conseguir que Viejo Pez y Timmy Locan roben el clavo. Conseguir que el tonto de Smeds los liquide cuando lo hayan hecho. Entonces coger el botín y largarse. ¿A quién va a quejarse Smeds teniendo la sangre de dos hombres en sus manos?

Eso es lo que haría Tully. Justamente eso.

Permanecieron en la isla cuatro días, alimentando a los mosquitos, asándose al sol, esperando. Se hizo muy duro para Tully. Gorroneó suficiente comida para mantenerse, pero no pudo conseguir ropa seca o una manta para protegerse del sol.

Smeds tuvo la impresión de que Pez acertó la espera sólo para favorecer a Tully.

Pez se dirigió a la orilla la cuarta tarde. Caminando. El canal entre la isla y la ribera no cubría más que hasta el pecho, así que llevó sus cosas sobre la cabeza.

No regresó hasta después de anochecido.

—¿Y bien? —preguntó Tully, el único de ellos que conservaba algo de impaciencia.

—Se han ido. Pero encontraron nuestro campamento y lo arrasaron. Lo envenenaron todo y dejaron una docena de trampas. No podemos volver allí. Quizá podamos encontrar lo que necesitamos en el pueblo. Esos tipos no van a necesitar nada nunca más.

Smeds comprobó la veracidad del informe de Pez al día siguiente, después de pasar cerca de su viejo campamento para decirle a Tully que perdía el tiempo llorando por sus cosas. La masacre había sido completa, y no se habían salvado ni los perros, las aves de corral ni el ganado. Era una cálida mañana y el aire estaba en calma. Las alas de un millón de moscas llenaban el bosque con un zumbido opresivo. Los carroñeros graznaban, ladraban y chillaban mientras se disputaban el festín, como si no hubiera suficiente para diez veces su número. El hedor podía revolver las tripas de cualquiera a un cuarto de milla de distancia. Smeds se detuvo.

—No tengo nada que hacer ahí. Voy a echarle un vistazo al árbol.

—Te acompaño —dijo Timmy.

Tully miró a Smeds con disgusto.

—Nos veremos allí —dijo Viejo Pez encogiéndose de hombros. La peste y el horror no parecían afectarle.

# CAPÍTULO 14

El hombre de mimbre recorría las calles de la ciudad devastada como un dios vengador, pisando rígidamente las legiones de muertos. Los supervivientes de sus guerreros del bosque le seguían, impresionados por la enormidad de la ciudad y aterrados por la hechicería que habían tenido lugar. Tras ellos venían unos pocos cientos de aturdidos soldados imperiales de la guarnición de Galeote. Habían reconocido al invasor y habían respondido a su llamada a las armas, principalmente porque desafiarle hubiera supuesto unirse a aquellos que pintaban con su sangre los adoquines y cuyas entrañas obstruían las alcantarillas.

Ardían fuegos en un millar de puntos. La gente de Galeote lanzaba un gran lamento en la oscuridad. Pero no cerca del terror cuyas pisadas retumbaban en la noche.

Cosas furtivas se movían entre las sombras, apresurándose en llegar a sus escondrijos. Su miedo era tan grande que no podían quedarse mientras pasaba el viejo terror. Él las ignoró. La principal línea de resistencia había sido rota.

Lo ignoró todo menos los fuegos. Evitaba los fuegos.

Las cuerdas de arco cantaron. Las flechas zumbaron hasta el hombre de mimbre como si fuera un maniquí para tiro con arco. Trozos de sauce y esquirlas de piedra cayeron. El hombre de mimbre se tambaleó. Pero los guerreros del bosque creyeron que había tropezado. Un sordo rugido de rabia atravesó los torturados labios de la cabeza.

Entonces vinieron las palabras, suaves y amargas, congelando los corazones de los que estaban suficientemente cerca para oírlas. Más flechas cortaron la noche, golpeando al hombre de mimbre, cortándole una oreja, derribando a uno de sus salvajes. Acabó de hablar.

Los gritos atravesaron las sombras, cincuenta metros más allá. Eran terribles gritos. Llenaron de lágrimas los ojos de los soldados que seguían al hombre de mimbre.

Esos soldados pisaron sobre las retorcidas, temblorosas y gimoteantes formas de hombres que llevaban exactamente el mismo uniforme que ellos, hermanos de armas con suficiente coraje para mantener su lealtad. Algunos se estremecieron y apartaron la mirada. Algunos se apiadaron y acabaron con su tormento con rápidos golpes de lanza. Algunos reconocieron a viejos camaradas entre los caídos y juraron en silencio saldar cuentas cuando se presentase la oportunidad.

El hombre de mimbre mostró ser tan imparables como un desastre natural. Atravesó Galeote dejando un sendero de muerte y destrucción mientras continuaba

acumulando seguidores, y se dirigió a la Puerta Sur de la ciudad, donde Loo y su compinche se desvanecieron a gran velocidad. El hombre de mimbre extendió una mano, susurró palabras secretas. La puerta estalló, convertida en astillas y mondadientes. El hombre de mimbre la atravesó y se detuvo a contemplar la oscura carretera.

El rastro estaba confuso. El de la presa estaba superpuesto a otros olores igualmente familiares, tentadores y odiados.

—Bien —susurró—. Bien. Los cogeré a todos —olfateó—. ¡Él! Y esa maldita Rosa Blanca. Y el que me frustró en Ópalo. Y el hechicero que nos liberó. —Los labios arruinados temblaron en un momentáneo acceso de miedo. Sí. Incluso él conocía el significado del miedo—. ¡Ella!

La bestia llamada Perro Matasapos creía que ella había perdido sus poderes. Quería creerlo. Sería una justicia bella más allá de toda comparación. Necesitaba creerlo. Pero no se atrevía, no del todo, hasta que lo viera por sí misma. Perro Matasapos funcionaba con motivos que no eran los suyos. Y era tan artero y traicionero como ningún humano podía llegar a ser.

Más aún, su amo había intentado desarmarla una vez, y su fracaso lo había reducido a lo que era actualmente.

Perro Matasapos se precipitó hacia la puerta, echando los soldados a un lado. La sangre goteaba tras él. Durante horas había dado vueltas por la ciudad, alimentando una antigua sed de sangre. Ahora se movía sobre cuatro miembros, aunque uno era tan artificial como el cuerpo del hombre de mimbre. También se quedó mirando a la carretera.

Los guerreros del bosque se derrumbaron, cayendo dormidos donde se encontraban. El hombre de mimbre era persistente. No mostraba inclinación a cuidar de sus seguidores.

Un chamán vacilante, al límite de sus fuerzas, intentó hablar con el hombre de mimbre, intentó hacerle comprender que la simple carne no podía mantener el paso que él marcaba.

La cabeza giró lentamente. La expresión que mostraba a través de su ruina era de desdén.

—Sigue o muere —susurró. Hizo señas a unos hombres para que lo izasen a lomos de la bestia. Y se puso a cabalgar lleno de sed de venganza.

## CAPÍTULO 15

La gente a la que seguíamos nunca se preocupó mucho de ocultar que camino habían tomado. Supongo que pensaban que no tenían ningún motivo. De todas formas, Cuervo sabía a dónde se dirigía el tipo que seguíamos. A un lugar llamado Khatovar, todo de frente hasta llegar al borde sur del mundo.

Yo conocía al tipo, Matasanos. El y sus chicos de la Compañía Negra me dieron bastante guerra en los Túmulos, aunque nunca me trataron demasiado mal. La prueba es que sigo vivo. Por tanto me inspiran sentimientos encontrados. Eran un grupo peligroso. No tenía muchas ganas de encontrarlos.

Cuanto más cabalgábamos más se secaba Cuervo y volvía a ser el verdadero Cuervo. Y no me refiero al Corbie que conocí la primera vez que lo vi, quiero decir el verdadero mala leche, tan fuerte y duro como mortal. No creo que nunca se le ocurriera tomar una copa después de convencerse de que tenía algo que hacer.

Practicábamos cada mañana antes de montar y cada tarde después de acampar. Incluso cuando estaba más débil era más de lo que yo podía manejar. Cuando empezó a volver a ser el mismo me barría en cualquier competición, excepto en lanzar piedras o carrera a pie.

Su cadera nunca le hizo aflojar.

Nunca quiso parar en un posada o en un pueblo. Alejando la tentación, supongo.

Después de haber visto la Torre de Hechizo es imposible que te impresionen con nada, da igual lo que te cuenten. Nada debería ser tan grande. Tiene que tener quinientos pies de alto y es tan negra como el corazón de un buitre. Nunca he visto nada parecido, y no creo que vaya a verlo nunca.

No nos acercamos demasiado. Cuervo dijo que no tenía sentido atraer la atención de esa gente. Maldita sea. Era el corazón del Imperio, el hogar de la Dama y de todos aquellos malvados conocidos como los Diez que Fueron Tomados.

Me alejé unas millas y mantuve la cabeza agachada mientras Cuervo merodeaba intentando encontrar algo. A mí me parecía muy bien descansar después de cabalgar varios cientos de millas.

Se materializó junto a mí un amanecer que pintaba el horizonte con fuego del fin del mundo. Se sentó a mi lado.

—No están en la Torre. Se detuvieron aquí un par de semanas, pero volvieron a dirigirse hacia el sur. Ella se fue con ellos.

Tengo que admitir que gemí. Nunca había sido un quejica durante mis días de soldado, pero nunca había pasado por nada como esto. Un hombre no ha sido hecho para algo así.

—Nos estamos acercando a ellos, Lance. Y rápidamente. Si se entretienen en Ópalo como hicieron aquí les cogeremos. —Me dirigió una sonrisa—. ¿No querías ver mundo?

—No quería verlo todo en una semana. Esperaba poder disfrutar de lo que viera.

—Si no los alcanzamos y conseguimos que vuelvan hacia el problema es posible que no quede mucho mundo que ver.

—¿Te tomarás tiempo para buscar a tus hijos cuando estemos allí? —Quería ver el mar. Lo había deseado desde que era pequeño. Un viajero se acercó y nos contó a los niños un montón de mentiras sobre las Ciudades Joya y el Mar de los Tormentos. Desde entonces siempre he pensado en el mar, cuando estaba cavando patatas o arrancando hierbajos. Jugaba a ser un marinero fregando la cubierta, pero pensaba ser capitán algún día.

¿Qué sabía yo?

Pero más que ver el mar, lo que yo quería era ver a Cuervo hacer lo correcto y ser justo consigo mismo y con los niños.

Me lanzó una mirada divertida, luego zanjó la cuestión no respondiéndome.

Acumulamos un gran arsenal aquí y allá, mientras cabalgábamos. A las afueras de Ópalo tuvimos la oportunidad de usarlo. No nos vino mal.

Aquel enorme carruaje de hierro negro llegó rugiendo desde la ciudad y se vino derecho hacia nosotros. Sus caballos parecían respirar fuego, nunca había visto nada igual.

—Es el de la Dama. Detenlo —dijo Cuervo, y sacó el arco y lo tensó.

—¿El carruaje de la Dama? ¿Detenerlo? ¡Estás loco, hombre! Tienes mierda por cerebro. —Sin embargo cogí mi arco también.

Cuervo levantó una mano para indicarles que pararan. Intentamos parecer firmes y decididos, la bolsa o la vida. O algo así.

Los cocheros no frenaron. Fue como si no nos hubieran visto. Acabé cayendo de culo sobre una zanja con, al menos, un palmo de cieno y agua en el fondo. Cuando me levanté vi que Cuervo había acabado en unos zarzales del otro lado.

—¡Bastardos arrogantes! —le gritó al coche.

—Sí. No tienen ningún respeto por un par de honestos viajeros.

Cuervo me miró y se echó a reír. Me miré y también me puse a reír. Después de un minuto dijo:

—No había nadie dentro del coche. —Parecía confundido.

—¿Cuándo tuviste tiempo de mirar?

—Creo que sé lo que está ocurriendo. Vamos. Tenemos que darnos prisa. Ve a por tu caballo.

Lo cogí en seguida, era demasiado estúpido para guardarme rencor. Pero

permaneció dando vueltas a mi alrededor, mirando atrás como si estuviera pensando: no vas a volver a poner esa porquería encima mío, hijo de puta. El juego continuó durante un rato. Al final lo gané deslizándome sobre el animal desde la otra dirección.

Perdimos una media hora dando vueltas.

El gran barco negro había zarpado hacía una media hora cuando llegamos al embarcadero. Todavía se lo divisaba a lo lejos, canal abajo. Por un minuto pensé que Cuervo iba a convertir su caballo en cebo para peces, pero desmontó y se quedó de pie en el muelle, mirando hacia el mar. Cuando un lugareño nos gruñía por ponernos en su camino le dirigía una de aquellas miradas que paraban el corazón y aceleraban los pies.

Los mantuvo a raya, en cualquier caso. No eran tipos blandos, aquellos del muelle.

El barco negro se perdió en la bruma. Cuervo se estremeció al volver al bullicio y al olor a pescado.

—Supongo que tendremos que vender los caballos y encontrar un barco que vaya a Berilo.

—Alto ahí, hombre. Ya basta. Lo razonable es lo razonable. ¿Te imaginas yendo de cabeza hasta el fin del mundo? Mira a tu alrededor. Esto es Ópalo. Desde que te conozco te he estado oyendo decir las ganas que tenías de volver a Ópalo y encontrar a tus hijos. ¡Mira! ¡Estamos aquí! ¿Por qué no lo hacemos?

El tipo era mi amigo, pero tenía problemas para perseverar. Antes de ser Cuervo era Corbie, y antes de ser Corbie era Cuervo. Y a veces retrocedía para ser alguien que había sido antes de ser Cuervo la primera vez. No sé quién, pero sé que era alguien de clase alta y que vino de Ópalo dejando dos niños atrás, gemelos, cuando se encontró con Matasanos y su banda y fue hacia el norte para combatir en Forsberg.

Planeó dejar a aquellos niños en brazos de la fortuna. Se torturó porque no supo lo que les había pasado, porque era una mierda de padre. Yo pensaba que ya era hora de enderezarlo.

Se lo estuvo pensando un rato. Siguió mirando a la costa lejana, al este, como la respuesta estuviese allí. Lo que yo vi cuando miré eran las casas de los ricos en lo alto de acantilados, con magníficas vistas al mar. Siempre había sospechado que era uno de ellos.

—Quizá cuando volvamos, —dijo finalmente—. Cuando nos dirijamos de nuevo al norte.

—Claro. —Maldito canalla.

Me lo oyó pensar. Decidió para sí que me echaba atrás. No me miró.

El mejor barco que podíamos coger para Berilo era una especie de gorda gabarra que zarpaba en dos días. Me puse malo sólo de verla.

Cuervo agarró una buena y estropeó aquella noche, aunque no volví a decir una palabra sobre sus hijos. Supongo que me lo oiría pensar. O se oiría a sí mismo, lo que era peor todavía.

Me desperté temprano. Cuervo estaría cuidando su resaca todo el día. Era uno de esos plastas que tenía que contarte continuamente que nunca las había tenido cuando era joven. Me fui a dar una vuelta.

Me salió muy bien. No me perdí nunca. Y la ciudad tenía tantas razas distintas después de un par de generaciones en el imperio, que en todas partes encontré a alguien que hablaba alguno de los lenguajes que comprendía.

No era muy divertido hurgar en el pasado de un amigo. Tampoco aprendí demasiado. No pude encontrar a nadie que recordase nada, y lo que recordaban sonaba más bien a cuento de hadas. Las buenas historias siempre se hacen más grandes. Pero creo que saqué algún sentido a todos esos sinsentidos.

Mucho tiempo atrás un tipo llamado el Renco era el gobernador de la provincia que incluía Ópalo. El Renco era uno de los Diez que Fueron Tomados originales, los demonios-hechiceros no muertos que eran los paladines de la Dama. Los llamaron los Tomados porque habían sido grandes villanos por derecho propio, pero habían sido esclavizados por un poder mayor y más oscuro.

Este que llamaban el Renco era tan corrupto y depravado como no ha sido nunca un gobernador.

Conocí al tipo más tarde. Había estado en los Túmulos para la última gran batalla, que desde luego fue la última para él. Todo lo que puedo decir es que no hubo nadie en todo el ancho mundo que derramara una lágrima cuando cayó. De todos los Tomados era el más sucio y demente.

De cualquier manera, era el jefe en Ópalo y él y sus amigotes estaban vaciando la provincia, robando hasta las monedas de cobre de los ojos de los cadáveres. Un cierto Baronet Corvo, cuya familia había sido aliada del imperio cuando éste llegó a la zona por primera vez, se marchó para ocupar un cargo en alguna parte. Mientras estaba fuera, su señora consiguió introducirse en la banda del Renco. Hasta el punto que ayudó a robar la mayoría de los honores y títulos de la familia del baronet y la totalidad de sus propiedades. También ayudó a incriminar a algunos tíos, sobrinos y hermanos para que pudiesen ser ejecutados y sus propiedades confiscadas.

No pude encontrar mucho de ella. El matrimonio había sido concertado y nunca hubo ningún amor en él. Tengo la impresión de que tuvo por objeto acabar con una enemistad entre familias que había durado un centenar de años. No funcionó.

Esta mujer desplumó y aniquiló la familia de Cuervo. Entonces él la mató a ella y a toda su banda, excepto al mismo Renco. Quizá podría haber dado marcha atrás si hubiera querido. El Renco nunca estuvo en buenas relaciones con la Dama. Pero Cuervo encontró a Linda, la Rosa Blanca, que se convertiría en la enemiga mortal de

la Dama...

No fue un mal trabajo de investigación, si se me permite decirlo. A pesar de que no pude encontrar nada sobre los hijos de Cuervo. Sólo hablé con dos personas que recordaban que tenía hijos. No sabían qué había sido de ellos.

Y a nadie le importaba, al parecer, menos a mí.

Vendimos los caballos. No nos dieron mucho. Estaban bastante delgados después de la paliza que se llevaron viniendo al sur. Cuervo tenía una mala resaca y no tenía ganas de regatear. Pero yo estaba cogiendo valentía a mis muchos años.

Le pregunté:

—¿Por qué motivo estamos siguiendo a Matasanos a través de todo el mundo? Especialmente cuando la última vez que os visteis te clavó una flecha. Dices que tenemos que alcanzarlo. Si no acaba el trabajo, si por casualidad te escucha, ¿qué es lo que va a hacer con lo que sea que ha ocurrido en el norte?

Tengo que admitir que era totalmente escéptico sobre lo que decía que quizá había ocurrido allá arriba. Aunque hubiera estudiado un poco de hechicería negra hace mucho tiempo.

Creo que se le podía llamar insistencia. Le dije:

—Imagino que tienes un montón de cosas importantes que hacer aquí en Ópalo.

Me echó una mirada muy fea.

—No me preocupa mucho lo que pienses sobre el tema, Lance. Ocúpate de tus asuntos.

—Son mis asuntos. Soy yo el que se ha arrastrado a lo largo del mundo, y quizá acabe muerto en alguna parte de la que no he oído hablar nunca, y todo porque tienes problemas dentro de tu cabeza.

—No eres un esclavo, Lance. Nadie te ha puesto un cuchillo en la garganta.

No podía decir: estoy en deuda contigo, hombre, pero no lo comprenderías. Me enseñaste a leer y a escribir y creo que yo valía poco como ser humano antes de que tú llegaras. Así que dije:

—Si me descuelgo, ¿quién va a limpiarte cuando te vomites encima? ¿Quién va a sacarte a rastras cuando empieces una pelea en alguna taberna y te pateen el culo?

Volvió a hacer lo de la noche anterior, y si no hubiera aparecido yo cuando lo hice podía haber conseguido que lo matasen.

Este tipo era el que cabalgaba sin descanso para salvar el mundo.

Estaba de un humor repugnante. Le dolía la cabeza por la resaca. Le molestaba la cadera. Su cuerpo se dolía de la paliza. Pero no podía encontrar una forma de responderme estando de ese humor. Solamente dijo:

—Voy a hacer lo que voy a hacer, Lance, correcto o equivocado. Me gustaría que siguieras conmigo. Pero si no puedes hacerlo no lo tomaré a mal.

—¿Y qué demonios voy a hacer con mi vida entonces? No tengo nada que me

meta en cintura.

—¿Entonces por qué sigues fastidiándome?

—A veces me gusta que lo que hago tenga algún tipo de sentido.

Cogimos el barco, que era un carguero de grano que regresaba en lastre para recoger una carga, y nos dirigimos a una parte del mundo que ni siquiera Cuervo había visto antes. Y antes de llegar al otro lado estábamos asquerosamente seguros de que no debíamos haber ido, pero decidimos no volver andando a Ópalo cuando el capitán del barco rehusó dar la vuelta.

En realidad la travesía no empezó demasiado mal. Pero entonces soltaron amarras.

Una tormenta nos cogió a mitad de camino. Se suponía que no las había en esta época del año.

—Nunca hay tormentas en esta estación —nos aseguró el contraamaestre después de que el viento rajara una vela que los gavieros no arriaron a tiempo. Durante los siguientes cuatro días mantuvo que no había tormentas en esa época del año. Así que habíamos perdido otros cuatro días cuando atracamos en Berilo.

Cuervo decidió de pronto que tenía que volver y ajustar cuentas, y yo iba a decirle que se fuera a hacer gárgaras.

La banda a la que seguíamos había dejado una pista clara. El amigo de Cuervo había atravesado Berilo a bombo y platillo, fingiendo ser un enviado imperial con una misión misteriosa.

—Matasanos tiene mucha prisa ahora —dijo Cuervo—. Va a ser una larga persecución.

Le miré, pero no dije nada.

Compramos nuevos caballos y el equipo que necesitábamos. Cuando salimos por lo que llamaban la Puerta de la Basura íbamos con siete días de retraso. Cuervo despegó como si fuese a cogerlos mañana por la mañana.

# CAPÍTULO 16

En el corazón del continente, muy al este de los Túmulos, de Galeote, la Torre y Ópalo, más allá de Lords e incluso de esa azotada desolación llamada el País Ventoso, está esa vasta, inhóspita, infértil, extraña tierra llamada la Llanura del Terror. Hay motivos de peso para el nombre. Es una tierra terrible para los hombres. Rara vez son bienvenidos.

En el corazón de la Llanura del Terror hay un círculo yermo. En el centro del círculo se yergue un nudoso árbol, casi tan viejo como el tiempo. Es el padre del joven árbol que permanece de centinela en los Túmulos.

Los pocos ásperos nómadas primitivos que viven en la Llanura del Terror lo llaman el Viejo Padre Árbol y lo veneran como a un dios. Y lo es, o está tan cerca de serlo que no hay diferencia. Pero es un dios cuyos poderes están estrictamente restringidos.

El Viejo Padre Árbol era completamente insonoro. De ser humano hubiera estado aullando de pura rabia. Después de un largo, largo espacio de tiempo, su hijo le había comunicado detalles de este periodo, del problema del monstruo cavador, de la cabeza enterrada y de la parranda homicida del hombre de mimbre loco.

La ira del árbol no estaba completamente motivada por la tardanza de su hijo. Mucha iba dirigida contra su propia impotencia y contra el terror que le inspiraban las noticias.

Un viejo diablo había sido abatido para siempre y el mundo se había relajado, volviendo a sus pequeñas preocupaciones. Pero el mal no había perdido ni un paso, estaba de vuelta otra vez, corriendo libre, desenfrenado, incontestado. Y parecía como si pudiera devorar el mundo que odiaba.

Era un dios. A partir de la más tenue evidencia podía distinguir las formas de los mañanas potenciales. Y los mañanas que veía eran eriales de sangre y terror.

El fracaso de su retoño podía ser el precursor de un fracaso aún mayor de su propia confianza.

Cuando se agotó su furia ardiente envió a sus criaturas, las piedras parlantes, a los más remotos, los más ocultos, los más sombríos rincones de la Llanura, llevando su llamamiento para una asamblea de los Pueblos, el parlamento de las cuarenta y tantas especies sensibles que habitaban en aquella parte, la más extraña, del mundo.

El Viejo Padre Árbol no podía moverse por sí mismo, ni podía proyectar su propio poder más allá de ciertos límites, pero tenía la capacidad de despachar nubes de esbirros y emisarios en su lugar.

# CAPÍTULO 17

El anciano apenas podía mantenerse en la silla cuando alcanzó Lords. Su vida había sido sedentaria. No tenía más que su voluntad y sus artes negras para defenderse de los avatares del viaje y de sus propias limitaciones físicas. Su voluntad y su habilidad eran considerables, pero no era incansable o infatigable.

Se enteró de que ahora iba cinco días detrás de su presa. La Rosa Blanca y su grupo no se estaban dando prisa, y no estaban teniendo problemas con las autoridades imperiales. Para su completa desesperación tuvo que detenerse dos días para recuperarse. Era un gasto de tiempo que, estaba seguro, tendría que lamentar más adelante.

Cuando dejó Lords lo hizo con un caballo y una mula de carga seleccionada por su resistencia y durabilidad, no por velocidad o belleza. Buena parte de la próxima etapa lo llevaría a través del País Ventoso, una tierra con mala reputación. No quería entretenerse allí.

Al atravesar las aldeas, cada vez más pequeñas, miserables y separadas cuanto más se aproximaba al País Ventoso, se enteró de que estaba ganando terreno rápidamente. Si recortar la ventaja cuatro días en otras tantas semanas podía llamarse rápido.

Penetró en la tierra deshabitada con pocas esperanzas de un pronto éxito. No había caminos fijos a través del País Ventoso, al que el imperio consideraba sin valor. Hubiera tenido que ralentizar la marcha y usar su talento para encontrar la ruta.

Pero ¿por qué hacerlo? Sabía a dónde se dirigían. ¿Por qué preocuparse de dónde estaban ahora? ¿Por qué no olvidarlo y dirigirse al lugar por dónde dejarían el País Ventoso? Si seguía presionando podía llegar antes que ellos.

Ocurrió cuando había recorrido tres cuartos del camino a través de la desolación, un laberinto de piedra desnuda y ferozmente erosionada. Había instalado su campamento, había comido y se había tumbado boca arriba para mirar como iban apareciendo las estrellas. Normalmente caía dormido en el acto, pero aquella noche algo lo rondaba insistentemente, al borde mismo de su conciencia. Le llevó un tiempo darse cuenta de qué se trataba.

Por primera vez desde que entró en el País Ventoso no estaba solo en el círculo de conocimiento abierto al inconsciente escrutinio de sus sensibilidades místicas. Había un grupo de gente a una milla al éste de su posición.

Y algo se movía en la noche, algo enorme, peligroso y alienígena que cruzaba los aires al acecho de su presa.

Extendió su mente, sondeando hacia el este, cautelosamente.

¡Ellos! ¡Su objetivo! Y alerta, agitados como él. Algo estaba a punto de ocurrir.

Se retiró inmediatamente y empezó a levantar el campamento. Refunfuñó todo el tiempo, maldiciendo los dolores y enfermedades que siempre habían estado con él. Siguió tanteando la noche en busca del espíritu cazador.

Vino y se fue, lentamente, buscando todavía. Bien. Puede que hubiese tiempo.

El viaje nocturno conllevaba más problemas de los que había supuesto. Y estaba la cosa de allá arriba, que parecía capaz de localizarle a veces, a pesar de sus esfuerzos por confundirse con la tierra de piedra. Mantenía a sus animales en constante estado de terror. La marcha era desesperantemente lenta.

El amanecer apuntaba cuando coronó una afilada cresta y localizó el campamento de sus presas en el siguiente cañón, por debajo de él. Comenzó el descenso, sintiendo dolor hasta en el cabello. Cada minuto se hacía más difícil manejar a los animales.

Una sombra enorme se deslizó sobre él y siguió deslizándose. Miró hacia arriba. Una cosa de un millar de pies de largo se lanzaba hacia el campamento de los que buscaba. Las paredes de piedra que le rodeaban corearon su grito: ¡Espera!

Esperaba el letal pinchazo de las flechas a cada paso que daba. Esperaba el aplastante, el punzante abrazo de los tentáculos de la ballena del viento. Pero ningún horror llegó a alcanzarle.

Un hombre delgado y oscuro se dirigió hacia él. Tenía los ojos tan duros y oscuros como fragmentos de obsidiana. Detrás de él, cerca, otro hombre dijo:

—¡Qué me zurzan! Es el hechicero aquel, Bomanz, el que se suponía que se había comido el dragón de los Túmulos.

# CAPÍTULO 18

Una serpiente de fuego se deslizó hacia el sur, devorando castillos, ciudades y pueblos, aumentando su tamaño aún cuando fuese dejando pedazos suyos por el camino. A su paso sólo dejaba negro llameante y rojo sangriento.

Perro Matasapos y el hombre de mimbre eran los mortales colmillos de la serpiente.

A pesar de todo el hombre de mimbre tenía límites físicos. Y periodos de lucidez. En Rosas, después de castigar la ciudad, en un momento de racionalidad, decidió ni el ni sus soldados podían mantener el ritmo actual. De hecho las bajas entre sus seguidores eran más numerosas por las privaciones que por las acciones enemigas.

Estuvo acampado al lado de la ciudad arruinada durante varios días, recuperándose, hasta que el gran número de deserciones de soldados cargados de botín le confirmó que sus soldados estaban suficientemente descansados.

Cinco mil hombres le siguieron en su marcha hacia Hechizo.

La Torre estaba sellada a cal y canto. Le reconocieron allí. No lo querían dentro. Le llamaron rebelde, traidor, loco, escoria y mucho más. Se burlaron de él. Ella estaba ausente, pero sus lacayos permanecían fieles, desafiantes e insuficientemente asustados.

Colocaron gusanos de poder serpenteando sobre la ya adamantina piedra, enredados con los conjuros tejidos durante la construcción de la Torre: cimbreadas lombrices de rosa, azul, verde pastel, que acudían a cualquier punto atacado para absorber la energía mística aplicada desde el exterior. Los hechiceros de la Torre no eran tan grandes como su atacante, pero tenían la ventaja de combatir desde defensas erigidas por alguien que sí había sido más grande que él.

El hombre de mimbre arrojó su furia hasta que el agotamiento lo venció. Pero sus mayores esfuerzos sólo dejaron pequeñas cicatrices, manchas apenas, en la pared de la Torre.

Le provocaron y se burlaron de él, aquellos locos, pero después de unos días se cansaron del juego. Irritados por su persistencia comenzaron a devolverle cosas. Cosas que ardían.

Se puso fuera de su alcance.

Sus tropas ya no le creyeron cuando afirmó que la Dama había perdido su poder. Si así fuera, ¿por qué sus capitanes eran tan obstinados?

Debía ser cierto que ella no estaba en la Torre. Si no estaba podría volver en cualquier momento convocada para ayudar a sus seguidores. En ese caso no parecía muy inteligente ser encontrado en el campamento del hombre de mimbre.

Su ejército empezó a evaporarse. Compañías enteras se desvanecieron. Quedaban poco más de dos mil cuando los conjuros del hombre de mimbre consiguieron por fin abrir brecha en la puerta de la Torre. Irrumpieron en ella sin entusiasmo y encontraron su pesimismo justificado. La mayoría murió en las trampas de la Torre antes de que su amo pudiese entrar tras ellos.

No le fue mucho mejor.

Retrocedió rápidamente, rodó sobre el suelo para extinguir las llamas que roían su cuerpo. Llovían piedras desde las almenas amenazando con aplastarlo. Pero escapó, y lo bastante rápido para evitar la defección de los pocos centenares de hombres que le quedaban.

Perro Matasapos no participó. Y no se quedó por allí tras aquella humillación. Maldiciendo a cada paso, el hombre de mimbre lo siguió.

Los defensores de la Torre usaron su brujería para hacer que sus risas le persiguieran durante varios días.

Lo pagaron las ciudades entre Hechizo y el mar, y Ópalo doblado. La venganza del hombre de mimbre fue tan concienzuda que tuvo que esperar seis días entre las ruinas hasta que un incauto capitán fondeó su barco para investigar el desastre.

La rabia del hombre de mimbre alimentó su frustración. Parecía que el destino conspirara para impedir su venganza. A pesar de todos sus frenéticos y infatigables esfuerzos no había ganado terreno, excepto en el reino de la locura, aunque no lo reconocía.

En Berilo se encontró con hechicería casi tan potente como la que había enfrentado en la Torre. Los defensores de la ciudad riñeron un feroz combate en lugar de doblar la rodilla ante él.

Su furia, su locura, llegaron a intimidar incluso a Perro Matasapos.

## CAPÍTULO 19

Tully se sentó en un tronco, se rascó y dirigió la mirada en la dirección aproximada del árbol. Smeds no creyó que estuviera viendo nada. Volvía a compadecerse de sí mismo. O casi.

—Mierda —murmuró—. Y al diablo con él.

—¿Qué?

—He dicho que al diablo con él. Ya he tenido bastante. Nos vamos a casa.

—¿Cómo dices? ¿Qué ha pasado con las lujosas casas, los lujosos caballos y las lujosas señoras que ibas a disfrutar toda tu vida?

—Que se jodan. Hemos estado aquí toda la maldita primavera y la mitad del verano y no tenemos nada. Voy a ser un mendigo del Lado Norte toda la vida. Me da una locura y pienso que puedo ser más de lo que soy.

Smeds miró hacia el árbol. Timmy Locan estaba allí, lanzando palos. Un estúpido ejercicio que nunca llegaba a aburrirle. Estaba tentando la suerte, acercándose más que nunca, recogiendo palos que habían caído lejos en anteriores intentos y lanzándolos a la pila alrededor del árbol. Llevaba menos trabajo que recorrer los bosques para recolectar leña. Los bosques cercanos estaban tan limpios ya como un jardín.

Smeds pensó que parecía que podían prender el fuego cualquier día. En algunos puntos la pila de madera llegaba a los quince pies de altura y no dejaba ver el árbol.

—¿Qué te pasa, Tully? —El gimoteo y el derrotismo cuadraban con su comportamiento desde su paseo por el río, pero el momento era sospechoso—. Estaremos listos para hacer la fogata un día de estos. ¿Por qué no esperas hasta entonces?

—Que se joda. No funcionará y lo sabes. Y si no lo sabes es que eres idiota.

—Si te vas a ir a casa, vete. Yo voy a aguantar y ver que pasa.

—He dicho que nos vamos a casa. Todos.

Bien, pensó Smeds. Tully estaba intentando joder un poco.

—¿Qué te apuestas a que pierdes la votación por tres a uno, primo? Si quieres irte, vete. Nadie va a detenerte.

Tully intentó una bravuconada, comportándose como si fuera una especie de general.

—Tranquilízate, Tully. No soy un genio, pero ¿cómo de idiota crees tú que soy?

Tully tardó un poco demasiado en decir:

—¿Eh?, ¿qué quieres decir?

—La noche en que perdiste el culo y nos dejaste atrás en el río. Me hizo pensar en

cómo me habías tratado antes. No ibas a tirar de mí esta vez, Tully. Ibas a largarte con el clavo dejando atrás al viejo Smeds con el dedo metido en el culo.

Tully empezó a afirmar su inocencia de haber tenido ni siquiera pensamientos de esa índole. Smeds se puso a mirar a Timmy Locan tirando palos. Ignoró a Tully. Un rato después vio a Pez acercándose desde el pueblo. El viejo llevaba algo sobre el hombro. Smeds no podía ver lo que era. Esperaba que fuese otro ciervo enano como el que el viejo había cazado dos semanas atrás. Había sido una gran comida.

Timmy localizó a Pez. Perdió interés en sus palos y se acercó.

Lo que traía Pez no era un ciervo, sino una especie de fardo que sonó a metal cuando lo soltó delante del tronco.

—El olor se fue por allí, aunque lo investigué. —Abrió su fardo, que había hecho con una alfombra destrozada—. Esos tipos no tuvieron tiempo para saquear como es debido cuando se marcharon por allí.

Smeds abrió la boca todo lo que pudo. Había libras y libras de monedas, y algunas de ellas eran de oro. Había anillos, brazaletes, pendientes, broches, collares, algunos de ellos de verdadero ensueño. Nunca había visto tanta riqueza junta. Pez dijo:

—Probablemente haya un montón más. Sólo he cogido lo que era fácil de encontrar y he parado cuando no podía llevar más.

Smeds miró a Tully.

—Y tú querías dejarlo porque todo esto era un desastre.

Tully miró el montón, impresionado. Entonces su expresión se volvió suspicaz y Smeds supo que se estaba preguntando si Pez había escondido lo mejor para recogerlo más tarde. Típico pensamiento de Tully Stahl. Típico y estúpido.

Si Pez hubiese querido podía haberlo ocultado todo y no decir nada. Nadie hubiera notado la diferencia. Nadie había mostrado interés por el pueblo. Nadie quería pensar en lo que había ocurrido allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Pez, mirando alternativamente a Tully y a Smeds. Este dijo:

—Este estaba gimoteando porque todo esto era un enorme desastre y estaba harto de él y quería que nos fuésemos a casa. Pero mira ahí. Incluso si no tenemos suerte con el árbol hemos triunfado como bandidos. Podría vivir bastante bien durante una buena temporada con una parte de esto.

Pez volvió a mirar a Tully y a Smeds y dijo:

—Ya veo —y quizá lo viese. Aquel viejo no era tonto en absoluto—. Timmy, tienes buen ojo para estas cosas. ¿Por qué no lo divides en partes iguales?

—Claro. —Timmy se sentó y hundió las manos en las monedas riendo—. ¿Alguien ve algo que quiera quedarse?

Nadie quería.

Timmy lo hizo muy bien. Ni siquiera Tully encontró motivos para quejarse del reparto. Pez dijo:

—Debe haber más por allí. Por no mencionar un montón de acero que podríamos recoger para venderlo si traemos un carro.

Después de que recogieran sus partes, Tully y Viejo Pez volvieron al pueblo. Smeds no quería ir a ningún sitio cerca de aquel lugar, pero pensó que tenía que hacer algo para mantener honesto a Tully. Timmy no quiso ir de ninguna manera. Le encantaba seguir aumentando el montón de madera.

Saquear el pueblo les llevó diez días a jornada completa, incluyendo la recogida de todas las armas y de algunos artículos grandes de valor, el empaquetado y escondite para posterior recuperación. Juntaron bastante dinero, joyas y otras cosillas como para cargar pesadamente a cada uno de ellos.

Incluso Tully parecía complacido y feliz. Por el momento. Una noche, sin embargo, dijo:

—¿Sabéis lo que me corroe? ¿Cómo es que nadie en toda la maldita ciudad de Galeote ha tenido la misma idea que yo? Hubiera apostado mis pelotas a que después de tanto tiempo estaríamos hasta el culo de tipos intentando arrancar de ese clavo.

Viejo Pez gruñó:

—He estado preguntándome por qué nadie viene a ver qué le ha pasado a la guarnición.

A nadie se le ocurrió ninguna explicación. Las preguntas quedaron allí aparcadas, como un pescado demasiado podrido para ignorarlo y demasiado grande para apartarlo del camino. Pez dijo:

Creo que es el momento de prenderle fuego y ver si va a funcionar o no. Si ese montón de leña crece más Timmy no podrá lanzar los palos a lo alto.

Smeds se dio cuenta de que era reacio a dar el siguiente paso. Tully no parecía demasiado ansioso, sin embargo. Pero Timmy tenía una sonrisa de oreja a oreja. Estaba deseando hacerlo.

Tully se inclinó hacia Smeds y le dijo:

—El pecas trabajó con antorchas allá en el pueblo. Le gusta ver arder las cosas.

—Tenemos un día perfecto para el trabajo —dijo Pez—. Una ligera brisa para avivar el fuego. Un día soleado y cálido, que es cuando sabemos que duerme más profundamente. Lo único que tenemos que hacer es mirar en los pantalones y ver si tenemos pelotas. Luego al asunto.

Se miraron unos a otros durante un rato. Finalmente Smeds dijo:

—De acuerdo.

Y se pusieron en marcha. Recogió el haz de ramas que tenía para lanzarlo. Pez y Timmy cogieron los suyos. Tully tuvo que ir más lejos.

Prendieron los haces en el fondo del agujero cavado por el monstruo, luego

salieron de un salto y corrieron hacia la montaña de palos desde el lado de barlovento. Los fardos de ramas pesaban como el demonio. El de Tully, lanzado desde demasiado lejos, cayó corto, pero no fue un problema.

Smeds, Timmy y Pez corrían como demonios en línea recta. Tully zigzagueando. El árbol no despertó antes de que alcanzaran la cobertura del bosque.

Para entonces el fuego había alcanzado proporciones infernales.

Aleatorios relámpagos azules danzaban alrededor. No duraron mucho, sin embargo.

Smeds pudo sentir el calor desde donde estaba tumbado, observando. Era una fogata magnífica, pero no estaba impresionado. Lo que estaba, principalmente, era triste.

El fuego ardió el resto del día. A medianoche Timmy fue a ver y volvió diciendo que todavía quedaba un montón de brasas bajo la ceniza y que no había podido acercarse.

A la mañana siguiente fueron todos a mirar. Smeds estaba atónito. El árbol seguía en pie. Su tronco estaba carbonizado y sus hojas habían desaparecido, pero seguía en pie, con el clavo de plata centelleando perversamente a la altura del ojo. Y no se quejó de su presencia, por mucho que se acercaran.

No pudieron acercarse bastante. Las brasas proyectaban todavía demasiado calor. Acarrearon agua desde el río y enfriaron un camino. Timmy Locan se presentó voluntario para llevar la palanca y sacar el clavo.

—No puedo creerlo —dijo Tully cuando Timmy, con la palanca en la mano, se dirigió hacia el árbol y éste no hizo nada—. No puedo creérmelo, maldita sea. De verdad vamos a hacerlo.

Timmy gruñó, tiró, maldijo y no ocurrió nada.

—¡Este hijo de puta no quiere salir!

De repente saltó. Timmy lo atrapó en el aire con la mano izquierda, sosteniéndolo un segundo.

Entonces aulló y lo dejó caer.

—Oh, mierda, este bastardo está ardiendo. —Fue corriendo y gritando hasta el último cubo de agua y hundió la mano en él. La palma estaba completamente roja y ya empezaban a aparecer ampollas.

Pez cogió una pala sacó el clavo de las ascuas.

—Mira, Timmy, he logrado sacarlo de ahí.

—Mi mano...

—No está bien hacerse una quemadura así. Vuelve al campamento. Tengo algo de ungüento allí que te aliviará un montón.

Timmy se llevó su mano. Pez echó el clavo en el cubo. El agua siseó y borboteó. Pez dijo:

—Lleva el cubo, Smeds.

Justo entonces dijo Tully:

—Mejor nos largamos. Creo que está empezando a despertarse.

Era difícil asegurarlo, con el cielo tan brillante de fondo, pero parecía como si hubiera delgados hilos de azul en los extremos de las ramitas supervivientes más pequeñas.

—El clavo ya no conduce el calor al interior de la madera, ¡larguémonos! —dijo Pez, al volverse sólo vio espaldas, rodillas batientes y codos bamboleantes.

Smeds miró atrás antes de sumergirse en el bosque. Justo cuando el árbol desencadenaba un salvaje descarga al azar. El destello casi le ciega. Las cenizas se arremolinaron. El dolor, el disgusto y... ¿la aflicción?... del árbol le alcanzaron como una dulce y triste lluvia. Sintió lágrimas corriendo por su cara y culpabilidad en su corazón.

Viejo Pez llegó al campamento un paso por delante de Tully, avergonzado porque el vejete había corrido más que él. Pez dijo:

—Nos queda un montón de luz. Sugiero que salgamos disparados. Timmy, déjame ver esa mano.

Smeds miró por encima del hombro de Pez. La mano de Timmy parecía estar muy mal. A Pez tampoco le gustó lo que vio. Lo contempló, gruñó, frunció el entrecejo, lo estudió, volvió a gruñir.

—El ungüento no bastará. Voy a recoger algunas hierbas para un emplasto. Debía estar más caliente de lo que pensaba.

—Duele como el infierno —dijo Timmy con los ojos llenos de lágrimas.

—El emplasto lo mejorará. Smeds. Cuando saques ese clavo del cubo no lo toques. Échalo sobre aquella alfombra vieja y luego enróllala. No creo que nadie deba tocarlo.

—¿Por qué demonios no? —preguntó Tully.

—Porque quemó a Timmy mucho más de lo que debería. Porque es una cosa maligna y quizá no debiéramos correr riesgos.

Smeds hizo lo que Pez dijo, después de que el anciano hubiera ido a buscar sus hierbas. Después de volcar el cubo movió el clavo hasta una parte seca de la alfombra con un palo.

—¡Eh! ¡Tully! Mira esto. Sigue caliente después de haber estado en el agua. — Pasando la mano sobre él podía sentir el calor a un pie de distancia.

Tully lo probó también. Parecía preocupado.

—Mejor lo envuelves bien, lo atas fuerte y lo metes en el medio de tu mochila.

—¿Eh? —¿Tully no quiere llevarlo él mismo? ¿No lo quiere bajo su control en todo momento? Eso era preocupante.

—¿Quieres echarme una mano? —preguntó Tully—. Nunca puedo ponerme esta

mochila solo.

Smeds acabó de envolver el clavo y se acercó. Sabía por su tono de voz que Tully quería susurrarle algo al oído.

Después de empaquetar, enrollar y atar, Tully murmuró:

—He decidido no hacerlo durante el camino de vuelta. Vamos a necesitarlos todavía. Lo haremos más tarde, en la ciudad.

Smeds asintió, sin decir que no iba a hacerlo jamás, y que iba a hacer lo imposible para ver que Pez, Timmy y él mismo consiguieran su parte del valor del clavo.

Tenía bastante claro lo que rondaba por la cabeza de Tully. Tully no iba a quedarse satisfecho con el pelotazo que habían conseguido. Tully pensaba que Pez y Timmy eran buenas mulas de carga. Podían llevar su parte a casa. Una vez que estuvieran en el pueblo ya se las quitaría.

Smeds tenía una sospecha. Tully tampoco iba a quedar satisfecho con una parte de dos.

## CAPÍTULO 20

Nuestro fuego ardió hasta que no quedaron más que algunas manchas rojas. De vez en cuando una llamita se levantaba y danzaba unos segundos, luego moría. Yo contemplaba las estrellas. La mayoría eran las que había conocido toda mi vida, pero se habían movido a zonas extrañas del cielo. Todas las constelaciones estaban descolocadas.

Era una buena noche para estrellas fugaces. Ya había visto siete.

—¿Incómodo? —preguntó Cuervo. También había estado mirando al cielo.

Me contempló. No había dicho nada desde la comida. Tampoco entonces habíamos hablado mucho.

—Asustado. —Había perdido la noción del tiempo. No tenía ni idea de qué distancia habíamos recorrido o de dónde nos encontrábamos, excepto que estábamos jodidamente lejos de casa y hacia el sur.

—Y preguntándote qué demonios estás haciendo aquí, sin duda.

—No. Creo que tengo una leve idea. Mi problema es que no me gusta tener que arrastrarme por ahí, como un ladrón. Podrían confundirme con uno.

No quise añadir que no me gustaba estar en sitios donde la única persona que podía entenderme era él. Si algo le ocurriese... Eso era lo que más me preocupaba.

Era demasiado horrible para pensar en ello:

—Pero es demasiado tarde para regresar. —Dije.

—Hay quien dice que nunca es demasiado tarde.

Así que estaba pensando en sus hijos otra vez, ahora que estaba totalmente a salvo del peligro de tratar con ellos. Puede que también hubiese reconsiderado nuestra cabalgada hacia lo desconocido.

Aunque yo no pudiese verlas, y puede que él tampoco, sin duda había poderosas emociones guiándole. Todas tenían una etiqueta con el nombre de Linda, aunque nunca llegó a mencionarla. La culpabilidad había creado un monstruo que se había posado en su hombro, aleteando y picoteándole ojos y orejas. Quizá intentaba acallar esa bestia alcanzando a su camarada Matasanos y contándole lo que había pasado en los Túmulos.

Puede que la determinación hubiera comenzado a pasar frío. Una cosa era salir disparados detrás de un tipo esperando cogerle en unas pocas semanas y unos pocos cientos de millas y otra muy distinta seguir la pista meses y meses y miles de millas. La gente no está hecha para aceptarlo indefinidamente. El camino puede mellar la voluntad más férrea.

Mostró la sombra de sus dudas cuando dijo:

—Matasanos está ganándonos otra vez. No tiene que ser tan cuidadoso como nosotros. Tenemos que buscar una manera de correr más, si no lo perseguiremos hasta el borde del mundo sin alcanzarlo.

Mierda. Estaba hablando para sí mismo, no para mí. Intentando encontrar algo del entusiasmo que había extraviado en alguna parte del camino. No había manera de correr más. No sin correr el riesgo de meternos en problemas con los habitantes de los países que atravesábamos.

Nos estábamos forzando tanto que estábamos matándonos lentamente.

Capté algo a lo lejos, hacia el norte.

—Allí. ¿Lo has visto? Es como lo que te dije el otro día. Un rayo en cielo despejado.

Se lo había perdido.

—Quizá haya una tormenta por allí.

—Simplemente mantén un ojo atento.

Vimos una serie de destellos tan apagados que su fuente debía de estar muy lejos al otro lado del horizonte. Normalmente ese tipo de rayos iluminan las siluetas de las nubes.

—No hay ni una nube —dijo Cuervo—. Y no hemos visto ninguna desde hace semanas. Y apostaría a que no veremos ninguna mientras cruzamos esta estepa. —Contempló otro destello. Se estremeció—. No me gusta esto, Lance. No me gusta en absoluto.

—¿De veras? ¿Qué es lo que ocurre?

—No lo sé. No exactamente. Pero siento de nuevo ese hormigueo, esa mala sensación que experimente en Galeote y que me envió a esta cruzada.

—¿La cosa del Túmulo?

Se encogió de hombros.

—Quizá. Pero eso no tendría sentido. Si es realmente quien creo que es, debería estar atareado tomando el imperio y poniéndose a salvo de los pocos Tomados sueltos que todavía pueden estar merodeando por ahí.

Yo había tenido algo de tiempo para pensar un poco acerca de lo que podía haberse movido en el Túmulo y haber tenido tanto impacto en Cuervo. Sólo había una respuesta que encajara, aunque no parecía probable. Habían quemado su cuerpo y esparcido sus cenizas. Pero no habían sido capaces de encontrar su cabeza.

—Si es realmente el Renco, entonces tenemos problemas. Nada de lo que hizo tuvo nunca mucho sentido. No para nosotros los mortales. Siempre estuvo loco hasta el delirio.

Me lanzó una mirada de sorpresa, luego una suave sonrisa.

—No tienes serrín entre las orejas, ¿eh, muchacho? De acuerdo. Pon esos sesos a trabajar intentando imaginar por qué incluso un hechicero loco nos perseguiría a

través del mundo. Aceptando la posibilidad de mil contra uno de que realmente sea él quien está organizando todo esto.

Me eché hacia atrás y empecé a contemplar de nuevo las estrellas fugaces. Conté seis más sin pensar realmente en el Renco, porque aquella no era una idea que pudiera tomarse en serio. El Renco no sentía ningún amor hacia Cuervo, pero seguramente su inquina no era tan grande tampoco como para perseguirle. Loco o no.

—Entre una roca y un lugar duro. —Las palabras parecieron escapárseme de la boca.

—¿Qué?

—Aprieta el cinturón de tu ego, hermano Corvus. No va tras nosotros. Si se trata de él.

—¿Eh? —Sus ojos se entrecerraron suspicazmente. Aquello hizo que su frío ojo de halcón pareciera más depredador que nunca. Había tenido que usar aquel nombre familiar.

—Va tras lo mismo que nosotros: La Compañía Negra.

—Eso tampoco tiene sentido, Lance.

—Y un infierno no lo tiene. Es la única forma en que puedes conseguir que tenga algún sentido. Simplemente no estás pensando en el mundo de la forma en que lo haría uno de los Tomados. Tienes una visión equivocada de él, todavía piensas que la gente es gente. Los Tomados no piensan así, nunca lo han hecho. Para ellos la gente no son más que instrumentos y esclavos, materia viva de usar y tirar. Excepto aquella que es tan poderosa que los convirtió en sus esclavos. Y ella cabalga con tu compañero Matasanos, por todo lo que sabemos. ¿No es así?

La idea caló. Se volvió, examinó mis palabras, gruñendo y sacudiéndose como un perro cagando huesos de melocotón. Al cabo de un rato dijo:

—Ella ha perdido sus poderes, pero no ha perdido nada de lo que sabía. Y eso era conocimiento suficiente como para conquistar medio mundo y domar a los Diez Que Fueron Tomados. Es un gran premio para cualquier hechicero que pueda echarle la mano encima.

—Tú lo has dicho. —Cerré los ojos e intenté dormir. Me costó un poco.

## CAPÍTULO 21

El viejo estaba sentado en silencio. Cuando se movía lo hacía muy lenta y cuidadosamente. Su status era ambiguo. Había perseguido a aquella gente a través de todo un continente, había estado a punto de matarse por ello, ¿y para qué?

Para nada, eso era. Absolutamente para nada.

Eran lunáticos. Deberían encerrarlos por su propia protección.

La mujer lo observó desde unos seis metros a su izquierda. Era una rubia de pelo estropajoso y ojos azules, metro sesenta y cinco, veintitantos años. Tenía una mandíbula cuadrada, unas posaderas demasiado anchas, y una actitud simplona que hacía que uno se preguntara si había alguien detrás de aquellos ojos acuosos. Y debido a todo ello, había algo fuertemente sensual allí.

Era Sordomuda. Sólo podía comunicarse a través del lenguaje de los signos.

Ella estaba al mando. Era Linda, la Rosa Blanca, la que había puesto punto final al oscuro dominio de la Dama.

¿Cómo demonios podía ser eso? La cosa no encajaba.

A su derecha había un hombre que lo observaba con el mismo calor que una serpiente. Era alto, delgado, moreno, duro como una piedra y con menos sentido del humor. Estos días vestía de negro, lo cual debía ser una afirmación de algún tipo, pero ¿quién podía decir cuál? No hablaba. Se negaba llanamente a ello. Por ese motivo lo llamaban Silencioso.

Era un hechicero. Las herramientas de su oficio permanecían esparcidas a su alrededor. Como si esperara que su reacio invitado intentara algo.

Los ojos de Silencioso eran tan negros como el azabache, duros como diamantes y amistosos como la muerte.

¡Maldita sea! Un hombre cometía un error, y cuatrocientos años más tarde aún no le dejaban olvidarlo.

Había otros tres hombres alrededor en alguna parte, hermanos con el apellido Torque que parecían no tener nombres adjudicados. Respondían a nombres tan absurdos como Pie Palmeado, Pene de Asno y Hermano Oso, excepto que Pene de Asno se convertía en Rechoncho cuando Linda estaba lo suficientemente cerca para oírlo, aunque no pudiera hacerlo.

Los cuatro hombres la adoraban. Y era evidente para todo el mundo excepto ella que el llamado Silencioso albergaba ambiciones románticas.

Lunáticos. Hasta el último de ellos.

Alguien detrás de él gritó:

—Set Greda ¿Qué traición estás preparando ahora? —y estalló en risitas.

Cansadamente, por milésima vez, repitió:

—Lámame Bomanz. No he usado el Set Greda desde que era un muchacho. —  
No miró a su alrededor.

Había pasado mucho, mucho tiempo, desde que había sido Set Greda. Al menos ciento cincuenta años. No llevaba la cuenta exacta. Hacía un año desde que había escapado de las garras de una hechicería que lo había mantenido en estasis la mayor parte de ese tiempo. Conocía los años intermedios de conflicto y horror —los años de ascensión y desarrollo del imperio de la Dama— sólo de oídas.

Él, Bomanz o Set Greda, era una reliquia viviente de antes del hecho. Un loco que no tenía motivos para sobrevivir a él, que deseaba usar esos últimos e inesperados años que le habían sido regalados para expiar su culpa por la parte que había tenido en el despertar y liberación de la antigua maldad.

Esos idiotas no estaban preparados para creer en eso, no importaba lo malditamente cerca que había estado de resultar muerto manteniendo a aquel dragón lejos de ellos durante la gran degollina final, el último invierno en el Túmulo.

Malditos estúpidos. Había causado todo el daño que había podido causar en toda una vida.

Los tres hermanos se acercaron desde donde estaban para unirse a la vigilancia. Así que no era uno de ellos el que había gritado. Aunque Bomanz ya lo sabía. Dos de los tres no podían hablar ningún lenguaje que él comprendiera. El tercero hablaba forsberger tan entrecortadamente que ni siquiera valía la pena intentar comprenderle.

El estúpido que podía comprender algo del anticuado forsberger que hablaba Bomanz desconocía el lenguaje de los signos, por supuesto. De modo que cualquier comunicación no oída directamente por Silencioso o leída en los labios por Linda simplemente se perdía.

Sólo las piedras se comunicaban como gente normal.

No le gustaba hablar con las rocas. Había algo perverso en mantener una conversación con una roca.

El problema con estar aquí era que los seres humanos, aunque lunáticos, eran la parte más cuerda, más creíble, del mobiliario.

Por primera vez en su vida, si deseaba construir castillos de nubes, tenía que mirar hacia abajo.

Le habían arrastrado hasta aquel campamento en el País Ventoso. Estaba en el lomo de uno de aquellos fabulosos monstruos de la Llanura del Miedo, una ballena del viento. El animal tenía trescientos metros de largo y casi sesenta de ancho. Desde abajo parecía como un cruce entre una medusa acorazada y el tiburón más grande del mundo. Desde arriba, donde se hallaba Bomanz, el amplio y plano lomo parecía algo surgido de los sueños de un fumador de opio. Como los imaginarios bosques que podían crecer en esas enormes cavernas que se decía que se extendían a kilómetros

por debajo de la superficie de la tierra.

Este bosque estaba habitado por suficientes criaturas extrañas como para poblar las más extravagantes pesadillas de cualquiera. Todo un zoo. Y todas sintientes.

La ballena del viento se apresuraba hacia alguna parte, pero no demasiado rápido. Se enfrentaba a vientos de cara durante todo el camino. Y muy a menudo el monstruo tenía que descender y arrasar casi un centenar de hectáreas de suelo para aplacar un poco su hambre.

Aquella maldita cosa apestaba como siete zoos.

Un par de extraños personajes lo habían elegido para meterse constantemente con él. Uno era un pequeño mono de las rocas, casi todo él cola, no mayor que una ardilla listada. Tenía una voz aguda, chillona, insistente, que le hizo recordar a su esposa muerta hacía mucho tiempo, aunque nunca comprendió ni una palabra de lo que decía.

Había también una tímida criatura centauroide puesta del revés, con la parte humana detrás. Esa parte era inquietantemente atractiva. Parecía intrigada por él. No dejaba de verla observándole por entre los bosquecillos de inciertos órganos que erizaban el lomo de la ballena del viento.

Peor aún, había un solitario buitres parlante que tenía nociones superficiales de forsberger y una boca insolente. Bomanz no podía alejarse del pájaro que, de haber sido humano, hubiera vagado por las tabernas presumiendo de ser la máxima autoridad en el mundo, armado con una desinformada y siempre a punto opinión sobre cualquier tema concebible. Su alegre intolerancia y su despreocupada ignorancia empujaban hasta el límite el temperamento del viejo.

Las cosas llamadas mantas, que parecían versiones voladoras de color negro de las mantarrayas de los mares tropicales, simbioses de las ballenas del viento, con envergaduras de alas de diez a quince metros, eran los más espectaculares y numerosos de sus compañeros no humanos. Aunque su aspecto era de peces, al parecer eran mamíferos. Vivían toda su vida en el lomo de las ballenas del viento. Tenían mal temperamento, eran peligrosas, y se resentían amargamente de tener que compartir su territorio con formas de vida inferiores. Sólo la voluntad de su dios contenía su despecho.

Había docenas de otras criaturas igualmente notables, cada una de ellas más absurda que la anterior, pero se mostraban tímidas ante los humanos y permanecían a distancia.

Descontando las mantas, la tribu más numerosa y molesta eran las piedras parlantes.

Como la mayoría de la gente, Bomanz había oído historias acerca de los mortíferos menhires parlantes de la Llanura del Miedo. La realidad parecía tan horrenda como las historias. Eran tan tímidos como una avalancha, y unos mortales

bromistas. Eran responsables de la terrible reputación de la Llanura. Por todo lo que Bomanz podía decir, lo que todo el mundo consideraba una perversidad asesina para ellos no era más que bromas pesadas.

¿Qué podía ser más hilarante que un viajero siguiendo falsas pistas que, tropezaba con un pozo de lava o veía que su montura le era arrancada de debajo de sus piernas por un gigantesco león de las arenas?

Las piedras, en forma de menhires de hasta cinco metros de alto, eran materia de mil historias, casi ninguna agradable. Pero el verlas y oírlas, y tener que tratar con ellas era una experiencia que hacía que las historias palidecieran, aunque ahora las piedras se comportaban comedidamente.

Ellas también se hallaban allí por la fuerza.

Las piedras no tenían dificultades de lenguaje. Afortunadamente muchas de ellas eran del tipo lacónico. Pero cuando decían algo su habla era amarga, ácida, cáustica. En conjunto eran unos vándalos verbales. Entonces, ¿cómo era posible que su dios las hubiera convertido en su cuerpo diplomático?

No era extraño que la Llanura del Miedo fuera una casa de locos declarada. El dios árbol que la regía era un lunático de veinticuatro quilates.

Las piedras eran en su mayoría de color pardo grisáceo, sin orificios u órganos visibles. De gran parte de ellas colgaban musgos, líquenes y todo tipo de bichos, como de cualquier peñasco normal que yacía con la boca cerrada. Intimidaban mortalmente a Bomanz, al que le gustaba fingir que no se asustaba por ninguna maldita cosa.

Había momentos en los que le faltaba poco para golpearlas hasta reducirlas a grava parlante.

¡Malditas criaturas extrañas!

Cada ciento cincuenta kilómetros la ballena del viento descendía hasta que su barriga se arrastraba por el suelo. Miembros de todas las especies, incluidos los hermanos Torque, empezaban a cantar una alegre canción de trabajo y convergían sobre el menhir que se había mostrado más irritante últimamente. «¡Hey-ho!», era lanzado por el costado de la ballena, entre terribles amenazas y horrendas imprecaciones. Pese al pretendido Sentido del humor, las piedras entonaban temerosos yodels durante todo el camino hasta el suelo.

Malditos locos estúpidos.

No importaba cómo cayeran las malditas rocas, siempre aterrizaban de pie, como los gatos.

El espectáculo aterraba mortalmente a los raros campesinos lo bastante desafortunados como para presenciarlo.

Las piedras eran las criaturas de las Llanuras y el sistema de comunicación del dios árbol. Hablaban entre sí de mente a mente..., aunque Bomanz no les atribuía el

crédito de una auténtica sentiencia. Nadie se lo diría nunca claramente, pero sospechaba que el Viejo Padre Árbol en persona dirigía aquella operación —fuera la que fuese— desde el otro extremo.

Una de aquellas pequeñas cosas que hallaba desconcertantes era el hecho de que, no importaba cuántas piedras cayeran por el costado, la población de menhires nunca disminuía. De hecho, algunas de las mismas viejas piedras aparecían de nuevo a bordo.

Maldita locura.

—¡Hey, Set Greda, viejo pedo maloliente!, ¿todavía no has pensado cómo jodernos? ¡Croac!

El buitre parlante había venido. Bomanz respondió con un suave y engañoso gesto, consistente en rodear con su mano el cuello del pájaro.

—Sólo a ti personalmente, aliento de carroña.

Todos los ojos miraron. Nadie se movió. Nadie se lo tomó en serio.

Los hermanos Torque vitorearon.

—¡Adelante, viejo!

Pie Palmeado croó en su extravagante lengua:

—¡Anúdale el cuello!

—¡Imbéciles! —murmuró Bomanz—. Estoy rodeado de imbéciles. A merced de cretinos. —Y más fuerte—: Voy a retorcerte el cuello hasta hacer un nudo en él y a trenzarte los dedos de los pies si no dejas de una vez el Set Greda y empiezas a llamarme Bomanz.

Soltó al pájaro.

El buitre aleteó y graznó.

—¡Greda se ha alborotado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Greda se ha vuelto un loco furioso!

—Oh, vete al infierno. Estoy rodeado de lunáticos.

Hubo una risotada general y una serie de bufonadas de un tipo que no había visto nunca desde sus días de estudiante. Pero Linda y Silencioso no se rieron ni dejaron de observarle. ¿Qué demonios tenía que hacer para que comprendieran que estaba de su lado?

—¡Ja! —Le golpeó inesperadamente. Una iluminación. No desconfiaban de él porque era quien con su torpeza había despertado viejas maldades y las había liberado para que recorrieran la tierra durante otra tenebrosa centuria. Había cumplido con su parte en la rectificación. No. Sabían qué había impulsado sus investigaciones en primer lugar. Su búsqueda de herramientas con las cuales conseguir poder. Su insondable y obsesivo amor hacia la Dama, que lo había distraído de tal modo que había cometido los errores que le habían permitido a ella romper sus ataduras.

Podían creer que se había librado de su hambre de poder, pero ¿llegarían a creer

alguna vez que se había librado de su obsesión hacia aquella oscura mujer? ¿Cómo podía convencerles cuando todavía no había podido convencerse a sí mismo? Ella había sido un pábilo mortal para muchas polillas de hombres, y la llama no había perdido su atractivo estando fuera de la vista o fuera del alcance.

Gruñó, se agitó sobre sus posaderas. Notaba las piernas rígidas. Llevaba sentado demasiado tiempo. Linda y Silencioso le observaron caminar más allá de un bosquecillo de algo que parecían helechos rosa de tres metros de alto. Pequeños ojos le miraron cautelosamente. Los helechos eran alguna especie de órgano. Las mantas los usaban como guardería para sus crías.

Fue hasta tan lejos como le permitió su acrofobia. Era la primera vez que miraba por encima del borde en una semana.

La última vez habían estado sobre agua. Había llegado a ver sólo una bruma azul hasta el indefinido horizonte.

El aire era más claro hoy. La vista era casi monocromática de nuevo, pero esta vez en tonos pardos. Sólo unas breves pinceladas de verde la salpicaban. Muy, muy al frente había algo que parecía como el humo de un gran fuego.

Debían de estar a tres mil metros de altura. No había ni una nube en el cielo.

—Pronto tendrás la oportunidad de probarte a ti mismo, Set Greda.

Miró hacia atrás. Un menhir se erguía a poco más de un metro tras él. No estaba allí un momento antes. Eran así, yendo y viniendo sin el menor sonido o advertencia. Este era un poco más gris y moteado de mica que la mayoría. Tenía una cicatriz que descendía por su cara lateral, de quince centímetros de ancho por dos metros de largo, allá donde algo había raspado fuertemente a través de los líquenes y la superficie maltratada por la intemperie de la piedra. Bomanz no comprendía la civilización de las piedras parlantes. No poseían ninguna jerarquía evidente, pero ésta solía hablar por ellas cuando se trataba de decir algo a nivel oficial.

—¿Cómo?

—¿No lo sientes, hechicero?

—Siento un montón de cosas, roca. Lo que más siento es irritación por la forma en que me estáis tratando. ¿Qué se supone que debo sentir?

—El loco hedor psíquico de la cosa que captaste huyendo del Túmulo, cuando estabas en Galeote. Ahora ya no está muy lejos.

Las piedras parlantes hablaban normalmente de una forma monótona, pero Bomanz captó el tinte de suspicacia que había en la mente del menhir. Si podía decir que la vieja maldad estaba agitándose desde tan lejos como Galeote, cuando era débil, ¿cómo era que no podía captarla ahora, cuando era mucho más fuerte?

¿Cómo era también que estaba vivo, cuando se suponía que debía estar muerto?

Y ¿Sabía de la resurrección de la sombra porque había sido una con la suya propia? ¿Habían conspirado juntos y surgido juntos de la tierra sagrada del Túmulo?

¿Era él un esclavo de esa antigua oscuridad?

—No fue eso lo que capté —dijo Bomanz—. Oí el grito de las alarmas de uno de los antiguos fetiches al ser activada cuando se movió algo que no debería haberse movido. No es lo mismo, en absoluto.

La piedra guardó silencio por un momento.

—Quizá no. De todos modos, vamos tras esa cosa. Dentro de unas horas, o de uno o dos días si así lo deciden los vientos, nos uniremos a la batalla. Tu destino puede estar decidido.

Bomanz bufó.

—Una roca con Sentido de lo dramático. Es absurdo. ¿Realmente esperas que luche contra esa cosa?

—Sí.

—Si es lo que creo que es...

—Es la cosa llamada el Renco. Y la cosa conocida como el Perro Matasapos. Ambos están lisiados.

Bomanz bufó e hizo una mueca.

—Yo llamaría a un ser sin cuerpo algo más que lisiado.

—Esta cosa no es débil. Ese humo brota de una ciudad que todavía arde tres días después de su partida. Se ha convertido en el discípulo de la muerte. Muerte y destrucción es todo lo que conoce. El árbol ha decretado que tiene que ser detenido.

—Correcto. ¿Por qué? ¿Y por qué nosotros?

—¿Por qué? Porque si continúa su frenético avance algún día llegará a la Llanura. ¿Por qué nosotros? Porque no hay nadie más. Todo lo que tenía gran poder fue consumido en la lucha en el Túmulo excepto tú y nosotros. Y, sobre todo, lo hacemos porque el dios lo ha ordenado.

Bomanz murmuró y gruñó para sí mismo.

—Prepárate, hechicero. La hora se acerca. Si eres inocente a nuestros ojos debes de ser culpable a los suyos.

Por supuesto. No había terreno neutral. No para él. No había tenido la fuerza necesaria para defenderlo. Nunca la había tenido, a decir verdad, aunque se había engañado a sí mismo en los años de su búsqueda de conocimiento sobre aquellos que habían sido encadenados por los antiguos.

¿Conocía el remordimiento por el horror suscitado por sus torpezas? Algo. No tanto como creía que debería. Se dijo a sí mismo que por su intercesión en el penúltimo momento, su autosacrificio, la erupción de la oscuridad había sido mucho más moderada de lo que hubiera podido ser. Sin él, la noche hubiera podido durar eternamente.

El viejo se alejó de la piedra, sumido en sus propios pensamientos. No se dio cuenta de que la piedra se giraba en un movimiento brusco, manteniendo su cara con

la cicatriz hacia él. Los menhires nunca se movían mientras eran observados por ojos humanos. Cómo sabían que alguien los observaba era algo que nadie conocía.

Sus pies llevaron a Bomanz al extremo de popa de la ballena del viento. Pequeños susurros lo acompañaron. Observadores. Cuando notaba su presencia los ignoraba. Siempre habían estado con él.

Se sentó sobre un suave bulto de carne de la ballena de aproximadamente la altura de una silla, que no protestó. Era un asiento confortable, pero sabía que no iba a permanecer mucho tiempo allí. La ballena del viento era especialmente fétida en aquel lugar.

Estudió por centésima vez una posible huida. Todo lo que tenía que hacer era saltar y usar un conjuro levitador para suavizar su caída. Eso entraba muy bien dentro de su competencia. Pero no dentro de la brújula de su valor.

Su miedo a las alturas no era totalmente debilitador. Si caía, mantendría el suficiente autodominio como para salvarse. Pero no había forma de que se decidiera a dar voluntariamente el salto.

Resignado, volvió la vista hacia el lugar por donde había venido. Su hogar, tal como era y había sido, se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Quizá mucho más lejos. Estaban pasando sobre tierras de las que nunca había oído hablar, donde todos quienes les veían se maravillaban de la gran forma en el cielo sin tener idea de lo que era.

No había garantías de que fuera a caer entre gente amistosa si saltaba por el costado de la ballena. De hecho, el terreno allá abajo parecía activamente hostil.

Al infierno con ello. Él mismo se había metido en aquello. Seguiría hasta el final.  
—¡Ugh!

Era un viejo, pero sus ojos eran tremendamente agudos.

El aire transparente de las alturas le permitía ver hasta muy lejos. Y hacia el norte, al borde de lo perceptible cuando miraba directamente hacia allí, había dos puntos a una altitud mayor aún que la de la ballena del viento. Para ser visibles a aquella distancia debían de tener el tamaño de ballenas del viento.

Bomanz bufó.

Este monstruo era la vanguardia de todo un desfile.

Rio quedamente. Hubo agitación cerca, los nativos se mostraron alterados por su repentino regocijo. Rio de nuevo y se levantó. Esta vez recorrió toda la longitud de la ballena del viento antes de sentarse de nuevo, tan hacia delante como se atrevió a ir.

El humo estaba mucho más cerca. Se alzaba hasta más alto que la ballena del viento. Vio los destellos de los fuegos que alimentaban la columna, que allá abajo había empezado a desarrollar una inclinación. Hizo una mueca. Quizá la roca tuviera razón. Había que hacer algo.

Era la duodécima de tales ciudades, aunque era la primera que veían en sus

estertores de muerte. El avance de la locura era una flecha que apuntaba directamente al sur, una locura que sólo podía tener sentido para sí misma.

La ballena del viento empezó a retumbar con flatulencias internas. El horizonte se inclinó, se alzó. Las mantas chillaron y gorjearon detrás de Bomanz. Se aferró fuertemente a su asiento.

El monstruo estaba descendiendo.

¿Por qué? No era el momento de dejar caer un menhir. No era el momento de alimentarse.

Las mantas pasaron velozmente por su lado en parejas y escuadrones, afilados dardos cruzando el cielo, y se dirigieron hacia la ciudad y su corona de aves carroñeras que trazaban círculos sobre ella.

—Sopla un buen viento a mil quinientos metros por debajo de nosotros, hechicero. —Bomanz miró hacia atrás. Su piedra amiga de la cara cortada—. Si se mantiene, podremos adelantarnos al destructor poco después de la caída de la noche. Sólo tienes tiempo hasta entonces para prepararte.

Bomanz miró de nuevo a su alrededor. La piedra había desaparecido. Pero no estaba solo. Linda y Silencioso habían acudido a observar la golpeada ciudad. El rostro del hombre era impasible, pero Linda era un estudio de empática agonía. Aquello tocó el lado sensible en el cerebro y el corazón del viejo. La miró, dijo:

—Pondremos fin al dolor, niña. —Habló cuidadosamente para que ella pudiera leer sus labios.

Ella miró a Silencioso. Silencioso la miró a ella. Sus dedos volaron en el lenguaje de los sordos. Bomanz captó parte del intercambio. No se sintió complacido.

Estaban hablando de él, y las observaciones de Silencioso no eran ningún cumplido.

Bomanz maldijo y escupió. Aquel bastardo tenía algo contra él sin ninguna maldita razón.

Las mantas diezmaron los pájaros carroñeros, usaron las corrientes ascendentes de los fuegos para volar alto, luego regresaron a la ballena del viento trayendo un festín para sus crías. Se posaron para dormir un poco.

Pero no hubo auténtica relajación para nadie. La ballena del viento había seguido cayendo hasta que estuvo sólo a ochocientos metros de altura. Rebasó la ciudad, deslizándose a treinta kilómetros por hora. Pronto el monstruo tuvo que volver a subir a un aire menos vigoroso para no ser descubierta antes de la caída de la noche.

La piedra cara cortada volvió cuando Bomanz no estaba mirando. Cuando se dio cuenta dijo:

—Ahora lo capto, roca. Hiede a corrupción. Y todavía no tengo ni la menor idea de lo que puedo hacer para causarle daño.

—No te preocupes. Hay un nuevo decreto del dios. No tienes que revelarte

excepto en las Circunstancias más extremas. Nuestro ataque será explorador, experimental, y sólo admonitorio.

—¿Qué demonios? ¿Por qué? Digo que entremos a matar. Golpeémosle con todo lo que tengamos cuando todavía no sepa que venimos. Nunca tendremos una mejor oportunidad.

—El dios ha hablado.

Bomanz discutió. El dios ganó.

La ballena del viento empezó a perder altitud al atardecer. Poco después de la caída de la noche Bomanz divisó los fuegos de acampada de un ejército más adelante. Un par de mantas partieron a explorar. Regresaron, informaron de lo que tenían que informar. La ballena del viento viró y descendió hacia el campamento, estableciendo un rumbo que la llevaría hasta su centro.

Las mantas partieron del lomo de la ballena del viento, se dispersaron y buscaron las corrientes ascendentes.

Bomanz sintió que el viejo terror acercándose. Lo notó inquieto, pero no parecía alerta.

El suelo iba subiendo y subiendo. Bomanz se aferró a su asiento aguardando algún tipo de impacto, sin preocuparse por el insulto implícito en el hecho de que una docena de menhires se hubieran situado en posición alrededor de él y de Linda, y los secuaces de ella se hubieran dispersado dispuestos a enfrentarse a cualquier tipo de problema.

La ballena del viento se niveló. Las fogatas se deslizaron fuera de la vista debajo de ella. Los gritos allá abajo eran casi inaudibles debido al crujir y retumbar y a la masa interpuesta del gigante del cielo. Bomanz sintió el shock de la antigua maldad, cogido completamente desprevenido. Cayó en una pura rabia negra.

Justo cuando aquella cosa empezaba a responder las mantas picaron desde todas direcciones. Atravesaron el corazón de la noche con el resplandor de los rayos que descargaron del almacén de su carne. Los rayos brotaron a centenares, manteniendo el antiguo horror tan atareado protegiéndose a sí mismo que no tuvo oportunidad de contraatacar.

La ballena del viento dejó caer toneladas de lastre e inició una lenta ascensión, luchando contra el peso de su botín.

Bomanz no podía ver la parte inferior del monstruo y se alegró de ello. Sus tentáculos debían de estar aferrando hombres y animales y cualquier otra cosa que considerara comestible. Era una bestia inteligente, pero no excluía a otras inteligencias dieta si eran enemigos suyos.

Muchas de las razas de la Llanura devoraban a sus enemigos.

Bomanz consideraba la idea una práctica repugnante, pero tenía un cierto atractivo moral. ¿Cuán vigorosamente proseguirían los hombres sus guerras si

tuvieran que devorar a aquellos que caían ante sus espadas?

Interesante. Pero ¿cómo imponer el requisito?

Las mantas empezaron a regresar. Por todo lo que el viejo podía decir, estaban muy complacidas consigo mismas.

Todo había terminado. La ballena del viento volvía a estar a salvo en las alturas, ahora únicamente preocupada por su digestión. Bomanz se levantó. Era hora de retirarse.

Cuando pasó junto a Linda, Silencioso y el menhir de la Cara cortada dijo:

—La próxima vez el oso va a devolver el zarpazo. Deberíais haber terminado con él mientras lo teníais.

## CAPÍTULO 22

El “oso” estaba aturdido, desconcertado, inmóvil en la desolación de su campamento, intentando captar desesperadamente el sentido de su repentina desgracia.

Toda su existencia era un ataque de cabeza contra la adversidad. Que algo fuera mal no era nunca una sorpresa. Pero un desastre de esas proporciones, con su implicación de enormes fuerzas hasta entonces no consideradas en movimiento, había anulado por el momento su iniciativa. Incluso carecía de su habitual y loca volición impulsada por el motor de la furia.

La bestia que era el Perro Matasapos estaba menos impresionada. Sus recuerdos del hijo del árbol eran frescos. No se había engañado ni un momento acerca de la conexión de aquel retoño con su padre. Sólo había sido cuestión de tiempo que el Viejo Padre Árbol mostrara su interés.

El Perro Matasapos había estado en la Llanura del Miedo. Se había enfrentado cara a cara con el dios. Sus recuerdos de la confrontación no eran agradables. Había tenido suerte de escapar.

Pero había sido una aventura provechosa. Había visto la Llanura de primera mano. Ahora que la conocía podía convertirse en una herramienta útil. Si el hombre de mimbre escuchaba.

Lo cual era poco probable.

Ahora no era la cosa semirrational que había sido antes el Renco. Se había vuelto tan egocéntrico, tan egoísta, que se había convertido en el eje de un universo solipsista.

La bestia merodeaba el campamento, pasando junto a hombres y restos de hombres. El shock se reflejaba en todos los supervivientes, cubriendo sus rostros como una manta. Sólo unos pocos comprendían lo que había ocurrido. Oyó murmullos sobre la ira de los dioses. Esos hombres no sabían la verdad de lo que estaban diciendo.

Iba a ser difícil mantenerlos unidos si esa teoría ganaba credibilidad. Los problemas de conciencia ya eran endémicos.

Hubo un débil sisear, un crujido y un destello cegador. El pelaje de la bestia se erizó. Pequeños destellos azules danzaron y crepitaron en él, aunque el rayo había fallado.

Los Soldados a su alrededor echaron a correr como gallinas presas del pánico.

Aquel francotirador había alcanzado una tremenda velocidad, cayendo desde varios miles de metros de altura. Vino y se fue demasiado rápidamente para organizar una respuesta. Incluso a plena luz del día hubiera habido pocas posibilidades de

alcanzarle.

Destello. ¡Crac! Gritos. Un hombre echó a correr envuelto en un sudario de llamas.

Así que eso era. Tras haber dado a conocer su presencia, la ballena del viento se embarcaba en un programa de terror y desgaste que no cesaría hasta que el hombre de mimbre demostrara que podía detenerlo.

El Perro Matasapos le gruñó al hombre de mimbre hasta que sus reumáticos ojos perdieron su vidriosidad y asintió una sola vez, secamente. Empezó a estremecerse tan fuerte que crujió y restalló. Estaba intentando controlar su rabia.

Ceder podía resultar fatal.

Uno de esos rayos, lanzado con precisión, podía destruir su cuerpo de juguete, dejándole próximo a la impotencia, con su ejército a merced del monstruo de arriba. En alguna parte ahí fuera, planeando alrededor del campamento, había mantas aguardando la oportunidad de una muerte rápida que no habían logrado durante el ataque por sorpresa.

El temblor fue reduciéndose. Con un susurro controlado, el hombre de mimbre dijo:

—Apagad esas fogatas. Nos Señalan como blancos. —Luego inició el lento y doloroso proceso de rodearse con conjuros contra los rayos de las mantas.

El Perro Matasapos cojeó de un lado para otro gruñendo y haciendo chasquear los dientes para que los soldados se apresuraran.

Apagar los fuegos no ayudó. Las mantas siguieron viniendo toda la noche. Su precisión no disminuyó. Tampoco mejoró.

Las cosas parecían más interesadas en acosar que en matar. En mantener a todo el mundo despierto y aterrorizado ante el solo pensamiento del rayo que iba a caer a continuación. Era una forma de luchar debilitando al enemigo. Aunque tampoco cayó del cielo ninguna lágrima cuando un rayo impactó contra un soldado.

Los secuaces del dios árbol intentaban sumir en el pánico y dispersar el ejército del Renco. Eso desconcertaba al Perro Matasapos. No eran tan tiernos de corazón.

Los hombres fueron escabulléndose de dos en dos, de tres en tres.

Galopó tan rápido como pudo sobre tres patas auténticas y una de madera, gruñendo y mordiendo para hacerles volver, intentando captar en algún momento aquel monstruo en el cielo. Algunos de los desertores pusieron objeciones a sus intimidaciones. Tuvo que matar a una docena antes de que todo el mundo comprendiera lo que les convenía.

Había algo familiar en algunas de las chispas de vida inferior allá arriba.

La bestia captó las llamadas del hombre de mimbre. Trotó de vuelta. Los conjuros envolvían ahora al hombre de mimbre en capas de protección. El dolor rezumaba por todo él.

El Perro Matasapos se sintió regocijado. Cuanto más se protegía la vieja sombra, mayor era su dolor. Para sentirse absolutamente seguro el Renco tendría que someterse a una agonía que le privaría de toda razón, hasta el punto de que no sería capaz de salir de detrás de las múltiples capas defensivas.

La bestia se preguntó si sabían aquello ahí arriba.

El hombre de mimbre conocía la respuesta.

—La que llaman la Rosa Blanca conduce la ballena del viento y da forma a su táctica.

El Perro Matasapos resopló exasperado. ¡La Rosa Blanca! Blanda de corazón, pero acerbamente letal en sus maniobras. Todo encajaba. Ya los había colocado antes en situaciones en las que era imposible vencer. Eso no dañaba en absoluto su conciencia. El Renco podía sufrir protegiéndose o aliviar el dolor y hacer pedazos su almacén de mimbre. Podía contemplar cómo su ejército se evaporaba a través de la desertión o aterrorizar a los hombres forzándoles a quedarse y conseguir que se amotinaran.

Y, por todo lo que recordaba de la Rosa Blanca, había una tercera y más sutil acción, con la que les empujaría hacia adelante. Pero ella no podía abarcar el tipo de obsesión asesina que impulsaba al Renco. Ella dejaría elecciones y aperturas. Daría segundas oportunidades, aún cuando la única elección que funcionaría era lanzarse a la garganta.

Fue una noche en la que el infierno estuvo en sesión plenaria. Nadie descansó. El Renco se ocultó tan profundamente en sus defensas que no pudo hacer nada para ocuparse del hostigamiento. El ritmo de los ataques se incrementó a medida que se acercaba el amanecer, como si la Rosa Blanca deseara que supieran que podía hacer que su día fuera más terrible aún de lo que lo había sido su noche.

Cuando salió el sol el ejército se había reducido a la mitad. El dios árbol había ganado el primer asalto.

Sus criaturas no lanzaron un segundo ataque durante el día. Las mantas despejaron el cielo. La ballena del viento flotó a miles de metros de altura y a varios kilómetros al sur. El Renco reunió a su heterogénea horda e inició la marcha hacia su siguiente conquista.

El tiempo de las muertes fáciles había terminado. Ahora los que se hallaban en el camino del Renco estaban advertidos de su llegada. Aquel monstruo surgido de la Llanura del Miedo flotaba siempre sobre sus cabezas, una espada fatal dispuesta a caer sobre ellos al menor descuido.

La Rosa Blanca no cometía errores. Cada vez que el Renco lanzaba un ataque las mantas acudían rápidas y violentas, intentando obligarle a cubrirse dentro de sus conjuros de protección. Él devolvía el golpe y conseguía derribar algunas. Cada vez retrocedía más con la esperanza de que la ballena del viento se acercara demasiado.

Buscaba nuevas armas en las ruinas de sus conquistas.

La Rosa Blanca no cometía errores. Ni uno solo. Pero la maníaca determinación del Renco mantenía a su ejército en marcha, avanzando hacia su meta. Hasta que consiguiera su venganza, incluso la enemistad del dios árbol era sólo una molestia, el zumbido de un mosquito.

Pero después de la matanza... ¡Oh, después de la matanza!

## CAPÍTULO 23

—Algo va mal —dijo Smeds.

—Estoy empezando a entender lo que quieres decir —murmuró Tully—. Crees que algo va mal. —Smeds lo había dicho ya cinco veces—. Timmy también lo cree. —Timmy se había mostrado de acuerdo con Smeds tres o cuatro veces.

—Tenéis razón —dijo Pez, aventurando por primera vez una opinión—. Tendría que haber más industria. Carros por la carretera. Cazadores y tramperos. —Habían salido del Gran Bosque pero todavía no habían alcanzado las tierras de cultivo. En esas partes la marea de la civilización estaba todavía en su punto más bajo.

—Mirad ahí —dijo Timmy. Señaló, hizo una mueca. Todavía le dolía la mano.

Había una cabaña quemada a un lado de la carretera. Smeds recordaba cerdos y ovejas y haberse reído del olor cuando se encaminaban al norte. Ahora no había ningún olor. Pez alargó el paso y fue a investigar. Smeds se mantuvo a su lado.

Era terrible, aunque el desastre había ocurrido hacía el tiempo suficiente como para que no fuera tan horripilante como debió de haber sido en los primeros momentos. Los huesos fueron lo que más impresionó a Smeds. Eran miles: dispersos, rotos, roídos, entremezclados.

Pez los examinó en silencio, caminando lentamente, removiéndolos con la punta de su bastón. Al cabo de un rato se detuvo, se apoyó en su bastón, miró hacia abajo. Smeds no se le acercó. Tenía la impresión de que no deseaba ver lo que Pez estaba mirando.

El viejo se acuclilló lentamente, como si le dolieran sus propios huesos. Recogió algo, lo alzó para que Smeds lo viera.

El cráneo de un niño muy pequeño. Tenía toda la parte superior aplastada.

Smeds no era ajeno a la muerte, incluso a la muerte violenta, y aquello no era más que una antigua muerte de alguien a quien nunca había conocido. No hubiera debido impresionarle más que un rumor del pasado. Pero su estómago se anudó y su corazón latió más aprisa. Sintió una oleada de furia y un odio sin objetivo concreto.

—¿Incluso los bebés? —murmuró—. ¿Matan incluso a los bebés?

Pez gruñó.

Llegaron Tully y Timmy. Tully parecía aburrido. La única muerte que le preocupaba era la que le aguardaba a él personalmente algún día u otro. Timmy, sin embargo, parecía alterado. Dijo:

—También mataron a los animales. Eso no tiene sentido. ¿Detrás de qué iban?

—Mataron sólo por la sangre —murmuró Pez—. Por el placer de hacerlo, por la alegría que proporciona el placer de destruir. Por la Simple mezquindad del hecho. Ya

conocemos demasiados casos así.

—¿Crees que fue el mismo grupo que mató a todo el mundo ahí arriba? —preguntó Smeds.

—Parece probable, ¿no?

—Sí.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día? —gruñó Tully—. ¿O vamos a seguir? Smeds, ¿has decidido quedarte aquí con los bichos y todas esas pequeñas cosas peludas? Yo deseo volver a casa y empezar a disfrutar de la vida.

Smeds pensó en vino y muchachas y la escasez de ambas Cosas en el Gran Bosque.

—Un punto para ti, Tully. Aunque cinco minutos no van a significar ninguna diferencia.

—Muchachos, no debemos empezar a vivir demasiado espléndidamente de golpe —advirtió Pez—. Podría hacer que alguna gente se preguntara cómo hemos conseguido esa repentina riqueza, y quizás algunos tipos duros imaginen alguna forma de arrebatarlosla.

—Mierda —gruñó Tully—. Olvida tus malditos sermones. Y concédeme el crédito de un poco de buen sentido.

Él y Pez siguieron adelante, Tully refunfuñando y Pez escuchando imperturbable, con una paciencia que Smeds halló asombrosa. Él se sentía dispuesto a estrangular a Tully allí mismo. Una vez llegaran a la ciudad no quería ver a su primo durante un mes. O más.

—¿Cómo va la mano, Timmy?

—No parece que mejore. No sé nada sobre quemaduras. ¿Y tú? Mi piel empieza a presentar puntos negros allá donde la quemadura fue peor.

—No sé. Una vez vi a un tipo quemado, y su piel parecía como carbón. —Smeds se inclinó un poco hacia adelante, imaginando el calor del clavo en su mochila ardiendo entre sus omoplatos—. Cuando llegemos a la ciudad podrás ver a un médico o un hechicero. No te tomes esto a la ligera, ¿sabes?

—¿Bromeas? ¿Con lo que duele? Correría hacia allí si no tuviera que cargar con esta maldita mochila.

La carretera estaba festoneada con antiguas masacres y destrucciones. Pero el desastre no había sido completo. Más cerca de la Ciudad había gente en los campos, y a medida que se sucedían los kilómetros veían espaldas inclinadas con el peso de antiguas y nuevas tragedias.

El hombre nace para el pesar y la desesperación... Smeds alejó esos pensamientos con un estremecimiento. ¿Él chapoteando en toda aquella mierda filosófica?

Coronaron una elevación, vieron la ciudad. La muralla estaba cubierta por un andamiaje. Pese a lo avanzado de la hora, unos hombres la estaban reconstruyendo. Soldados de gris supervisaban el trabajo. Imperiales.

—Chicos de gris —gruñó Tully—. Habrá jaleo.

—Lo dudo —dijo Pez.

—¿Cómo?

—Habría más de ellos si buscaran jaleo. Simplemente se aseguran de que las reparaciones se hagan bien.

Tully frunció el ceño y murmuró algo para sí mismo, pero no discutió. Se le había pasado por alto lo obvio. Los imperiales eran conocidos por exigir que las cosas se hicieran bien, obsesionados siempre en mantener las obras militares en perfectas condiciones.

El único retraso se lo causó la construcción, no los soldados. Tully no se sintió complacido. Estaba harto de que Pez pareciera siempre más listo que él. Smeds temía que empezara a improvisar, intentando hacer algo al respecto. Algo estúpido probablemente.

—Mierda de mierdas —dijo Smeds media docena de veces, en voz tan baja que parecía que estuviera rezando, mientras cruzaban la ciudad. Toda una serie de edificios estaban siendo demolidos, rehabilitados o construidos allá donde las antiguas estructuras habían sido arrasadas—. Realmente han echado abajo la vieja ciudad.

Lo cual le hacía sentir incómodo. Había gente a la que deseaba ver. ¿Estarían todavía vivos?

Maravillado, Tully dijo:

—Nunca había visto tantos soldados. No al menos desde que era niño. —Estaban por todas partes, ayudando en la reconstrucción, supervisando, vigilando, alojados en tiendas erigidas allá donde los edificios habían sido arrasados. ¿Estaba toda la maldita ciudad inundada de tropas?

Smeds vio estandartes, uniformes y emblemas de unidades que nunca antes había visto.

—Aquí ocurre algo —dijo—. Será mejor que vayamos con cuidado. —Señaló hacia un hombre colgado que se balanceaba de una rama alta de un árbol de tres pisos de altura.

—La ley marcial —dijo Pez—. Significa que los tipos que dirigen la cosa están nerviosos. Tienes razón, Smeds. Vayamos con mucho cuidado hasta que descubramos que ocurre y por qué.

Se encaminaron primero hacia la casa de Tully, que era la más cercana. Ya no estaba allí.

Tully no se sintió preocupado.

—Me quedaré contigo hasta que pueda acomodarme en algún otro lugar —le dijo a Smeds.

Pero Smeds no había pagado el alquiler, de modo que habían arrojado toda su basura a la calle para los carroñeros —después de quedarse con todo lo que deseaban para ellos—, y luego habían adjudicado la habitación a gente desposeída por el desastre.

La casa de Pez había seguido el mismo destino que la de Tully. El viejo no se sorprendió. No dijo nada. Sólo pareció un poco más macilento y hundido de hombros.

—Así que quizá debemos meter todo esto en casa de mis viejos —dijo Timmy. Estaba nervioso. Smeds imaginó que era por su mano—. Sólo por esta noche. A mi viejo no le gusta la gente con la que suelo ir por ahí.

Los padres de Timmy eran los propietarios de la casa donde vivían, aunque eran tan pobres como todos los demás en el Lado Norte. Smeds había oído que recibían una paga de los tipos de gris por informarles desde los viejos días en los que todavía había mucha actividad Rebelde en Galeote. Timmy no lo sabía. Quizá fuera cierto.

¿A quién le importaba ya? Probablemente se habían unido al bando adecuado. Los imperiales eran más honestos, y mejores gobernadores, si te hallabas en un nivel social donde quién estaba a cargo de las cosas significaba alguna diferencia.

A Smeds no le importaba un pimiento quién manejara las cosas siempre que lo dejaran tranquilo. La mayoría de la gente opinaba lo mismo.

—¡Timmy! ¡Timmy Locan!

Se detuvieron, aguardaron mientras una mujer vieja los examinaba detenidamente. Mientras anadeaba hasta ellos, Timmy dijo:

—Señora Cisco. ¿Cómo se encuentra?

—Pensamos que habías muerto con el resto de ellos, Timmy. Mataron a cuarenta mil personas aquella noche...

—Estaba fuera de la ciudad, señora Cisco. Acabo de regresar.

—¿Todavía no has ido a casa?

La gente les empujaba de un lado para otro en la estrecha calle. Empezaba ya a hacerse oscuro, pero había tantos soldados que nadie necesitaba correr al interior de las casas para protegerse de la noche. Smeds se preguntó qué harían los tipos malos. ¿Trabajar?

—Ya le he dicho que acabo de llegar.

Smeds se dio cuenta de que a Timmy no le gustaba mucho la mujer.

Ella se puso toda triste y consoladora. Incluso Smeds, que no se consideraba muy perceptivo, supo que se estaba preparando para ser la primera en dar alguna mala noticia.

—Tu padre y tus dos hermanos... Lo siento. Estaban intentando ayudar a apagar

los fuegos. Tu madre y tu hermana... Bueno, ellos eran los conquistadores. Hicieron lo que siempre hacen los conquistadores. Tu hermana..., la mutilaron tanto que terminó matándose hace un par de semanas.

Timmy se agitó como si estuviera a punto de sufrir una convulsión.

—Ya es suficiente, señora —dijo Pez—. Acaba de enterrar usted su daga en el corazón de este pobre chico.

—Eh, ¿cómo se atreve...? —barbotó la mujer.

—Calla la boca, zorra —dijo Tully—, antes de que te patee el culo hasta ponértelo en las orejas. —Usó aquel tono suave y gentil que Smeds sabía que significaba máximo peligro.

Así que el primo Tully tenía un pequeño asomo de humanidad escondido después de todo. Aunque sería incapaz de admitirlo ni siquiera en el potro.

—No puedo soportar esto —dijo Timmy—. Creo que sería mejor que me muriera.

—Esa mujer no te dejaría descansar en paz, Timmy —dijo Pez.

—Lo sé. Haré lo que tengo que hacer. Pero no ahora. Sé de un lugar llamado la Calavera y las Tibias donde podemos alojarnos a buen precio. Si todavía está ahí.

Estaba ahí. Era un lugar que incluso los invasores habían considerado que no valía la pena quemar. Hizo a Smeds pensar en una prostituta trabajando todavía veinte años después de agotada su juventud, patética y desesperada.

Un cabo imperial estaba sentado en una silla junto a la entrada, reclinado contra una pared de madera que había olvidado el significado de la palabra pintura. Sujetaba una gran jarra de cerveza en su regazo. Parecía estar dormitando. Pero cuando estuvieron a unos pocos pasos de la puerta abrió los ojos, los examinó detenidamente, asintió con la cabeza, dio un sorbo.

—¿Has visto su insignia? —preguntó Smeds a Pez, una vez dentro.

—Sí. Un Acechador Nocturno.

La brigada de los Acechadores Nocturnos era el equipo de elite del ejército del norte, rigurosamente entrenada para operaciones nocturnas y de combate bajo condiciones de guerra con hechicería.

—Pensé que estaban en alguna parte al este, intentando acabar con la Compañía Negra —dijo Smeds. El mayor honor en el historial de los Acechadores Nocturnos y del que se sentían más orgullosos era haber derrotado a la Compañía Negra en el Puente de la Reina. Antes del Puente de la Reina esos mercenarios habían sido tan invencibles que la mitad del imperio se había convencido de que los mismos dioses estaban de su lado.

—Ahora están aquí.

—¿Qué demonios está ocurriendo por estos alrededores?

—Supongo que será mejor que lo averigüemos. Lo que no sabemos puede devorarnos.

Timmy habló con el propietario, al que conocía ligeramente. El hombre afirmó que el local estaba lleno de desahuciados. Ninguno de esos huéspedes estaba a la vista. Apuntó que podía conseguir sin embargo algo más de espacio para ellos Si el destino le echaba una mano. Buscando un pequeño soborno, imaginó Smeds. Que sería seguido por una extorsión un poco más grande.

—¿De cuánta ayuda del destino estamos hablando? —preguntó Timmy.

—De un óbolo y medio. Cada uno.

—¡Maldito ladrón!

—Tómalo o déjalo.

El cabo de los Acechadores Nocturnos pasó junto a Smeds y Timmy y depositó de un golpe su jarra frente al propietario, que se puso tan pálido como la muerte.

—Eso hace dos veces hoy, carne de perro. Y esta vez lo he oído.

El propietario tragó saliva, agarró la jarra y empezó a llenarla.

—No lo intentes —dijo el cabo—. Ofreceme un soborno, y te pasarás el resto de tu vida con el equipo de trabajos forzados. —Eché una ojeada a Timmy y Smeds—. Vosotros, elegid una habitación. El viejo Mierda por Cerebro os invita esta noche.

—Sólo estaba bromeando con ellos, cabo.

—Seguro. Sin lugar a dudas. Los tenías arrastrándose por el suelo. Apuesto a que tienes alojado al tipo de la máscara negra con costuras. Le encantan los comediantes como tú.

—¿Qué está ocurriendo aquí, cabo? —preguntó Smeds—. Hemos estado fuera de la ciudad.

—No me lo juréis. Supongo que podéis ver la situación básica. Algunos bandidos y desertores pusieron el lugar patas arriba. Allá en la Torre no se sintieron muy contentos con ello. Puesto que estábamos por los alrededores, nosotros fuimos una de las unidades enviadas a restablecer el orden. La brigadier había vivido de pequeña en los suburbios de Nihil, e imagina que aquí tiene una posibilidad de desquitarse de todos quienes hicieron de su vida un infierno cuando era niña. Así que os encontraréis ladrones colgando de las ramas de los árboles por todas partes. Encontraréis a vuestros alcahuetes, sacerdotes y timadores, vuestros fulleros, vuestros peristas y vuestras putas trabajando dieciocho horas al día en los equipos de trabajos forzados para que vosotros los ciudadanos normales podáis reorganizar vuestras vidas. Si me lo preguntáis, es malditamente benévola. Les ofrece demasiadas oportunidades. Cabeza de Mierda, aquí presente, el famoso sacadineros, tiene ya dos avisos. La primera vez fue exhibido por las calles con un Cartel colgado del cuello y se pasó una semana en un equipo de trabajo. Esta vez va a recibir treinta latigazos y dos semanas. Puesto que tiene toda esa mierda entre las orejas y no va a aprender, la próxima vez van a arrastrarlo hasta la plaza del Campo de Mayo y clavarle una lanza por el culo y dejar que se siente encima hasta que se pudra.

El cabo dio un largo sorbo de su recién llenada jarra, se secó la boca con la mano, Sonrió.

—La brigadier dice que dejemos que el castigo sea proporcionado al crimen. — Dio otro largo sorbo, miró al propietario—. ¿Preparado para recibirlo, tonto del culo?

Cuando iba a seguir al propietario a la calle, el cabo se detuvo.

—Supongo que vosotros seréis justos con vuestro anfitrión y trataréis bien el lugar, ¿no? A menos que estéis buscando emprender también una carrera en la Construcción. —Sonrió de nuevo y se fue.

—¡Maldita sea! —dijo Tully.

—Sí —estuvo de acuerdo Smeds.

—Tengo la sensación de que no vamos a sentirnos cómodos en este nuevo Galeote.

—No por mucho tiempo —dijo Smeds—. Pero ya hemos tenido bastante por un día. En estos momentos todo lo que necesito es emborracharme, las atenciones de una mujer y una buena noche de sueño en una cama confortable.

—No necesariamente por ese orden —dijo Tully.

Timmy exhibió una sonrisa tensa.

—Un baño tampoco le haría daño a nadie.

## CAPÍTULO 24

—Veamos lo que podemos encontrar.

Coronamos aquella colina después de lo que pareció toda una eternidad sin ver a nadie, y al otro lado de un valle estaba aquel lugar rodeado por un muro que cubría quizá cuarenta hectáreas. El muro no era gran cosa. Tendría quizás de dos metros y medio a tres de altura, y no era más grueso que el tipo de muros de piedra que los granjeros levantan alrededor de sus apriscos para las ovejas.

—Parece algo así como un retiro religioso —dijo Cuervo—. No hay estandartes ni soldados ni nada parecido.

Tenía razón. Habíamos visto lugares con el mismo aspecto antes, pero nunca tan grandes.

—Parece antiguo.

—Sí. Y además parece pacífico. Echemos una ojeada.

—No da la impresión de ser un lugar por el que Matasanos pasara de largo, ¿verdad?

—No. La curiosidad es como una enfermedad para él. Esperemos que se entretuviera aquí lo suficiente como para permitirnos ganar un poco de terreno.

Seguimos adelante, y descubrimos que nuestras suposiciones eran correctas. Cuervo obtuvo lo que quería. El lugar era un monasterio llamado el Templo del Reposo del Viajero, y era una especie de almacén de conocimiento. Llevaba allí empapándose al sol desde hacía un par de miles de años.

Averiguamos que la gente a la que estábamos persiguiendo había permanecido allí el tiempo suficiente como para enseñar a uno de los monjes un poco del dialecto de las Ciudades Joya. De hecho, se habían marchado aquella misma mañana.

Cuervo se mostró muy excitado. Quiso seguir inmediatamente, y al infierno con el hecho de que el sol iba a ocultarse tras el horizonte dentro de apenas una hora. Sentí deseos de golpearle la Cabeza y frenarlo así un poco. Ese monasterio parecía un lugar malditamente bueno para tomarse un día de descanso y volver a ser humano.

—Mira, Lance —quiso convencerme—, en estos momentos estarán montando su campamento, ¿no? Viajando con un carruaje y un carro lo máximo que pueden haber recorrido es cuarenta kilómetros. ¿Correcto? Si viajamos toda la noche podemos cubrir fácilmente treinta de ellos. —Había sabido lo del carruaje y el carro por el sacerdote.

—Y entonces moriremos. Tú quizá no necesites descansar nunca, pero yo necesito descansar, y los caballos necesitan descansar, y éste parece el lugar perfecto para hacerlo. ¡Demonios, mira el nombre!

Hizo unos ruidos exasperados. Después de todo aquel tiempo yo seguía sin comprender que atrapar a Matasanos era para él la cosa más importante del mundo. Y él estaba tan malditamente cansado que sus pensamientos eran más locos que los de una zarigüeya.

No era el único que estaba fuera de sus cabales. Aquel sacerdote acudió al lado de Cuervo y le susurró algo.

Cuervo sonrió y dijo:

—Afirma que los presagios son tan malos que no pueden permitir que nadie se quede aquí. Incluso están echando a toda la gente.

Conocía lo suficiente la lengua, que el propio Cuervo me había enseñado, para captar parte de lo que habían dicho. También algo acerca de «la mala tormenta que se avecina desde el norte». Vi que no iba a ganar tampoco aquel asalto, de modo que dije que al infierno con todo y añadí unos cuantos comentarios que hubieran decepcionado a mi madre destripaterrones. Fui a compartir mi miseria con los caballos. Me comprendieron.

Cuervo llegó a un acuerdo para adquirir algunos pertrechos, y partimos. Me pregunté cuán lejos estaría el borde del mundo. Ya habíamos ido más lejos de lo que nunca hubiera creído posible.

No hablamos mucho, y no porque yo estuviera de mal humor. Me había resignado y vuelto fatalista hacía mucho tiempo. Creo que Cuervo estaba meditando sobre lo que yo había captado y que él no me había mencionado. Una mala tormenta que avanzaba desde el norte.

En la lengua de las Ciudades Joya, “mala” puede significar dos o tres cosas diferentes. Entre ellas “maligna”. Apenas había luz cuando llegamos a una franja de bosque.

—Tendremos que recorrer esta parte a pie —dijo Cuervo—. Ese sacerdote dijo que la carretera que lo atraviesa es buena, pero va a resultar difícil seguirla en la oscuridad.

Gruñí. No estaba pensando en el bosque. Mi mente se dirigía hacia las colinas de curioso aspecto al otro lado. Nunca había visto nada parecido. Eran de laderas empinadas, redondeadas, cubiertas sólo con una hierba seca de color tostado. Parecían como el jorobado lomo de gigantescos animales dormidos, con las patas recogidas bajo sus cuerpos y las cabezas vueltas hacia el otro lado, fuera de la vista.

Eran muy secas aquellas colinas. La luz no había sido nunca demasiado buena para poder verlas bien, pero estaba seguro de haber divisado unas cuantas cicatrices negras antes de que se hiciera demasiado oscuro para poder ver nada.

Los árboles a nuestro alrededor estaban también tan secos como huesos. En su mayor parte eran una especie de desaliñados robles con pequeñas hojas quebradizas con unas puntas casi tan afiladas como hojas de acebo. Eran de un color grisazulado

en vez del verde profundo de los robles del norte.

Una débil imitación de un arroyo discurría cruzando el corazón del bosque. Bebimos y dimos de beber a los caballos y nos tomamos un poco de tiempo para comer algo. Yo estaba demasiado cansado para malgastar energías hablando, excepto para decir:

—No creo ser capaz de recorrer otros veinticinco kilómetros. Cuesta arriba.

Medio minuto más tarde me sorprendió diciendo:

—Yo tampoco sé si podré. La fuerza de voluntad también tiene límites.

—¿Sigue molestándote la cadera?

—Sí.

—Tal vez hubiéramos debido hacer que te la miraran.

—Buen trabajo para Matasanos, puesto que fue él la causa. Déjame ver hasta dónde podemos llegar.

Conseguimos recorrer otros diez kilómetros, los últimos tres subiendo las colinas de resea hierba, antes de venirnos abajo en silencioso acuerdo. Cuervo dijo:

—Esta vez nos concederemos una hora de descanso antes de seguir.

Era testarudo, el muy bastardo.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando capté señales de aquella mala tormenta del norte.

—Cuervo.

Miró. No tuvo nada que decir. Simplemente Suspiró y contempló también los rayos.

No había ni una nube entre nosotros y las estrellas.

## CAPÍTULO 25

El Perro Matasapos, cargado con el hombre de mimbre, alcanzó una cresta, Se detuvo. Se estremeció.

A lo largo de muchas leguas habían sentido la presencia de aquel lugar, un aura que aumentaba su intensidad y su capacidad de irritar. Si ellos eran hijos de la sombra, aquello era una fortaleza del enemigo, una ciudadela de luz. Quedaban pocos lugares así.

Tenían que ser destruidos en cuando se localizaran.

—Una extraña magia —susurró el hombre de mimbre—. No me gusta. —Miró hacia el cielo septentrional. Las criaturas del dios árbol estaban ahí arriba en alguna parte, justo más allá de la vista.

Aquel no era un buen lugar donde permanecer, encajados entre ellas y aquel lugar.

—Será mejor que lo hagamos rápido —dijo el hombre de mimbre.

El Perro Matasapos no sentía el menor deseo de hacerlo. Preferiría rodear el lugar si tuviese opción.

Tenía opciones, por supuesto, pero no muchas. Podía desafiar una vez al hombre de mimbre y salir con bien de ello. Pero tenía que reservar esa oportunidad. Mientras tanto respondía al ego del hombre de mimbre, haciendo lo insano, lo estúpido, a veces lo necesario, ganando tiempo.

Ahora el ejército contaba sólo con dos mil hombres. Muchos de ellos se habían derrumbado exhaustos en el momento mismo en que sus Comandantes dejaron de avanzar. El hombre de mimbre llamó a dos de ellos para que le ayudaran a desmontar.

Todos ellos eran hombres ricos. Sus mochilas estaban enormemente abultadas con los tesoros más espléndidos tomados de las ciudades que sus amos habían devorado y de sus camaradas caídos. Pocos llevaban más de dos meses con el ejército. De los dos mil, sólo un centenar habían cruzado el mar con el Renco. Aquellos que no habían desertado no tenían el menor motivo para ser optimistas acerca de una larga vida.

El hombre de mimbre se reclinó contra el Perro Matasapos.

—Escoria —susurró—. Todos ellos escoria.

No se equivocaba mucho. Todos aquellos con una chispa de valor o decencia desertaban rápidamente.

El hombre de mimbre miró al cielo. Una débil sonrisa distendió la ruina de su boca.

—Hazlo —dijo.

Los soldados gruñeron y se quejaron al ponerse firmes, pero lo consiguieron. El hombre de mimbre miró al templo. Hacía tambalear su confianza en sí mismo, pero no podía discernir ninguna causa.

—¡Adelante! —Dio una palmada al lomo del Perro Matasapos—. ¡Explóralo, maldita sea!

Luego reunió a los brujos supervivientes del bosque del norte. No habían sido de mucha utilidad últimamente, pero ahora tenía una tarea para ellos.

No hubo ni un asomo de advertencia. En un momento la noche era tranquila excepto el chirriar de los grillos y el intranquilo rumor de los hombres al borde de un asalto, y al momento siguiente hervía con mantas al ataque. Venían desde todas direcciones, a no más de quince metros de altura, en parejas y tríos, y esta vez sus rayos no eran su arma más importante.

Sus primeras pasadas fueron rápidas, y arrojaron objetos carnosos conforma de salchicha y de algo más de un metro de largo. Hirvientes llamas aceitosas estallaron por todas partes. El Perro Matasapos aulló en el corazón de una barrera cuidadosamente preparada. Los soldados chillaron. Los caballos relincharon y patearon. Los Carros de pertrechos se incendiaron.

El hombre de mimbre hubiera gritado furioso de haber sido capaz. Pero aunque hubiera tenido la capacidad, no hubiera tenido el tiempo.

Había empezado a preparar su emboscada. Y mientras estaba concentrado lo pillaron por sorpresa.

Se vio envuelto en llamas. No se atrevió a pensar en nada más.

Sufrió enormemente antes de poder escudarse con una crisálida de conjuros protectores. Entonces quedó despatarrado en el suelo, con el cuerpo de mimbre carbonizado y roto. Su dolor era terrible, y su rabia aún más.

Las vejigas seguían cayendo. Las mantas que ya habían dejado caer las suyas volvían con sus rayos. El hombre de mimbre extendió sus conjuros para incluir a un par de chamanes. Uno se esforzó en alzar el roto armazón del hombre de mimbre. El otro halló los flecos del hechizo del Renco y empezó a entretejerlo más fuerte.

Los restos del hombre de mimbre agitaron un ennegrecido brazo.

Una manta cayó de la noche, rodeada de pequeños rayos que restallaban a todo su alrededor.

El hombre de mimbre agitó de nuevo el brazo.

El Perro Matasapos cargó contra el templo. La mayoría de los hombres le siguieron. Un rápido asalto con éxito significaría poder refugiarse del horror del cielo.

Aquel horror les perseguía. El aire encima del Renco se había vuelto demasiado

peligroso.

Vejigas de fuego cayeron de nuevo y florecieron con llamas naranjas, acabando con los pertrechos y las provisiones. Al fin a salvo, el hombre de mimbre olvidó los fuegos. Contuvo su ira. Regresó a su interrumpida tarea.

Mientras el Perro Matasapos se acercaba al muro del monasterio, algo salió de él y lo ahuyentó de la misma forma que un hombre ahuyentaría un bicho. Los soldados cayeron a su alrededor.

No habría refugio de los diablos del cielo. Sin embargo unos pocos hombres siguieron adelante, sin que nada les impidiera avanzar. ¿Por qué?

Las mantas picaron haciendo ondular sus alas. El Perro Matasapos dio un salto en el aire. Sus mandíbulas se cerraron sobre oscura carne.

El hombre de mimbre murmuró mientras los dos chamanes recuperaban algo de los humeantes restos de un carro. Mantuvo toda la atención fija en ellos, sin prestar atención al holocausto que les rodeaba.

La cosa que le trajeron era una serpiente de obsidiana, recta como una flecha, de tres metros de largo por quince centímetros de grueso. Los detalles eran sorprendentemente delicados. Sus ojos rubí destellaban reflejando los fuegos. Los chamanes se tambalearon bajo su peso. Uno maldijo el calor aún atrapado en ella.

El hombre de mimbre sonrió con su terrible sonrisa. Empezó a cantar una oscura canción en un susurro sin aliento.

La serpiente de obsidiana empezó a cambiar.

La vida fluyó a su través. Se retorció. Se desplegaron unas alas, largas alas de oscuridad que arrojaban sombras allá donde no debería haber sombras. Unos ojos rojos ardieron como ventanas bruscamente abiertas a las más calientes fraguas del infierno. Brillantes garras, como cuchillos de obsidiana, rasgaron el aire. Un terrible chirriar brotó de una boca llena de afilados y oscuros dientes. El aliento de la cosa brilló, se desvaneció. Empezó a intentar soltarse, con los ojos fijos en el fuego más cercano.

El hombre de mimbre asintió. Los chamanes soltaron la cosa. Aleteó con sus alas de sombra y se lanzó al fuego. Lo engulló como un cerdo hozando en el lodo. El hombre de mimbre irradió su aprobación. Sus labios siguieron formando palabras.

El fuego se apagó, consumido.

La cosa Se lanzó hacia otro. Luego hacia otro.

El hombre de mimbre siguió con aquello durante varios minutos. Luego el tono de su susurro cambió. Se volvió exigente, perentorio. La cosa chirrió una protesta. Una ardiente bruma brotó de su boca como un eructo. Aún chirriando, se elevó en la oscuridad, siguiendo órdenes.

El hombre de mimbre dirigió su atención al Templo del Reposo del Viajero. Era

tiempo de ver gracias a qué hechicería se mantenía inviolado el lugar.

Los chamanes Se hicieron cargo de el y lo llevaron hacia el muro del recinto.

## CAPÍTULO 26

Los nudillos de Bomanz estaban blancos. Le dolían. Se había agarrado con todas sus fuerzas a algún órgano de la ballena del viento. El monstruo había bajado hasta tal punto que los destellos y los fuegos y el caos allá abajo le proporcionaron una clara perspectiva de la distancia que iba a caer si relajaba su presa por un instante. Silencioso y Linda estaban cerca de él, observando. Un movimiento en falso, y silencioso le daría una patada en el trasero y la oportunidad de ver si podía volar.

Era el momento de la prueba. La Rosa Blanca tenía órdenes de detener al antiguo horror allí, donde podían recibir ayuda de sus víctimas. Esta vez lo había enredado a él en su plan.

De hecho, tenía la sensación de que él era el plan.

Ella no le había explicado nada. Quizás estaba jugando a la mujer misteriosa. O tal vez fuera que no confiaba en él.

Él estaba al mando..., hasta que hiciera algo inaceptable y su culo impactara con una bota y se zambullera en picado al infierno.

Raras veces los menhires expresaban algún sentimiento en su habla. Pero el que se materializó tras su hombro izquierdo consiguió expresar pesar cuando informó:

—Se ha escudado a sí mismo. Ni el fuego ni los rayos pueden alcanzarle.

La sorpresa había parecido de todos modos una vana esperanza, pero digna de intentarse a largo plazo.

—¿Y sus seguidores?

—Diezmados de nuevo. El monstruo sin embargo es inconquistable. Sufre, pero el dolor no hace más que ponerle más furioso.

—No es en absoluto invencible. Como verás si consigo acercarme a él.

El menos favorito de los buitres parlantes cloqueó locamente.

—Eres influyente, ¿eh? ¡Ja! Esa cosa te aplastará como un bicho, Set Greda.

Bomanz se alejó del pájaro. Su estómago dio un vuelco cuando miró hacia abajo de nuevo. El buitre estaba decidido a cebarse en su cabeza de turco. Se sintió regocijado por el optimismo del pájaro. Había aprendido autocontrol en la más dura de las escuelas. Había estado casado treinta años.

—¿No es el momento en que vosotras las piedras hagáis vuestro movimiento? — Intentó una sonrisa desarmante, un hombre sin nada en su mente excepto lo que tenía entre manos.

Un pequeño plan había empezado a supurar en la parte de atrás de su cabeza. Una forma de poner a aquel sarcástico buitre en su lugar.

—Pronto —dijo la piedra—. ¿En qué contribuirás tú a la farsa?

Antes de que pudiera contemporizar, el buitre chilló:

—¿Qué infiernos es eso?

Bomanz se dio la vuelta. Aquel maldito pájaro no se asustaba por nada, pero ahora estaba chillando de miedo.

Enormes alas oscuras cubrieron la noche, enmascarando la luna y las estrellas. Los fuegos animaron unos ojos sabios y malvados. Y Siluetearon unos enormes dientes como agujas. Aquellos ojos malignos estaban fijos en quienes cabalgaban la ballena del viento.

Silencioso hizo frenéticos signos de advertencia que no sirvieron de nada.

Bomanz no reconoció aquella cosa. No procedía de la Dominación, no había sido extraída del Túmulo. Era un experto en el tema y creía conocer cada jirón, pluma y hueso que había surgido de allí. Como tampoco era algo del imperio de la Dama, o la habría empleado en sus días de auge. Así que tenía que ser botín de una de las ciudades devastadas después de que el Renco saliese del imperio.

Fuera cual fuese su procedencia, era peligrosa. Bomanz empezó a sumirse en ese trance desde el cual le resultaba más fácil enfrentarse a un desafío sobrenatural.

Mientras se abría a las energías de otro nivel de realidad, el miedo le golpeó.

—¡Pasa a la siguiente fase! —le gritó al menhir de la cicatriz—. ¡Ahora! ¡Llama de vuelta a las mantas! ¡Lanza todo lo que tengas contra esta maldita cosa!

Alas orladas de fuego batieron la noche. Los ojos rojos de la cosa se clavaron en la ballena del viento.

Bomanz utilizó el más fuerte conjuro de defensa que conocía.

El monstruo torturó la noche con su chillido de dolor. Pero siguió adelante, con su rumbo sólo ligeramente alterado. La ballena del viento se estremeció ante el impacto.

Por todo el lomo de la ballena del viento los menhires parlantes empezaron a desvanecerse, dejando en su lugar pequeños truenos.

El buitre parlante maldijo como un estibador y agitó las alas en el aire. Las mantas jóvenes chirriaron de miedo. Los hermanos Torque corrieron hacia Bomanz, gritando preguntas que no comprendió. Íban a echarlo por el costado de la ballena.

Linda los detuvo con un gesto.

Debajo de ellos, el vientre de la ballena se abrió y dio nacimiento a un hirviente glóbulo de fuego. El calor ascendió por sus flancos. Un enorme estremecimiento sacudió toda su longitud. Los nudillos de Bomanz se pusieron blancos. Sintió deseos de retroceder, pero sus manos tenían voluntad propia y no consiguió dominarlas.

Otra explosión sacudió el vientre de la ballena. La gran bestia del cielo cayó un corto trecho. La inquietud se convirtió en pánico.

—¡Vamos a caer! —gritó uno de los Torque en su bárbaro farfullar del este—. ¡Oh dioses, vamos a caer!

Linda captó la mirada de Bomanz y le ordenó perentoriamente, en su lenguaje de

signos:

—¡Haz algo! —Sus gestos eran firmes.

Antes de que pudiera responder el aire se llenó de agua helada surgida de una serie de órganos en el lomo del leviatán. Pese a la partida de los menhires, la ballena del viento había empezado a perder flotabilidad. Estaba soltando rápidamente lastre, con la esperanza de apagar los fuegos.

El agua helada ayudó a sofocar el pánico.

Las mantas empezaron a salir de la noche, aleteando en medio de la rociada de agua. Al instante mismo en que se posaron sus crías saltaron a sus lomos, seguidas por otras criaturas de las Llanuras. Una vez cada manta hubo recogido todo el peso que podía admitir, aleteó hasta una de las resbaladizas rampas de despegue que le permitió lanzarse al espacio.

Otra explosión sacudió la ballena del viento. Empezó a hundirse lentamente por la parte central.

Linda se acercó a Bomanz. Parecía como si quisiera tirarle personalmente por el costado si no empezaba a hacer algo más que temblar y dejar que su mandíbula colgara.

¿Cómo podía estar tan malditamente tranquila? Iban a morir en unos pocos minutos.

Cerró los ojos y se concentró en el autor del desastre. Intentó armarse de valor.

No sabía qué era aquella cosa, pero no debía permitir que le intimidara. Era el Bomanz que había matado al abuelo de los dragones. Era el Bomanz que había caminado al interior de las llamas, desafiando la ira de la Dama pese a toda su majestad y fuerza.

Pero en aquellas ocasiones sus pies habían descansado sobre suelo firme.

Suavemente, con Seguridad, murmuró los mantras relajantes, seguidos por los ciclos desencadenantes que le permitirían deslizarse libre de su carne.

En un momento flotaba a la deriva en el vientre de la ballena, a través de las llamas, observando al oscuro devorafuego. Sólo debido al hecho de que se alimentaba tan glotonamente la ballena todavía no había sido consumida por un holocausto.

Añadió sus habilidades a los esfuerzos autoprotectores de la ballena del viento y a la disminución del ansia voraz del devorafuego. Las llamas empezaron a disminuir. Intentó moverse sutilmente y conseguir que su trabajo pasara desapercibido por el depredador. Aquella cosa sólo tenía un pensamiento. Pronto la ballena del viento podría controlar ella sola los fuegos.

El devorafuego intentó romper otra vejiga de gas. Bomanz lo apartó de un manotazo. Lo intentó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, fracasando en cada ocasión, hasta que se sumió en un frustrado acceso de ira.

Mientras estaba fuera de control, Bomanz introdujo unos zarcillos de hechicería.

Con un toque de joyero extirpó las órdenes del hombre de mimbre. Las reemplazó por un imperativo abrumador: destruye al hombre de mimbre. Consúmelo en la oscuridad, consúmelo en un fuego, pero libra la tierra de su nociva presencia.

Bomanz se retiró de vuelta a su carne. La visión física le mostró las estrellas enmascaradas por alas orladas de fuego cuya envergadura cubría la mitad del cielo. Esas alas viraron. El cuerpo que sostenían cayó hacia el lugar que el Viejo Padre Árbol deseaba que fuera defendido a toda costa.

Bomanz miró a Silencioso y a Linda. El melancólico hechicero sonrió ligeramente, asintió, hizo un pequeño gesto para indicar que había sido testigo de un trabajo bien hecho.

Así que quizá finalmente fuera borrado de la lista negra.

Observó al devorafuego golpear.

—¡Maldita sea! —Estaba picando hacia el recinto. El Renco debía de haber irrumpido de nuevo.

La ballena del viento había caído también un largo trecho. Estaba a distancia de alcance del hombre de mimbre. El gigante del cielo se había combado hacia abajo en su parte central, se había convertido en una colgante salchicha. Ya no tenía más lastre que soltar. Tampoco podía controlar su movimiento en el cielo. Estaba a merced del viento, encaminándose al sur, perdiendo progresivamente altitud. Silencioso y Linda se unieron a Bomanz. Preguntó:

—¿Por qué os habéis quedado? ¿Por qué no os habéis marchado como perseguidos por todos los diablos?

Los dedos de Silencioso danzaron mientras transmitía las palabras a Linda.

—Deja de agitar los dedos. Puedes hablar.

Silencioso le lanzó una dura mirada. No dijo nada.

La ballena del viento sufrió un bandazo. Bomanz agarró el tallo de un órgano mientras se deslizaba hacia el costado del monstruo y hacia una caída de todavía mil metros. Un glóbulo de llamas brotó hacia arriba, directamente apuntado a él, Maldijo y se aferró para salvar la vida. La ballena del viento continuó deslizándose de costado y estremeciéndose. Empezó a emitir un sonido hueco y retumbante que muy bien podía ser un grito de dolor.

Una chispa ocasional había entrado en contacto con una lenta fuga en una vejiga de gas. El juego estaba a punto de terminar. No había nada que pudieran hacer esta vez.

Iba a morir en unos pocos minutos. Por alguna razón no podía sentirse tan trastornado como debería. Sobre todo estaba furioso. Esta no era forma de desaparecer para el gran Bomanz, simplemente arrastrado a lomos de un monstruo aéreo, sin una audiencia ni una gran batalla en la que morir. Sin ninguna leyenda que dejar tras él.

Maldijo constantemente, en un murmullo ininteligible.

Sus pensamientos, más ágiles de lo que había pretendido nunca, se agitaron en una frenética búsqueda de una forma de asegurarse de que el hombre de mimbre se viera arrastrado con él.

No había ninguna. No había más arma que el devorafuego, que era una jabalina lanzada y ahora más allá de su control.

La ballena del viento empezó a descender más rápidamente. El fuego crepitó en la mitad trasera del monstruo. La curvatura en su centro se hizo cada vez más pronunciada. Estaba a punto de partirse en dos.

—Vamos. Esa mitad va a seguir adelante. —Empezó a trepar por la cada vez más pronunciada pendiente de la mitad delantera. Silencioso y Linda fueron tras él.

Otra explosión. Silencioso perdió pie. Linda se agarró con una mano a un órgano parecido a un árbol, lo sujetó con la otra. Tiró de él hasta ponerlo nuevamente en pie.

—Eso no es una mujer —murmuró Bomanz—. No como ninguna que haya conocido.

La mitad trasera de la ballena del viento empezó a caer más aprisa que la delantera. Explosiones secundarias lanzaron cometas de carne de ballena a los dientes de la noche. Maldiciendo monótonamente, Bomanz siguió trepando alejándose del desastre..., preguntándose a cada segundo por qué se molestaba en ello.

El miedo empezó a llegar, alimentado por su impotencia. Sus talentos no le servían de nada. No podía hacer nada excepto huir del avance del fuego hasta que no hubiera ningún lugar adonde ir.

Otra explosión desgarró y contorsionó la ballena del viento. Bomanz cayó. Más abajo, la mitad posterior del monstruo acabó de partirse y cayó, totalmente envuelta en llamas. El resto de la ballena del viento se bamboleó con violencia, intentando recuperar la horizontalidad. Dio una guiñada y rodó mientras se bamboleaba. El viejo hechicero se agarró desesperadamente. Y maldijo.

Un lloriqueo llegó hasta sus oídos.

A menos de dos metros vio los ojos resplandecientes de una pequeña manta. Cuando el fragmento de la ballena del viento empezó a estabilizarse se arrastró hacia ella.

—¿Te han olvidado, pequeña? Ven aquí.

La pequeña manta siseó y escupió y trató de utilizar su rayo. No pudo generar más que una débil chispa. Bomanz la arrastró hasta que la iluminó la luz de la luna.

—Eres realmente pequeña, ¿sabes? No es extraño que te olvidaran. —La manta no era más grande que un gato de mediano tamaño. No debía de tener más de un mes.

Bomanz acunó a la pequeña en el hueco de su brazo izquierdo. Dejó de debatirse casi de inmediato. Parecía contenta sintiéndose abrazada.

El viejo hechicero prosiguió su avance.

La ballena del viento se había vuelto tan estable como le era posible. Bomanz se acercó al costado. Miró hacia abajo justo a tiempo para ver la otra mitad golpear el suelo.

Silencioso y Linda se reunieron con él. Como siempre, sus rostros eran máscaras sin emoción, la una oscura, la otra pálida. Silencioso miró hacia el suelo. Linda parecía más interesada en el bebé manta. Bomanz dijo:

—Menos de sesenta metros ahora, pero todavía podemos caer un largo camino. Y todavía esta eso de lo que preocuparnos.

Eso se refería a los pequeños fuegos que todavía ardían allá donde la mitad de atrás del monstruo se había desprendido. Uno de ellos podía alcanzar otra vejiga de gas en cualquier momento.

—Deberíamos avanzar todo lo que podamos y esperar lo mejor. —Intentó sonar más esperanzado de lo que se sentía.

Silencioso asintió.

Bomanz miró a su alrededor. El monasterio ardía vivamente, incendiado por el devorafuego. Así que eso había funcionado, de alguna manera. Pero Cuando escuchó en la dirección correcta pudo sentir que un nudo de rabia y dolor hervía entre las llamas.

El Renco había sobrevivido de nuevo.

Y su plan había funcionado en cierto modo también.

## CAPÍTULO 27

Me costó creerlo. Cuervo había renunciado. Su cadera debía de dolerle mucho más de lo que quería admitir.

No se había movido desde que había desmontado, y no había dicho nada desde que su cuerpo le había ganado a su voluntad. Creo que estaba avergonzado.

Hubiera deseado realmente que el hijoputa se diera cuenta de que no necesitaba ser un superhombre. No iba a dejar de ser mi compañero por el hecho de ser humano.

Yo estaba tan agotado como él, pero no tenía intención de tenderme y morir. Aquel espectáculo alrededor del monasterio estaba siendo más flagrante a cada momento. De hecho, algunos de los fuegos artificiales se encaminaban en nuestra dirección. Eso me ponía demasiado nervioso como para sentirme asustado, aunque incluso los dedos de mis pies estaban tensos.

Otro estallido. Una rosa de fuego floreció en el cielo. Un gran pedazo de algo empezó a caer, derramando a su alrededor fragmentos más pequeños de fuego.

Me di cuenta de lo que estaba presenciando.

—Cuervo, será mejor que levantes el culo y mires a esa hija de madre.

Gruñó pero no se levantó.

—Es una ballena del viento, tonto del culo. De la Llanura del Miedo. ¿Qué piensas de ello? —Había visto a un par de ellas ser borradas del mapa durante la gran carnicería allá arriba en el Túmulo.

—Eso parece.

El Señor Ambición había rodado sobre sí mismo. Su voz era fría pero su rostro estaba tan blanco como la barriga de un pez, como si hubiera doblado una esquina y se hubiera dado de narices contra la Vieja Muerte.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Me callé. Acababa de imaginar una razón.

—No es por mí, muchacho. ¿Quién en toda la Llanura podría saber dónde buscarme? ¿Y a quién le importaría?

—¿Entonces...?

—Es la batalla del Túmulo, que aún sigue. Es el enfrentamiento del dios árbol con quien sea que capté liberarse ahí arriba.

Un destello de luz. Brotó fuego de un extremo de la parte de la ballena del viento que todavía estaba en el aire.

—Esa cosa no va a poder mantenerse ahí arriba mucho más tiempo. ¿Debemos ir a ver si podemos hacer algo?

No dijo nada durante al menos un minuto. Alzó la vista a las jorobadas colinas como si estuviera pensando que después de todo ya no le quedaba mucho para

alcanzar a Matasanos. No podía estar a más de diez o quince kilómetros, ¿no? Luego se puso en pie, con una mueca, evidentemente evitando apoyarse en su cadera mala. No pregunté. Sabía que le echaría la culpa al aire helado y a la frialdad del suelo.

—Es mejor que vayas a buscar los caballos —me dijo—. Yo recogeré nuestras cosas.

Mucho trabajo vas a tener, viejo amigo, pensé, puesto que básicamente nos habíamos dejado caer de las sillas cuando ya no pudimos más.

Puesto que no tenía mucho que hacer, simplemente se quedó allí contemplando aquel desastre volador surcar el Cielo. Parecía como si se le hubiera pedido que subiera al patíbulo y se pasara él mismo la Soga alrededor del cuello.

—He estado pensando, Lance —dijo Cuervo mientras descendíamos la ladera de la más septentrional de aquellas jorobadas colinas y nos encaminábamos al nordeste, persiguiendo aquel fragmento derivante de ballena de los vientos.

—Meditando es la palabra que yo hubiera elegido, viejo amigo. Y lo has estado haciendo desde el día en que finalmente acabaron con el Dominador. Parece como si esa explosión de hace un rato fuera la última.

El fragmento derivaba en un rumbo que interceptaría el nuestro. Unos pocos fuegos parpadeaban en un extremo. Estaba girando lentamente sobre sí mismo pero había frenado su caída.

—Quizá. Pero si dices algo tan definitivo como esto, puede que los dioses te lo tengan en cuenta. Esperemos solamente que eluda el bosque. Tiene un mal aterrizaje ahí.

—¿Qué era lo que estabas pensando?

—Acerca de ti y de mí, de Matasanos y su pandilla, la Dama, Silencioso, Linda. Acerca de todas las cosas que teníamos en común pero que no pudimos llevar adelante.

—No veo en absoluto lo que teníais en común. No más allá de tener los mismos enemigos.

—Tampoco nosotros durante mucho tiempo. Y ninguno de ellos lo vio tampoco. De otro modo todos habiéramos podido intentarlo un poco más.

Fingí dar la impresión de que me importaba un comino todo aquello a las tres de la madrugada.

—Básicamente todos somos gente infeliz y solitaria buscando nuestro lugar, Lance. Solitarios que realmente no desean serlo pero no pueden evitarlo. Cuando llegamos a la puerta que nos dejaría entrar, o salir, no podemos imaginar cómo accionar el pasador que nos permita el paso.

Que me maldiga. Esa era la observación más cercana de ábrete y expón lo que hay dentro de ti que jamás hubiera obtenido de él. Llena de añoranza y convicción.

Mejor afeitarme la cabeza y llamarme Pelón. Llevaba a su lado ahí arriba desde hacía un par de años. No ves los cambios que se producen en la gente cuando estás tan cerca de ella.

Este no era el Cuervo que había conocido, antes de que su ego y sus desventuras atraparan su alma entre las perversas sombras del Túmulo, antes de su limpieza. Había regresado dramáticamente alterado de la prisión del corazón.

Infiernos, ni siquiera era el mismo hombre que había pasado todo aquel tiempo borracho, sentado sobre su culo, en Galeote.

Mis sentimientos estaban entremezclados. Admiraba y quería y me llevaba bastante bien con el viejo Cuervo.

Quizá volviera a admirarle y quererle y a llevarme bien con él una vez hubiera acabado con esa nueva transición.

No supe qué decirle, aunque estaba seguro de que deseaba una respuesta. Su capacidad de desconcertarme nunca cambiaba.

—¿Así que has imaginado cómo hacerlo?

—Tengo una inquietante premonición, Lance. Casi me siento paralizado por el temor de lo que voy a encontrar si descubrimos algo. —Contempló aquel pedazo de ballena del viento.

Miré también, calculé que estaba a unos tres kilómetros de distancia y a unos ciento cincuenta metros de altura. La brisa la empujaba hacia nosotros.

—¿Vamos a perseguirla hasta las colinas Si llega hasta tan lejos?

—Dímelo tú, Lance. Fue idea tuya. —Hizo una pausa para susurrarle algo a su caballo. Los animales no se mostraban interesados en ir hacia allí. Aunque no tuvieran que cargar con nadie.

De la ballena del viento se alzó un champiñón de llamas. Antes de que nos alcanzara el rugir de la explosión dije:

—No vamos a tener que preocuparnos de trepar ninguna colina.

La ballena del viento cayó rápido, girando sobre sí misma. Cuando estaba a unos sesenta metros del suelo se desprendieron algunos trozos de ella, y dejó de bajar tan rápido. Tuve una idea bastante aproximada de dónde iba a golpear el suelo. Nos apresuramos hacia allá.

Entonces lo que quedaba picó bruscamente, se alzó ganando velocidad, y golpeó el suelo a casi dos kilómetros de distancia. Rebotó en el aire, quizá hasta unos treinta metros de altura. Siguió avanzando, ahora directamente hacia nosotros.

En la parte más alta de su rebote estalló de nuevo.

Rebotó dos veces más antes de posarse definitivamente, y se deslizó unos pocos metros antes de detenerse.

—Ve con cuidado —dijo Cuervo—. Pueden producirse más explosiones. —Todavía ardían fuegos en ella. En algún lugar de su interior sonaba un ruido como el de alguien golpeando el abuelo de todos los tambores.

—Todavía no está muerta —dije—. Mira ahí. —El extremo de un tentáculo yacía apenas a un par de metros de mí. Saltaba y se retorció como una serpiente con dolor de muelas.

—Hum. Atemos los caballos.

Estaba excitado como el mismo infierno. Como si hubiera pasado toda su vida alrededor de las ballenas del viento, tan cerca que podía oler su mal aliento. Y ésta lo tenía en grado superlativo.

Capté algo a la luz de los fuegos.

—¡Hey! Hay gente encima de esa mamona.

—Tenía que haberla. ¿Dónde?

—Ahí. Justo encima de esa mancha negra. —Señalé. Había alguien allí arriba afanándose sobre algo.

—Parece como alguien intentando sacar a alguien de debajo de algo —dijo Cuervo.

—Subamos y echémosles una mano. —Dejé mi caballo sin atar.

Cuervo me sonrió.

—La exuberante imprudencia de la juventud. ¿Adónde conduce?

Empecé a escalar un gelatinoso y hediondo risco. Él buscó un arbusto donde atar los caballos, lo cual era más fácil que trabarles las patas. Yo ya estaba a medio camino antes de que empezara a subir detrás de mí.

La carne de la ballena del viento era como esponjosa y definitivamente apestaba, con el olor añadido a carne quemada. La carne temblaba de dolor y agonía. Un monstruo tan noble. Casi me eché a llorar por él.

—¡Cuervo! ¡Apresúrate! Hay tres ahí arriba, y un gran fuego ardiendo en la parte de atrás.

En aquel momento se produjo una pequeña explosión. Me derribó jirones de fuego salpicaron el suelo. Algo de la seca hierba se prendió.

Habría problemas si el fuego se extendía.

Cuando Cuervo llegó arriba yo ya tenía a la mujer echada sobre el hombro y el viejo, que era el único que aún se mantenía en pie, la estaba atando para que no se deslizara. Terminado esto, buscó a su alrededor y empezó a intentar arrastrar un trozo de la ballena parecido a una fronda para sacarlo de encima de alguien.

Jadeando, Cuervo me miró, miró a la mujer, gruñó.

—Así que tenía que ser de este modo, ¿eh? —murmuró.

—Hey, esa mujer es sólida como una roca. O tiene un culo de plomo. Pesa tanto como yo.

—¿Qué te parece si la bajas? —dijo—. Me estoy haciendo demasiado viejo para esas cosas. —Se encaminó hacia el viejo—. Tú. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —No se sorprendió tampoco al ver al hombre bajo la fronda. El que Silencioso cayera bruscamente del cielo era exactamente el tipo de truco que esperaba que los hados lanzaran sobre él.

Temblaba Cuando ayudó al viejo a alzar la fronda. El viejo empezó a trabajar con Silencioso. Un bulto negro de algo agarrado a su hombro emitió un sonido como el de un gatito maullando.

—¡Levántalo! —ordenó el viejo hechicero a Cuervo—. Carga con él. No tenemos tiempo para que me ocupe yo.

Empecé a bajar. Cualquiera otra cosa que dijeran me la perdí. Pronto estaban bajando detrás de mí.

Algo susurró sobre nuestras cabezas. El bulto en el hombro del hechicero maulló de nuevo. Un chirrido cayó retumbando de la oscuridad. Las mantas de la ballena el viento habían acudido a trazar círculos sobre su agonizante compañera.

¿Qué les ocurría a las mantas cuando su ballena del viento moría?

—¡Auch! —gritó Cuervo—. ¡Vigila donde pisas!

Al mismo tiempo el viejo dijo:

—¡Tu arrogancia, hombre! Esa maldita, insufrible, presuntuosa arrogancia. Tú, sin razón ni derecho, me exiges, ¡me exiges!, una explicación. Yo debería estarte preguntando a ti qué estás haciendo aquí, revoloteando por delante del Renco. ¿Eres su heraldo? ¿Su mortífero explorador? ¿Vas a seguir avanzando? ¿Antes de que estemos todos negros y crujientes como lonchas de tocino?

Apoyé mis pies en el suelo, les contemple. Cuervo estaba absolutamente enfurecido. Quizá nunca llegó a imaginar que ya no era un lord y que el mundo no iba a saltar sobresaltado cuando él ladrara. Y nunca había tenido el suficiente sentido común como para asustarse e la gente adecuada. Gente como el viejo Bomanz, que probablemente podía convertirlo en un sapo si se sentía agraviado.

Cuervo no llegó a decir nada más. Otra explosión casi los arrojó a él y al viejo fuera de la ballena del viento. Un gran estremecimiento recorrió todo el monstruo. Aquel profundo tamborilear cesó. La bestia murió con un profundo gruñido que dijo todo lo que había que decir acerca de la muerte y la desesperación.

Las mantas allá arriba lanzaron sonidos de aflicción. Sonidos de profundo dolor. Me pregunté cómo se las arreglarían ahora.

La ballena del viento dejó de estremecerse. El hechicero aulló:

—¡Fuera de aquí antes de que todo esto estalle!

Cuervo se tambaleaba hacia los caballos cuando ocurrió. La explosión empequeñeció cualquier otra cosa que hubiéramos visto antes. Me agaché ante el estallido de aire

caliente. Arrojó a Cuervo unos metros hacia adelante. Cayó de bruces. Bomanz, aunque más cerca de la explosión, resistió la onda y permaneció de pie, agitando los pies de una forma que me recordó a mi vieja madre bailando. Parecía como si le doliera todo el cuerpo.

Cuando el resonar en mis oídos se apagó, pude oír la triste canción de las mantas, de nuevo o todavía.

La ballena del viento se convirtió en su propia pira funeraria.

Fragmentos despedidos a todo alrededor iniciaron por todas partes pequeños fuegos en la hierba. Los caballos estaban asustados. Todavía no nos hallábamos a salvo.

Cuervo se arrastró, incapaz de volver a ponerse en pie. Me sentía como una total nulidad parado allí sin hacer nada por ayudar, pero mis piernas simplemente se negaban a moverse.

El hechicero se rehízo, sujetó a Cuervo. Se apoyaron el uno en el otro como un par de borrachos. Conseguí mover finalmente los pies.

—Vamos, amigos. Salgamos de aquí. Echemos nuestra carga en los caballos y marchémonos antes de que terminemos todos convertidos en chicharrones.

Yo ya había colocado a la mujer cruzada sobre la silla como si fuera un saco de arroz. Si teníamos que correr mucho su parte delantera iba a convertirse en una miserable magulladura.

—¡Aprisa! —aullé—. Está viniendo viento. —Retuve los animales antes de que decidieran que eran más listos que nosotros y se encaminaran por su cuenta hacia las tierras altas.

Mientras subíamos a Silencioso al otro caballo, Cuervo echó su primera mirada detenida a Linda. Parecía como si le hubieran dado una paliza. La sangre brotaba de su boca, orejas y nariz. Su piel expuesta estaba magullada o cubierta con una costra de sangre. Silencioso parecía estar igual de mal, y lo mismo el hechicero, pero a Cuervo no le importaba un pimiento ninguno de los dos.

—Pueden ser curados —dijo Bomanz antes de que Cuervo empezara a hablar—. Si los sacamos de aquí antes de que la hierba incendiada nos alcance.

Eso y el que yo echara a andar sin esperarle hizo que Cuervo se moviera. Me siguió, conduciendo el caballo que llevaba a Linda. Bomanz no nos aguardó a ninguno de los dos. Echó a andar rodeando un extremo del más cercano fuego, que la brisa estaba empujando hacia las dormidas y jorobadas colinas.

Cuervo empezó a murmurar y a maldecir de nuevo. Bomanz se encaminaba al norte, acunando la pequeña manta, que chillaba alegremente a las criaturas que se deslizaban invisibles sobre nuestras cabezas. Cuervo todavía deseaba alcanzar a su viejo compañero, pero supongo que había decidido que no sería juicioso desafiar al hechicero en estos momentos, Cuando estaba también de tan mal humor.

No dejé de mirar atrás, a la ardiente ballena del viento, hasta que estuvimos demasiado lejos entre los árboles para seguir viéndola. Tuve la impresión de que había una especie de lección allí, algún tipo de simbolismo, pero no pude desentrañarlo.

## CAPÍTULO 28

Smeds entró en la Calavera y las Tibias procedente del brillante sol de la mañana. Cuando sus ojos se ajustaron divisó a Timmy Locan en un oscuro rincón, ante una pequeña mesa para dos. Al principio parecía como si Timmy estuviera simplemente sentado allí contemplando su vendada mano. Sin embargo, cuando se acercó más, Smeds vio que Timmy tenía los ojos apretadamente cerrados. Sus mejillas estaban mojadas.

Smeds se sentó en la otra silla delante de Timmy.

—¿Fuiste a ver a un médico como te dije?

—Sí.

—¿Y bien?

—Me cobró dos óbolos para decirme que no sabía qué era lo que me ocurría y que no sabía qué hacer al respecto a menos que aceptara la amputación. Ni siquiera me ayudó con el dolor.

—Entonces necesitas un hechicero.

—Me indicó el mejor de la Ciudad y me despidió. No puedo permitírmelo.

—Y no puedes ir, Timmy. Tenemos a dos de ellas aquí. Telaraña y Seda. Las mejores hojas de Hechizo, recién llegadas.

Timmy no estaba escuchando.

—¿Has oído lo que acabo de decir, Timmy? Tenemos aquí a dos zorras recién llegadas de la Torre. Vinieron ayer por la noche. Mal asunto. Se supone que han venido a averiguar lo que ocurrió en el Túmulo. Mañana o pasado mañana tomarán un batallón de Acechadores Nocturnos y se encaminarán hacia allá. La noticia está por toda la ciudad.

Timmy Seguía sin escuchar.

—¿Lo has captado? Van a subir allá arriba y averiguarán que alguien le hizo algo a ese árbol. Entonces querrán sangre.

Timmy rechinó unos instantes los dientes, luego dijo:

—Haces bien en advertirme.

—¿Qué?

—Pez dice que no cree que haya ninguna forma en que puedan rastrearnos. Siempre que nos mantengamos tranquilos y tengamos la boca cerrada. Mientras tanto, la noticia circulará entre todos los hechiceros. El que esté interesado vendrá a Galeote y empezará a buscar el clavo. Entonces podremos iniciar la puja.

A Smeds le gustaba cada vez menos aquella idea. Demasiado malditamente peligrosa. Pero el resto de ellos, incluso Pez, estaban convencidos de que la venta

podía efectuarse con todas las garantías de seguridad. No creían que todos los hechiceros fueran estúpidos a los que les gustara joder a la gente simplemente por el placer de hacerlo.

—Tan sólo es un trato de negocios —no dejaba de decir Tully—. Nosotros vendemos. Ellos pagan y obtienen el clavo. Todo el mundo contento.

Y una mierda. Todo el mundo *no* estaría contento. Había un muchillón de hechiceros y sólo un clavo de plata. Cada uno de esos malditos hechiceros no sólo intentaría hacerse con él, sino que iba a procurar que nadie se le adelantara. Quienquiera que lo consiguiese desearía cubrir sus huellas de modo que nadie viniera a arrebatárselo.

Tully no dejaba de decir estupideces cada vez que Smeds empezaba a preocuparse. Incluso cuando Smeds le recordaba cómo se comportaban los hechiceros según todas y cada una de las historias que había oído.

—Creo que sé dónde hay un tipo que puede mirarte lo de la mano, Timmy. — Smeds recordó que una de sus tías le había hablado de un hechicero allá en el Lado Sur que era bastante honesto y decente Siempre que le pagaran lo que le correspondía.

La puerta de la calle se abrió. La luz del exterior se derramó dentro. Smeds miró a su alrededor, vio al cabo de los Acechadores Nocturnos y a un par de sus compañeros. El cabo alzó una mano amistosa. Smeds tenía que devolverle el saludo o quedar como una mierda. Luego tuvo que quedarse un poco más para que no pareciera que se marchaba porque un puñado de tipos de gris habían entrado. Utilizó el tiempo para hablarle a Timmy del hechicero que conocía su abuela.

—¿Quieres que lo probemos?

—Estoy dispuesto a probar cualquier Cosa.

—Vayamos, entonces.

El hechicero era un tipo rechoncho, sonriente, con unas mejillas como de manzana y un delgado pelo blanco que se agitaba en todas direcciones. Salió como si hubiera estado esperándoles durante toda su vida. Smeds comprendió por qué a su abuela le gustaba el hombre. Era tan fea y desabrida que ni siquiera un perro ciego la esperaría excepto para salir huyendo.

Smeds fue el que habló, porque no confiaba en que Timmy no dijera más de lo necesario en su ansia por librarse del dolor.

—Alguna especie de infección que le está poniendo la mano toda negra —dijo.

—Y que duele como el infierno —añadió Timmy. Había un asomo de lamento en su voz. Timmy Locan no era un quejica.

—Abrámosla y echémosle una mirada, pues —dijo el hechicero. Colocó la mano de Timmy sobre su mesa de trabajo, abrió el vendaje con un cuchillo delgado y

afilado. Sonrió y charloteó mientras trabajaba, y cuando tuvo el vendaje abierto dijo —: No parece tener muy buen aspecto, ¿verdad?

Para Smeds tenía un aspecto horrible. No había visto la mano de Timmy sin sus vendajes en una semana. La zona negra había triplicado su tamaño. Ahora cubría toda la palma de Timmy y había empezado a arrastrarse hacia el dorso. La carne ennegrecida tenía un aspecto hinchado.

El hechicero se inclinó, olisqueó.

—Curioso. La carne infectada suele oler. Cierra fuerte los ojos, hijo. —Timmy hizo lo indicado, y el hombre rechoncho empezó a pinchar su mano con un aguja—. ¿Qué sientes cuando hago esto?

—Sólo un poco de presión. ¡Ay! —La aguja se había clavado en carne no ennegrecida.

—Extraño. Muy extraño. Nunca he visto nada así, hijo. Intenta relajarte. —El hechicero fue a un estante y tomó un barroco artilugio de latón que no era mucho más que un aro de palmo y medio de diámetro sostenido por seis patas de veinte centímetros. Lo colocó a caballo sobre la mano de Timmy. Echó polvos y dejó caer gotas en una serie de cavidades del artilugio de latón, murmuró una especie de jerigonza. Hubo un destello y una bocanada de fétido humo. Un rielar como el que brota de un pavimento caliente apareció en los confines del círculo.

El hechicero se quedó mirándolo fijamente.

Smeds no pudo decir qué significaba nada de aquello.

Pero la sonrisa del hechicero desapareció. El color abandonó sus mejillas. Preguntó con voz chirriante:

—¿En qué os habéis metido, muchachos?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —preguntó Smeds.

—Me sorprende que no lo viera antes. El hedor místico está ahí. Pero ¿quién hubiera pensado en él? El chico ha metido su mano en algo polucionado con la esencia del mal. Algo impregnado con la sangre de la oscuridad. Un poderoso amuleto quizá. Algún talismán perdido en los tiempos antiguos y que recién acaba de regresar a la superficie. Algo muy extraordinario y hasta la fecha desconocido en estas partes. ¿Habéis estado saqueando tumbas, muchachos?

Timmy miró su mano. Smeds se enfrentó a los ojos del hechicero pero no dijo nada.

—No querréis quebrantar ninguna ley cavando allá donde encontrasteis lo que causó esto. Podéis encontraros con terribles problemas si no informáis de ello a las autoridades imperiales.

—¿Puedes hacer algo por él?

—Pagan buenas recompensas.

—¿Puedes hacer algo por él? —repitió Smeds.

—No. Sea lo que sea lo que causó esto, fue creado por alguien mucho más grande que yo. Suponiendo que haya sido un amuleto, la quemadura sólo puede ser curada por alguien más grande que el hombre o mujer que creó el amuleto. Y ese alguien necesitará el amuleto para estudiarlo antes de intentar efectuar una cura.

Mierda, pensó Smeds. ¿Dónde vamos a encontrar a alguien lo suficientemente grande como para deshacer lo que hizo el Dominador?

No vamos a encontrarlo.

—¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Puedes aliviarle de alguna forma?

—Puedo extirpar la carne afectada. Eso es todo.

—¿Qué significa eso en lenguaje normal?

—Puedo amputarle la mano. Aquí. Por la muñeca. Será suficiente, en estos momentos. Si ésta es la forma en que decidís hacerlo, será mejor que lo hagáis pronto. Una vez la oscuridad se abra camino a los huesos más largos no habrá ninguna forma de decir hasta dónde y cuán rápido puede llegar a extenderse.

—¿Qué dices tú, Timmy?

—¡Es mi mano, hombre!

—Ya has oído lo que ha dicho él.

—Lo he oído. Mira, hechicero, ¿puedes darme algo que detenga el dolor el tiempo suficiente para que pueda pensar en ello?

—Puedo lanzar un conjuro de bloqueo que ayude por un tiempo —dijo el hombre rechoncho—, pero dolerá más que nunca cuando se disipe su efecto. Y ésta es una idea que será mejor que te metas en la cabeza. Cuanto más tiempo esperes, peor será el dolor. Dentro de otros diez días serás incapaz de dejar de gritar.

Smeds frunció el ceño.

—Gracias por todo. Dale el matadolores y déjanos hablar sobre ello.

El hechicero extendió unos polvos, murmuró algo, hizo místicos pases. Smeds vio que Timmy se relajaba un poco, luego incluso esbozaba una débil sonrisa.

—¿Ya está? —preguntó Smeds—. Vamos, Timmy. Salgamos a la calle.

—Necesito vendar eso de nuevo —dijo el hechicero—. No sé lo que puede hacer, pero si entra en contacto con alguien puede contagiarle. Si el mal original era lo suficientemente fuerte.

Las entrañas de Smeds se anudaron y retorcieron mientras intentaba recordar si había tocado alguna vez la mano de Timmy. No Creía haberlo hecho.

Apenas aguardó a sacar a Timmy a la calle antes de preguntar:

—¿El Viejo Pez te tocó alguna vez mientras te estaba curando?

—No. Nadie lo hizo. Excepto ese médico al que acudí. Lo hurgó un par de veces con el dedo.

—Hum. —A Smeds no le gustaba aquello. Se estaba complicando. No le gustaban las cosas complicadas. Generalmente intentar desenredarlas hacía que se

complicaran todavía más.

Era preciso una buena sentada con Tully y Pez. Sabía lo que Tully querría hacer: arrastrar a Timmy a alguna parte fuera de la región, degollarlo y enterrarlo.

Tully tenía el alma de una serpiente. Había que tomar una decisión al respecto. Cuanto antes mejor. En estos momentos probablemente no dolería. Excepto que debían de tener en cuenta que el clavo estaba de por medio. Mierda.

—Timmy, quiero que te emborraches y te lo pases bien, pero piensa seriamente y toma una decisión. Sea lo que sea lo que quieras hacer, te respaldaré, pero tienes que recordar que nos afectará a todos. Y mantén un Ojo fijo en Tully. Tully no es un tipo al que quieras volverle la espalda cuando está nervioso.

—No soy estúpido, Smeds. Tully no es un tipo al que le volvería la espalda ni siquiera cuando no está nervioso. Cada vez que intenta algo puedes esperar una sorpresa desagradable para los demás.

Interesante.

Smeds pensó que él también tenía que tomar algunas decisiones. Como el que, con la ciudad llena hasta las cloacas de tipos de gris y sus jefes a punto de descubrir que el clavo había desaparecido del Túmulo, si aquél no sería el mejor momento de echarse a la carretera y perderse en algún lugar al que nunca se les ocurriera mirar. Y de hacer algo con el clavo a fin de que estuviera más seguro de lo que lo estaba ahora en su mochila en la Calavera y las Tibias. Ya había elaborado una idea sobre cómo manejar aquello. Una idea que podía convertirse en una especie de seguro de vida si la ponía en práctica y lo hacía antes de decirles a los demás lo que había hecho.

Maldita Sea, odiaba tanto cuando las cosas Se complicaban.

Se desató un infierno con Tully cuando se reunieron todos. Tully parecía perder un poco más de cordura a cada día que pasaba.

—¿Crees que eres algún maldito tipo de inmortal? —preguntó Smeds—. ¿Crees que eres intocable? Ahí fuera tenemos a los malditos grises, Tully. Si deciden ponerse nerviosos, te harán pedacitos, uno detrás de otro. Luego enviarán los pedacitos a Telaraña y Seda para que vuelvan a unirlos a fin de que les digas lo que quieren saber. Y cuando se lo hayas dicho, eso no será suficiente. ¿O crees que eres alguna especie de héroe capaz de resistir al tipo de gente que aprendió a hacer preguntas allá en la Torre?

—Primero tendrán que encontrarme antes de poder hacerme ninguna pregunta, Smeds.

—Creo que finalmente estamos llegando a alguna parte. Eso es lo que he estado diciendo durante los últimos diez minutos.

—Y un infierno. Has estado agitando la mandíbula acerca de echar a correr hasta algún maldito lugar perdido como Lords...

—¿Piensas realmente que podrás permanecer fuera de su camino aquí? ¿Una vez sepan lo que están buscando?

—¿Cómo pueden...?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Lo que sé es que no son unos tipos medio estúpidos venidos del Lado Norte. Son gente de Hechizo. Se comen a la gente como nosotros como aperitivo. La mejor forma de no cruzarse en su camino es no estar cerca de ellos.

—No vamos a ir a ninguna parte, Smeds. —Tully se estaba mostrando absolutamente testarudo.

—Si quieres quedarte por aquí aguardando a que el martillo te golpee entre las cejas, por mí estupendo. Pero no voy a dejarme matar porque tú tengas problemas de ego. Vender ese clavo y hacernos ricos es estupendo, pero no lo bastante estupendo como para morir por ello o ir al potro por ello. Con toda esa gente rondando por aquí antes incluso de que empecemos a intentar encontrar un comprador, me siento tentado a entregárselo al primero que nos ofrezca algo sólo para librarme de él.

La discusión prosiguió, acerba, inconclusiva, con Pez y Timmy como árbitros. Smeds estaba tan furioso consigo mismo como con Tully. Tenía la desagradable sospecha de que no hacía más que soltar aire, que no sería capaz de convencer a su primo si había que tomar una decisión. Tully no era gran cosa, pero era familia.

## CAPÍTULO 29

El Perro Matasapos estaba tendido a la sombra de una acacia mordisqueando una tibia que había pertenecido a uno de los soldados del hombre de mimbre.

Sólo una docena habían sobrevivido a aquella espantosa noche cuando habían tomado el monasterio. La mitad de ellos habían muerto desde entonces. Cuando la brisa soplaba del norte, el hedor de la muerte era abrumador.

Sólo dos de los chamanes habían sobrevivido. Apenas. Hasta que se recuperaran, él y el hombre de mimbre estaban apenas en mejor forma que al principio, allá en el Túmulo.

El Perro Matasapos mantenía un ojo atento a las mantas que se deslizaban sobre sus cabezas y alrededor del monasterio, sondeando eternamente en busca de puntos débiles en el cascarón de magia que rodeaba el lugar. Los rayos penetraban a través de todos los que encontraban. Sólo uno de cada cien causaba algún daño, pero era suficiente para garantizar una eventual destrucción.

El triunfo del hombre de mimbre sobre la ballena del viento había proporcionado un respiro de dos horas. Luego había aparecido otra ballena del viento y la lucha se había reanudado. Ahora había cuatro de ellas ahí fuera, en los cuatro puntos de la brújula, y estaban decididas a vengar a su hermana caída.

El Perro Matasapos se levantó, con todos los huesos doloridos y crujiendo, y zigzagueó su camino entre los puntos peligrosos hasta el bajo y delgado muro que rodeaba los restos del monasterio. Cojeaba terriblemente. Su pata de mimbre había desaparecido en la confrontación que se había producido cuando el dragón de fuego del Renco se había vuelto contra él.

Se consoló con el Conocimiento de que el Renco estaba en peor estado que él. El Renco no tenía ningún cuerpo en absoluto.

Pero estaba trabajando en ello.

¿Cómo demonios habían conseguido dar ese giro a la situación?

El Perro Matasapos Se alzó sobre sus patas traseras, apoyó su pata delantera y su barbilla sobre el muro y miró fuera.

El cuadro era peor, tal como había esperado. Las piedras parlantes eran tan numerosas que formaban una circunvalación. Bosquecillos de árboles andantes se alzaban allá donde el suelo era húmedo, deleitándose: habían tenido que soportar una sequía eterna en la Llanura del Miedo.

¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que avanzaran y empezaran a demoler el muro con sus raíces de crecimiento rápido?

Escuadrones de centauros invertidos galopaban entre las sombras de las

deslizantes mantas, practicando cargas y lanzamientos de jabalinas en masa.

Aquella extraña horda llegaría algún día hasta allí. Y no podrían rechazarla mientras el Renco no tuviera un cuerpo.

Podrían haber llegado ya si hubieran sabido lo indefensos que estaban los asediados. Eso era lo único inteligente que había hecho el Renco, salirse de la vista y yacer bajo, de modo que aquellas criaturas de ahí fuera no supieran dónde estaba. Contaba con que la Rosa Blanca pensara que intentaba atraerla a una trampa fingiendo estar indefenso.

El Renco necesitaba tiempo. Haría cualquier cosa, sacrificaría a cualquiera, para conseguir ese tiempo.

El Perro Matasapos se alejó y cojeó hacia la semidemolida estructura principal del complejo monástico. Un aterrorizado centinela le observó pasar.

Sabían que estaban condenados, que se habían vuelto ricos más allá de toda esperanza pero al precio de vender sus almas a la muerte. No iban a vivir para poder disfrutar ni un cobre de sus robadas fortunas.

Ahora ya era demasiado tarde, incluso para hallar esperanza en la deserción.

Un hombre lo había intentado. Lo habían atrapado ahí fuera. A veces le hacían gritar sólo para recordar a los demás que estaban lo bastante irritados como para no hacer prisioneros.

El Perro Matasapos se deslizó a través de los angostos pasillos y descendió por empinadas y estrechas escaleras hasta el profundo sótano que el Renco había escogido como su madriguera. Allí abajo estaba a salvo de las enormes piedras y demás cosas que las ballenas del viento arrojaban cuando sentían la necesidad.

El Renco se había aposentado en una estancia tan grande, húmeda y mohosa como cabía esperar. Pero la luz allí era tan brillante como las fuentes artificiales podían producir. Los escultores necesitaban esa luz para hacer adecuadamente su trabajo.

La cabeza sin cuerpo del Renco estaba posada sobre un estante que dominaba el trabajo en progreso. Dos guardias armados y uno de los chamanes observaban también. El trabajo en sí era efectuado por tres de la docena de sacerdotes que habían sobrevivido a la masacre de los residentes del monasterio.

No tenían ni idea de cuál sería su recompensa si hacían un buen trabajo. Lo realizaban bajo la ilusión de que se les permitiría reanudar la labor del monasterio cuando terminaran y sus huéspedes se marchasen.

En el ángulo sudoeste, el más alto del recinto, había un pequeño manantial. El monasterio extraía su agua de él. Debajo del recinto, que el mismo flujo del agua mantenía húmedo, había un lecho de una de las más finas arcillas de alfarero del mundo. Los monjes llevaban usándola desde tiempos inmemoriales. El Renco se había sentido encantado cuando supo del depósito.

Los escultores habían esbozado el nuevo cuerpo a satisfacción del Renco. Sería el cuerpo que siempre había deseado tener, no la cosa retorcidamente tullida que había tenido que soportar cuando poseía un cuerpo propio. Con la cabeza rematándolo mediría casi dos metros de estatura, y el cuerpo en sí encajaría en lo que el Renco imaginaba que era el sueño de cualquier doncella.

Casi un tercio del detallado trabajo final se había realizado ya, y era realmente un buen trabajo, con todas las diminutas arrugas y poros de un auténtico cuerpo humano, pero sin ninguna de sus imperfecciones.

Sólo uno de los tres monjes efectuaba el trabajo de escultura. Los otros dos mantenían la arcilla mojada, untando su superficie con aceite que retendría la humedad natural.

El Perro Matasapos contempló la figura de arcilla sólo el tiempo suficiente para estimar cuánto tiempo más duraría su buena suerte. No se sintió tranquilizado. Seguramente esas cosas de ahí fuera se demorarían tan sólo uno o dos días como máximo.

Rehizo su ruta hasta la superficie, merodeó de muro en muro, estudiando potenciales rutas de escape.

Cuando golpeará el martillo iba a estar fuera de allí al galope, directamente hacia la piedra parlante y saltando por encima de ella. No esperarían que huyera y abandonara al Renco a su destino.

Hallaría un amo más razonable en algún otro lugar. El Renco no era el único de los antiguos que había sobrevivido.

## CAPÍTULO 30

No hubo mucho compañerismo en el campamento que establecimos al este del monasterio, donde el olor de los cadáveres no era tan malo. Quiero decir, hice todo lo posible, y yo, los muchachos Torque, el buitre parlante y un par de las piedras parlantes tuvimos unas buenas sesiones alrededor de la vieja fogata. Pero el resto de ellos actuaban como un puñado de niños pequeños.

Cuervo no iba a hablar con Linda a menos que ella hiciera el primer movimiento. Silencioso no quería nada con Cuervo, dominado por el pensamiento de que Cuervo iba a intentar robarle su chica, una chica que nunca había sido suya. Linda no hablaba con Cuervo porque imaginaba que él le debía al menos veinte disculpas gigantes y a esas alturas tenía que pagar antes de que ella le perdonase. Y estaba irritada con Silencioso porque él se estaba mostrando presuntuoso, y quizás un poco consigo misma también, tal vez por haberle dado pie a sus presunciones.

Sólo entre ustedes y yo y la almohada, no creo que sea una virgen ruborosa.

Pero quizá esto sólo sea un deseo más que un modo de pensar. Ha pasado tanto tiempo desde que he estado a tiro de piedra de una mujer que las hembras de esos centauros al revés me parecen atractivas.

Los muchachos Torque maldicen para sí mismos.

El viejo hechicero Bomanz no se lleva bien con nadie. Está lleno hasta las órbitas de los ojos con ideas acerca de cómo debería de llevarse todo, y nadie le escucha excepto el buitre parlante. El nombre del buitre es Virgilio, pero las piedras lo llaman Garganta Estúpida y Boca de Basura debido al alto contenido intelectual de la mayor parte de su conversación.

Estoy empezando a cansarme de todas esas extrañas criaturas. Al principio me impresionaban, pero ya llevamos aquí ocho días. Si ignoro cuál es su aspecto pienso que conocí a tipos más extraños entre los Guardias.

Lo que no puedo imaginar es por qué permanecemos sentados aquí sin hacer nada. Por lo que he oído sólo hay unos pocos tipos encerrados ahí en ese monasterio. Con lo que tenemos deberíamos poder hacernos cargo del Renco incluso en sus mejores condiciones. Pero Linda es quien manda aquí. Dice que esperemos.

Recibe sus órdenes del Viejo Padre Árbol. Lo cual me hace pensar que él debe de sentirse feliz mientras el Renco esté metido en un saco desde donde no pueda causar dolor a nadie.

—La juzgué mal —dijo Cuervo—. No esta sentada sin hacer nada.

—¿Eh? ¿Qué? —Yo deseaba irme a dormir. Y de pronto él quería hablar.

—Linda no está simplemente sentada aquí sin hacer nada. Hay una docena de clases de esas criaturas de la Llanura tan pequeñas que no te das cuenta de ellas. O son tan parecidas a otras que estás acostumbrado a ver que no les prestas la menor atención. Las tiene deslizándose constantemente de un lado para otro. Sabe cada vez que cualquiera de ellos respira. Tiene a alguien enfocado constantemente en cada uno de ellos. Las mantas y centauros y el lanzar rocas es puro espectáculo. Si llega la orden, el auténtico ataque será efectuado por esas pequeñas criaturas. No sabrán lo que les golpea desde dentro. Es un genio. Me siento orgulloso de esa chica.

Imaginé que había tenido unos buenos maestros, yendo durante todos aquellos años con la Compañía Negra. Le dije:

—¿Por qué no vas a decirle que es un genio, que te sientes orgulloso de ella, que todavía la amas, que te perdone por haber sido un estúpido tan grande hace tanto tiempo? Y déjame dormir un poco.

No fue a ver a Linda, pero se irritó conmigo y me dejó tranquilo.

Aunque a la larga esto no me hizo demasiado bien.

Lo que nadie sabía excepto quizá Silencioso —puesto que Linda no podía oír y no podía leer los labios de las piedras porque no tenían boca— fue que ya tenía el adelante del jefe árbol. Sólo estaba esperando el momento correcto para dar la señal.

Naturalmente la dio cuando acababa de sumirme en el sueño más profundo.

Las cosas estaban tranquilas en el sótano donde se escondía el Renco. Había un guardia armado, un chamán de guardia, un monje manteniendo la arcilla húmeda, y dos más haciendo una pata para el Perro Matasapos.

La tierra tembló. Una ballena del viento había golpeado el edificio con una piedra extra grande. Todo el mundo se apresuró a proteger la obra de arcilla.

Una docena de criaturas de la Llanura salieron explosivamente de grietas y sombras. Volaron pequeños proyectiles. Pequeñas hojas centellearon. Las criaturas más rápidas se subieron por todos lados al soldado y al chamán. Dejaron escapar al monje. Una vez el soldado y el doctor brujo quedaron inutilizados, las criaturas empezaron a mutilar la obra de arcilla.

Por todas partes era lo mismo. Ninguno de los hombres del Renco sobrevivió.

Ese monstruo, el Perro Matasapos, salió volando del monasterio y aterrizó bruscamente en medio de un grupo de centauros. Las hojas llamearon. Las jabalinas volaron. Lo mismo hicieron los cuerpos. Entonces el monstruo se desató.

Las mantas hormiguearon sobre su cabeza tan densas que no dejaban de chocar unas contra otras. El tronar de sus rayos fue como el resonar de tambores.

El monstruo llegó a la barrera de menhires parlantes y árboles andantes. Saltó sobre ellos también. Su pelaje ardió y sus flancos fueron acribillados por los dardos. Los árboles andantes intentaron agarrarle. Su fuerza era demasiado violenta para ellos.

Siguió avanzando, directo hacia nosotros.

Los menhires se situaron en su camino, haciéndole tambalearse y tropezar. Las mantas intentaron asarlo. Los centauros galoparon a su altura, acribillándole con jabalinas y lanzándose contra él, intentando incapacitarlo. Cuervo, los muchachos Torque y yo le clavamos tres o cuatro flechas cada uno. Ni por un momento pareció darse cuenta de ello. Simplemente siguió avanzando, como si fuera todos los lobos del mundo a la vez.

—¡Id a por sus ojos! —chilló Cuervo—. ¡A por sus ojos!

Estupendo, viejo amigo. Afina la puntería cuando estás temblando tanto que vas a tener que lavar el marrón de tus calzoncillos durante más de un mes.

El monstruo estaba tan sólo a doce metros de distancia cuando Silencioso lo saludó golpeándole el rostro con un gran cubo de serpientes, serpientes que se agarraron a él e intentaron arrastrarse al interior de sus orejas y boca y orificios nasales.

Las serpientes no le detuvieron, pero alejaron su mente de lo que fuera que había planeado para nosotros. Simplemente siguió corriendo.

Salí disparado y aterricé de culo. Mientras volaba por los aires vi a Linda avanzar, tan fría como sí estuviera en una cocina cortando rebanadas de pan, y lanzar un tajo con una espada de dos manos que nunca imaginé que una mujer pudiera alzar. Lo alcanzó un poco demasiado alto. Golpeó sus costillas en vez de abrirle el vientre.

Aterricé y pasé el siguiente par de minutos efectuando un examen astronómico de un par de cientos de recién nacidas constelaciones.

Una lluvia salvaje me empapó, me sacó de aquello y me hizo ponerme en pie, y me di cuenta de que no había llovido en absoluto. Una ballena del viento había pasado por encima, dejando caer un poco de lastre para frenar su caída mientras descendía tras el Perro Matasapos.

El monstruo seguía encaminándose al oeste. Inmediatamente detrás había algo rielante que parecía un elefante con un amasijo de tentáculos por cabeza. La Contribución de Bomanz a la causa.

Fue el último minuto en el que las cosas tuvieron sentido.

Las piedras parlantes entraron en un estado de furia ciega, empezaron a brotar de todas partes. Los árboles andantes saltaron arriba y abajo. Los centauros corrieron en círculos. Todo lo que podía hablar empezó a chillarle a todo lo demás. Las ballenas del viento retumbaron y empezaron a descender como si pretendieran suicidarse estrellándose contra el suelo. El menhir de la cicatriz le estaba parloteando a

Silencioso en una jerga que no pude captar, y Silencioso estaba prácticamente danzando una combinación de flamenco y esgrima intentando decirle a Linda lo que estaba diciendo la roca.

Topé con Cuervo y le dije:

—Viejo amigo, éste parece un buen momento para irnos de la fiesta. Antes de que los cuidadores empiecen a arrastrarlos a todos de vuelta al asilo.

Él estaba mirando a Silencioso. Dijo:

—Calla. —Y un minuto más tarde—: El dios árbol lo ha suspendido todo. Ha ocurrido algo en el norte. Desea que todo el mundo deje lo que esté haciendo y se encamine a casa.

Miré a mi alrededor. Dos ballenas del viento estaban ya posadas en el suelo. Todo tipo de criaturas estaban subiendo a bordo. La única piedra parlante por los alrededores era la que le estaba hablando a Silencioso.

—Aquí tenemos nuestro viaje a lomos de una ballena del viento para atrapar a tu amigo Matasanos.

# CAPÍTULO 31

El joven árbol en el Túmulo había permanecido en coma desde el fuego, con su inteligencia amortiguada mientras sus heridas sanaban. Pero llegó el día en que finalmente los estímulos externos empezaron a registrarse. Hubo un rumor y una agitación en todo el Túmulo como no se había visto desde la gran batalla que había tenido lugar allí.

Curioso e impulsado por el mandato de su padre, el árbol se arrastró fuera de su amnesia temporal, aunque distaba mucho de estar completamente curado.

El Túmulo hormigueaba con soldados del tenebroso imperio occidental. Captó los focos de poder que debían de ser sus comandantes. Estaban recorriendo cada centímetro de los alrededores.

¿Por qué?

Entonces volvieron los recuerdos. Afortunadamente, no de golpe. En fragmentos y detalles. En un orden razonablemente temporal. La cosa que acudió a cavar, el horror que puso al descubierto. La muerte que había surgido del bosque y caído sobre la ciudad. El fuego... El fuego... El fuego...

Los soldados se pusieron rígidos por el miedo y la sorpresa y huyeron aterrorizados cuando el rayo crepitó entre las ramas del árbol. Sus capitanes salieron y se quedaron con la boca abierta ante la feroz luz azul que bañaba el Túmulo.

El árbol concentró todo su intelecto en su ascendiente inmediato y finalmente, tras muchas semanas, le transmitió la noticia de su gran fracaso.

## CAPÍTULO 32

Las gemelas Telaraña y Seda avanzaron hacia el ahora tranquilo árbol con paso cauteloso. Ambas llevaban cascos de cuero negro que las ocultaban por completo. Sus atuendos eran una imagen en un espejo la una de la otra, lo mismo que sus cuerpos. Aunque sus poderes eran una orden de magnitud menos mortales y feroces que los de cualquiera de los Diez Que Fueron Tomados, hacían que el mundo opinara lo contrario copiando el estilo y el atuendo de sus predecesores.

Así, se envolvían exitosamente con el manto de lo que era su futura ambición. Y si sobrevivían el tiempo suficiente, podrían afinar su maldad hasta llegar a ser a todos los efectos indistinguibles de los viejos terrores hoy prácticamente desaparecidos de la tierra.

Así cría y se reproduce la maldad.

Las gemelas se detuvieron a tres metros del árbol, con su miedo cuidadosamente oculto de sus soldados. Se inclinaron. Miraron. Rodearon el árbol, yendo en direcciones opuestas. Cuando se reunieron de nuevo allí donde habían empezado, sabían.

Sus negros corazones estaban lastrados por el miedo, pero también albergaban una chispa de perversa esperanza.

Llamaron a sus lugartenientes. En media hora las tropas se encaminaban a Galeote.

Al infierno con el Renco, La caza era mucho más grande que eso.

## CAPÍTULO 33

Era última hora de la tarde. Smeds alzó la vista de su trabajo en la pared. Sonrió. Dos horas más y su sentencia en el batallón de trabajos forzados —tres días por un insignificante vandalismo y engaño malicioso— habrían terminado. Y el maldito clavo estaría guardado a buen recaudo en un lugar que nadie podría encontrar. Sólo él sabría que estaba en una cavidad en el mortero bajo una cierta piedra en el merlón veintisiete al este de la nueva muralla del lado este que dominaba la Puerta Norte.

Smeds se sentía relamidamente orgulloso de si mismo por haber pensado en un escondite tan excelente. ¿Quién podría pensar en ello? Nadie. Y si por alguna remota casualidad alguien lo hacía, ¿quién iba a echar abajo toda la maldita muralla para tratar de encontrarlo? Pagarían por la información.

Sonrió de nuevo.

Su capataz imperial frunció el ceño pero no hizo chasquear el látigo. Ese látigo le había enseñado rápidamente a Smeds a mantener su cuota de trabajo incluso mientras soñaba despierto.

Su sonrisa murió no porque el capataz la desaprobara sino porque la nube de polvo allá en el norte, que llevaba varias horas acercándose, había llegado a menos de dos kilómetros de la muralla, y de ella se habían destacado dos apresurados jinetes vestidos de negro. Tenían que ser Telaraña y Seda.

Sabían lo del clavo.

Habían vuelto rápido. No le gustó lo que eso implicaba.

Al menos quizás ahora Tully tendría un atisbo convincente de cómo era en realidad aquella gente cuando se quitaba los guantes.

Llegó la hora sin ningún mordisco del látigo, pese a que se había sumido profundamente en sus ensoñaciones acerca de una joven a la que había conocido el día antes de que se dejara atrapar sin resistirse pintando un eslogan obscuro en un monumento preimperial. Le había costado hacer que un amanuense profesional le enseñara a escribir el eslogan. No sabía leer ni escribir ni su propio nombre.

Aquella muchacha le estaría esperando esta noche, unos escasos catorce años de ardiente calor.

Bajó del andamiaje pensando en un baño y en ropa limpia, y allí estaba el Viejo Pez aguardando su liberación, una simple formalidad que implicaba cortar el cable que rodeaba su cuello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Smeds.

—Pensé que alguien tenía que venir para asegurarse de que te soltaban cuando se suponía que debían de hacerlo. Tully no podía ser molestado. Timmy todavía está en

cama.

Timmy había dejado finalmente que el hechicero le amputara la mano la mañana en que Smeds inició su sentencia.

—¿Se encuentra bien? ¿Funcionó?

—Parece que sí. No hay ningún problema con ese tipo de dolor. Vamos.

Echaron a andar, sin hablar mucho. Smeds miró a su alrededor con ojos entrecerrados. Estaban derribando tres veces más rápido de lo que reconstruían. Había zonas despejadas que cubrían casi cinco hectáreas. Los chicos de gris se habían hecho mucho más evidentes desde que había llegado el grupo del norte, y ahora estaban por todas partes. Pelotones de Acechadores Nocturnos se movían rápidamente de un lado para otro con una finalidad concreta. Soldados de otras unidades parecían estar apostados en cada esquina. Fueron parados dos veces y se les pidió que justificaran sus nombres y adónde iban.

Algo sin precedentes.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Smeds.

—No lo sé. Han empezado cuando iba a buscarte.

—Telaraña y Seda volvieron del Túmulo hará un par de horas. Las vi desde la muralla. Llevaban una maldita prisa.

—Hum. Así que es eso. —Pez miro por encima del hombro, con sus hirsutas cejas blancas parecidas a dos orugas arqueando el lomo—. ¿Lo pusiste en la muralla?

Smeds no respondió.

—Bien. Imaginé que ahí es donde debía de estar. No podías haber elegido nada mejor. Incluso he olvidado que hasta pensé que podías intentar hacernos alguna jugada.

Siguieron caminando, escuchando los rumores que llenaban las calles. Una noticia no dejaba de llegarles: los imperiales habían sellado la ciudad. Cualquiera que lo deseara podía entrar, pero no iban a dejar que saliera nadie hasta que encontraran a alguien o algo que deseaban desesperadamente. Se había iniciado una búsqueda casa por casa, y estaban siendo tan meticulosos como lo eran siempre los imperiales.

—Tenemos un problema —dijo Smeds.

—Tenemos más de uno.

—Se lo dije a Tully hasta que me quedé Sin voz.

—Quizá hubieras debido decirle que se quedara. Así quizá hubiera decidido que tenía que marcharse.

—Lo recordaré. Tenemos que reunirnos, los cuatro. Debemos martillar algunos hechos dentro del cráneo de Tully.

—Sí. O simplemente hacer lo que hay que hacer, le guste O no.

—Sí.

Giraron hacia la calle que conducía más allá de la Calavera y las Tibias. Las

sombras hicieron que Smeds se estremeciera. Esperaba que una Telaraña o una Seda surgieran en cualquier momento saltando encima de ellos. Había olvidado por completo su cita.

—Por ahora no podemos hacer nada excepto cubrirnos el culo e intentar salir de aquí. No pueden hallar nada que les haga pensar que el clavo vino hasta aquí.

—Quizá.

—Tienen que relajar las cosas sin demorarse mucho. No puedes mantener una ciudad como Galeote cerrada mucho tiempo.

—Si no lo descubren pronto y fácilmente, Smeds, empezarán a buscar a fondo. Quizás ofrezcan alguna recompensa. Una recompensa grande, considerando las molestias que ya se están tomando.

—Fui a ver al médico que Timmy visitó. ¿Recuerdas? Estoy casi seguro de que imaginó lo que le pasaba a Timmy. Al menos tenía ese aspecto.

Smeds dejó de andar.

—Mierda.

—Sí. Y luego está el hechicero que le amputó la mano. Dos flechas apuntando directamente hacia nosotros, y demasiado tarde para eludirlas echando a correr. Tenemos que tomar algunas decisiones difíciles.

Smeds se detuvo mirando al ocaso índigo detrás de las espiras que se alzaban en el corazón de la ciudad. Ahí estaba. Lo que había temido que ocurriera desde el principio, sólo que no sería a Pez y Timmy a quien debería apuñalar.

—Creo que puedo hacerlo si hay que hacerlo. ¿Y tú?

—Sí. Si ésa es la decisión.

—Vayamos a tomar una copa y examinemos todos los ángulos.

—No querrás beber mucho, si ése es el movimiento que vamos a hacer. Ese hechicero tendrá que ser eliminado rápido. No es estúpido. No pasará mucho tiempo antes de que imagine que lo que están buscando los grises puede serlo mismo que quemó la mano de Timmy. Y no pasará mucho tiempo más antes de que se de cuenta que él es el único punto de conexión entre nosotros y ellos. No va a ser fácil si nos está esperando.

—De todos modos necesito tomar un trago.

Entraron en la Calavera y las Tibias. Era la hora de socializar para el vecindario, pero todavía había mesas libres. El propietario no poseía el tipo de personalidad que atraía a la gente dispuesta a gastar su dinero. Para alivio de Smeds, su primo estaba llamativamente entre los ausentes.

Ninguno de los dos habló hasta que tuvieron una jarra ante ellos y Smeds hubo dado un largo sorbo. Se secó la boca con la manga.

—He estado pensando. Tal como lo veo, tenemos aquí lo cómo demonios se llame, quórum, creo. Tú y yo. Timmy no puede hacer nada ni aunque quisiera. Y

Tully no hará más que discutir y armar bronca e intentar hacerse cargo de todo y conseguir que todo el mundo haga las cosas a su manera. Entonces lo estropeará todo y hará que nos maten a todos.

—Cierto.

—Así que, ¿qué podemos hacer?

El Viejo Pez sonrió suavemente.

—¿Me estás pidiendo que decida yo? ¿Quieres que te diga lo que debemos hacer? ¿Para que de este modo no sea culpa tuya, tú sólo hiciste lo que te dijeron que debías hacer?

Smeds no había pensado conscientemente en aquello de aquella forma. Pero había allí una verdad que le sobresaltó.

—Está bien —dijo Pez—. Sólo necesitas situarte de modo que puedas mirarlo y ver si eres un hombre o una comadreja. ¿Cómo te sientes acerca de hacerlo?

Aquella no era una pregunta fácil.

—No quiero hacerlo. Esos tipos nunca hicieron nada excepto intentar ayudarnos cuando se lo pedimos. Pero mejor sus culos que el mío. No voy a dejar que me cojan gracias a ellos porque me siento mal acerca de hacerlo, y por todo lo que puedo ver ésa es la única manera de evitar que los grises se nos echen encima.

—Así que estás convencido.

Smeds pensó en ello. Su estómago se anudó.

—Supongo que sí.

—Eso es un voto en favor de la acción.

—Si tu votas en contra, tendremos que recurrir a Timmy o Tully para deshacer el empate. —Alguna loca parte de él se aferró a la esperanza de que votara en contra. Otra parte dijo que sería agradable seguir vivo para poder sentir su conciencia culpable.

—Estoy contigo. —Pez consiguió esbozar una débil sonrisa—. Nada de ataduras. A mí tampoco me gusta, pero no veo ninguna otra forma de salirnos de ello. Si piensas en alguna, házmelo saber. Me sentiría enormemente feliz de cambiar de opinión. —Pez dio un largo trago a su cerveza.

El estómago de Smeds Siguió anudándose y hundiéndose.

## CAPÍTULO 34

El Perro Matasapos se deslizó al interior del monasterio tan silencioso como la muerte. Las ballenas del viento aún no estaban por debajo del horizonte, en dirección norte, abandonando inexplicablemente su misión cuando sólo faltaba un último toque para completarla. El monstruo estaba extremadamente asombrado, pero no dejó que eso lo paralizara. Ya había tenido suficientes distracciones en forma de un millar de heridas y laceraciones.

Se deslizó a través de las ruinas y descendió al subsótano, donde sorprendió a un monje en el proceso de sabotear la obra de arcilla. Un restallar de sus mandíbulas terminó con aquello, aunque probablemente ya era demasiado tarde para salvar nada.

Avanzó y contemplo la cabeza que flotaba en el barrilito de aceite. No era un pensador rápido, pero sí firme, y llegó a donde deseaba llegar a su debido tiempo. El debate en ese momento era si valía la pena o no proseguir su alianza con una cosa tan obviamente loca y fuera de control.

La cabeza le devolvió la mirada, despierta y consciente y absolutamente impotente. El monstruo no era del tipo sutil o reflexivo, y así no pensó que era una ironía el que el destino siguiera manteniendo en la impotencia a quien era posiblemente el más poderoso y más peligroso ser en todo el mundo.

La cabeza le miró con gran intensidad, como si hubiera algún mensaje crítico que tenía que transmitir. Pero cualquier pequeña comunicación no expresada que había existido entre ellos en el pasado ya no funcionaba.

El Perro Matasapos resopló, agarró bruscamente la cabeza con las mandíbulas y salió del monasterio. La ocultó en un lugar que creyó que sería seguro, luego se alejó cojeando cautelosamente.

Era el momento de empezar de nuevo desde cero, y realmente no tenía ni idea de dónde poder encontrar el tipo de reclutas que necesitaría para que se hicieran cargo de las tareas que precisaba hacer. Sólo sabía dónde no debía mirar. En el norte no habían dejado nada tras ellos excepto desolación.

No se apresuró. No se sentía presionado. Viviría hasta que se enfrentara con alguien lo bastante poderoso como para matarle.

Pensó que tenía todo el tiempo del mundo.

## CAPÍTULO 35

Había luces en casa del hechicero.

—¿Vive solo? —preguntó Pez.

—No lo sé —respondió Smeds. El hechicero parecía ser el hombre más rico del vecindario. Tenía auténticas ventanas.

Una sombra cruzó una pantalla de papel.

—De todos modos no importa. No hay ninguna garantía de que no haya con él algunos amigos, o un cliente.

Smeds se sobresaltó. No había pensado en la posibilidad de que aquello se convirtiera en una masacre. Miró calle arriba, en la dirección que había tomado la patrulla. Los chicos de gris estaban por todo el lugar. Aquello tenía que hacerse rápido y en silencio.

—¿Estás dispuesto a hacer tu parte?

—Sí. Me estoy preparando del mismo modo que lo hice antes de atacar Hechizo. Un gran hechicero, un pequeño hechicero, los riesgos son en el fondo los mismos.

—¿Estuviste en Hechizo? No sabía eso.

—Era joven y estúpido. No sabía cómo iban las cosas. Los grises todavía están buscando a aquel tipo. No quieren dejar que nadie que estuvo allí muera de viejo.

—Cuidado. Una patrulla.

Se fundieron en las sombras entre dos edificios, Se acuclillaron tanto como se atrevieron sin tenderse sobre la basura y la mierda de perro. En aquel mismo momento la luz se derramó por la puerta del hechicero. Salió una mujer. Resonó el clip-clop de las botas de los soldados. Alcanzaron a la mujer cuando ésta llegaba a la calle.

—Buenas noches, señora —dijo uno de ellos—. Es tarde para andar por la calle. ¿Consultando al hechicero?

No había luz suficiente para ver, pero Smeds supo que ella debía de estar mirando de un soldado a otro, asustada, intentando decidir si tenía alguna buena razón para estarlo. Murmuró con voz estrangulada:

—Sí.

—¿Podemos saber su nombre? Tenemos que mantener un control sobre todo el mundo que va y viene.

—¿Por qué?

—No lo sé, señora. Son órdenes. Es lo mismo por toda la ciudad, allá donde haya alguien relacionado con este tipo de negocio. Yo y Caliente solemos tener suerte, y nos ha tocado ese payaso que no creo que vaya a permanecer despierto toda la noche.

—Pueden ir a beber algo a cualquier taberna o a hacer lo que prefieran. Yo soy su último cliente esta noche.

—Estupendo, señora. Inmediatamente después de que nos diga su nombre y cómo podemos encontrarla si necesitamos hablar de nuevo con usted.

La mujer protestó, pero les dijo a los soldados lo que pedían. Los grises solían obtener siempre lo que deseaban.

—Gracias, señora. Apreciamos su cooperación. Teniendo en cuenta cómo están las calles por la noche, Caliente la acompañará para asegurarse de que no le ocurre nada.

Smeds sonrió. Ese era un típico chico de gris.

El compañero silencioso se alejó con la mujer. El otro soldado reanudó Su patrulla. Smeds se levantó.

—Tenemos suerte, realmente va en busca de una cerveza.

—Para tener realmente suerte deberíamos ver cómo ese bastardo de hechicero se muere de un ataque al corazón en este mismo momento. ¿Estás preparado?

—Sí.

—Entonces adelante con ello. En silencio.

Smeds cruzó rápidamente la calle. En silencio. Se suponía que Pez le proporcionaría tiempo suficiente para ir hasta la parte de atrás. Luego Pez, al que el hechicero no conocía, llamaría a la puerta delantera. Se suponía que Smeds entraría —en silencio— y atacaría al hechicero por detrás.

La táctica no tenía ningún Sentido para Smeds, pero él no era el general allí.

Se detuvo, asombrado. Una ventana lateral estaba abierta de par en par, dejando entrar el frío aire de la noche. Hizo una pausa para recuperar el aliento, luego atisbó.

La habitación era aquélla en la que el hechicero había visitado a Timmy la primera vez que habían acudido a verle. El hechicero estaba allí, trasteando de un lado para otro, poniendo cosas en su sitio y murmurando para sí mismo.

Aquello era mejor que cualquier puerta trasera.

La llamada de Pez, cuando se produjo, fue tan discreta que Smeds casi se la perdió. El hechicero inclinó a un lado la cabeza, pareció como si intentara decidir si debía abrir o no. Finalmente, murmurando, abandonó la habitación.

Smeds se deslizó por la ventana, fue tras el hombre. No recordaba que el suelo crujiera de aquel modo. Esperaba que su memoria no le jugara malas pasadas porque no estaba tomando precauciones contra los ruidos del suelo. Extrajo su cuchillo mientras avanzaba.

Los nervios desaparecieron. Pareció casi como si fuera un espectador en su propia mente. Observó que se movía con mucha más fluidez que lo habitual, preparado para cualquier cosa en medio de cualquier movimiento.

El hechicero gruñó algo y empezó a trastear con la cerradura mientras Pez

llamaba por tercera vez.

Smeds atisbó cautelosamente.

El hechicero estaba en la puerta, a tres metros de distancia, de espaldas a él, abriéndola.

—¿El profesor doctor Damitz? —preguntó Pez.

—Sí, ¿qué puedo hacer por...?

Y eso fue todo.

Smeds vio al hechicero alzarse de puntillas y empezar a elevar sus manos mientras él se movía para atrapar al hombre por detrás, al tiempo que Pez entraba en la casa, sujetaba al hechicero y daba una patada a la puerta para cerrarla a sus espaldas. Vio a Smeds, se sorprendió. Acompañó el cuerpo del hechicero en su caída al suelo.

—¿Cómo has ido tan rápido?

Smeds miró al hombre muerto.

—Había una ventana lateral abierta. ¿Cómo lo has hecho? —El mango de un largo cuchillo asomaba bajo la barbilla del hechicero. No había mucha sangre.

—La hoja penetró directamente hasta el cerebro. No tuvo la menor oportunidad de hacer ninguno de sus trucos mientras moría.

Smeds contempló el cuerpo. Ahora comprendía el plan. Pez lo había enviado a la parte de atrás sólo para apartarlo del camino.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? ¿Un poco tembloroso?

—Estoy bien. No me ha trastornado demasiado.

—¿Mantenía registros escritos, algún diario? ¿Algo donde hubiera podido escribir algo acerca de Timmy?

—No lo sé. Nunca le vi hacerlo cuando estuvimos aquí.

—Será mejor que echemos un vistazo. Empieza tú... ¿Sientes algo ahora?

—Sólo siento lástima por esa mujer después de que lo encuentren.

—Sí. Va a ser duro para ella durante un tiempo. Mira a tu alrededor. Intenta no enredar mucho las cosas. Y no te tomes demasiado tiempo. Tenemos que salir de aquí lo antes posible. —Pez entró en la habitación donde el hechicero había efectuado sus entrevistas.

Smeds se reunió con él cinco minutos más tarde, llevando un frasco de cristal y un par de libros.

—¿Qué demonios es eso?

—La mano de Timmy. La encontré en una habitación de atrás. Hay todo tipo de cosas raras ahí.

—Mierda. Me alegra que nos hayamos tomado un poco de tiempo para mirar. —Cogió él también algunos libros—. Salgamos de aquí como si nos persiguieran todos los diablos y librémonos de esto. Por la ventana. La cerraremos, yo la aseguraré

detrás de nosotros. Saldré primero, veré si el camino está despejado.

Las manos de Smeds temblaron mientras se servía su primera jarra de cerveza. Pero no había sido tan malo como pensaba que habría sido. De todos modos, había una cierta reacción. Mayor que la que mostraba el Viejo Pez.

Se habían ocupado de la mano y de los libros. Lo más peligroso había sido anulado. Ahora sólo quedaba una cosa por hacer.

Su benefactor el cabo de los Acechadores Nocturnos entró con su jarra de cerveza, miró a su alrededor, fue a llenarla.

—¡Mierda! —exclamó Smeds—. Lo olvidé. Tenía una cita esta noche.

Pez le lanzó una mirada Conmiserativa durante unos breves segundos, luego dijo:

—Bebe un poco. Echa una cabezada. Todavía tenemos la mitad del trabajo por hacer.

## CAPÍTULO 36

Parecía como si yo nunca hubiera visto a Linda hacer demasiado para merecer su reputación de la Rosa Blanca. Quizá fuera porque se mostraba tan poco atractiva cuando la veías, tan sólo una rubia desaliñada de pelo enmarañado de veintitantos años que habría encajado perfectamente en el equipo destripaterrones de mi infancia. Excepto que ahora habría parecido mucho más desgastada porque habría estado pariendo chicos durante diez años.

Aparte de ser sordomuda, lo cual siempre resultaba difícil que los demás separáramos de la simple estupidez, creo que cuesta tomarla en serio debido a que hace lo que hace de una forma tan fácil, tan casual. Tomemos ese ataque al monasterio. Tan suave como si hubiera sido cuidadosamente engrasado. Y nadie habría resultado herido si ese monstruo del Perro Matasapos no hubiera saltado en medio de todos esos centauros cuando estaba en plena huida. Y todo fue maldita culpa de ellos. Se mostraron demasiado ansiosos. Si se hubieran mantenido tranquilos como se suponía habrían tenido tiempo de apartarse del camino.

Seguro que ella tenía el respeto del dios árbol y toda la influencia que deseara con él. Creo que él se lo permitía todo.

Pero ella no se daba aires por ello.

Durante un tiempo no dejó de ser extraño. Tenías a Linda en un punto determinado, con Silencioso siempre cerca, intentando mantenerse entre ella y Bomanz y entre ella y Cuervo al mismo tiempo, sólo que Cuervo y el hechicero nunca estaban demasiado juntos porque no confiaban el uno en el otro más de lo que Silencioso confiaba en ninguno de ellos.

Lo cual hacía que todo no dejara de ser divertido. Porque cuando estás a lomos de un monstruo a más de tres mil metros de altura, compartiendo ese lomo con un par de cientos de criaturas a las que no les importaría devorarte como desayuno si no te comportabas, puedes estar seguro de que no intentarás nada, por mucho que te gustara hacerlo. Los chicos Torque sabían eso. Yo lo sabía. Linda lo sabía. Pero esos otros tres genios, Bomanz, Cuervo y Silencioso, estaban tan atareados mostrándose importantes haciéndose un hueco en el centro del universo que nunca se les había ocurrido.

Los Torque, sin embargo, estaban un poco nerviosos respecto a mí. Yo había sido Guardia y ellos habían pertenecido a la Compañía Negra. Pensaban que tal vez yo albergara algún resentimiento.

Pero estaba diciendo que la Rosa Blanca no se daba aires. Ni siquiera siendo la Rosa Blanca. No le gustaba que la llamaran de ningún modo excepto Linda. No le

importaba cuando yo merodeaba por los alrededores intentando hablarle. Sólo a Cuervo y a Silencioso les importaba. Le dije a Cuervo que se fuera al diablo cuando puso objeciones, y supongo que ella le dio a Silencioso el mismo mensaje: se limitó a permanecer por los alrededores con el aspecto de alguien que está pensando en si intervenir o no cada vez que yo hablaba con ella. Entiendan, eran hombres adultos. Mucho más viejos que yo.

Fue culpa de Cuervo que yo pudiera hablar con ella. Sólo podía culparse a sí mismo. Fue él quien insistió en que yo aprendiera el lenguaje de los signos a fin de que pudiéramos comunicarnos en situaciones en las que no pudiéramos hablar en voz alta.

No era que habláramos mucho al principio, Linda y yo. Sólo eso de hey cómo van las cosas. Yo no era muy bueno con el lenguaje. Ella me enseñó muchos más signos a medida que hablábamos.

No lo dijo claramente, pero tuve la sensación de que estaba ansiosa por tener a alguien con quien pudiera hablar además de Silencioso. No podía decirlo con él flotando constantemente a nuestro alrededor.

Cuando empecé, lo único que realmente deseaba averiguar era lo que ella pensaba sobre Cuervo. Deseaba impedir que siguiera haciendo el ridículo más de lo que ya lo estaba haciendo. Quizás ella se dio cuenta. Era aguda. Nunca me dio la menor oportunidad de averiguarlo.

Así que al Cabo de un par de días estábamos hablando de cómo era el ser chicos campesinos creciendo con una guerra a nuestro alrededor. Era fácil comprender por qué se había vuelto como era ahora. Todo el mundo conocía la historia, así que no necesitaba explicar nada.

Le dije que me uní al ejército para alejarme de la granja y le hablé de cómo me reenganché cuando los Rebeldes demostraron no ser más limpios que los imperiales. Quizá menos, porque ella no había llegado todavía para empezar a hacer limpieza. Y a los imperiales les pagaban. Bien, y a tiempo.

Ella no pareció ofendida, así que añadí mi filosofía secreta de la vida: cualquier estúpido que se hace soldado por una idea en vez de por el dinero merece morir por su país. Si tenías que ponerlo todo sobre la mesa, mejor que fuera por unas apuestas que pudieras llevarte contigo.

Eso la ofendió. Por unos momentos pareció que mis palabras la escocían, luego lo redujo todo a rescoldos e intentó convencerme de que existían abstracciones por las que valía la pena luchar y morir, y yo me aferré a mi postura de que, sin importar lo admirable que fuera la causa, no valía la pena morir por ella porque, a sólo veinte años de distancia carretera adelante, nadie iba a recordarte ni le ibas a importar un pimiento aunque te recordara.

Transcurrieron dos días de esta forma. Tuve la sensación de que, de no existir

tanto ego en el camino, Cuervo y Silencioso se habrían coaligado para apartarme de su chica.

Era fácil hablar con ella. Dije cosas que nunca había dicho a nadie antes porque pensaba que no tenían ningún valor, teniendo en cuenta la fuente. Cosas acerca de cómo funcionaba la gente y el mundo, cosas así.

Nunca me di cuenta de que mi visión de las cosas era tan cínica hasta que intenté hilvanarlas y plantearlas de esa forma tan poco sutil en que tienes que hacerlo si usas el lenguaje de los signos.

Le dije que no podía creer en su movimiento porque no prometía nada para el futuro excepto libertad de la tiranía del pasado. Le dije que esa pequeña filosofía que había detectado como impulsora del movimiento ignoraba por completo la naturaleza humana. Que si los Rebeldes conseguían alguna vez derribar el imperio, lo que fuera que lo reemplazara iba a ser peor. Esa era la lección de la historia. Los nuevos regímenes, para asegurar su supervivencia, eran siempre peores que los que les habían precedido.

Insistí en el tema de lo que ofrecían los Rebeldes en lugar del imperio. En mi limitada experiencia, la gente del imperio era más segura, próspera e industriosa de lo que había sido antes de su llegada..., excepto en las zonas en las que había una activa presencia Rebelde. Le dije que para la gran masa de la gente la libertad no era ninguna salida. Que era un concepto extraño, al menos tal y como parecían definirlo ellos, los Rebeldes.

Le dije que para un campesino —y probablemente los campesinos formaban las tres cuartas partes de la población—, la libertad significaba ser capaz de alimentar a su familia y poder vender los excedentes en el mercado.

Cuando abandoné mi hogar, los campos de patatas y todo lo demás eran gestionados comunitariamente. El trabajo era largo y duro y aburrido, pero nadie pasaba nunca hambre, e incluso en los años malos había excedentes suficientes para proporcionar algunos pequeños lujos. En tiempos de mi abuelo, en cambio, nuestros campos no habían sido más que otra parcela entre otras docenas propiedad de un gran terrateniente. La gente que vivía allí formaba parte del mobiliario, como los árboles, el agua y la caza, atada legalmente a la tierra. Tenían un gran número de obligaciones para con el señor, que tenían que cumplir antes de que pudieran trabajar la tierra. Y del producto de esa tierra tenían que entregar unas cantidades fijas al terrateniente. Antes que nada. Si el año había sido malo, el señor podía quedarse con todo.

Pero no habían tenido que caminar a la oscura sombra de la Dama. Así que debían de sentirse como pequeños animales de granja beatíficamente felices.

Le dije que ahora los hijos de los terratenientes eran todos parte de la columna vertebral de la causa Rebelde, decididos a liberar sus esclavizadas tierras.

Le dije que no me hacía ilusiones acerca de que la Dama sintiera algún amor o

preocupación por la gente común. Había eliminado las clases dirigentes existentes simplemente para librarse de los desafíos potenciales a su propio poder. Tenía montones de repugnantes esbirros cuyos dominios asignados eran lugares terribles donde vivir.

Finalmente, argumenté que el imperio no corría el peligro de desmembrarse, pese al hecho de que ella había desarmado a la Dama durante la decisiva confrontación en el Túmulo. La Dama se había obsesionado en expandir sus fronteras y el alcance de su poder. Había creado una eficiente maquinaria para manejar el trabajo interno del imperio. Esa maquinaria no había resultado rota.

Llevábamos cuatro días en el aire. Atardecía, y allá delante el pardo dejaba paso al brumoso azul del Mar de las Tormentas. Habíamos recorrido un largo camino en muy poco tiempo. Cuando pensé en toda la mierda por la que tuvimos que pasar Cuervo y yo para llegar hasta aquel monasterio allá abajo, ¡maldita sea! Esta era la única forma decente de viajar.

Dejé de discutir con Linda. Me sentía un poco culpable. A medida que transcurría el día ella había ido hablando menos y menos conmigo. Creo que le había lanzado a la cara un montón de cosas en las que ella no había pensado nunca. A una escala más pequeña siempre he sabido de gente para quien una meta lo es todo, que nunca piensan en las consecuencias de la meta alcanzada.

Por supuesto, yo había hecho lo que hace todo el mundo. La había malditamente subestimado.

Al día siguiente no me acerqué a ella hasta el mediodía. Supongo que la eludía. Pero cuando la vi ella dio un salto atrás.

Casi al mismo tiempo observé la oscura franja de tierra en el horizonte septentrional, e inmediatamente después me di cuenta de que estábamos perdiendo altura. Las ballenas del viento se estaban deslizando en una especie de formación, un triángulo encima de nosotros. Las mantas estaban despegando y deslizándose hacia la costa.

—¿Dónde estamos? —le pregunté en el lenguaje de los signos—. ¿Qué ocurre?

—Nos acercamos a Ópalo —respondió, también en signos—. Vamos en busca de los hijos de Cuervo. Le obligaremos a enfrentarse con su pasado.

Eso era una medida de hasta qué punto el dios árbol la valoraba y la respetaba. Aunque había arrancado a sus subordinados de aquel monasterio y les había ordenado que se dirigieran al norte porque no había tiempo que perder, iba a permitir que Linda interrumpiera el viaje porque aquello era importante para ella.

Supuse que Cuervo no sabía nada de lo que se estaba preparando. Probablemente iba a necesitar un montón de apoyo cuando lo supiera. Fui en Su busca.

## CAPÍTULO 37

No había nadie por las calles en la cuarta hora, reflexionó Smeds. Los soldados estaban todos holgazaneando en alguna parte, porque todos los chicos malos tenían el suficiente sentido común como para estar en sus casas durmiendo. Los panaderos todavía no se habían puesto a trabajar con sus masas y sus hornos. El único sonido en las calles era el de la llovizna cayendo, el del agua goteando de los tejados. Pez y él no hacían ningún ruido. Pez ni siquiera parecía respirar.

Habría un problema con éste al que no se habían enfrentado con el otro. Los había visto a ambos antes. Por otra parte, estaban efectuando su movimiento a esa hora intempestiva, esperando razonablemente sorprenderlo en la cama.

Entrar debería de ser fácil, por lo que recordaban de la casa del médico. La acción en sí debería de hacerse sin embargo rápidamente. Sospechaban que había también un ama de llaves residente. No deseaban tener que añadir además el peso de su muerte a su conciencia.

—Aquí es —dijo Smeds.

Como el hechicero, el médico era lo bastante próspero como para ocupar su propia combinación de casa y lugar de trabajo. La estructura del edificio tenía apenas una década de edad. Hacía unos pocos años que había sido construido, después de que aquella parte de la ciudad ardiera durante un estallido de violencia entre los simpatizantes Rebeldes y mercenarios al servicio del imperio. La clase media había construido sus hogares sobre las tumbas de los anteriores ocupantes.

—La puerta delantera a la casa y la puerta a la consulta —murmuró Pez—. Cabe suponer una puerta trasera. Todos esos lugares tienen un pequeño jardín protegido por una verja en la parte de atrás. Podemos ver tres ventanas. Me sorprende que los vándalos no hayan destruido esa monstruosidad de vidrio emplomado.

La consulta del médico estaba situada al lado de la casa, un poco hacia atrás. Tenía su propio pequeño porche y puerta, y al lado de la puerta una maravillosamente espectacular ventana de vidrio emplomado de suelo a techo, de dos metros de ancho.

—Adelante —dijo Pez.

Smeds corrió hasta allá y se agazapó en la ligeramente más intensa sombra debajo de la ventana en la parte delantera derecha del edificio. Sus pensamientos acerca del tiempo no eran muy precisamente agradables. Ya se sentía bastante miserable como para que la llovizna que le estaba empapando se añadiera al frío.

Pez llegó a su lado, y Smeds se levantó para probar la ventana. No le sorprendió encontrarla bien asegurada. Pez fue a la puerta de la casa, no obtuvo mejor resultado. Smeds cruzó detrás de él y comprobó la segunda ventana delantera. Sólida. Se deslizó

hacia la esquina de la casa.

Pez estaba agazapado frente a la puerta de la consulta, que había abierto unos ocho centímetros. Smeds se le unió, y el cuchillo se deslizó en su mano.

—¿No estaba cerrada?

—No. Y no me gusta.

—Quizá es para que los clientes puedan acudir en Cualquier momento.

Pez pasó su mano por la parte interior de la puerta.

—Quizá, pero dentro hay un pesado cerrojo. Seamos cautelosos.

—Cauteloso es mi segundo nombre.

Pez empujó la puerta, miró dentro.

—Despejado. —Se deslizó al interior.

Smeds le siguió, se encaminó a la puerta que conectaba con la casa. Tampoco estaba cerrada con llave. Se abría hacia él. Tiró. Giró suavemente, sin el menor ruido. Oyó un débil snic tras él cuando Pez corrió el cerrojo. No vio nada sospechoso en la habitación ante él. Entró.

Quizá fue el susurro de una tela en movimiento. Quizá fue el sonido de una leve inspiración. Quizá fue ambas cosas. Fuera lo que fuese, Smeds se giró mientras se agachaba y retrocedía.

Un trazo de fuego cruzó a través de su omoplato.

Cayó de rodillas de cara a la consulta y vio cómo una forma chocaba con Pez.

—¡Mierda! —gritó Pez. Al mismo momento la forma chilló. Luego se arrojó de lado y atravesó la vidriera emplomada un paso por delante de Smeds.

Pez fue a la ventana.

—Era él.

—Nos estaba esperando.

—Demasiado condenadamente listo. Se lo imagino todo. No puedo dejarle escapar. —Pez saltó a través de la ventana.

El médico corría como un desesperado, agitando piernas y brazos igual que un molino. Aquel pequeño y gordo puerco espín no era un sprinter.

Smeds siguió a Pez. Adelantó a su compañero más viejo unos momentos más tarde, y fue ganando terreno a su presa, que había empezado con una ventaja de sesenta metros. El médico miró una vez hacia atrás, tropezó. Smeds ganó diez metros mientras el otro recuperaba el equilibrio. El miedo le proporcionó renovado empuje y velocidad. Mantuvo la misma distancia de ventaja durante medio minuto.

El médico sabía que no podía ganar a nadie corriendo. Smeds sabía que lo sabía. A menos que corriera presa de un pánico ciego debía de haber desarrollado una estrategia, haber elegido un destino...

El médico zigzagueó hacia la derecha, se metió en un estrecho callejón. Smeds redujo la marcha, se acercó cautelosamente.

Oyó unos pasos que se alejaban en la oscuridad.

Fue tras ellos. Tomó las mismas precauciones para girar otra esquina, de nuevo sin necesidad. ¡Dioses, estaba oscuro ahí dentro! Una tercera esquina.

Se detuvo en seco. No había sonidos de huida intentó escuchar alguna respiración pesada, pero no pudo estar seguro de oír nada porque su propia respiración era demasiado fuerte.

¿Y ahora qué?

No podía hacer nada excepto seguir adelante.

Se agachó un poco y avanzó con cautelosos pies de plomo. Sus músculos protestaron. Se sintió agradecido por el endurecimiento que había significado para ellos el Gran Bosque.

¡Ahí! ¿No era aquello una respiración?

No podía estar seguro. Los ecos de Pez acercándose lo dominaban todo.

¡Un sonido como de roce! ¡Un susurro!

Lo que debía de ser un pie falló su rostro por una fracción de centímetro. Se lanzó hacia adelante, pero el médico ya se estaba moviendo de nuevo. El cuchillo de Smeds rasgó su cadera.

Smeds cayó bruscamente pero agarró un talón y consiguió retenerlo. Culebreó hacia adelante, apuñalando la pantorrilla del hombre, con su blanco invisible en la oscuridad. El hombre chilló como un conejo herido.

Smeds se sobresaltó de tal modo que lo soltó. Entonces se dio cuenta de que lo estaba dejando escapar. Se levantó y cargó hacia adelante, chocó con todas sus fuerzas contra él.

—¡Por favor! ¡No se lo diré a nadie! ¡Lo juro!

El dolor golpeó a Smeds en el lado izquierdo de las costillas.

Agitó alocadamente el cuchillo ante él, golpeando todo lo que se puso en su camino. El médico intentó gritar y luchar y correr al mismo tiempo. Smeds lo sujetó con una mano y siguió usando el cuchillo con la otra. El médico en su huída lo arrastró hasta la calle.

Smeds siguió cortando, saizando y clavando con el cuchillo.

El médico se derrumbó.

Llegó Pez.

—Mierda, Smeds. Mierda.

—Lo he cogido.

—¿Estás seguro de que él no te ha cogido a ti también?

Smeds se miró a sí mismo. Estaba cubierto de sangre. Parte de ella era suya.

Alguien en la calle gritó. La gente había empezado a salir a puertas y ventanas.

Pez se inclinó, abrió la garganta del médico de lado a lado con su cuchillo, dijo:

—Tenemos que irnos de aquí. En un minuto esto estará lleno de soldados. —Miró

la mano del hombre muerto—. ¡Uf! Horrible. ¿Te ha tocado con ella?

—Creo que no.

—Vamos. —Pez le ofreció una mano—. ¿Puedes?

—Estoy bien por ahora.

Pez se encaminó de vuelta al callejón.

Smeds empezó a sentir que toda la excitación empezaba a abandonarle rápidamente. Supo que no sería capaz de huir si se producía una persecución.

En vez de dirigirse a la Calavera y las Tibias, Pez se encaminó hacia el Lado Este.

—¿Adónde vamos? —preguntó Smeds.

—Al embalse. Tienes que limpiarte. Si vamos así a casa los chicos de gris que estén por ahí empezarán a hacer preguntas acerca de lo que te ha ocurrido antes de que puedas quitarte las botas.

## CAPÍTULO 38

No sé lo que esperaba ver cuando llegamos a Ópalo. Quizá no hubiera cambiado nada desde la última vez que estuve allí. Por supuesto, no estaba preparado para lo que encontramos. Jadeé incrédulo cuando nos deslizamos sobre las ruinas, donde unos pocos supervivientes iban de un lado para otro escondiéndose como ratones asustados. Me dirigí a Linda y le dije:

—No parece que haya muchas posibilidades de que encontremos a la gente que buscas.

Las posibilidades nunca habían preocupado a Linda. En esos momentos Cuervo y Silencioso albergaban negros resentimientos hacia mí. Había tenido la osadía de decirle a Linda a quién tenía que hallar si quería forzar a Cuervo a enfrentarse a su pasado. Ninguno de ellos deseaba que ocurriera eso.

Ambos estaban tan ocupados pensando en sí mismos que no tenían tiempo de preguntar lo que Linda pensaba o sentía realmente acerca de nada.

Cruzamos la mayor parte de la ciudad. Arriba en el norte divisamos varios grandes y muy bien dispuestos campamentos. Las tiendas eran demasiado numerosas para ser todas del ejército, pero nos mostraron que los imperiales estaban allí, respondiendo a la destrucción de la ciudad de una forma rápida y ordenada. Allá abajo, soldados y civiles trabajaban preparando la llegada de nuevas fuerzas. Aunque pararon lo que estaban haciendo para mirarnos con las bocas abiertas, nadie echó a correr.

Linda nos ordenó que buscáramos el estandarte del comandante militar. Imaginaba que aquél era el lugar por donde empezar, puesto que la ciudad se hallaba evidentemente bajo la ley marcial. Sin embargo, no pude imaginar cómo y por qué pensaba obtener alguna colaboración.

—¿Qué sientes hacia el viejo Cuervo en estos días? —le pregunté. Tuve mucho cuidado de mantener mis manos ocultas tanto de él como de Silencioso.

Imaginé que no comprendería lo que quería decir. Me equivoque. Hizo signos:

—Una vez sentí amor de niña hacia un hombre que me salvó, me cuidó y lo arriesgó todo para protegerme. Cuando, mucho antes de que yo misma llegara a creerlo, reconoció el papel que yo debía representar en la lucha contra la oscuridad. Esa niña era como una niña muy pequeña en algunos sentidos. Pensaba en casarse con papá cuando creciera, y nunca se le ocurrió que las cosas pudieran no desarrollarse de la forma en que ella intentaba que sucedieran.

»Nunca fui realmente una muchacha, o una mujer, o un ser humano para Cuervo, Lance. Pese a que hizo cosas horribles por mí. Yo era un símbolo, una expiación, y

cuando insistí en convertirme en una persona, él hizo lo único que podía hacer para seguir sirviendo al símbolo y no tener que enfrentarse con una mujer de carne y hueso.

—Es más o menos como siempre pensé que había sido —hice signos.

—Muchos hombres admiran a Cuervo. No teme a nada concreto. No acepta mentiras de nadie. La gente que se mezcla con él resulta herida, y al infierno con las consecuencias. Pero ésas son sólo algunas de sus dimensiones. Son las únicas dimensiones que se permite. ¿Cómo puedo permanecer vinculada emocionalmente a un hombre que no se permite emociones, por mucho que haya hecho por mí en otros sentidos? Le aprecio, le honro, puede que incluso le reverencie. Pero eso es todo. No puede cambiar eso con alguna demostración, como un chico colgándose por las rodillas de la rama de un árbol para impresionar a su chica.

Sonreí, porque yo tenía la sensación en lo más profundo de mis entrañas de que eso era exactamente lo que Cuervo tenía en la cabeza.

Pobre mamón. Simplemente no le quedaba nada que ganar. Pero no era el tipo de hombre que aceptaría eso ni siquiera aunque se le dijera en la cara, a quemarropa.

Deseé deslizar también una o dos preguntas sobre Silencioso, pero no tuve ocasión. Fue divisado el cuartel general militar, y la ballena del viento descendió y se situó encima de él, anclándose en su lugar dejando caer varios tentáculos para sujetar rocas y árboles. Su presencia sobre sus cabezas era algo desconcertante para todo el mundo en el campamento.

Me gusta esa palabra, desconcertante. La tomé de Bomanz. Es una forma suave de decir que estaban teniendo hemorragias fecales ahí abajo.

Hubo un gran hurra, todo tipo de vítores y aullidos y gritos, cuando un puñado de criaturas de la Llanura se arracimaron alrededor de la piedra caracortada y la arrojaron por el borde, casi sobre el regazo del comandante ahí abajo.

Los viejos tipos se sintieron realmente impresionados. Me pregunté hasta qué punto se excitarían si supieran que la Rosa Blanca en persona estaba allí mismo, encima de sus cabezas. Pero no iban a intentar nada, no importaba lo que supieran. ¿Qué podrían hacer frente cuatro ballenas del viento irritadas, que era lo que se encontrarían si no se mostraban educados?

Caracortada se irguió allá abajo. Habló. Silencioso tradujo para Linda. Yo no oí nada. Los chicos Torque me habían dado a entender que se suponía que yo me debía quedar a un lado, así que me quedé a un lado. Linda hizo un puñado de signos que supongo que la piedra podía ver de algún modo. Se alejó. Al cabo de un rato regresó.

Tras cuatro rondas de eso no volvió a alejarse. Pero la ballena del viento siguió allá donde estaba, de modo que supuse que se había llegado a un acuerdo.

Intenté hablar de ello con Cuervo. Pero estaba de un humor de perros como nunca le había visto, y de todos modos me había etiquetado como una especie de traidor, así

que lo dejé correr y fui a charlar un poco con los Torque y el buitre parlante y un par más de criaturas de la Llanura que no eran demasiado tímidas.

Cuando Linda va tras algo generalmente consigue lo que desea. Esta vez lo consiguió justo antes del mediodía del día siguiente.

Un hurra estalló allá abajo. Linda envió a Caracortada a comprobarlo. Volvió e informó. Ella se levantó y fue a hablar con Cuervo, que la miró como si ella fuera el verdugo dispuesto a cumplirla sentencia. Linda le hizo signos. Él se levantó y la siguió, de nuevo con el ansia de un hombre que se encamina al patíbulo.

Lo conocía lo suficientemente bien como para ver los signos. Se estaba metiendo en un papel. Intenté adivinar cuál sería. La mayoría de los demás se acercaron también.

Dos jóvenes de unos veinte años subieron resoplando por el costado de la ballena del viento.

Así que lo imposible era posible, lo improbable era seguro. A menos que el ejército allá abajo imaginara que podía aplacar a Linda con un par de sosías.

El muchacho se parecía a Cuervo veinte años más joven. El mismo pelo oscuro, el mismo color de piel, el mismo rostro decidido, no endurecido todavía hasta la inflexibilidad.

Yo estaba sólo un paso más atrás cuando Cuervo les echó su primera mirada. Maldijo suavemente, murmuró:

—Ella se parece a su madre.

Era evidente que no se les había dicho que estaban allí para una reunión familiar. Tan sólo estaban desconcertados y asustados. Sobre todo asustados. Cada vez más a medida que la gente se cerraba a su alrededor. No reconocieron a Cuervo.

Sí reconocieron a Linda. Y eso aún los asustó más.

Todo el mundo aguardó a que alguien dijera algo.

—Haz algo, Lance —susurró Cuervo. Desesperadamente—. Estoy perdido.

—¿Yo? Demonios, si ni siquiera sé hablar bien su lengua.

—Lance, ayúdame. Intenta hacer que esto se siga moviendo. No sé qué hacer.

De acuerdo. Pensé en un par de sugerencias para él, pero nunca fui del tipo de los que patean a los perros tullidos. Desengrasé mi débil dialecto de las Ciudades Joya.

—No tenéis ni idea de por qué habéis sido traídos aquí, ¿verdad?

Negaron con la cabeza.

—Relajaos. No corréis ningún peligro. Sólo deseamos haceros algunas preguntas acerca de vuestros antepasados. Sobre todo de vuestros padres.

El muchacho dijo precipitadamente algo.

—Tendrás que hablar más lento, por favor.

—Ha dicho que nuestros padres están muertos —dijo la muchacha—. Hemos

vivido por nuestros propios medios desde que éramos niños.

Cuervo se estremeció. Imaginé que la voz debía de ser la de su esposa también.

Silencioso tradujo para Linda, que les miró muy fijamente. Viendo que eran los chicos de Cuervo, no imaginé que pudiera haber ningún problema.

—¿Qué sabéis de vuestros padres?

La muchacha fue la que se ocupó de responder. Quizá pensara que su hermano era demasiado excitable.

—Muy poco. —Me contó más o menos lo que yo había podido averiguar por mí mismo cuando nos encaminamos al sur. Sabía que su madre no había sido una buena persona—. Conseguimos superarlo. El año pasado ganamos un juicio que retiró algunas propiedades de nuestro padre de la familia de ella y nos las devolvió a nosotros. Esperamos ganar más de estos juicios.

Aquello era algo, al menos. La muchacha no sentía ninguna consideración especial hacia la mujer que la había traído al mundo.

—Yo no recuerdo en absoluto a mi madre —dijo el muchacho—. Después de nuestro nacimiento creo que tuvo tan poco que ver con nosotros como le fue posible. Recuerdo niñeras. Probablemente tuvo lo que se merecía.

—¿Y vuestro padre?

—Tengo vagos recuerdos de un hombre muy distante que no estaba mucho en casa pero que nos visitaba cuando estaba. Probablemente por obligación y por las apariencias.

—¿Sentís algo hacia él en estos momentos?

—¿Por qué deberíamos? —preguntó la muchacha—. Nunca llegamos a conocerle realmente, y lleva quince años muerto.

Miré a Linda, hice signos:

—¿Sirve de algo continuar?

—Sí —hizo signos de vuelta—. No por el bien de ellos. Por el de él.

—¿Quieres decir algo? —le pregunté a Cuervo.

No. No quería. Pude ver que estaba pensando que quizá saliera bien de ello después de todo.

No iba a ser tan fácil. Linda tenía que decirles que su padre no estaba muerto, que había sido empujado al exilio por los cómplices de su madre. Me hizo señalar todos los pormenores de sus años juntos.

Habían tenido tiempo de superar su miedo. Ahora empezaban a mostrarse suspicaces. El muchacho preguntó:

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? ¿A qué vienen esas preguntas acerca de nuestro viejo? Es historia. No nos importa. Si se adelantara en estos momentos y se presentara a nosotros eso es lo que le diría. Para mí no es más que otro tipo cualquiera.

—¿Quieres seguir adelante? —le hice signos a Linda. Y a Cuervo, en forsbeger, le pregunté—: ¿Quieres presentarte a ellos?

Negativas por ambos lados. Puñado de cobardes. Así que Cuervo iba a escabullirse después de todo. Les dije a los muchachos:

—Vuestro padre fue muy importante en la vida de la Rosa Blanca. Fue un padre putativo para ella durante años, y ella sabe todo lo que sufrió por haber tenido que ir al exilio. Se ha detenido aquí porque deseaba intentar devolveros algo de lo que ella tuvo y vosotros no pudisteis tener.

Ni a Cuervo ni a Linda les gustó el que dijera aquello.

Creo que la muchacha imagino algo entonces. Se fijó en Cuervo, y pareció realmente interesada. Pero no le dijo nada a su hermano.

Hice que Linda aceptara que aquello era suficiente y que había que dejar en libertad a nuestros huéspedes. No estaba satisfecha con la forma en que se habían desarrollado las cosas. ¿Qué demonios puedes hacer con las mujeres? Puedes darles exactamente lo que piden y te criticarán porque no han conseguido lo que realmente querían.

Justo antes de que la muchacha descendiera por el costado, se volvió y me dijo:

—Si mi padre estuviera vivo hoy, no tendría que temer que no fuera bien recibido en casa de su hija. —Y bajó.

Bien. Aquello era una puerta abierta, si alguna vez he visto una.

Despegamos en el momento mismo en que la muchacha llegó al suelo. Linda deseaba estar muy lejos antes de que la noticia de que estaba allí llegara a alguien que pudiera hacer algo al respecto. Nos encaminamos al nordeste, hacia la Llanura del Miedo.

## CAPÍTULO 39

Cada día llegaba más gente a Galeote, y nadie se marchaba. Nadie podía salir de allí. Algunos habían muerto intentándolo.

Algunos elementos de la población se estaban inquietando. Había más peleas que de costumbre. Más gente terminaba en los equipos de trabajos forzados. Las búsquedas seguían y seguían y seguían. No había ni un solo edificio en Galeote que no hubiera sido registrado al menos dos veces, ni ningún ciudadano que no hubiera sido investigado. Había rumores de una gran tensión en las altas esferas. La brigadier Estigma no creía que les debiera nada a Telaraña y Seda y se resentía de que sus Acechadores Nocturnos fueran usados como intimidadores para su beneficio personal. Eran tropas de elite, no gánsteres políticos.

La naturaleza de la gente que entraba en la ciudad fue cambiando a medida que pasaba el tiempo. Cada vez había menos granjeros o comerciantes. Cada vez eran más personajes oscuros sin ningún oficio evidente.

Las noticias sobre el clavo de plata se estaban difundiendo.

A Smeds no le gustaba aquello. Significaba grandes problemas. ¿Cómo esperaban Telaraña y Seda controlar a todas aquellas hechiceras y hechiceros, algunos de los cuales podían ser mucho más poderosos de lo que ellas sospechaban? ¿Y los matones que llevaban consigo?

Amenazaba el caos.

Smeds comprendía la estrategia. Las gemelas pretendían aumentar la temperatura y la presión hasta que el clavo saliera a la superficie. Si caía en otras manos distintas a las suyas, confiaban en poder arrebatárselo.

¿Podían?

Cada hechicera y hechicero en la ciudad sabía también eso. Pero seguía con su búsqueda pese a todo.

Sólo Tully se sentía complacido. Creía que la situación era perfecta para la subasta que pensaba organizar.

—Tenemos que difundir la noticia —les dijo a los demás mientras cenaban.

—Mantén la voz baja —le advirtió Pez—. Cualquiera aquí puede ser un espía. Y no vamos a difundir nada. ¿Has oído a alguien ofreciéndose a comprar nada?

—No —admitió Tully—. Pero eso es porque...

—Porque la mayoría de ellos saben que pueden ser sobrepujados. Observarás que las gemelas no están ofreciendo nada. Imaginan que pueden obtener lo que desean por derecho divino o algo parecido.

—Sí, pero...

—No captas la situación, Tully. Déjame Ofrecerte un desafío...

—Estoy harto de toda tu mierda, Pez.

—Permíteme un experimento. Si me equivoco lo gritaré desde los tejados. Si tengo razón, ganas de todos modos.

—¿Ah, sí? Oigamos.

Las lisonjas hacen maravillas, pensó Smeds. La opinión que tenía de su primo descendió varios enteros.

—Aquí tenemos dos cobres. Ve a buscar un chico a alguna parte lejos de aquí. Alguien al que no conozcas. Págame para que vaya al Sapo y la Rosa y diga a los matones de allí que el hechicero Nathan desea contratar a un par de hombres para que le ayuden a escabullirse fuera de la ciudad mañana por la mañana.

—No lo capto.

—Por los dioses, Tully —exclamó Smeds—, ¿no puedes hacer nunca nada sin discutir primero?

—El experimento será más instructivo si simplemente se desarrolla tal cual, explicándose a sí mismo mientras lo hace —dijo Pez.

—¿Por qué debería hacerle yo a ese tonto del culo de Nathan ningún favor?

Smeds se puso en pie.

—Yo lo haré. De otro modo seguiremos aquí hasta mediados de la semana próxima.

—Quiero que lo haga Tully. Quiero que vea que puede existir una conexión directa entre lo que él dice y lo que ocurre en el mundo real.

—Me la estás jugando de nuevo, ¿verdad?

—Tully —dijo Smeds—, cierra tu jodida boca o te descerebro, si es que has tenido alguna vez algo de cerebro. Coge el maldito dinero, sal a la maldita Calle, encuentra un maldito chico, y págame para que entregue el maldito mensaje. Y ya.

Tully se marchó. Smeds se había puesto muy nervioso.

—Va a conseguir que nos maten a todos —dijo Timmy tan pronto como se hubo ido.

—¿Cómo va tu mano? —preguntó Smeds.

—Realmente bien. No intentes distraerme, Smeds.

—Tranquilo, Timmy —dijo Pez—. Creo que hay una posibilidad de que este truco le haga ver las cosas.

—¿Quieres apostar?

—No.

Smeds tampoco hubiera apostado.

El hechicero Nathan y sus cuatro hombres habían alquilado habitaciones justo un poco más arriba de la misma calle donde se encontraba la Calavera y las Tibias. Los

grises estaban allí poco antes del amanecer. Encontraron a cinco hombres muertos y dos habitaciones reducidas a añicos. Sellaron la zona, buscaron de nuevo, hicieron un montón de preguntas. Pez se aseguró de que ellos cuatro asistieran a todo el proceso desde primera fila. Preguntó a Tully:

—¿Empiezas a captarlo?

—¿Quién haría algo así, hombre? ¿Por qué?

—Nathan era un hechicero. Si quería escabullirse fuera de la ciudad, eso quería decir que había encontrado el clavo y deseaba largarse con él.

—Pero él no iba a abandonar la ciudad.

—No. No iba a hacerlo, Tully. Pero tú dijiste que sí iba a hacerlo.

Tully empezó a ser Tully de nuevo y se dispuso a discutir, pero se mordió la lengua y pensó por un momento antes de decir:

—Oh.

—La próxima vez que digas algo sin pensarlo primero o comprobar quién está escuchando, eso podía ser lo que nos ocurriera a nosotros.

—Quizás has ido demasiado lejos para demostrar lo que querías demostrar, Pez —dijo Smeds.

—¿Por qué?

—Esto todavía no ha terminado. Esos soldados no hallaron nada excepto un lugar destrozado. Imaginarán que quien hizo el destrozo tiene el clavo.

—Sí. Y quizá todos los demás piensen también lo mismo. Quizás incluso los tipos que realmente lo hicieron. Los próximos días deberían de ser interesantes. Y también formarán parte de la lección.

—¿Qué es toda esta palabrería? —preguntó Tully.

—Era un buen grupo el que había en aquel lugar, ¿no crees? Cinco matones profesionales y un hechicero. Nadie soñaría en ocuparse de ellos solo. Imagino que fueron al menos tres tipos los que lo hicieron. Probablemente más. A menos que sean un grupo de gente en el que confíen realmente los unos en los otros, van a tener problemas. Cada uno de ellos sabrá que él no tiene el clavo, pero no estará seguro acerca de los demás.

—Oh —dijo Tully de nuevo; y al cabo de un momento—: Esta mierda está empezando a asustarme. Nunca pensé que pudiera ponerse tan peliaguda.

—Tu problema es que nunca piensas —murmuró Timmy, pero Tully no le oyó.

—Esto acaba de empezar, Tully —dijo Pez—. Va a ponerse más y más peliagudo. Y si queremos salirnos de ello con la piel intacta vamos a tener que ser muy malditamente cuidadosos. Esa no es gente amable ni razonable. No estarán interesados en hacer un trato hasta que no tengan otra opción.

Se fue poniendo rápidamente más y más peliagudo, y buscadores de tesoros, cada vez

más poderosos y taumatúrgicos, fluyeron constantemente a la ciudad. Estallaron viejas rencillas que no tenían nada que ver con el clavo. La ciudadanía, presionada desde todos lados, respondió amotinándose a pequeña escala. Las gemelas presidían estudiadamente todo aquello, sin hacer nada para retrasar la escalada de violencia.

Smeds pasó mucho tiempo lamentando haber dejado que Tully le metiera en todo aquello. Debido al resto del tesoro que habían traído consigo vivían bien, pero no lo suficientemente bien, dado que tenían que vigilar constantemente cada una de sus palabras y pasarse la mitad del tiempo mirando por encima del hombro para asegurarse de que el desastre no caía sobre ellos.

## CAPÍTULO 40

Estábamos encima del Bosque Nuboso, al sur de Galeote, al este de Rosas, al Oeste de Lords, ocultándonos de los ojos imperiales, demasiados de los cuales habían visto las ballenas del viento surcar el aire mucho más lejos de su alcance habitual sobre la Llanura del Miedo. Linda deseaba dejar que se apaciguara un poco de la excitación antes de seguir adelante.

No pensaba permitir que el dios árbol le diera prisas, aunque se mostraba un tanto frenético. Yo no comprendía exactamente de qué iba todo aquello, pero tampoco lo comprendían algunos de los otros, así que estábamos recibiendo una educación por parte del viejo Bomanz, que de pronto se había convertido en el chico número uno de Linda.

—Puesto que todos estabais allí, recordaréis que en el transcurso de la batalla en el Túmulo el alma o esencia del Dominador, el ser más malvado que ha caminado nunca sobre esta tierra, fue aprisionada por un clavo de plata, que luego fue clavado en el tronco de un árbol joven hijo del dios padre de la Llanura del Miedo. — Realmente hablaba así cuando tenía una audiencia.

»Por aquel entonces se creía que eso contendría y retendría con toda efectividad para siempre jamás la maldad residual del hombre. El joven árbol era el descendiente de un dios, invulnerable, inabordable, y con una vida tan larga que era, en todos los sentidos prácticos, inmortal. A medida que el árbol crecía, su tronco fue englobando el clavo. Con el tiempo, la vieja maldad terminaría no siendo más que un recuerdo.

»Sin embargo, nos equivocamos.

»Una pandilla de aventureros consiguió aturdir al joven árbol el tiempo suficiente como para llegar hasta él y arrancar el clavo. Si debemos creer el testimonio del propio árbol, y debemos hacerlo, porque por el momento es el único testimonio que poseemos, ninguno de esos hombres poseía la menor familiaridad con el arte, y eran notables tan sólo porque acudieron con una idea que, en buena lógica, hubiera debido originarse en la mente de alguien dedicado al ocultismo.

Maldito fuera, el viejo no podía impedir el hablar así delante de una audiencia. Y era incapaz de parar.

—Caballeros, el clavo de plata está suelto en el mundo. No es el Dominador. El Dominador está muerto. Pero la negra esencia subyacente que lo impulsaba todavía permanece. Y eso puede ser utilizado por un adepto para llamar, coaccionar y modelar poderes que ni siquiera yo puedo llegar a imaginar o evaluar. Ese clavo puede convertirse en un conducto al corazón mismo de la oscuridad, una llave para abrir el camino que puede otorgar a su poseedor poderes que quizás excedan incluso

los que el Dominador poseía.

»Nuestra misión, nuestra sagrada misión, encomendada a la Rosa Blanca por el propio Viejo Padre Árbol, es recuperar el clavo de plata y entregarlo para ser guardado a buen recaudo, nos cueste lo que nos cueste, antes de que algún otro poderoso se apodere de él y lo dirija según sus propios tenebrosos propósitos y a su vez se vea dirigido por él..., quizás hacía una sombra tan profunda que no habrá ninguna posibilidad, nunca, de que el mundo se libere.

Aquel detalle, “nos cueste lo que nos cueste”, daba mucho en que pensar. El buitre parlante asomó la cabeza de debajo de su ala, guiñó un ojo, avanzó provocando al viejo hechicero. Eso le distrajo finalmente de sus elucubraciones.

—¡Buitre, si fueras comestible te estaría asando en estos momentos! —gritó. Luego volvió a sus asuntos—. El dios árbol tiene razones para sospechar que el clavo se halla ahora en Galeote. La Rosa Blanca, Silencioso, los Torque, y algunos de nuestros compañeros más pequeños se dejarán caer por la ciudad. Con la ayuda del movimiento clandestino establecerán una base segura, luego iniciarán la caza. Cuervo, Lance y yo, debido a nuestra considerable familiaridad con el lugar, iremos al Túmulo para ver lo que podemos averiguar allí.

Aquello inició toda una retahíla de discusiones. A Cuervo no le gustaba estar en ningún lugar donde no estuviera Linda. Yo no creía que ninguno de aquellos tipos tuviera derecho a enrolarme en su aventura. Me acaloré.

Linda me llevó a un lado y me calmó, luego me convenció de que aunque siguiera comprometido con el imperio en lo más profundo de mi corazón, ayudarla a ella en aquello no me causaría ningún daño. Quizá tuviera razón cuando dijo que la maldad que deseaba abortar no respetaba alianzas ni filosofías. Lo que dividía el mundo en dos clases de gente eran los enemigos y sus esclavos.

Aquello era un poco difícil de tragar de uno o dos mordiscos, pero dije de acuerdo, de todos modos iba siguiendo a Cuervo. Podía seguir haciéndolo sin ningún problema.

Así que eso fue todo. Cedí. También empecé a pensar un poco en volver a cavar patatas como futura carrera. Ninguna patata le decía nunca a nadie que se convirtiera en un estúpido.

## CAPÍTULO 41

Smeds salió al porche de la Calavera y las Tibias con la intención de hablar un poco con Pez, pero descubrió que la única silla vacía estaba entre Pez y el cabo Acechador Nocturno. Deseó marcharse de allí, pero se sintió comprometido.

Se dejó caer en la silla.

—Hey, Cabo. ¿Nunca haces nada excepto sentarte aquí y beber cerveza?

—No si puedo evitarlo.

—Eso es vida. Hubiera debido alistarme.

—¿De veras? No te gustaría. ¿Dónde estabas tú a las tres de la madrugada?

—En la cama, durmiendo.

—Afortunado de ti. Pregúntame dónde estaba yo a las tres de la madrugada.

—¿Dónde estabas tú a las tres de la madrugada?

—Con otros doscientos tipos en las afueras de Saloma, allá donde derribaron todos esos edificios y todavía no se han levantado otros nuevos. Buscando a un monstruo. Alguien informó que había ahí fuera uno más grande que el Palacio Civil.

—¿Y estaba ahí?

—Ni siquiera uno pequeño.

—¿Estaba borracho el tipo?

—¿Estaría un hombre sobrio ahí fuera a esas horas de la madrugada?

—Por ahí viene algo interesante —intervino Pez, señalando con la barbilla calle arriba.

Smeds vio a tres hombres y una mujer. Ella no era muy llamativa, y de todos modos era demasiado mayor para ser interesante. Pero parecía dura. Llevaba armas como si fuera un hombre.

Como grupo parecían tan duros y correosos como cualquier otro que Smeds hubiera visto. Pero lo que les hacía destacar era el zoo que iba con ellos.

La mujer llevaba un hurón vivo rodeando su cuello y ardillas listadas asomando por sus bolsillos. El hombre alto y moreno vestido de oscuro que caminaba a su derecha llevaba un halcón sin capucha sobre su hombro izquierdo. Los dos hombres que iban tras ellos —Smeds pensó que podían ser hermanos— llevaban un puñado de monos y una gran serpiente.

—¿Vas a arrestarles? —preguntó Smeds—. Llevan encima suficiente parafernalia ilegal como para desencadenar su propia guerra.

—¿Y ofrecerlos a vosotros un espectáculo, eh? Los bebés estúpidos de mi mamá nunca vivieron para llegar a ser cabos. —Aún así, se metió los dedos en la boca y silbó. Cuando aquella gente miró les hizo señas de que se le acercaran.

El hombre alto miró por encima del hombro con ojos entrecerrados por un momento, hizo un ligero gesto al hombre con la serpiente. Aquel se acercó. La serpiente les miró como si los estuviera evaluando para su cena. Hizo que a Smeds se le pusiera la carne de gallina.

—Sólo un amistoso consejo de amigo, colega —dijo el cabo—. La ciudad se halla bajo la ley marcial. Se supone que nadie puede llevar encima una hoja de más de veinte centímetros de largo. A menos que quien la lleve sea un gris.

El hombre de la serpiente retrocedió y le dijo algo al hombre alto, que miró duramente al cabo por un momento, luego asintió con la cabeza.

—¿Has visto eso? —dijo Smeds—. Ese maldito mono nos ha hecho el gesto con el dedo.

—He visto a ese tipo alto en alguna parte antes —dijo el cabo—. Al otro lado de la punta de una espada. ¡Hum! Bueno. Las jarras están vacías. Guardadme la silla mientras vació el pajarito y hago que la llenen de nuevo. —Fue al interior.

—¿Qué piensas de ese grupo? —preguntó Smeds a Pez.

—Yo también he visto al alto antes. En las mismas circunstancias que el cabo. Hace mucho tiempo. No tengo ningún problema en recordar dónde o cuando, puesto que sólo estuve en una batalla.

Aquello desconcertó a Smeds. Preguntó:

—¿Piensas que ellos también van tras la cosa? —Podía preguntarlo en voz alta porque en aquellos momentos todo el mundo en la ciudad tenía una buena idea de lo que estaba ocurriendo.

—Están aquí por ello, sí. Ayudarán a hacer el juego más interesante.

—¿De qué demonios estás ladrando, Pez?

—No me hagas caso, muchacho. Sólo soy un viejo que desvaría. ¡Ja! Lo imaginé. Ya no está aquí, ¿verdad?

Calle abajo, el grupo con los animales se había detenido delante de un lugar que Timmy decía que había sido una carnicería pero que en estos días no era más que otro montón de escombros habitado por ocupas. El hombre alto miró hacia atrás como si hubiera oído a Pez. Luego todo el grupo siguió andando, indiferente a las miradas.

El cabo volvió con su jarra llena y su vejiga vacía.

—No hubiera debido comer esa mierda. Me estropea el estómago. —Dio un largo trago—. ¿Dónde estábamos?

—Yo iba a preguntarte cuándo van a abrir las puertas —dijo Pez—. Todos estamos empezando a tener hambre aquí dentro, ahora que los granjeros no traen nada.

—A mí no me consultan nada sobre política. Pero te diré algo. No creo que a esas dos zorras les importe el culo de una rata si todo el mundo en Galeote se muere de inanición. Ellas no van a pasar hambre.

Smeds estaba cansado de escuchar al cabo.

—Voy a buscar algo de beber. —Fue dentro e hizo que le sirvieran una cerveza, se preguntó cuánto tiempo durarían las reservas. Y cuánta paciencia más podía llegar a acumular la gente de Galeote. Bastante, Sin duda. No era que las cosas se estuvieran soliviantando todavía. Pero si no cambiaban las circunstancias era inevitable un gran estallido.

Llegó Timmy Locan, fue a buscar una cerveza, se quedó de pie al lado de Smeds durante un rato sin decir nada, luego sugirió:

—Vayamos a dar una vuelta mientras terminamos esta.

—De acuerdo. Necesito un poco de ejercicio.

Cuando estuvieron lejos de la Calavera y las Tibias, cruzando una zona de construcción donde era muy poco probable que pudieran ser oídos, Smeds preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué te ocurre?

—¿Recuerdas ese médico que me miró la mano cuando llegamos aquí?

—Sí. —Algo más que una punzada de culpabilidad. Él y Pez no les habían dicho a los demás lo que habían hecho. Tully era tan indiferente a todo que ni siquiera se había percatado de que el médico y el hechicero ya no estaban entre los vivos. Timmy en cambio sí se había dado cuenta, y Smeds suponía que tenía algunas sospechas bien definidas acerca de dos muertes tan coincidentes como oportunas—. ¿Qué pasa con él?

—Parece como si se hubiera contagiado de lo que yo tenía y se lo hubiera transmitido a todo quien fue a verle. Y ellos lo transmitieron a su vez. No como la peste, o probablemente a estas alturas lo tendría todo el mundo. Pero hay un par de centenares de personas ya contagiadas. Los que fueron los primeros en visitarle... Bien, todos ellos están peor de lo que yo estaba. Ayer una mujer que lo había cogido se suicidó. Esta mañana un tipo cuyo brazo se había vuelto completamente negro mató a cuatro de sus hijos antes de matarse él.

—Eso es horrible. Realmente horrible. Pero no podemos hacer nada al respecto.

—Lo sé. Pero el asunto es que los grises han empezado a interesarse en el asunto. Están acribillando a todo el mundo a preguntas sobre la cosa negra. Por lo que están preguntando podría pensarse que creen que hay una conexión con el clavo. Están intentando muy tenazmente descubrir a alguien que lo haya sufrido y haya hecho algo al respecto, como yo.

—No creo que necesites preocuparte, Timmy. No pueden rastrear nada hasta ti.

—¿De veras? Esos hijoputas van en serio, Smeds. ¿Qué ocurrirá después de que descubran que todos los rastros conducen hasta ese doctor, que pasó a engrosar la nómina de los muertos inmediatamente después de que la cosa empezara a extenderse? Van a imaginar que sufrió un fatal accidente a causa de alguien al que trató y que no quería ser recordado. Y saben ya que la única forma de tratar el

problema es cortar lo que está devorando la carne. Así que muy pronto se difundirá la noticia los grises empezarán a detener a todos los amputados. Especialmente tipos a los que les falte una mano.

—Quizá tengas razón. Quizá será mejor que veamos lo que piensa Pez.

Pez se mostró de acuerdo con Timmy. No había ninguna razón para pensar que Telaraña y Seda no fueran a ir tan lejos como a ordenar el arresto de todos los amputados. Eran muy decididas.

Pez pensó concentradamente durante un rato.

—Supongo que es tiempo de levantar una cortina de humo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Smeds.

—Esta situación, toda la ciudad sellada como una botella, no puede durar siempre. Habrá un estallido. Cuando eso ocurra nos largaremos con todos los demás. Hasta entonces ganaremos tiempo poniéndolos tras una pista falsa, o aprovechando el potencial para el caos que ellos mismos han creado.

Smeds estaba desconcertado. Todavía se desconcertó más cuando Pez dijo:

—Líbrate de cualquier cosa que tengas que sea de plata. Conserva el oro y el cobre y las joyas y todo lo demás, pero líbrate de toda tu plata. Smeds, pasa esto a Tully y no dejes que haga ninguna tontería.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Simplemente hazlo. Así que lo hicieron. Incluso Tully, que se había vuelto razonablemente serio y sensato desde la demostración de Pez del mortífero poder de divulgar noticias.

## CAPÍTULO 42

Llegamos al Túmulo deslizándonos por cuerdas desde la ballena del viento con nuestras posesiones atadas a la espalda. Unas cuantas criaturas de la Llanura se nos unieron. Otras más lo harían una vez hubiéramos establecido un campamento seguro. El menhir jefe dejó allí a un par de sus compañeros con corazón de pedernal para mantenernos al alcance de sus oídos. Era mejor mantener una comunicación rápida, dijo. Exacto.

Era mejor asegurarse de que las cosas se hacían a la manera del dios árbol.

—De vuelta al lugar donde empezamos —dijo Cuervo tan pronto como pusimos pie al suelo. Cada vez se adaptaba más a la vida desde Ópalo. Casi era de nuevo el viejo tipo al que había conocido por primera vez.

—De vuelta al frío y la humedad —gruñí. Había sido a finales del invierno cuando nos habíamos ido. Ahora volvíamos otra vez al invierno. Las hojas habían caído. Podía nevar en cualquier momento.

—No nos entretengamos, ¿eh? Hagamos lo que hemos venido a hacer y larguémonos.

Cuervo rio quedamente.

—¿Cómo piensas mantenerlos en la granja después de que han visto h la gran ciudad?

—Un poco menos de alboroto, por favor —dijo Bomanz—. Todavía no sabemos si hay imperiales o no por los alrededores.

Tenía razón a medias. Todavía no habíamos visto nada con nuestros propios ojos, pero las criaturas de la Llanura habían explorado y habían informado de que no había nada más grande que un conejo en un radio de ocho kilómetros. Podía confiar en ellas al respecto.

Bomanz tuvo que hacer algunas operaciones de hechicería antes de sentirse satisfecho. Luego nos dejó que montáramos el campamento y encendiéramos un fuego.

Nos arrastramos fuera con la primera luz de la mañana y comimos un poco de un horrible potingue frío. Luego nos separamos.

Yo me ocupé de la ciudad y del recinto militar porque era quien los conocía mejor. Cuervo se ocupó de los bosques. Bomanz se hizo cargo del Túmulo propiamente dicho. Por todo lo que podía decir, no iba a hacer nada excepto quedarse ahí y echar una cabezada.

Se suponía que las criaturas de la Llanura harían todo lo que fuera necesario y nos avisarían si encontraban algo.

Sólo necesite echar un ligero vistazo para ver lo que había ocurrido en la ciudad. No quedaban más que huesos. Hurgar por ahí no era tan malo como podría haber parecido. Hice todo aquello en lo que pude pensar para encontrar algo útil, luego volví al campamento. Bomanz estaba más o menos como lo había dejado, los ojos aún cerrados, pero dando pequeños golpecitos con el pie.

Al menos se movía.

Cuervo volvió.

—¿Has acabado?

—Ajá.

—¿Encontraste algo?

—Un auténtico montón de huesos. Los suficientes como para formar un ejército de esqueletos.

—Te impresionó, ¿eh?

—Los conocía a todos.

—Sí. —No dijo nada más, sólo esperó. Puede mostrarse impasible cuando no está ocupado sintiendo lástima por sí mismo.

—Supongo que el Renco y el Perro Matasapos causaron todas las muertes. Pero hubo alguien más ahí después de ellos. Alguien recorrió el lugar como una madre sacándole las liendres a su bebé. No ha quedado nada que sea remotamente valioso.

Cuervo pensó en ello.

—¿Nada en absoluto?

—Todo está tan limpio como los huesos.

—Ese podría ser un ángulo a estudiar en Galeote. Aunque debieron de llevarse sólo aquello con lo que podían cargar, y eso no es el tipo de cosa que llame mucho la atención. A menos que hicieran algo llamativo. Si lo hicieron, ahora deberían de estar ya en manos de los imperiales.

Bomanz se nos unió. Trasteó por ahí preparando un poco de té mientras Cuervo nos decía que había encontrado dos campamentos posiblemente usados por los tipos tras los que íbamos, pero nada que pudiera ayudarnos.

—Si había algo, los imperiales lo obtuvieron primero.

—Y si lo obtuvieron —dijo Bomanz—, ahora ya deben de tener el clavo.

Consiguieron informes de Galeote a través de las piedras. Las noticias no eran alentadoras. Parecía como si un par de altos cargos imperiales hubieran partido hacia allá en busca del clavo para llevárselo al imperio.

—¿Averiguaste algo? —preguntó Cuervo.

—No mucho —dijo Bomanz—. Eran cuatro. Probablemente. Se salieron con la suya porque la mayor parte del tiempo el joven árbol estaba preocupado por el Perro Matasapos y no los consideró una amenaza. Pensó que le arrojaban ramas como un gesto de desafío.

—¿Ramas? —preguntó.

—Estuvieron tirándole ramas al árbol hasta que quedó casi enterrado. Entonces prendieron fuego al montón.

—No tienes que ser brillante para ser un dios —murmuró Cuervo.

—Ahora los tenemos —dije.

—¿Qué? —Ese Bomanz nunca imaginaba que podías estar bromeando.

—Todo lo que tenemos que hacer es buscar a cuatro tipos con astillas bajo las uñas.

Bomanz frunció el ceño. Cuervo dejó escapar una risita. Preguntó:

—¿Sabemos realmente algo acerca de esos hombres?

Bomanz gruñó.

—Ni siquiera sabemos si eran hombres.

—Estupendo.

—Puesto que no podemos llegar a ninguna parte con el quién, ¿por qué no trabajamos con el cuándo? —dijo Cuervo—. ¿Podemos establecer alguna fecha? ¿Aunque sólo sea aproximadamente? ¿Y luego trabajar desde ahí hasta que los acontecimientos encajen?

Aquello me sonaba más bien débil, y así se lo dije.

—Aunque Galeote no hubiera sido atacada y la mitad de la gente muerta y la otra mitad se hubiera vuelto loca desde...

—Olvida lo que dije. Bien, hechicero, ¿vale la pena que sigamos aquí? ¿O debemos ir a Galeote e intentar sacarlos de la bruma?

—En la práctica, pendientes de los informes de nuestros aliados de la Llanura, diría que estamos perdiendo nuestro tiempo aquí.

El lado más extraño de todo el asunto todavía no se nos había presentado. Al anoecer subimos de nuevo a bordo de nuestro oloroso corcel aéreo planeando poder desayunar en Galeote.

Ansiaba mi primera comida decente en meses.

## CAPÍTULO 43

Smeds estaba asombrado. Seguro que aquel bastardo de Pez iba a remover algo de mierda.

Había empezado a circular un rumor de que aquel platero allá en el Camino Sedar —allá donde estaban localizados todos los orfebres y plateros de la ciudad— había recibido la visita de un tipo que le había traído un enorme clavo de plata y le había pagado cien óbolos para que lo convirtiera en un cáliz y mantuviera la boca cerrada sobre todo el asunto. Pero el artesano había celebrado la noche anterior su buena fortuna y había bebido demasiado y había alardeado de todo el asunto ante algunos de sus amigos tras hacerles jurar que mantendrían el secreto.

En aquellos momentos la vida de un hombre no valía nada si tenía algo que ver con la metalistería O el negocio de las joyas. Aquellos que iban tras el clavo se estaban volviendo desesperados. Estaban dando palos de ciego y causando una enorme cantidad de daño en el proceso. Principalmente unos a otros.

Los grises habían llegado tarde al juego, pero cuando lo hicieron no se dejaron engañar: se lanzaron con todas sus fuerzas, barriendo la ciudad y confiscando toda pieza de plata que encontraban bajo la suposición de que a aquellas alturas el clavo podía haber sido transformado en cualquier cosa. Tampoco encontraron demasiado. La mayoría de objetos de plata habían sido ya robados anteriormente por los militares.

Hubo resistencia. Se produjeron algunos disturbios localizados. Gente y soldados resultaron heridos y muertos. Pero había demasiados soldados, e incluso ahora la mayoría de la gente no estaba lo bastante furiosa como para rebelarse.

—Muy hábil —le dijo Smeds al viejo, mientras caminaban por una calle donde se sentía seguro—. Miserablemente hábil.

—Funcionó. Pero quiere decir que me sienta orgulloso de ello.

—Funcionó, sí. Pero ¿por cuánto tiempo?

—Supongo que tres, cuatro días. Quizá cinco si alimento el rumor desde un par de ángulos nuevos. Más lo que tarden Telaraña y Seda en decidir que el clavo no se halla en ninguno de los objetos de plata que los soldados están requisando. Así que podemos estar seguros durante al menos una semana. A menos que uno de los que actúan por su cuenta tropiece de algún modo con nosotros. Pero a largo plazo las cosas siguen mal. Caerán sobre nosotros de una u otra forma. A menos que este asedio al revés se rompa. Bastaría que sólo diez personas saliesen de esta ciudad para haber abierto la búsqueda a todo el mundo. Porque si se rompe de alguna forma el cerco, el hombre que tiene el clavo seguro que será uno de los primeros en marcharse.

—¿Lo será?

—¿No es lo que pensarías si estuvieras en el lugar de las gemelas?

—Supongo que sí.

—Cada día envían más hombres a guardar las murallas. No lo sé, pero pienso que quizás estén trabajando contra reloj, con una fecha límite. Si es así, podemos usar eso contra ellas.

—¿Una fecha límite? ¿Cómo es eso?

—Esas dos no ocupan las altas esferas del imperio. Más pronto o más tarde sus jefes empezarán a mostrarse suspicaces acerca de sus objetivos. O uno de ellos puede decidir venir aquí y agarrar él mismo, o ella misma, el clavo.

—Deberíamos haber dejado a ese maldito mamón allá donde estaba e irnos.

—Hubiéramos debido. Pero no lo hicimos. Tenemos que vivir y quizá morir con ello. Y no cometer errores, Smeds. Estamos luchando por nuestras vidas. Tú, yo, Timmy, Tully, todos estamos muertos si alguna vez se acercan demasiado a nosotros.

—Si estás intentando asustarme mortalmente, Pez, estás haciendo un trabajo condenadamente bueno.

—Intento asustarte porque yo también estoy petrificado y tú eres el único que creo que es lo bastante juicioso como para ayudarme. Tully no tiene ninguna determinación, y Timmy ha estado viviendo en una especie de bruma desde que perdió su mano.

—Tengo la sensación de que no me va a gustar lo que sea que vas a decirme. ¿Qué estás pensando?

—Uno de nosotros necesita robar un poco de pintura blanca. No comprarla sino robarla, porque un vendedor puede recordar a quién se la vendió.

—Puedo ocuparme de eso. Sé dónde conseguirla. Si los grises no están sentados encima. ¿Qué debo de hacer con ella?

—Intentar cambiar el enfoque de todo el asunto. Intentar politizarlo.

Volvía a mostrarse misterioso de nuevo. Smeds no comprendía, pero decidió que no necesitaba hacerlo en tanto que Pez supiera lo que estaba haciendo.

Aquella noche fue la primera vez que Tully pidió dinero prestado. Era una cantidad trivial y la devolvió a la mañana siguiente, así que Smeds no pensó demasiado en ello.

Aquella noche fue la primera noche que Smeds se durmió pensando en el Viejo Pez y en cómo parecía no tener conciencia en absoluto una vez llegabas a conocerlo. Era como si Pez hubiera decidido que iba a salir bien de aquélla y obtener su parte del clavo aunque tuviera que sacrificar a todo el mundo en Galeote. Este no parecía el Pez que siempre había conocido. Pero el Pez que siempre había conocido nunca había tenido nada importante en juego.

No podía estar seguro de dónde se hallaba él mismo. No era ni un pensador ni un

hombre de acción. Había pasado toda su vida dejándose llevar, haciendo lo que tenía que hacer para seguir adelante y no mucho más.

Sabía que no quería morir joven O siquiera responder a un interrogatorio en el potro imperial. Sabía que no deseaba ser pobre de nuevo. Había pasado por ello, y tener dinero era mucho mejor. Tener un montón de dinero, como el que le reportaría vender el clavo, sería aún mucho mejor.

No podía encontrar ninguna alternativa a los métodos de Pez para alcanzar la salvación, así que seguiría sus planes. Pero con una constante inquietud.

## CAPÍTULO 44

El Perro Matasapos observó la activación a través de unos ojos entrecerrados. Era un ser antiguo y había tratado con hechiceros a lo largo de toda su vida. Eran una raza traidora. Y el olor a traición flotaba denso en aquel sótano monástico.

Había localizado la ayuda necesaria más rápidamente de lo que esperaba, en una región llamada Alcances, a ciento cincuenta kilómetros al oeste, donde una sangrienta confrontación entre familias de hechiceros había assolado el lugar durante tres generaciones. Había examinado las respectivas familias y decidido que los Nacarado tenían las habilidades más adecuadas a sus necesidades. Estableció contacto y luego hizo un pacto: su ayuda para vencer a sus enemigos a cambio de que reconstruyeran a su “compañero”.

No les dijo nada acerca del Renco.

El clan Sombra dejó de existir, raíces y ramas, hechiceros, esposas y liendres que hubieran podido crecer hasta convertirse en piojos.

Los doce Nacarado principales estaban allí en el sótano, apiñados alrededor de la artesa de aceite donde la cabeza, unida a su nuevo cuerpo de arcilla, aguardaba la activación final. Murmuraban los unos a los otros en un lenguaje que no comprendía. Sabían que la traición en este punto sería cara y dolorosa.

Le habían visto en acción durante la eliminación de los Sombra. Y entonces era un tullido.

Se había asegurado de que primero le proporcionaran a él un nuevo miembro.

Gruñó, sólo una suave nota de advertencia, un aviso de que siguieran adelante.

Hicieron lo que había que hacer. Uno de los estúpidos monjes que se había quedado por allí para restaurar el monasterio sirvió como sacrificio.

El color fluyó sobre la superficie de la arcilla gris. Se retorció y se estremeció casi como si se estuviera convirtiendo en auténtica carne.

El cuerpo se sentó de pronto, chorreando aceite. Los hechiceros Nacarado saltaron hacia atrás, sobresaltados. El Renco pasó unas manos que habían sido arcilla sobre un cuerpo que había sido arcilla. Su sonrisa se convirtió en una sonrisa de éxtasis.

—¡Espejo! —dijo. Su voz era un trueno. Se miró a sí mismo, pasó amorosamente los dedos por un rostro que excedía en mucho al original en sus mejores momentos.

Un aullido de rabia casi hizo que se hundiera el techo.

El Perro Matasapos captó un atisbo de lo que el Renco veía en el espejo.

La espléndida nueva apariencia desvaneciéndose en la realidad. La verdad. Su rostro tal como existía sin el recubrimiento cosmético.

El Renco agarró la artesa, la alzó, arrojó su contenido por todo el sótano. Los Nacarado retrocedieron, gritaron, prepararon apresuradamente sus defensas. No comprendían lo que ocurría.

El Perro Matasapos sí comprendía. Conocía las iras del Renco. Esta casi había sido totalmente provocada.

Había estado mirando en la dirección equivocada cuando había estado vigilando a los Nacarado en busca de cualquier tipo de traición. El Renco era la fuente del horrible hedor.

Atacó. Y a medio salto reconoció su error.

El Renco utilizó la artesa para desviar su carga, se lanzó a la puerta que había estado bloqueando con su masa. Se echó a reír, subió velozmente las escaleras por delante de los conjuros de los Nacarado. El Perro Matasapos saltó tras él, pero demasiado tarde.

La escalera se derrumbó.

El Perro Matasapos empezó a cavar.

—No va a ser tan fácil, mi hermoso cachorrillo. Pensaste que podías utilizarme, ¿eh? ¿Eh? ¡A mí! Te dejé que lo pensaras mientras aún podías hacer lo que necesitaba que hicieras. Ahora disfruta de tu tumba. Es más de lo que te mereces, pero no tengo tiempo para prepararte un destino más adecuado. —Una risa alocada. Toneladas de tierra cayeron sobre lo que ya se había derrumbado.

El Perro Matasapos cavó furiosamente pero se detuvo al cabo de un momento, gruñó al pánico en la oscuridad detrás de él. Escuchó muy atentamente en el silencio que siguió.

¡Al norte! ¡El Renco Se encaminaba al norte! Estaba más loco que nunca, pero se había desviado de su insana búsqueda de venganza.

Sólo había una respuesta a aquel rompecabezas. Había echado a un lado su venganza con el fin de reunir más poder.

El Perro Matasapos gruñó una vez, suavemente, casi divertido. Los escudos estaban ahora más allá de las garras.

## CAPÍTULO 45

Smeds descubrió que si mojabas un trozo de algodón en pintura, y luego dibujabas semicírculos alrededor de un centro común, podías crear una pasable imitación de una rosa.

Después de que la excitación de la búsqueda del platero fantasma de Pez se hubiera apagado y él hubiera fracasado en vender el rumor de que una de las gemelas había tomado ya posesión del clavo y lo estaba ocultando de su hermana, el viejo había decidido lanzar su golpe final. Aprovechar el potencial para el caos. Añadir un nuevo nivel de distracción a la confusión que invadía Galeote.

Por eso Smeds estaba en la calle después de medianoche con un cubo de pintura por tercera noche consecutiva. Pez le había enviado a marcar algunos puntos seleccionados con el signo de la Rosa Blanca para dar la impresión de que había un furioso movimiento subterráneo dispuesto a responder a los excesos imperiales.

Esta vez Pez iba tras un efecto más lento pero más grande. Deseaba que toda la ciudad escuchara y empezara a tener esperanzas y a creer. Deseaba que los grises empezaran a preocuparse. El resto, dijo, podía ocuparse de sí mismo.

Smeds terminó sus tres rosas y se encaminó a casa. En alguna otra parte Pez también estaba pintando rosas por su cuenta. Smeds había pintado dos la noche antes y tres la noche anterior a esa, todas ellas en lugares donde un golpe partisano sería sinceramente apreciado por la masa de ciudadanos. Lento y fácil, dijo Pez. Dejemos que las cosas se vayan acumulando.

Pez había tenido un golpe de suerte la noche anterior. Había topado con un par de grises que de alguna forma se habían hecho matar, y pintó rosas blancas en sus frentes, reclamándolas para el movimiento que deseaba crear a partir de la ira colectiva.

A Smeds no le gustaba este juego. Demasiado peligroso. Ya tenían suficiente gente tras ellos desde demasiadas direcciones. Ya tenía suficientes preocupaciones con los cazadores del clavo.

Pero nada de esto ocupaba su mente mientras se dirigía hacia la Calavera y las Tibias. Estaba meditando sobre el rompecabezas que era Tully. Algo antes aquella misma tarde, Tully le había pedido prestado dinero por cuarta vez en ocho días, en esta ocasión una suma bastante importante y antes de que le hubiera devuelto el préstamo anterior.

Smeds nunca se acercaba con prisas a la Calavera y las Tibias. Aquel cabo de los Acechadores Nocturnos lo atraparía sin duda la primera vez que lo hiciera.

Una ojeada y supo que no debía ir por la parte de delante. El cabo y sus colegas

ocupaban el porche. Era mejor recorrer el camino largo y deslizarse por la parte de atrás.

Y eso tampoco era bueno. Halló problemas por el camino. Y casi fue sorprendido.

Había dos hombres en la embocadura del sucio callejón que pasaba por detrás de la Calavera y las Tibias. No se hubiera percatado de su presencia si uno de ellos no hubiera tosido y el otro no le hubiera dicho que se callara.

¿Qué era aquello? Smeds no se sintió inclinado a preguntar. Se sumergió en las sombras para aguardar a que se marcharan.

Pasó media hora. Luego una hora. No ocurrió nada excepto que un hombre tosió de nuevo y el otro le dijo de nuevo que se callara. Estaban aburridos. Smeds empezó a cabecear.

Un tercer hombre llegó corriendo.

—Viene —dijo, luego fue a ocultarse a no más de tres metros de Smeds. Smeds estaba ahora completamente despierto.

Sin duda, alguien venía, y por el sonido de sus pasos iba algo más que un poco borracho. También estaba hablando consigo mismo.

Smeds sufrió un sobresaltado momento de reconocimiento, luego Timmy se metió en la emboscada, y los hombres saltaron sobre él tan deprisa que ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar.

Smeds casi saltó también. Se levantó a medias, extrajo a medias su cuchillo. Luego se dio cuenta de que lo máximo que podía esperar era que lo mataran los otros dos después de liquidar al primero al que alcanzara.

¿Qué demonios podía hacer?

Les seguiría. Vería dónde llevaban a Timmy, luego iría en busca de Pez y... Y escucharía a Pez decirle que había fallado el primer tanto.

Por supuesto, ya era demasiado tarde para hacer algo ahora. Debía seguirles.

No tenía la menor idea de quiénes eran, aunque sí una fuerte sospecha: matones de un cazador del clavo independiente que había decidido interrogar a todos los ciudadanos a los que les faltaba una mano.

Seguirles fue menos problemático de lo que había esperado. Timmy luchó y se debatió durante todo el camino. Eso les impidió prestar mucha atención a sus alrededores. Y tampoco fueron demasiado lejos, sólo cuatrocientos metros, a una zona de edificios destruidos por el fuego y que habían sido condenados pero todavía no demolidos, y que estaban en suficientes malas condiciones como para que nadie los hubiera ocupado.

Llevaron a Timmy dentro de uno de ellos. Smeds se ocultó entre las sombras y miró y se preguntó qué iba a hacer, y no dejaba de oír a Pez decir que ahora estaban luchando por sus vidas.

Nunca había sido un luchador. Siempre había escurrido el bulto cuando había

podido. Cuando no había podido siempre había resultado apaleado. Nunca había sentido el deseo o la compulsión o lo que fuera de luchar, ni siquiera cuando no había tenido otra elección.

Lo cual le hizo recordar a todos los matones que le habían avasallado, empujado y golpeado, y preguntarse acerca del eterno por qué lo hacían cuando él nunca les había hecho nada. La vieja furia hirvió en su interior, junto con fantasías de venganza que hicieron vibrar sus nervios, removieron las miasmas de amargos odios.

Uno de los hombres volvió a salir del edificio, orinó en la calle, volvió al edificio y simplemente se reclinó contra una de las paredes. No actuaba como si estuviera haciendo algo sino simplemente pasando el tiempo. No estaba lo bastante alerta como para ser un centinela.

Smeds se tambaleó hacia adelante sin la menor maldita idea de lo que estaba haciendo. Aparte de temblar tan fuerte que las uñas de los dedos de sus pies chocaban entre sí.

Tropezó, cayó sobre una rodilla encima de un ladrillo roto, no pudo silenciar una quejumbrosa maldición, y con el latigazo del dolor sufrió una inspiración.

Volvió a levantarse cojeando, tropezando, murmurando para sí mismo. Se encaminó directamente al hombre, cantando más o menos: “La hija de un granjero una vez había, que no se comportaba como una doncella debía”.

El matón estaba alerta ahora. Pero no se movió.

Smeds se cayó de culo, rio, se puso sobre manos y rodillas, pretendió ponerse en pie, consiguió situar los pies bajo su cuerpo y quedó en una posición acuclillada. Directamente delante y a tres metros del hombre que le miraba. Retrocedió un poco, murmurando, miró la pared como si no pudiera comprender de dónde había salido. Luego se acercó un poco, apoyó una mano contra ella para sostenerse, y empezó a tambalearse hacia el hombre. A una distancia de poco más de un metro fingió darse cuenta por primera vez de su presencia, mientras el hombre le miraba más regocijado y despectivo que suspicaz.

Smeds emitió un pequeño «¡Hiip!» que esperó que sonara sobresaltado y asustado, y dio gracias en silencio a cuales fueran los dioses que habían permitido que no fuera reconocido. Ahora, si simplemente podía continuar representando aquel personaje y conseguía algún tipo de ayuda...

Smeds tropezó de nuevo y volvió a caer sobre manos y rodillas.

—Parece que llevas encima una de más, amigo. —El matón se le acercó.

Smeds emitió sonidos tartajeantes. En su interior escuchaba al Viejo Pez: «Es como tomar a una mujer, Smeds. No golpees. Deslízala dentro».

El hombre empezó a tenderle una mano. No vio la hoja en la palma de Smeds. Smeds se reclinó contra él y empezó a deslizar la hoja entre sus costillas, hacia su corazón.

Una parte de Smeds permaneció fuera, guiando su mano. El resto estaba sumido en una pasión de terror y horror, alejado del mundo. Sólo un pensamiento coherente chapoteaba en medio de aquel caos. Era mentira que matar resultara más fácil cada vez que lo hacías.

Cuando salió de la bruma, lúcido otra vez, estaba a unos treinta metros de distancia, arrastrando un cuerpo que aún se retorció.

—¿Qué demonios estoy...?

Sacándolo fuera de la vista, por supuesto. Porque aquello sólo era el principio.

Oyó un grito ahogado, y se dio cuenta de pronto de que era el segundo, de que otro grito como aquél se había abierto camino en medio de la bruma que lo había poseído.

Smeds entró en el edificio con la cautela y la intensa concentración de un gato al acecho. Aisló su emoción, no se dejó atormentar cuando Timmy gritó. Usó los gritos para avanzar un poco más rápido cada vez.

¿Qué *infiernos* estaba haciendo?

Los gritos procedían de un sótano. Smeds empezó a bajar los escalones, tan concentrado que parecía como si se moviera por una compulsión. Tras bajar seis escalones se detuvo, echó una mirada a su alrededor.

La base de la escalera terminaba a poco más de un metro de un vano sin puerta. La luz y los gritos venían del otro lado. Smeds bajó otro par de escalones, luego se deslizó hacia un lado y se ocultó debajo de la escalera. Miró a su alrededor.

Era difícil ver mucho, pero parecía como si los incendios no hubieran sido muy fuertes allí. Aquella parte del sótano estaba intacta. Flotaba un aroma a humo viejo.

Podía captar casi todo lo que se decía en aquella otra habitación. Alguien le estaba haciendo a Timmy preguntas impacientes. Los otros dos hombres estaban hablando del personaje al que Smeds había matado. A uno le preocupaba que todavía no hubiera vuelto, al otro le importaba un comino.

Debajo de la escalera no era un buen lugar donde permanecer si alguien decidía ir a echar un vistazo. La luz de la habitación podía descubrirle. Smeds salió cautelosamente, se situó detrás de un montón de trastos a la izquierda de la abertura.

Y allá se acuclilló, incapaz de pensar en nada que pudiera hacer.

Timmy perdió el sentido o algo así. Ya no gritaba. Un hombre estaba gruñendo al respecto mientras los otros dos seguían hablando del hombre en la calle. El que gruñía restalló:

—Lleva fuera *demasiado* tiempo. Dejadme un poco en paz. Id a buscarle. Los dos.

Dos hombres salieron y se encaminaron escaleras arriba, aún discutiendo. Eran los otros dos que habían cogido a Timmy.

Smeds se levantó, tendió el cuello hasta poder ver el interior de la habitación.

Timmy estaba atado a una Silla, derrumbado hacia adelante, inconsciente. Un hombre estaba inclinado sobre él, de espaldas a Smeds. Demasiado bueno para ser cierto. Abofeteó a Timmy.

—¡Vamos, despierta! Despierta de una maldita vez. No vayas a morirte ahora. Estamos demasiado cerca de la verdad.

*Deslízala dentro, deslízala dentro*, se dijo Smeds a sí mismo, avanzando cautelosamente hacia el hombre.

El hombre captó el peligro, empezó a volverse, ojos y boca muy abiertos...

Demasiado tarde.

El cuchillo de Smeds perforó su corazón. Emitió un sonido horrible que no era un grito, intentó agarrar a Smeds, se dobló sobre sí mismo.

Quizá cada vez era más fácil después de todo... La idea pasó por su cabeza y huyó. Su corazón empezó a martillar. Sus manos temblaron. Su respiración se convirtió en un jadeo. Se tambaleó hacia Timmy, cortó las cuerdas que lo sujetaban... ¡Dioses! ¡Le habían quemado un ojo! Le habían...

Timmy se derrumbó de bruces.

Smeds Se inclinó e intentó hacerle recobrar el conocimiento.

—¡Hey! ¡Timmy! Vamos. Soy yo, Smeds. Vamos. Tenemos que salir de aquí antes de que vuelvan esos dos tipos.

Entonces la idea le golpeó.

—¡Mierda! —Timmy había cantado—. El muy hijoputa. Vengo aquí y arriesgo mi culo para nada... —Excepto quizá por lo que Timmy les había dicho antes de que él llegara.

Entonces se sintió como una auténtica mierda, furioso con Timmy por morirse y causarle todos aquellos problemas. Luego se sintió confuso, sin saber qué hacer acerca del hecho de que estaba ahí abajo y todavía tenía que salir de allí y había unos cuerpos ahí abajo con los que probablemente habría que hacer algo.

—¡Hey, Abel! —gritó alguien desde arriba—. Será mejor que vengas a ver esto. Alguien ha liquidado a Cisterna.

Smeds soltó la mano de Timmy, arrancó frenéticamente su cuchillo del hombre —¿hechicero?— muerto, y se situó al lado del vano mientras alguien gritaba desde arriba:

—¿Me has oído, Abel? —Un tump-tump-tump de pies bajó las escaleras—. Quizá estemos pisando mierda profunda. Alguien le clavó un cuchillo a Cisterna... ¿Qué demonios está pasando aquí?

El hombre acababa de detenerse justo al otro lado del vano.

Smeds salió y lanzó un golpe a la altura donde consideró que estaba el pecho del otro..., y descubrió que la sonora voz pertenecía al más bajo de los matones.

Convirtió el golpe en un movimiento sesgado hacia arriba, hundió la hoja bajo la barbilla del hombre, sin deslizarla, clavándola con toda la fuerza del pánico hasta el cerebro.

No había mirado a los ojos de los otros dos en aquel momento de realización. ¡Dioses! Era horrible. Saltó hacia atrás, tropezó con Abel y Timmy, cayó de espaldas mientras su víctima se derrumbaba hacia adelante.

Antes de que Smeds consiguiera volver a ponerse en pie alguien hizo una pregunta desde arriba. Corrió a recuperar su cuchillo. El hombre siguió moviéndose, con una pierna golpeando lentamente. Por un momento pensó en un perro intentando rascar el suelo. Una locura.

El maldito cuchillo estaba encajado en el hueso. No había forma de soltarlo. Buscó a su alrededor intentando hallar otra arma, cualquier arma, mientras la voz arriba en la escalera hacía varias preguntas más. Todo lo que Smeds pudo encontrar fue el cuchillo del hombre muerto, que sacó de su vaina con una especie de recelo supersticioso.

Se apoyó de nuevo contra la pared al lado del vano y aguardó. Y aguardó. Y aguardó.

A su debido tiempo los estremecimientos fueron cesando. Los nervios se calmaron algo. Se dio cuenta de que su última víctima era visible desde arriba de la escalera.

Aguardó un poco más.

Tenía que hacer algún movimiento. Cuanto más lo demorara, más tiempo habría para que algo fuera mal.

Sus músculos se negaban a desagarrotarse. Estaba completamente aterrado ante las consecuencias de hacer algún movimiento.

Pero finalmente lo hizo, se arrastró lo suficiente como para echar una mirada a través del vano.

La luz de la mañana penetraba por ahí arriba. No mostraba nada que pudiera temer. Obligó a sus pies a moverse. No encontró ningún problema a nivel del suelo. Desde el umbral del edificio no pudo ver nada excepto desolación, un paisaje urbano destrozado donde no se movía ni un alma. Sintió deseos de echar a correr todo el camino hasta la Calavera y las Tibias.

Se contuvo, hizo lo que tenía que hacer, arrastró el cadáver de la calle hasta el sótano, donde era menos probable que lo descubrieran pronto. Luego se encaminó a casa. Pero no corrió, pese a que sus piernas insistían en que tenía que hacerlo.

## CAPÍTULO 46

Llegamos a Galeote en medio de la noche pero no encontramos a Linda y a los demás hasta el mediodía del día siguiente, y gracias a que teníamos a Bomanz para olfatear su rastro. No estaban donde se suponía que debían estar. Mientras tanto, me tropecé con dos tipos a los que conocía de cuando Cuervo y yo estábamos en Galeote, y que querían hablar y hablar y hablar.

Nadie en la ciudad tenía muchas otras cosas que hacer.

—Las cosas no tienen buen aspecto —dijo Cuervo mientras recorríamos las calles, siguiendo el olfato hechicero de Bomanz—. Toda esa gente apiñada aquí dentro, sin ninguna posibilidad de salir de la ciudad, con las reservas de alimentos probablemente disminuyendo, la peste quizá preparándose para atacar. El lugar está maduro. Hubiera saltado hace ya mucho tiempo si fuera pleno verano y el calor estuviera devorando la tolerancia de todo el mundo. ¿Sabes algo acerca de esas gemelas?

No hablaba conmigo. En lo que se refiere a hechicería y hechiceros no sé nada más que quiero mantenerme lejos de su camino.

—Nunca he oído hablar de ellas —dijo Bomanz—. Pero eso no quiere decir nada. La Dama tenía toda una nueva cosecha gestándose.

—¿Crees que puedes equipararte a ellas?

—No tengo la menor intención de averiguarlo.

Divisé una rosa blanca pintada en una puerta.

—Mira eso. —Miraron. Otra gente estaba mirando también, e intentando que no se notara demasiado que miraban.

—Ese maldito enredalotodo de Silencioso —gruñó Cuervo—. La ha convencido de hacer algo estúpido.

—¿Por qué dices esas tonterías? —pregunté—. ¿Cuándo has visto a alguien convencer nunca a Linda de hacer algo que ella no desee hacer?

Gruñó algo, luego gruñó algo más.

La nariz de Bomanz captó entonces su escondite, y después de algunos pases y demás parafernalia entramos en el sótano donde Linda estaba celebrando cónclave con un grupo de elementos residuales de los días de gloria de los Rebeldes en Galeote. No me parecieron gran cosa.

Cuervo gruñó. Él tampoco estaba impresionado. Informó de los puntos principales de nuestra visita al Túmulo. Eso no tomó ni un minuto, ni siquiera usando el lenguaje de los signos. Luego Linda nos puso al corriente de la situación en Galeote, lo cual tomó mucho más que un minuto.

Cuervo deseaba saber qué estaba haciendo ella, pintando rosas blancas por toda la ciudad. Ella dijo que no había sido. De hecho, dijo que nadie que tuviera nada que ver con el movimiento había admitido haberlo hecho. Puesto que ninguna de aquellas rosas había sido vista antes de que ella llegara, pensaba que alguien la había reconocido en la calle y estaba intentando agitar algo en la ciudad.

No tenía la menor prueba de ello. Aquello no me parecía probable. Cualquiera que la hubiera reconocido y que no estuviera personalmente comprometido con la causa habría acudido a por la recompensa, tal como yo lo veía. Habría conseguido un buen precio por ella, y por Silencioso una suma que tampoco estaría mal, e incluso los hermanos Torque valían un buen puñado que garantizaría las judías de cualquiera durante largo tiempo.

Cuervo pensaba lo mismo que yo. Pero no iba a discutir con Linda, así que preguntó si había habido algún progreso en localizar el clavo de plata.

—Ninguno —gesticuló ella—. Hemos estado muy ocupados removiendo viejo terreno ya rastrillado por otros cazadores, sin hallar nada mientras tragábamos su polvo. Mientras tanto, nuestros pequeños aliados han estado atareados espionando a esos otros cazadores que nuestros hermanos del movimiento han identificado para nosotros.

Bomanz deseaba nombres. Los obtuvo. Una larga lista, con media docena enrolados en las filas de los difuntos.

—¿Conoces personalmente a alguno de ellos? —preguntó Cuervo.

—No. Pero he perdido mucho contacto. El aspecto más curioso es que no ha habido ninguna atención desde la Torre. Esta cosa está atrayendo a todo hechicero aficionado y lector de hojas de té con una pizca de ambición. Esas gemelas están haciendo descaradamente lo que esperarías de alguien como ellas enfrentado a una oportunidad como esta. Las noticias así vuelan más rápido que un rayo. Pero no parece haber alcanzado la Torre. ¿Por qué no hay aquí ningún peso pesado imponiéndose a esas dos?

—Porque no hay ballenas del viento para transportarlos —sugerí—, y todas sus alfombras voladoras están inutilizadas.

—Tienen otros recursos.

No servía de nada preocuparse por ello puesto que no íbamos a obtener ninguna respuesta.

Cuervo quería saber cómo los demás estaban intentando hallar el clavo. Imaginé que el problema quizá fuera que los cazadores lo estaban atacando desde la dirección equivocada.

Linda hizo signos:

—Telaraña y Seda han efectuado repetidas búsquedas directas. También provocan y observan a los otros cazadores, que se han estado concentrando en descubrir a los

hombres que robaron el clavo y lo trajeron a Galeote.

—¿Cómo sabemos que la maldita cosa está realmente aquí? —pregunté.

—Puedo captarla —dijo Bomanz—. Como un hedor repugnante.

—¿Pero no puedes decir dónde está?

—Sólo muy vagamente. En estos momentos aventuraría que se halla en alguna parte al norte de nosotros. Pero no puedo precisar direccionalmente más allá de unos ciento treinta grados de arco. —Alzó los brazos para mostrar lo que quería decir—. La naturaleza de la cosa hace que maximice la maldad a su alrededor. Si pudiera ser ovida fácilmente habría pocas posibilidades para la acción del caos. No es sintiente, pero responde y se realimenta de las emociones oscuras y las ambiciones a su alrededor. Una forma de hallar a los hombres que la sacaron del Túmulo puede ser buscar a la gente que estuvo fuera de la ciudad durante el período de tiempo correspondiente y que ha mostrado a la vuelta cambios en sus esquemas de comportamiento. En general, tendencias agravadas hacia aceptar las debilidades que ya tenían antes.

Linda hizo que Silencioso tradujera. Respondió por signos:

—Ese método ya ha sido intentado. Sin éxito. La incursión del Renco mató a tanta gente y dejó a los supervivientes tan entremezclados que no puede reunirse la información necesaria.

—Tiene que haber una forma —se quejó Cuervo.

—Telaraña y Seda ya pensaron en ello —dijo uno de los hombres del lugar—. Agarra a tantos tipos malos como puedas, de modo que los ladrones se dejen llevar por el pánico y hagan algo que les descubra. Más pronto o más tarde lo harán.

—Estúpido —dijo Cuervo. Dejó escapar un bufido—. Todo lo que tienen que hacer es unir algunos cabos sueltos, si hay alguno, y sentarse a esperar.

—Eso es lo que están haciendo. Creemos. —El hombre habló de una enfermedad realmente horrible llamada la mano negra que había sido rastreada hasta un médico al que habían matado a cuchilladas apenas un parpadeo después de que las gemelas cerraran la ciudad. Todavía había un cierto debate, pero muchos pensaban que la mano negra se inició quizá cuando alguien tocó accidentalmente el clavo con la mano desnuda, luego la transmitió cuando fue al médico en busca de ayuda. El médico la transmitió a su vez a sus pacientes, y esos siguieron transmitiéndola aún más, hasta que los soldados intervinieron para que no pudiera seguir extendiéndose.

—Las gemelas se aferran a esta teoría —gesticuló Linda—. El asesinato del médico tuvo testigos. Intervinieron dos hombres. No han sido identificados, ni siquiera bien descritos.

El hombre del lugar siguió hablando de teorías y de cómo ninguna de las personas con la mano negra tenía nada que ver con haber cogido el clavo. Las gemelas se aseguraron inmediatamente de ello. Así que había algún tipo por ahí que quizás había

sido curado por el médico, y ése era el ángulo sobre el que estaban trabajando muchos cazadores.

—Quizá —dije—. Pero ¿y si esos tipos fueron lo bastante listos como para enterrarlo a dos metros de profundidad?

Parecía como si nadie hubiera pensado en aquello. La gente agradable siempre tiende a pensar que todo el mundo es agradable.

—¿Qué hay de las rosas? —pregunté—. Si no fue tu gente quien las pintó, ¿quién fue? ¿Y por qué?

—Evidentemente una distracción —dijo Cuervo—. Si pudiéramos atrapar a quien lo está haciendo quizá pudiéramos conseguir algo.

—Ve a enseñarle a tu abuela cómo chupar huevos, amigo —dijo el hombre del lugar—. Hemos parado a todo el mundo que hemos encontrado en la calle, calmando a la gente y haciendo preguntas. Esta noche todo el mundo va a estar vigilando los lugares probables donde hacer más pintadas. Si vemos a alguien, estará respondiendo preguntas antes de que pueda parpadear.

Me senté a un lado, fingiendo dar una cabezada.

—¿Quién quiere apostar a que no encontrarán a nadie?

## CAPÍTULO 47

¿Se cansa la arcilla? ¿Se cansa la tierra? No. El hombre de arcilla se dirigió hacia el norte, hora tras hora y kilómetro tras kilómetro, día y noche, sin hacer apenas ninguna pausa y cuando lo hacía sólo para refrescar la capa de grasa, sostenida con hechizos, que retenía la humedad y mantenía flexible la arcilla.

Los kilómetros fueron pasando. Los cascarones de las ciudades violadas fueron quedando atrás. El sol se alzó y se puso. Cruzó la frontera sur del imperio septentrional. Era primera hora del día.

No había ido muy lejos cuando se dio cuenta de que estaba siendo seguido por la caballería imperial. Disminuyó la velocidad. Ellos también disminuyeron la suya. Se detuvo. Ellos se pusieron a cubierto y aguardaron.

Habían estado esperándole. Su regreso había sido previsto.

¿Cómo? ¿Por quién? ¿Durante cuanto tiempo? ¿Qué había allí delante, especialmente preparado para él?

Reanudó su marcha, pero más lentamente, con sus sentidos alerta.

La caballería trabajaba por relevos, sin ningún grupo cabalgando más de diez kilómetros antes de ser relevado. Si se volvía hacia ellos se retiraban. Cuando se mantenía en la carretera se aproximaban lentamente, como si le desafiaban con cautela. Sospechaba que deseaban que les persiguiera. Se negó a ello. Siguió la carretera. A su debido tiempo incrementó el ritmo.

Una sutil mente se opuso a la suya.

Al cabo de un rato la presión de los jinetes se incrementó, como una carga empezando a tomar forma...

Atraída de aquel modo su atención, casi no reparó en la ligera decoloración, el minúsculo badén, en la carretera ante él. Pero lo divisó a tiempo. Una trampa pozo. Dio un prodigioso salto hacia adelante.

Los proyectiles llenaron el aire. Varios le golpearon, desde todos lados, y supo que había sido dañado. Las flechas silbaron a su alrededor antes de que recuperara el equilibrio. A su izquierda la caballería se había vuelto un poco demasiado atrevida. Se enfrentó a ella, dispuesto a darle la bienvenida con la muerte.

Una piedra de más de doscientos kilos pasó junto a su hombro derecho, tan cerca que le arrancó la grasa protectora. Saltó, giró. Si le hubiera dado de lleno... No captó ninguna presencia sobre la que descargar su ira. Giró de nuevo. La caballería se alejaba galopando, más allá ya de todo castigo.

Extrajo los astiles de las flechas de su cuerpo, examinó la zona a su alrededor. No había ningún pozo. Solo la apariencia de uno, con una placa accionadora mucho

mejor oculta bajo el suelo allá donde su pie se posaría si saltaba por encima de él. Incluso la piedra había sido lanzada por un dispositivo accionado remotamente, y sólo el azar lo había situado un paso más allá de la línea de fuego.

Aquella era la primera trampa. La siguiente era un puente sobre un pequeño río perezoso. A su parte inferior se habían fijado barriles de nafta, listos para abrirse y arrojar fuego cuando él pisara el puente.

Esta vez las tropas preparadas para la diversión aguardaban en un risco más allá del río. Máquinas ligeras lanzaron proyectiles contra él mientras usaba su poder para encallar el mecanismo preparado para abrir los barriles y desatar el fuego.

Una roca de más de dos kilos golpeó su pecho y lo arrojó hacia atrás. Se puso en pie furioso y echó a correr hacia sus torturadores.

Sujeta tan sólo por una débil clavija, la sección central del puente se derrumbó bajo su peso. Al caer, los maderos aplastaron los barriles de nafta. Un enjambre de proyectiles de fuego estaban en el aire antes de que golpeará el agua.

Por segunda vez habían hecho de él un estúpido.

No iban a vivir para intentarlo una tercera vez.

Salió hirviendo del agua, subió la orilla por debajo del puente en llamas, se enfrentó aullando al renovado fuego de proyectiles...

Tropezó contra algo. Una enorme red voló hacia arriba, atrapándole. Sus cables eran tan fuertes como el acero, pero de una sustancia flexible y pegajosa como los hilos de una telaraña. Cuanto más se debatía, más se enredaba en ella. Y algo mantenía la red fuertemente apretada y arrastrándole de vuelta hacia el agua. Bajo la superficie del río iba a tener una gran dificultad con las partes verbales de su hechicería.

El conocimiento de la posibilidad de poder ser vencido por seres inferiores le apuñaló como una hoja de hielo. Se enfrentaba a algo que no podía superar por la fuerza bruta.

El terrible golpe del miedo —cuya existencia era incapaz de confesarse ni siquiera a sí mismo— frenó su rabia, le hizo tomarse tiempo para pensar, para actuar adecuadamente.

Intentó un par de sortilegios. El segundo consiguió abrir una brecha en la red justo antes de ser empujado debajo del agua.

Salió cuidadosamente del río, con gran concentración, y así evitó una trampa armada con una hoja que hubiera podido partirle en dos. A salvo por el momento, hizo balance. Todos los daños infligidos eran menores. Pero una docena de tales encuentros podían acumularse hasta convertirse en algo incapacitante.

¿Era ésa la estrategia? ¿Desgastarle hasta rendirle? Era probable, pero cada fase de cada trampa tenía que ser lo suficientemente perversa.

Avanzó mucho más cautelosamente, manteniendo sus emociones y su locura bajo

una tensa rienda. La venganza podía aguardar hasta conseguir el más importante triunfo en el norte. Una vez hubiera tomado aquella piedra angular de poder, podría desquitarse un millar de veces del mundo por sus crueldades e indignidades.

Había más trampas. Algunas eran mortales y terriblemente astutas. No escapó sin daño de ellas, pese a lo muy alerta que estaba. Sus enemigos no confiaban en la hechicería. Preferían los mecanismos y los planes psicológicos, que para él eran mucho más difíciles de manejar.

Ni una sola vez vio a nadie más que a la caballería que le perseguía. Halló las puertas de la gran ciudad portuaria de Berilo abiertas de par en par y sus calles vacías. Nada se movía excepto las hojas de los árboles y la basura del suelo, agitadas por los vientos procedentes del mar. Las piedras de las chimeneas estaban frías, e incluso las ratas habían desaparecido. Ni una paloma, ni un gorrión, surcaban el aire.

El murmullo del viento parecía como el frío susurro de una tumba. En esa desolación, incluso él podía sentirse solo y solitario en espíritu.

No había barcos en el puerto ni barcas en los muelles. La forma distorsionada por la bruma de un único quinquerreme negro flotaba más allá de la luz del puerto, muy en mar abierto. Aquello era una clara declaración. No se le permitía cruzar el mar. Estaba seguro de que, fuera donde fuese a lo largo de la costa, hallaría todas las orillas desprovistas de embarcaciones.

Tomó en consideración el nadar. Pero aquella embarcación negra debía estar aguardando aquello. Era tan pesado que debía de emplear toda su energía en mantenerse a flote. Sería vulnerable.

Además, el agua salada se filtraría a través de sus conjuros protectores y roería toda la grasa, y luego la arcilla...

Así que había poca elección. Debía hacer lo que querían que hiciera y dar media vuelta. Imaginó el mapa, eligió lo que parecía ser el camino más corto. Empezó a correr hacia el este.

Los jinetes le siguieron durante el resto de aquel día a su mismo ritmo. Cuando amaneció habían desaparecido. Tras algunas horas se sintió lo bastante confiado como para aumentar su ritmo. Los maldijo. Haría lo que deseaban que hiciera, y luego los mataría de todos modos.

Los kilómetros quedaron atrás con la misma velocidad que antes de entrar en el imperio.

Mientras corría, meditó en el propósito oculto tras el haberle obligado a dar este rodeo. No pudo extraerle ningún sentido.

## CAPÍTULO 48

Smeds fue en busca del Viejo Pez tan pronto como hubo descansado un poco. Pez escuchó atentamente y le observó a través de unos ojos entrecerrados mientras le contaba toda su historia.

—No creí que tuvieras lo que se necesita, Smeds.

—Yo tampoco. Estuve mortalmente asustado todo el tiempo.

—Pero pensaste, e hiciste lo que tenías que hacer. Eso está bien. ¿Crees que reconocerías al hombre que escapó si lo vieras de nuevo?

—No lo sé. Estaba oscuro, y nunca pude verle bien.

—Nos ocuparemos de él más tarde. Lo que tenemos que hacer ahora es librarnos de esos cuerpos. ¿Dónde está Tully?

—¿Quién lo sabe? Probablemente durmiendo. ¿Por qué no los dejamos simplemente allá donde están? NO es como si estuvieran ahí fuera, donde alguien podría tropezar fácilmente con ellos.

—Porque alguien aparte de tú y yo sabe dónde están, y puede decírselo a alguien más, que puede ir a echar una mirada y quizá reconocer a Timmy Locan como el tipo que solía ir contigo, conmigo y con Tully. ¿Lo captas?

—Lo capto. —También era probable que Pez deseara ir a echar una mirada sólo para asegurarse de que Timmy estaba muerto tal como Smeds decía que lo estaba. Smeds era familia de Tully Stahl, y Pez había convertido ya en una costumbre no creer en principio en nada de lo que *aquel* Stahl dijera.

—Vamos a buscar a Tully y nos ponemos en marcha.

Smeds entró en la Calavera y las Tibias, haciendo un gesto con la cabeza al cabo de los Acechadores Nocturnos cuando pasó por su lado. El propietario, a quien no le caían demasiado bien, le frunció el ceño desde el otro lado de la sala común. Smeds tenía que pasar por su lado. El hombre preguntó:

—¿Cuándo vais a pagar vuestra habitación? Lleváis dos días de retraso.

—Se supone que Tully debía encargarse de ello. Es su turno.

—Sorpresa, amigo. Tully no lo hizo. Y está acumulando también una buena cuenta de cervezas. Otro día o dos, y mencionaré el asunto a vuestro compinche el cabo. —Sonrió perversamente. Nada le gustaría más que enviarlos a las compañías de trabajos forzados.

Smeds sostuvo su mirada hasta que el otro la bajó, luego le lanzó una moneda.

—Esto es por el alquiler. Le diré a Tully que cubra sus consumiciones.

Tully no estaba dormido. Quizás había oído algo de aquello. Pero { fingió. Smeds dijo:

—Vamos. Tenemos trabajo que hacer. —Cuando Tully no se movió, añadió—: Voy a contar hasta cinco, luego voy a patearte las costillas hasta hundírtelas.

Tully se sentó en la cama.

—Mierda, Smeds. Cada día que pasa te pareces más a ese tonto del culo de Pez. ¿Qué es tan malditamente importante como para sacarme de la cama?

—En la calle. —Dándole a entender que no podían hablar allí, donde alguien podía escuchar—. De paso, cuando salgamos, puedes pagarle al propietario lo que le debes. Se está poniendo nervioso. Habla de denunciarte a ese cabo.

Tully se estremeció.

—Mierda. Ese tonto del culo. ¿Qué te parece si me cubres la deuda, Smeds? Te lo devolveré en cuanto pueda escaparme y coger mis ahorrillos.

Smeds le miró fijamente unos instantes.

—De acuerdo. Estaré esperando fuera. No te entretengas. —Salió, lanzó una pesada moneda al propietario al pasar y le dijo—: No le concedas más crédito —y se reunió con Pez fuera—. Cuando llegamos a la Ciudad imaginé que mi parte de lo que habíamos reunido, aparte el clavo, me permitiría vivir bien durante cuatro o cinco años. ¿A ti qué te parece?

—Por lo menos. Soy un hombre viejo. Mis necesidades son sencillas. ¿Qué ocurre?

—Tully. ¿Crees que incluso un derrochador como él puede haberse gastado ya toda su parte?

—Háblame de ello.

—Tully no ha dejado de pedirme préstamos últimamente. El primer par de veces me los devolvió, pero las últimas tres veces no. Acabo de descubrir que no se molesta en pagar el alquiler y está acumulando una gran cuenta en la barra.

—¿De veras? —La expresión de Pez fue absolutamente desagradable durante un segundo—. Tengo algo que hacer. Cuando salga encaminaos directamente al lugar. Os alcanzaré antes de que lleguéis allí. —Salió.

Tully apareció un minuto más tarde.

—Bien. Ya estoy aquí. ¿Qué es eso tan malditamente importante? ¿Dónde están Pez y Timmy?

—Pez tenía algo que hacer. —Smeds pensó que ya sabía el qué—. Nos alcanzará. Timmy está muerto. Vamos a enterrarle.

Tully le lanzó una mirada inexpresiva, sin fijarse por donde caminaban.

—Te estás burlando de mí.

—No, en absoluto. —Smeds le contó lo ocurrido a retazos, cuando nadie podía oírles. Había mucha gente en la calle, caminando inquieta, sin rumbo fijo. Había tensión en el aire. Smeds imagino que los grises no iban a poder mantener la tapa cerrada mucho más tiempo. Un poco más de paciencia, un poco más de cuidado, y el

asedio se acabaría.

Allá donde iban, allá donde no había grises, la gente murmuraba acerca de las rosas blancas, alimentaban el rumor de que la Rosa Blanca en persona había acudido a Galeote y simplemente estaba esperando a que los presagios adecuados iniciaran la insurrección.

Smeds sabía que los grises tenían espías por todas partes. Telaraña y Seda debían de haber sabido de los murmullos antes de que transcurriera una hora después del primero. Tendrían que actuar, por absurdos que fueran los rumores. De otro modo alguien podría ver algo como un signo y alzar la antorcha de la rebelión.

Había otro rumor, más siniestro, que corría por debajo de la loca esperanza de una aventura de la Rosa Blanca. Este era más difícil de oír porque los transmisores de rumores eran mucho más cautelosos al difundirlo.

Las gemelas, insistía esa fábula, habían empezado a sentirse presionadas por el tiempo. Estaban preparándose para ejecuciones en masa, en las que irían matando a todos los hombres de Galeote hasta que alguien comprara su vida entregando el clavo de plata.

Ya no había ningún misterio acerca de lo que estaba ocurriendo en Galeote. Todo el mundo sabía lo del clavo de plata. El conocimiento parecía señalar la obertura de una larga y tenebrosa ópera de terror.

Tully se agitó y se preocupó acerca de la inminente masacre hasta que se acercaron a la sección incendiada donde estaban los cuerpos. Entonces varió el enfoque de sus lamentos.

—No voy a entrar ahí dentro, Smeds. Están muertos, dejemos que descansen en paz.

—Y un infierno no vas a entrar. Todo ese lío salió de tu puntiaguda cabeza. Vas a entrar y a ayudarnos a hacer todo lo que sea necesario para seguir con vida. O yo mismo te romperé personalmente la cabeza.

Tully hizo una mueca.

—Mierda.

—Quizá no. Pero puedes creer malditamente bien que te aplicaré mi mejor golpe. Muévete.

Tully se movió, sorprendido por la intensidad de su primo.

Pez los alcanzó un minuto más tarde. Intercambió una mirada con Smeds, dijo:

—No hay nadie detrás de nosotros. Frenad un poco el paso mientras investigo por delante. —Desapareció. Dos minutos más tarde señaló todo despejado, y Smeds se deslizó al interior del lugar donde se habían producido las muertes.

El olor de la muerte estaba ya en el aire, aunque todavía no era muy fuerte. Pez gruñó fuera. Tully respondió con una mueca pero se metió dentro. Smeds descendió por la escalera al sótano, y se sorprendió al descubrir la habitación de la muerte

iluminada aún por los cabos de algunas de las velas que habían estado ardiendo antes.

Nada había cambiado, excepto que los cadáveres se habían puesto rígidos y relajado de nuevo y que un zumbante enjambre de moscas se había reunido sobre sus ojos, fosas nasales, bocas y heridas.

—¡Oh, mierda! —dijo Tully, y vació todo lo que tenía en el estómago.

—He visto cosas peores —dijo Pez desde el umbral—. Y había muchas posibilidades de que esta escena hubiera sido peor. Siéntate en la silla, Tully.

—¿Qué?

—Siéntate. Antes de que nos pongamos a trabajar necesitamos charlar un poco acerca de lo que le ha ocurrido al dinero que Timmy guardaba en su saco de dormir.

Tully se sobresaltó, se puso pálido, intentó irritarse.

—¿Qué mierda estás diciendo, Pez?

—Pon el culo sobre la silla, Tully. Luego cuéntanos cómo has estado robándole a Timmy y gorroneándome a mí cuando acabas de conseguir las mayores ganancias de tu vida.

—¿De qué demonios estás...?

Pez le dio un empujón en el pecho y le hizo caer en la silla.

—Esto es un asunto serio, Tully. Realmente serio. Quizá no te des cuenta de ello. Quizá no estés prestando atención a lo que está ocurriendo. Mira a tu alrededor. Despierta. Aquí lo tienes. ¿Lo ves? Este era nuestro compañero Timmy Locan. Tan sólo un muchacho dulce y feliz al que engañaste haciéndole creer que podía hacerse rico. Estos otros tipos le hicieron esto. Y fueron tan gentiles como vírgenes comparados con alguna de la gente que va tras nosotros. Míralos, Tully. Luego dinos cómo has estado pavoneándote, siendo demasiado estúpido para estar asustado, demasiado malditamente idiota como para quedarte sentado con el culo apretado y aguardar a que pasara la tormenta.

Una furia maligna llenó los ojos de Tully. Parecía decidido a mostrarse testarudo allá donde la testarudez no servía de nada.

—Eres un maldito liante, primo —dijo Smeds—. Tuviste una sola idea malditamente buena en toda tu condenada vida, y tan pronto como la pusimos en práctica fuiste e intentaste convertirla en un infierno para todos nosotros. Oh, vamos. ¿Qué es lo que hiciste? ¿Estamos todos metidos en un pozo?

Un destello de astucia, rápidamente ocultado.

—Sólo hice un par de malas apuestas, eso es todo.

—¿Un par? ¿Y perdiste tanto que tuviste que empezar a robarle a Timmy?

Tully adoptó su semblante más testarudo. Pez se lo quitó de una bofetada.

—Jugando. Pedazo de mierda. Probablemente con alguien que te conocía de antes y que sabía que no tenías ni un orinal donde mear. Háblanos de ello.

Las palabras salieron temblorosas, y no decepcionaron en absoluto las sospechas

de Smeds. Tully contó una historia idiota de malas apuestas hechas y dobladas y luego dobladas de nuevo y perdidas todas hasta que, de pronto, Tully Stahl estaba no sólo arruinado sino debiendo un montón de fichas que se iban sumando, y los tipos que las tenían no eran del tipo que se echaban a reír si no les pagabas. Así que no tuvo elección. De todos modos, le hubiera devuelto a Timmy todo su dinero de su parte tan pronto como hubieran vendido el clavo, de modo que...

Pez le interrumpió antes de que empezara a justificar su estúpido comportamiento. Smeds sabía lo que iba a venir. Y sabía que si Tully seguía iba a resultar que todo el asunto era culpa de ellos. Preguntó:

—¿Cuánto debes todavía, Tully?

De nuevo aquel asomo de astucia. Tully sabía muy bien que iban a respaldarle.

—La verdad —restalló Pez—. Vamos a cubrirte, sí. Pero uno de nosotros estará allí para asegurarse de que pagas. Y luego no recibirás ni un cobre más. Y vas a pagar hasta la última moneda, con intereses.

—No podéis tratarme así.

—Si no deseas ser tratado como un tonto del culo no actúes como un tonto del culo.

—Actúas como un niño malcriado... —dijo Smeds.

—Serás tratado mucho peor si la cagas de nuevo —continuó Pez—. Vamos. Pongámonos al trabajo.

Tully se encogió ante la amenaza en la voz de Pez. Se volvió hacia Smeds en busca de ayuda. Smeds le dijo:

—No voy a dejarme matar porque tú no puedes entender por qué tienes que actuar de una forma responsable. Agarra las piernas de Timmy y ayúdame a transportarlo escaleras arriba. Y piensa en las condiciones en que se encuentra la próxima vez que te dé la pájara y pienses en hacer algo. Lo que sea.

Tully miró a Timmy.

—No puedo —musitó.

—Claro que puedes. Tan sólo piensa en que lo que puede ocurrir si alguien termina descubriéndolo e imagina quién es y quiénes estaban con él. Agárralo.

Trasladaron los cuerpos escalera arriba, luego aguardaron a la caída de la noche. Pez conocía un lugar no muy lejos que sería perfecto, un terreno bajo que se volvía pantanoso cuando llovía y era un foco de infecciones. Los ingenieros imperiales lo usaban para echar en él las tierras sobrantes de otros lugares. Algún día los cadáveres yacerían a quince metros por debajo de nuevas calles.

Se ocuparon primero de Timmy, por supuesto. Representaba el mayor peligro. El hombre que lo había estado interrogando fue el siguiente, luego los matones, con el más bajo el último. Tully y Smeds se encargaron del transporte mientras Pez flotaba a

su alrededor vigilando la presencia de grises o testigos accidentales.

Todo fue estupendamente. Hasta el último.

—Alguien viene —jadeó Pez—. Aprisa. Los distraeré si nos ven.

## CAPÍTULO 49

El Perro Matasapos se sintió regocijado por sus compañeros de infortunio, tan ansiosos por agotarse cavando y sin embargo odiando hacer lo que había que hacer para asegurar sus fuerzas. Tras cuatro días de creciente hambre mató al más débil. Se alimentó, y dejó los restos a los demás. No necesitaron mucho tiempo para vencer sus reservas y su revulsión. Y eso aceleró su determinación. Ninguno deseaba ser el próximo en el menú.

Pero el cavar requirió otros ocho días.

Sólo el monstruo salió de la tierra. Pero ése hubiera sido igualmente el caso aunque el cavar sólo hubiera requerido una hora.

Escapó de la oscuridad del subterráneo a la oscuridad de la noche. El rastro no fue difícil de hallar. No había llovido desde la hora de la perfidia del Renco. ¡Ja! ¡Se encaminaba de nuevo al norte!

Empezó a trotar. Mientras relajaba sus miembros fue recuperando sus fuerzas, hasta que se situó en un trote lupino que dejaba doce leguas tras él cada hora. No rompió el ritmo hasta que hubo cruzado los límites del imperio y llegado al lugar donde el Renco había encontrado un obstáculo importante. Se detuvo. Merodeó y olisqueó hasta que comprendió lo que había ocurrido.

La vuelta del Renco no había sido bienvenida con lágrimas en los ojos.

Captó algo en la brisa, investigó, espía a un distante jinete negro armado con una llameante lanza. El jinete lanzó el asta llameante hacia el norte.

Desconcertado, el Perro Matasapos reanudó su viaje.

Llegó a otro lugar donde el Renco había tenido dificultades. De nuevo vio un jinete negro con una lanza llameante que lanzó hacia el norte.

Una repetición más, y el monstruo comprendió que estaba siendo alentado a dar alcance al Renco, que estaba siendo guiado a la inevitable confrontación, y que el Renco estaba siendo confrontado a lo largo de todo su viaje hacia el norte.

¿Qué podía hacer él cuando lo alcanzara? No era rival para aquel hijo de la sombra.

Un jinete negro estaba sentado fuera de la puerta de Berilo. Arrojó una llameante lanza hacia el este. El Perro Matasapos giró hacia allá. Encontró rápidamente el rastro.

Así que la vieja fatalidad había sido obligada a tomar el camino largo, orillando el mar. Siguió adelante, ganando tres kilómetros por cada cinco que corría el Renco. Cruzó a nado el río Bigotes y las Hícladas y cruzó los ciento diez plateados kilómetros del desierto de sal carente de vida y plano como un espejo llamado la Raní

Pobre. Corrió entre los incontables montículos funerarios de Bárbara para alcanzar las olvidadas alturas de Laba Larada. Rodeó las hechizadas ruinas de Khun, cruzó las pirámides de Katch, que aún montaban guardia sobre los Cañones de los Muertos Vivientes. Rodeó cautelosamente los restos de la ciudad templo de Marsha la Devastadora, donde el aire aún se estremecía con los gritos de los sacrificados cuyos corazones eran arrancados en los altares de una distante y desdeñosa diosa.

El rastro se hacía más caliente a cada hora que pasaba.

Llegó a la provincia de Karsus, más allá de los puestos de avanzada del imperio donde los auxiliares reclutados de las tribus orain guardaban la frontera contra las depredaciones de los suyos de una forma más feroz y más fielmente que las legiones imperiales. Un jinete negro armado con una lanza de fuego le observó cruzar la llanura de Dano-Patha, donde un centenar de ejércitos habían desafiado el derecho de paso norte o sur o este y donde algunas leyendas decían que se libraría la Última Batalla del Tiempo entre la Luz y la Oscuridad.

Las montañas de Sinjian se extendían más allá, y en sus salvajes desfiladeros halló evidencias de que el Renco estaba siendo atormentado y retardado de nuevo, otra vez con retorcidas trampas de las que escapaba a duras penas.

El rastro era fuerte y caliente y tenía el olor de tumbas recién abiertas.

Llegó a una prominencia que dominaba los estrechos de Angine, donde el agua dulce fluía de los lagos Kiril para mezclarse con las aguas saladas del Mar de las Tormentas. Su punto de observación no estaba lejos de la parte más angosta del estrecho que los marineros llamaban la Puerta del Infierno y los viajeros de tierra adentro habían apodado el Puente del Cielo.

El infierno estaba en sesión ahí abajo.

El Renco estaba en la orilla sur y deseaba cruzar. Pero en la orilla norte alguien ponía objeciones.

El Perro Matasapos se acomodó sobre su barriga, apoyó la barbilla en sus patas delanteras y miró. Aquel no era lugar donde revelarse. Quizás en la Torre, si el Renco giraba hacia el oeste y buscaba su venganza allí.

Como si hubieran captado su llegada, aquellos que dominaban la orilla norte cerraron tienda y se fueron. El Renco lanzó espectaculares violencias tras ellos. La distancia era demasiado grande como para causarles ningún daño.

El Renco cruzó de inmediato. En seguida encontró trampas. El Perro Matasapos decidió que probaría un cruce más difícil. Después de anochecer.

Ahora no había necesidad de apresurarse. Tenía su presa a la vista. Podía tomarse su tiempo.

Podía simplemente esperar. O podía acechar a los enemigos de su enemigo a fin de descubrir la naturaleza de su juego.

## CAPÍTULO 50

Hubo novedades. Cuervo entró donde yo estaba leyendo un libro que había tomado prestado al propietario del lugar donde nos alojábamos.

—Tenemos novedades. Ven conmigo, Lance.

Dejé el libro a un lado, me puse en pie.

—¿Qué Ocorre?

—Te lo diré por el camino. —Metió la cabeza en la habitación contigua, gritó e invocó a Linda hasta que uno de los Torque se nos unió. Salimos a la calle. Empezó a hablar—. Uno de esos pequeños personajes de la Llanura halló un filón. Oyó a un hombre hablarles a sus compinches acerca de un incidente que casi tiene que ver con los hombres que robaron el clavo.

—Camina un poco más despacio —le dije—. Estás haciendo que los soldados se muestren interesados. —Y así era. Estaba demasiado ansioso por llevar a cabo la primera asignación de Linda—. ¿Qué es lo que dijo el tipo?

—Él y otros dos fueron contratados para agarrar a un hombre y luego ayudar a interrogarlo. Y eso hicieron. Pero vino alguien y lo desbarató todo. Ese tipo fue el único que consiguió escapar. Vamos a tener una charla con él y dejar que nos cuente su aventura.

Estupendo.

Podía ser la mejor pista que teníamos, pero no me pareció gran cosa.

—Si ese tipo está voceando a los cuatro vientos lo que le ocurrió vamos a tener que ponernos a la cola para hablar con él.

—Hemos sido los primeros en oírle; Casi diría que los únicos. Estamos por delante de todo el resto de la manada. Por eso precisamente tengo tanta prisa.

Observé que apenas cojeaba.

—¿Se te está poniendo por fin bien la cadera?

—Todo está encajando en su sitio. Ninguna otra cosa de lo que preocuparse excepto mantenerse sano.

—Hablando de eso, salí a tomar una cerveza esta tarde y oí decir que hay cólera cerca de la Puerta Sur.

Caminamos en silencio durante un rato. Luego el Torque —todavía no me aclaro con sus auténticos nombres de pila— dijo:

—Eso lo va a enviar todo al diablo. Un brote de cólera, y la olla empezará a hervir sin la menor duda.

Cuervo gruñó.

Quizás aquello no fuera importante después de todo, Sólo una pista más que se

resolvería en nada. Pero pese a todo debíamos intentarlo.

Fuimos a un lugar con el estúpido nombre de Percebes. Cuervo miro a su alrededor.

—Ahí está nuestro nombre. Justo donde se supone que debería estar. —Su voz se había vuelto tan dura como el jaspe. Había cambiado mientras caminábamos, se había convertido en una criatura como aquélla junto a la que había cabalgado con la Compañía Negra.

Nuestro hombre estaba solo. Estaba borracho. La fortuna nos sonreía hoy. Cuervo nos dijo:

—Vosotros tomad una cerveza y mantened el ojo atento. Yo hablaré con él.

Lo hicimos, y lo hizo. No sé lo que dijo, pero Torque y yo nunca tuvimos la oportunidad de pedir una segunda ronda. Cuervo se puso en pie. Lo mismo hizo nuestro hombre. En un minuto todos estábamos en la calle. Ahora ya casi era oscuro fuera. Nuestro nuevo amigo no tenía demasiados deseos de hablar. No parecía complacido de estar con nosotros.

—Sonrisas, aquí, ha comprendido que recibir cincuenta óbolos por mostrarnos el lugar era mucho mejor que la otra alternativa —nos dijo Cuervo.

Sonrisas nos llevó a un callejón.

—Aquí es donde agarramos al tipo.

Cuervo había estado formulando preguntas mientras caminábamos.

—¿Y no sabíais nada acerca de él? ¿Cómo de dónde era y adónde se dirigía?

—Ya te lo he dicho. Ese Abel lo dispuso todo y se lo pasó a Breve. Breve simplemente nos contrató a mí y a Cisterna para que le apoyáramos cuando agarráramos a ese tipo con una sola mano que se suponía que tenía que pasar por aquí. Quizá Breve supiera lo que pasaba. Yo no.

—Conveniente.

—Sí. Cuanto más pienso en ello, más imagino que la única razón de que hicieran que Cisterna y yo nos quedáramos por allí después de traer al tipo hasta aquel sótano era que habían planeado que ninguno de nosotros volviera a Salir nunca Si conseguían lo que buscaban.

—Probablemente tengas razón. Así funcionan las cosas con ese tipo de asuntos.

—¿Y con vosotros no? .

—No si obtenemos cooperación. Muéstranos ese sótano.

Yo no me sentía muy alentado. Parecía como si nuestro gran golpe se estuviera convirtiendo en una bolsa repleta de oro de los tontos. Los tipos que podían darnos respuestas ya no estaban disponibles.

Cuervo pensaba que quizá pudiéramos conseguir algo echando un vistazo a los cuerpos. Yo estaba dispuesto a apostar a que todo lo que conseguiríamos sería unas buenas e incontenibles arcadas.

—Mierda, esto está desierto —dije a medida que nos acercábamos—. ¿Falta mucho todavía?

—Como una manzana...

—¡Alto! —dijo Cuervo—. ¡Quietos todos!

Escuché. No oí nada. Pero mis ojos eran buenos por la noche. Mirando ligeramente hacia un lado pude divisar algunos tipos. Tres concretamente, cargado a un cuarto. Se encaminaban hacia alguna parte con mucha prisa.

Se lo dije a Cuervo. Preguntó:

—¿Conoces esta zona?

—Sólo vagamente.

—Intenta adelantarte a ellos. No podrán moverse muy aprisa Si cargan un cuerpo. Nosotros les seguiremos.

—Yo me marcho —dijo Sonrisas.

—Tú te vienes con nosotros y nos dices si reconoces algún rostro —respondió Cuervo.

Sonrisas empezó a maldecir.

Me adelante. Imagine que sería una pérdida de tiempo, pero no costaba nada probar. A los cinco minutos me sentía perdido y ellos habían desaparecido.

Recorrí unos trescientos metros y me encontré en terreno abierto. Parecía como la zona donde habíamos tomado tierra, vista desde otra dirección. No podía ver a nadie. Suponiendo que habían estado a mi izquierda cuando empecé y que me había movido paralelo a ellos, me dirigí hacia mi izquierda, a lo largo de la fachada de ruinas que aún se mantenían medio en pie.

Nada. Nada. Nada. Exactamente tal como había esperado. ¿Dónde estaban los otros? Me preocupe. Pensé en llamarles, pero me decidí en contra. No quería parecer estúpido.

Creí que estaba prestando atención, pero supongo que no.

Alguien surgió de ninguna parte y me pateó en las pelotas. Un golpe perfecto. El dolor estalló en mí de pies a cabeza. Me doble y boqueé, y dejó de importarme todo lo que hubiera u ocurriera en el mundo.

Me golpeó en la nuca. Me derrumbe, mi barbilla hizo raíces en el pavimento. Alguien se apoyó encima de mí y me obligó a permanecer tendido en el suelo, boca abajo. No estaba siendo gentil. Agité un par de dedos en un intento de defenderme. No se mostró impresionado.

Me retorció un brazo detrás de mí hasta que creí que iba a rompérmelo, luego me susurró al oído:

—No quiero que te metas en mi vida, muchacho. ¿Has entendido?

No respondí.

Retorció mi brazo un poco más. Dejé escapar un grito, lo cual demostró que

estaba recuperando el aliento más rápido de lo que pensaba.

—¿Me has entendido, muchacho?

—Sí.

—La próxima vez que os vea a ti o a alguno de tus compinches, van a tener que recoger vuestros pedazos por todo Galeote. ¿Entiendes?

—Sí.

—Dile a esa charlatana que se meta sólo en sus propios asuntos si no quiere ver a todos los grises disputándose sus pedacitos. ¿Me entiendes bien?

—Sí.

—Estupendo.

—Me golpeó de nuevo en la cabeza. No sé por qué —quizá porque mi cráneo es tan duro como solía decirme mi viejo— no me la hundió. Me quedé allí tendido, impotente pero consciente, mientras me cruzaba la mejilla izquierda con un cuchillo. Luego se puso en pie y se alejó, y mis únicos compañeros fueron el dolor, la náusea y la humillación.

Al cabo de un tiempo conseguí situar mis pies debajo de mi cuerpo y ponerme en pie, y eche a andar tambaleante en busca de Cuervo y los demás. No había sido tratado de aquella forma desde que era un niño. El tajo me ardía como el infierno, pero no era tan malo como había temido.

No tuve demasiados problemas en encontrarlos, dadas las circunstancias. Sólo me tomó unos quince minutos. Ahora había una pequeña luz de un gran fuego que ardía lejos allá al sur. Más tarde descubrí que se estaban desembarazando de los cuerpos de las primeras cien personas que habían muerto del cólera. Las gemelas debían de haber anticipado la epidemia. Habían hecho que los ingenieros reunieran todas las maderas recogidas de los edificios demolidos.

Tropecé sobre el cuerpo de Cuervo; así es como lo encontré.

Apenas se agitó cuando tropecé con él; tenía un tajo igual que el mío.

El Torque estaba a unos tres metros de distancia y apenas empezaba a agitarse y a emitir ruidos. También tenía un corte en la cara.

Al igual que Sonrisas. Pero él tenía dos. El segundo estaba a unos diez centímetros por debajo del primero, iba de oreja a oreja, y era la última herida que sufriría nunca.

Nos habían ganado en toda regla.

Cuervo no había recibido ninguna patada en los testículos sino sólo un buen golpe en la cabeza. Todavía estaba aturdido cuando informamos. Sus manos temblaban enormemente cuando intentó hacerle signos a Linda:

—Un hombre, creo. Nos tomó por sorpresa. —Se sentía embarazado.

No creo haberle visto nunca tan embarazado antes. Pero nunca tampoco había recibido antes aquel tratamiento.

Yo me sentí más embarazado que él cuando llegó mi turno, porque tuve que informar de cada palabra que me había dicho el hombre. Temí que iba a tener que explicar un par de ellas.

Me sorprendió por centésima vez no siendo tan ignorante como yo esperaba.

Silencioso me tocó la mejilla, hizo signos:

—El Puente de la Reina.

Linda asintió.

Tuve que preguntar.

—Cuando luchamos contra los Acechadores Nocturnos en el Puente de la Reina —hizo signos Silencioso—, tomaron dieciocho prisioneros. Los marcaron a todos en la mejilla izquierda y los soltaron.

—¿Qué demonios? ¿Es posible que los propios Acechadores Nocturnos tengan el clavo? ¿Es por eso por lo que no han tenido ninguna suerte a la hora de encontrarlo? ¿Está la brigadier jugando a algún juego propio? —Dije todo aquello por signos. Uno adquiere el hábito cuando lleva un cierto tiempo alrededor de Linda.

Ella me miró de una forma extraña durante unos segundos, luego hizo signos:

—Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. Los soldados, no los Acechadores Nocturnos, van a llegar en cualquier momento.

Entonces lo comprendí.

Alguien era un genio loco, un mago maquinador. En los minutos que nos había tenido a su merced había elaborado un plan que podía convertir Galeote en un torbellino de caos y violencia.

Nos había perdonado la vida sólo para desencadenar un mayor derramamiento de sangre.

Los soldados de las gemelas nos agarrarían, con las marcas en nuestras mejillas, y eliminarían la amenaza de la Rosa Blanca. La noticia se extendería. Una porción significativa de la población desencadenaría el infierno. Mientras tanto, las gemelas obtendrían nuestro testimonio en el potro y hallarían motivos para sospechar de los Acechadores Nocturnos y su comandante. Ya no quedaba amor por este lado, y no había forma alguna de que los Acechadores Nocturnos fueran a permitir que su brigadier fuera arrestada o siquiera relevada de su mando.

Los Acechadores Nocturnos eran superados en número por los otros regimientos grises, pero eran los mejores y más duros soldados, y ganarían en cualquier confrontación, a menos que las propias gemelas intervinieran directamente.

Un genio sanguinario. ¿Quién iba a mantener su mente en el clavo de plata ante todo aquello?

Mientras yo estaba pensando, Linda estaba dando órdenes a diestro y siniestro. Envió fuera a todas las pequeñas criaturas de la Llanura para que exploraran los alrededores y vieran que pasaba y vigilaran en busca de soldados. Envió a los hermanos Torque a advertir a nuestros amigos Rebeldes. Bomanz y Silencioso partieron hacia la zona donde habíamos estado para ver si ellos, con sus talentos, podían sacar algo.

Me miró a mí, luego a Cuervo, luego a mí de nuevo, decidiendo quién iba a ser el guía de los dos hechiceros.

Eligió a Cuervo.

Antes de que pudieran borrar el ceño que habían fruncido pensando que podía ser yo —creo que Silencioso se sintió complacido de que ella no se quedara a solas con Cuervo—, una de las criaturas de la Llanura entró para informar de que la zona estaba despejada excepto un viejo borrachín que iba haciendo eses por la acera de madera a media manzana de distancia.

—Vayámonos inmediatamente —hizo signos Linda.

Nos fuimos todos.

La oleada de incursiones y arrestos empezó menos de media hora más tarde.

## CAPÍTULO 51

Smeds observó a Tully al otro lado de la pequeña mesa. Su primo estaba bebiendo con una hosca determinación, pero todavía estaba completamente sobrio. Aquellos cuerpos. Terrible. Aquellos hombres persiguiéndoles en medio de la noche. Aquellos fuegos en el sur, donde estaban quemando los cadáveres de las víctimas del cólera. Ahora había grupos de soldados recorriendo todas las calles, en misiones nocturnas que habían hecho disparar los rumores. No eran momentos que inspiraran confianza en la propia seguridad.

Los soldados —algunos de ellos— también estaban preocupados. Hacía unos momentos, varios Acechadores Nocturnos habían acudido a consultar al cabo residente. Luego todo el grupo había salido. Parecía como si esperaran problemas graves.

—La cosa está empezando a desmoronarse —dijo Smeds. Notaba que le faltaba el aliento.

Tully asintió con un estremecimiento.

—Si supiera todo lo que iba a pasar habría mandado al diablo el clavo.

—Ha sido un gran golpe, hombre. Supongo que si piensas bien en ello nunca puede ser fácil para quien lo intente.

—Sí. En realidad nunca pensé seriamente en ello. Ni llegué a imaginar que el mundo pudiera volverse loco de este modo. O que habría toda una multitud dispuesta a matar a quien fuera y a hacer lo que fuera con tal de echarle la mano encima a esa cosa. ¿Qué demonios le ocurre a esta cerveza? Sabe como a rata podrida.

—Mejor disfrútala. —Pez apareció de la nada. Su aspecto era demacrado y muy preocupado. Se unió a ellos—. Puede que sea la última cerveza en toda la ciudad. —Se dejó caer en una silla, agotado—. He hecho todo lo que he podido. Ahora Sólo podemos esperar. Y confiar.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Smeds—. Con los soldados.

—Están cercando Rebeldes. Van a ejecutar a todo un puñado por la mañana. Eso debería desencadenar la explosión que abrirá de par en par la ciudad.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Tully.

—Entonces estamos jodidos. Más pronto o más tarde nos pillarán. Por el proceso de eliminación. —Pez robó un sorbo de la cerveza de Smeds—. Alegraos. Están entre nosotros y el cólera. Quizás el cólera los alcance antes de que ellos nos alcancen a nosotros.

—¡Mierda! —Deberíamos dormir un poco.

—¿Estás bromeando?

—Deberíamos intentarlo. Al menos deberíamos desaparecer de la vista. Sí no lo ves, no piensas en ello, dicen.

Smeds se quedó dormido en unos escasos dos minutos.

No estuvo seguro de qué fue lo que le despertó. El Sol estaba alto. Tully y Pez se habían levantado ya. Y se habían ido. Algo le hizo empezar a temblar. Fue a la sala común. Estaba vacía.

Le impactó como un golpe apenas cruzar la puerta.

El silencio.

La mañana estaba tan silenciosa como una tumba. De no ser por sus pasos habría temido haberse quedado sordo. La puerta gruñó cuando la abrió.

Todo el mundo estaba en la calle, mirando hacia el centro de Galeote, esperando algo.

La espera fue corta. Smeds lo sintió en la tierra antes de que alcanzara sus oídos: una vibración monstruosa seguida por una avalancha de ira, un rugir casi como un vendaval.

—Han empezado las ejecuciones —le dijo Pez—. Temí que se acobardaran.

El rugir se hizo más fuerte, se acercó, como si toda la ciudad, en un momento, decidiera que ya había tenido suficiente tiranía y opresión.

La oleada alcanzó la calle fuera de la Calavera y las Tibias. La gente se dejó arrastrar por ella.

Entonces las madres empezaron a conducir a los niños dentro de las casas. Los hombres empezaron a avanzar hacia el centro de la ciudad, en una furia mortífera, pocos de ellos armados debido a las repetidas búsquedas de los grises de todo tipo de armas en manos privadas. Lo habían confiscado todo menos los cuchillos personales.

Smeds decidió que debía de estar volviéndose viejo y cínico. No sintió el menor deseo de dejarse arrastrar por nada de aquello.

Tampoco Pez. Tully se agitó por un momento, luego se contuvo.

Muchos de los hombres en la calle hicieron lo mismo. La ira era como el cólera. No todo el mundo se había contagiado todavía. Pero ambas cosas reclamarían a muchos más antes de que finalmente se quietaran.

Pez condujo a Smeds y a Tully al interior de la Calavera y las Tibias e hizo que se sentaran.

—No nos moveremos de aquí. Dejaremos que los rumores lleguen hasta nosotros. Si resultan lo suficientemente favorables, nos encaminaremos a la muralla siempre que parezca que existe una posibilidad de salir de la ciudad. Smeds, tú prepara una mochila. Mete todo lo necesario para un viaje.

—¿Qué hay del clavo? —susurró Tully.

—Sabrá ocuparse de sí mismo.

—De todos modos, ¿dónde demonios está?

—Smeds, ve a preparar las cosas. No lo sé, Tully. No quiero saberlo. Todo lo que me importa es que Smeds halló un lugar lo bastante bueno como para que nadie lo haya encontrado.

Smeds notó la furiosa mirada de Tully clavada en él cuando se alejó.

La primera oleada de rumores habló más elocuentemente del salvajismo humano que de la nobleza humana.

Pese a saber que la multitud estaba terriblemente excitada, el regimiento que se ocupaba de las ejecuciones fue sorprendido más allá de toda medida por la violencia del estallido que siguió a la primera ejecución. Se vieron abrumados por la furia de la respuesta. Ochocientos de ellos murieron antes de que llegaran los refuerzos, no en muy buen orden y presas del pánico. Varios miles de civiles y unos cientos de soldados más murieron antes de que terminara la lucha. Los ciudadanos, en su huida, se llevaron consigo una buena provisión de armas.

Disturbios de tamaño pequeño a mediano estallaron por todo Galeote, en cualquier lugar en el que los grises parecieran débiles.

Una multitud intentó tomar por asalto el Palacio Civil. Fueron rechazados pero dejaron tras de sí varios fuegos ardiendo, el peor de los cuales ardió fuera de control durante horas.

Una enorme multitud atacó el regimiento que se había trasladado a reforzar la protección de la Puerta Sur. Muchas armas capturadas aparecieron allí. La multitud avasalló al regimiento pero no consiguió desalojar a los guardias de la puerta y fracasó en tomar la muralla: los arqueros apostados allí los dispersaron.

Pez no permitió que ni Tully ni Smeds salieran de la Calavera y las Tibias.

Al llegar la noche la situación se volvió más caótica y más siniestra. Sometidos a una terrible presión, los soldados empezaron a perder disciplina, a lanzarse a matanzas indiscriminadas. Los más jóvenes incendiaron, vandalizaron, saquearon. Algunos individuos aprovecharon para saldar viejas deudas personales. Y la población más densa de hechiceros del mundo decidió meterse en el asunto. Decidió unirse y eliminar a su más duro competidor.

Reunieron una multitud y fueron tras Telaraña y Seda. Esta vez los atacantes rompieron las defensas. Exterminaron las fuerzas de protección. Una de las gemelas resultó herida, quizá muerta. Todo el centro de la ciudad pareció convertirse en un gran incendio. Y una locura total se difundió con la noticia. Llegó un momento en el que pareció como si todo el mundo en la ciudad estuviera intentando asesinar a alguien. Los hechiceros se volvieron los unos contra los otros.

Hasta entonces el caos no se había filtrado demasiado a las inmediaciones de la Calavera y las Tibias. Pero ahora llegó arrastrándose con los estallidos y los crujidos

y los gritos.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Smeds.

Pez le sorprendió mostrándose de acuerdo.

—Tienes razón. Antes de que se vuelva imposible. Cojamos nuestras cosas.

Tully estaba demasiado agotado como para hacer nada excepto seguir a los demás.

La gente que deambulaba por la calle los contempló opacamente cuando se deslizaron fuera del edificio. Media hora más tarde, sin ningún contratiempo serio, se habían establecido en la profunda oscuridad de un sótano parcialmente derrumbado a tan sólo un centenar de metros del lugar donde había muerto Timmy Locan.

La locura no sentía hambre hacia aquella parte de Galeote ya roída hasta los huesos por el paso del Renco.

## CAPÍTULO 52

Bomanz estaba profundamente preocupado.

—No hay límite a la locura ahí fuera. Si siguen así continuarán hasta que sólo quede un hombre en pie.

—Asegurémonos de que seamos nosotros —graznó Cuervo.

Nos habíamos ocultado en el campanario de un viejo templo a menos de un tiro de arco del Palacio Civil. Si lo deseaba podía echar un vistazo y ver arder el lugar. No permitimos que nadie supiera dónde íbamos a ocultarnos. Hasta ahora, gracias al viejo hechicero, nadie había tropezado con nosotros.

—¿Crees que es culpa del clavo? —pregunté.

—De su influencia. Y cuanta más maldad se produzca a su alrededor, más densas serán las miasmas de la locura.

Así que, ¿por qué no nos estábamos pelando los nudillos contra alguien?

Linda estaba trastornada por lo que estaba ocurriendo. Por todo lo que yo podía decir, era la única. El resto de nosotros simplemente estábamos asustados, lo único que deseábamos era mantenernos fuera del camino hasta que los fuegos se apagaran por sí mismos.

Ella haría algo si pudiera.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté—. ¿Quedarnos sentados? —Estaba pensando en cómo la locura debía de haber arruinado la cuarentena en la zona del cólera.

—¿Tienes alguna idea mejor? —preguntó Cuervo.

—No.

Los que habían salido a echar un vistazo la otra noche no habían encontrado nada. Lo único bueno resultó ser que tuve la oportunidad de pasar un par de horas charlando con Linda sin Silencioso y Cuervo mirándome con malos ojos.

—Pero me siento como el buitre que se cansó tanto de esperar que alguien se muriera que empezó a pensar en matar un poco para acelerar las cosas.

—Necesitamos decidir qué hacer si se produce algo —dijo Bomanz—. Podéis apostar a que si la gente que sabe algo del clavo está aquí será la primera en marcharse.

—Todo el mundo lo sabrá si el clavo empieza a moverse, ¿no?

—No lo moverán. ¿Por qué deberían? Está seguro. O alguien lo hubiera encontrado ya. Lo único que les preocupa es seguir con vida hasta que puedan venderlo.

—¿Qué te hace pensar que desean venderlo? —pregunté.

—Si pudieran usarlo ya lo habrían hecho.

Aquello tenía sentido. Así es como trabajan los bandidos.

—Así, ¿por qué no han intentado hacer correr la voz de que quieren venderlo?

—Porque todos esos idiotas de por aquí piensan que pueden arrebatárselo antes de que lo haga cualquiera de los demás.

Decidí echar una cabezada. Hablar no nos conducía a ninguna parte. No hacíamos nada excepto charlotear y aguardar a que las criaturas de la llanura acudieran con informes. Cuando se sentían con ganas. No piensan como nosotros. Algunas ni siquiera tienen el menor sentido del tiempo.

Lo cual fue quizás el motivo de que Borrico Torque sonara tan malditamente sorprendido después de echar una mirada fuera.

—Hey, chicos, será mejor que veáis eso.

Nos apiñamos a su alrededor.

Nos proporcionó un punto de vista totalmente nuevo a todos nuestros problemas. A todos.

Un nuevo grupo había venido a la ciudad.

Un carruaje negro acababa de detenerse en la plaza delante del Palacio Civil. Tirado por cuatro caballos negros. Seis jinetes negros sobre seis caballos negros lo rodeaban. Un batallón de infantería le seguía. Sorpresa. Todos iban vestidos de negro.

—¿De dónde demonios han salido? —murmuré.

—Conseguiste tu deseo, hechicero —dijo Cuervo.

—¿Eh?

—La Torre ha mostrado interés.

Sentí una mano en mi hombro. Linda. Me retorcí hacia un lado para que ella pudiera ver. Dejó su mano allá donde estaba. Pueden suponer cuántos amigos me granjeó aquello.

Alguien salió del carruaje. Ese payaso no iba vestido de negro.

—Un petimetre —dijo Bomanz.

Y yo:

—Siempre me pregunté qué significaba realmente la palabra.

El pavo real miró a los cuerpos a su alrededor, a los restos del palacio, dijo algo a uno de sus escoltas. El jinete subió a caballo los escalones y penetró en la parte no quemada del edificio. Un minuto más tarde empezó a salir gente. Los demás jinetes la reunieron delante del payaso como si fueran un rebaño.

Telaraña y Seda salieron también. Un jinete las condujo hacia su jefe.

—Han sacado la alfombra —dijo Bomanz—. Sería interesante oír lo que dicen.

No había la menor duda de quién tenía más autoridad que quién allá abajo. Las gemelas hicieron de todo menos apoyar la frente en el suelo. Hubo un intercambio de palabras durante quizá diez minutos. Luego las gemelas empezaron a enviar a su gente hacia todos lados.

—¿Y ahora qué? —murmuró Cuervo.

Lo siguiente que hizo el pavo real fue alojarse en el único edificio no dañado de las inmediaciones. El templo. Un poco más abajo.

Nos sentimos encantados.

La gente empezó a acudir a ver al nuevo personaje. La brigadier Estigma fue una de las primeras. Los Acechadores Nocturnos no se habían visto involucrados hasta entonces en ninguna de las peleas.

El caos murió durante unas pocas horas mientras los locos de Galeote digerían la noticia acerca del nuevo chico que había llegado a la ciudad. Luego llameó al rojo vivo.

Pero murió de nuevo, extinguido, antes del anochecer.

Recibimos la noticia muy entrada la noche, supimos por qué las cosas se habían calmado.

El Renco se encaminaba a Galeote, dispuesto a apoderarse del clavo de plata.

Galeote no iba a permitirselo. Según Exilio, el nuevo hombre de la Torre.

—Mierda —murmuré—. Ese Renco tiene más vidas que un gato.

—Sabía que nos tendríamos que haber encargado de él —gruñó Cuervo. Miró furioso a Linda. Era culpa de ella. Se había sentido tan segura que no había visto la necesidad de discutir con el dios árbol.

Exilio tenía órdenes de defender Galeote y destruir al Renco. Nuestros espías dijeron que pretendía conseguirlo aunque costara hasta la última vida en la ciudad.

Mierda. La Torre debería haber enviado a algún tipo que se tomara su trabajo en serio.

## CAPÍTULO 53

Smeds despertó primero. Antes de recuperar todos sus sentidos supo que algo iba mal.

Tully no estaba.

Quizás había ido a echar una meada.

Smeds Salió al inesperado brillo de la mañana. Ninguna señal de Tully. Pero la calle más cercana, no utilizada últimamente, estaba congestionada por el tráfico. Todos los vehículos estaban cargados con cadáveres.

Smeds jadeó. Luego retrocedió de vuelta al sótano en ruinas y halló a Pez, lo sacudió hasta que le oyó gruñir:

—¿Qué diablos ocurre?

—Tully no está. Y tendrás que ver lo que hay ahí fuera para creerlo.

—Ese idiota. —Pez estaba completamente despierto ahora—. De acuerdo. Recoge toda tu mierda. Tenemos que movernos ahora mismo para que no sepan dónde encontrarnos.

—¿Eh?

—He perdido la confianza en Primo Tully, Smeds. Quiero saber dónde está él, no a la inversa. ¿Un hombre que puede perder una fortuna de la forma en que él lo hizo? Es algo estúpido hasta el punto de ser suicida. ¿Un hombre que sufre un acceso de sentido común tan rápido como él lo hizo y se larga a escondidas de la forma en que él lo ha hecho con la ciudad en el estado en que está? Estoy muy cerca del límite de mi paciencia. Cada cosa que hace nos pone en peligro. Si ha hecho alguna locura... No sé.

—Ve a mirar fuera.

Pez fue.

—¡Maldita Sea! —Volvió—. Tenemos que averiguar lo que está ocurriendo.

—Eso es obvio. Están usado ese terreno para echar en él los cadáveres de los disturbios y luego cubrirlos con tierra.

—Has olvidado algo. ¿Quién pensó en ello y puso a toda esa gente a trabajar en su realización? Cuando nos arrastramos hasta aquí dentro estaban intentando degollarse los unos a los otros.

Pronto descubrieron que el caos no había muerto, sino que simplemente había hecho una pausa momentánea. Y no universalmente. Había puntos calientes, la mayoría alrededor de los hechiceros reacios a abrazar el nuevo orden que había surgido de la noche a la mañana.

Las gemelas de Hechizo habían quedado fuera, y alguien dijo que Exilio estaba al

mando. Y se suponía que Galeote se estaba preparando para otra visita del Renco.

—Las cosas se están saliendo de quicio —dijo Smeds mientras se acercaban a la Calavera y las Tibias.

—Eso es una subestimación de la realidad, si alguna vez he oído una.

El propietario pareció decepcionado de que no hubieran resultado muertos en los disturbios. No. No había visto a Tully desde que había querido desayunar y se había marchado irritado porque no había podido conseguir crédito. De todos modos, tampoco tenía nada que ofrecerle.

—¿No tenías nada? —preguntó Smeds.

—Conseguí un tercio de hogaza seca que pensaba empapar en agua y guardármela para cenar. Si quieres cavar un poco en el sótano puede que encuentres un par de ratas. Las asaré para ti.

Smeds le creyó.

—¿Tully no dijo nada acerca de hacia dónde se dirigía?

—No. Cuando salió giró a la derecha.

—Gracias —dijo Pez. Echó a andar hacia la calle.

—¿Habéis oído algo de la recompensa? —preguntó el propietario a sus espaldas.

—¿Qué recompensa? —quiso saber Smeds.

—Por esa cosa de plata, ese clavo que se supone que ha causado toda la conmoción. Ese nuevo tipo dice que dará por él cien mil óbolos, sin hacer preguntas, sin trucos, sin ningún riesgo. Simplemente tráelo y recibe el dinero.

—¡Maldita sea! —exclamó Pez—. Cualquier tipo podría vivir espléndidamente con ello, ¿no? Me gustaría tenerlo yo.

—Si me lo preguntas —gruñó Smeds—, no existe esa tal cosa. Toda esa gente, hechiceras y hechiceros, lo hubieran encontrado si existiera. Vámonos, Pez. Tengo que hallar a esa cabeza de mierda de mi primo.

Ya fuera, Pez preguntó:

—¿Crees que ha querido intentar algo?

—Sí, si he oído bien. Piensa que merecemos que nos jodan por la forma tan mala como lo hemos tratado. Sólo que no sabe exactamente cómo hacerlo. Tendrá que pensárselo muy bien antes si su intención es vendernos a los torturadores.

—Le creo capaz de hacerlo. Sin remordimientos. No hay nadie que le importe realmente en este mundo excepto Tully Stahl. Probablemente pensó desde un principio en utilizarnos, luego librarse de nosotros uno a uno. Sólo que las cosas no se desarrollaron de una forma tan sencilla como había creído que se desarrollarían.

—Tal vez tengas razón —admitió Smeds—. Imagino que debemos suponer que va a vendernos, ¿no?

—Tendríamos que ser unos estúpidos para darle el beneficio de la duda. Conoces sus hábitos y sus idiosincrasias. Búscale. Yo descubriré en qué agujero se encuentra

Exilio y aguardaré a que se deje ver por ahí.

—¿Y si ya...?

—Entonces estamos jodidos, ¿no?

—Sí. Hey, ¿y si nosotros vendemos el clavo a ese tipo? Cien mil no está nada mal. Ni siquiera puedo contar una cifra tan grande.

—Eso está bien. Pero si la situación es como dicen, con el Renco volviendo, va a subir más. Dejemos que remonte un par de días.

Smeds no discutió, aunque pensó que deberían coger lo que les ofrecían mientras aún pudieran.

—Te buscaré si no puedo encontrarlo.

Pez gruñó y se fue.

Smeds inició sus rondas. Cruzó el rastro de Tully varias veces. El clavo era el objeto de todas las charlas allá donde iba. Tully tenía que saber lo de la recompensa. No estaba corriendo en busca de Exilio. Eso era buen signo. Excepto que...

Excepto que una docena de independientes habían hecho saber que estaban dispuestos a pujar más que Exilio. Una hechicera llamada Tebanc había ofrecido ciento cincuenta mil.

Smeds no creía en ninguno de ellos excepto en Exilio. Los había visto cuando la caza había sido una carrera entre ladrones. No cambiarían. Hablarían de montañas de óbolos pero el pago, cuando llegara, sería la muerte.

Pero Tully tenía la habilidad de engañarse a sí mismo. Podía decidir que sus ofertas eran legítimas. O podía engañarse aún más pensando que podía ser más listo que ellos. Tenía una opinión muy hinchada de su astucia.

Smeds llegó pronto a la conclusión de que el esquema de los movimientos de Tully indicaba que estaba buscando a alguien.

Probablemente una de esas fabulosas bolsas que ofrecían.

Ya no le quedaba ninguna consideración hacia su primo.

Las evidencias sugerían que Tully no estaba ganando terreno en su búsqueda. Smeds, en cambio, sí. Se preguntó si Tully no se estaría poniendo nervioso, sabiendo que ellos irían tras él tan pronto como se dieran cuenta de que se había ido por su cuenta.

Probablemente.

Finalmente Smeds lo atrapó, pero la situación no encajó con la confrontación que había estado ensayando durante horas.

Caminaba por una calle innaturalmente tranquila incluso para después de los disturbios, y sintiéndose nervioso por ello, cuando apareció Tully, prácticamente volando, por una puerta a unos treinta metros más adelante y al otro lado de la calle. Todavía no había conseguido estabilizarse sobre manos y rodillas cuando los

soldados de negro lo rodearon. Le ataron las manos a la espalda, rodearon su garganta con el nudo corredizo de una cuerda, y lo condujeron hacia el centro de la ciudad.

Los soldados eran seis. Smeds los miró aturdido, viendo en ellos el fin de sus días. ¿Qué demonios podía hacer? ¿Ir a buscar a Pez? Pero ¿qué podría hacer Pez? Dos hombres no podían emboscar a seis soldados a plena luz del día.

Les siguió. A cada paso se sentía más seguro de lo que había que hacer, se sentía más enfermo pensando en ello. No importaba que Tully hubiera estado dispuesto a eliminarle a él.

Se acurrucó en un callejón y cuando hubieron pasado echó a correr, con la energía empezando a arder en sus venas. Fue más rápido de lo necesario, intentando ahogar el creciente miedo con una frenética actividad física.

Su mochila golpeaba contra su espalda. Como la mitad de los hombres en Galeote, llevaba su hogar al hombro. Tenía que librarse de ella de alguna forma. Guardarla en algún lugar seguro. La mayor parte de su botín del Túmulo estaba en ella.

Llegó a un montón de escombros sumidos profundamente en la sombra. No había nadie por los alrededores. Enterró apresuradamente la mochila, luego corrió al punto donde deseaba interceptar a Tully y los soldados.

No estaban a la vista. Su corazón se hundió. ¿Habían decidido tomar un camino más largo?

No. Allí estaban. Simplemente los había adelantado mucho.

Cruzó la calle hasta la embocadura de un oscuro callejón. Luego correría de vuelta por donde había venido, hasta su mochila, a través de algunas útiles sombras, en una ruta desprovista de testigos.

La espera se prolongó interminablemente. Tuvo tiempo de asustarse de nuevo. Casi de hablar consigo mismo hasta sentirse helado.

Luego allí estaban, un par de soldados al frente, un par detrás, uno conduciendo a Tully por la cuerda y uno detrás para darle un empujón si se retrasaba. El cuchillo de Smeds se deslizó a su mano. Era el cuchillo que le había cogido a aquel hombre en aquel sótano.

Se lanzó hacia adelante, a la carrera. Apenas tuvieron tiempo de girarse y verle llegar. Los ojos de Tully se abrieron enormemente cuando vio el cuchillo avanzar hacia su garganta.

Smeds golpeó la cuerda y la atravesó, y en un momento estaba de vuelta entre las sombras aferrando un cuchillo que goteaba sangre de su familia. Los soldados gritaron. Unos pies resonaron tras él.

Hubo muy poca reacción física o emocional. Su mente se concentró en la persecución. Dos hombres, decidió. Y unos bastardos muy decididos también. No iba a dejarles atrás.

No deseaba tener que enfrentarse a ellos, pero parecía como si no tuviera otra elección.

Conocía el lugar. Estaba tan sólo a unos pocos metros de donde había escondido su mochila, donde el callejón era más oscuro. Usaría el truco que había intentado el médico. Si seguían adelante se deslizaría alejándose por detrás de ellos.

Se sentía asombrado ante sí mismo. Smeds Stahl, aterrorizado a morir, todavía podía pensar.

Se deslizó al interior de una grieta en una pared de ladrillo que, probablemente, era un legado de la visita del Renco. Había sido ensanchada por alguien que la había usado para entrar en el edificio, un ladrón o un ocupa. Podía deslizarse por ella y escapar, pero algo que no tenía nada que ver con su preocupación por su mochila le obligó a quedarse.

Agarró un tablón roto y aguardó.

No siguieron con su persecución cuando dejaron de oír el sonido de sus pasos. Intercambiaron palabras sin aliento en un lenguaje no familiar. Smeds se puso tenso. Si atacaban juntos...

Estaba la grieta en el edificio.

Un soldado arrancó en una embestida que lo llevó a una treintena de metros más allá de Smeds. Llamó a su compañero. Empezaron a avanzar el uno hacia el otro.

El que no había corrido estaba mucho más cerca.

No se dio cuenta de la grieta en la pared hasta que Smeds saltó de ella detrás de su cuchillo. Emitió un extraño ruido, sorpresa transformada en dolor.

Smeds intentó liberar el cuchillo mientras el hombre caía y el otro soldado gritaba. No lo consiguió. ¡Maldito fuera! ¡Otra vez!

Resonaron unos pies acercándose.

Agarró su tablón y lo esgrimió justo en el momento en que el otro soldado llegaba a su altura. El impacto hizo que el hombre se estrellara contra la pared. Smeds le golpeó otra vez. Y otra, y otra, sintiendo crujir los huesos, hasta que aquella cosa rota dejó de gimotear.

Se quedó allí de pie, jadeante, sin darse cuenta de que estaba sonriendo, hasta que oyó que llegaban más hombres. Se lanzó hacia donde estaba su mochila, se dio cuenta de que no tenía tiempo de sacarla de entre los escombros donde la había metido, retrocedió a toda prisa, y probó de nuevo el cuchillo. No quiso salir. Tampoco. Entonces se le acabó el tiempo antes de que pudiera apropiarse del arma de uno de los hombres muertos. Se deslizó a través de la grieta a la oscuridad interior del edificio.

Unos momentos más tarde se produjo un rugir ultrajado en el callejón.

Smeds mantuvo la cabeza baja cuando salió a la calle. Había poco tráfico peatonal.

Nadie le prestó la menor atención. Caminó con paso vivo, pero no tan rápido que llamara la atención.

¿Y ahora qué?

No Se atrevió a buscar a Pez. Algún maldito soldado podía reconocerle.

Pero Pez Se enteraría de lo de Tully. Pez comprendería. Lo mejor sería volver a la Calavera y las Tibias y esperar. Seguro que Pez acudiría allí a comprobar.

Mientras los latidos de su corazón volvían lentamente a la normalidad, se dio cuenta del vacío en su estómago. No había comido nada desde ayer. La Calavera y las Tibias estaba seca. ¿Dónde podría encontrar algo? Con los almacenes en las últimas, nadie estaba dispuesto a vender...

Fue una comida. Más o menos. Un cuenco de sopa mala y un trozo de pan rancio, y el viejo gordo que regía el sucio lugar no intentó robarle. Ya casi había terminado cuando un chico entró corriendo, gritó:

—¡Corra, señor! ¡Los agarradores! —y salió corriendo por la parte de atrás.

—¿Qué demonios?

—Los agarradores —dijo el viejo gordo—. Por aquí los grises han estado agarrando a todos los hombres jóvenes que pueden encontrar...

Dos grises entraron en estampida. Uno de ellos sonrió y dijo:

—Aquí hay uno con aspecto de patriota.

Smeds sonrió a medias y siguió con su comida. No se sintió preocupado.

Una cachiporra de madera le golpeó suavemente en el hombro.

—Entonces ven con nosotros.

—Será mejor que no haya astillas en esta cosa, amigo. Vuelve a tocarme de nuevo con ella, y te la meteré por el culo.

—Oh, un tipo duro, Cuerda. Nos gustan duros, ¿verdad? ¿Cómo te llamas, chico?

Smeds Suspiró, oyendo en aquella voz las voces de todos los matones que lo habían intimidado a lo largo de toda su vida. Se volvió, miró al soldado a los ojos, dijo:

—Muerte.

Quizás el hombre vio siete asesinatos en sus ojos. Retrocedió un paso. Smeds decidió que el que mantenía la boca cerrada era probablemente el más peligroso.

No sintió miedo en absoluto. De hecho, se sentía invulnerable, invencible.

Se levantó lentamente, lanzó su pan al rostro del que había hablado, le pateó en los testículos. Un matón le había hecho eso a él en una ocasión. Arrojó la silla a las piernas del otro hombre y, mientras estaba luchando con ella, le arrojó la sopa al rostro. Luego le agarró la cachiporra al primero y se puso al trabajo.

Hubiera podido matarlos a ambos si media docena de soldados más no hubieran aparecido en su ayuda.

No golpearon a Smeds mucho más de lo necesario para someterlo. Parecían creer que todo el asunto sería un buen chiste sobre aquel hombre con la gran boca.

Arrastraron a Smeds fuera y lo añadieron a un grupo de acobardados jóvenes. A varios de ellos se les dijo que cargaran con los hombres que Smeds había lesionado.

Así, Smeds Stahl se convirtió en uno de los chicos grises. Más o menos.

## CAPÍTULO 54

Las pequeñas criaturas de la Llanura entraban y salían tanto que estuve seguro de que la gente de escaleras abajo iba a descubrirnos en cualquier momento. Bomanz y Silencioso estaban teniendo suficientes problemas manteniendo a raya a los tipos curiosos sin atraer la atención del nuevo gran tipo.

Cuervo estaba disfrutando de cada minuto de aquello.

—¿De que demonios te ríes? —le pregunté.

—Esos tipos del clavo. Deben de tener sus pelotas colgando hasta los tobillos.

—¡Hum! —*Debía* de apreciar su valor.

—Vamos, Lance. Mira. Uno de ellos decide hacer un trato por su cuenta y termina siendo agarrado por los chicos de Exilio por su mala cabeza. Así que, ¿qué hacen sus colegas? ¿Intentan un gran rescate contra todas las posibilidades? Infiernos, no. Antes de que estén a medio camino de llevar al tipo hasta allí un hombre trota casualmente hasta el grupo, se mete entre la escolta y prácticamente decapita al tipo. Lo hace tan rápido que no pueden conseguir dos descripciones que concuerden no importa a cuántos testigos pregunten. Y cuando los soldados se recuperan y van tras el asesino, liquida a dos de ellos y deja el resto de pie allí con los pulgares en las orejas.

—Prácticamente tu clase de tipo amante de la diversión, ¿eh?

—Tienen estilo, Lance. Aprecio el estilo. Es una forma de llevar el arte incluso a las cosas más mundanas o abominables que hay que hacer. Te apuesto algo. Si el hombre que dio ese golpe hubiera tenido cinco minutos más, estaría llevando un uniforme de los Acechadores Nocturnos, sólo para confundir un poco más las mentes de la gente. No es el hecho. Es cómo lo hizo.

Hubo como una sombra del antiguo Cuervo. Quizás el cascarón estuviera a punto de romperse.

—¿Crees que esos tipos están simplemente divirtiéndose, sacándole la lengua al mundo y gritándole: «Atrápanos si puedes»?

—No. No lo entiendes. Probablemente se esconden ahí fuera en algún lugar que ni siquiera sería adecuado para un cerdo. Probablemente tienen hambre, están sucios, asustados, seguros de que no van a salir de esto con vida. Pero no van a desmoronarse. Van a seguir arañando los rostros de los lobos y los vampiros que intentan alimentarse de ellos. ¿Entiendes?

Asentí, sobre todo porque no estaba de acuerdo, y si lo admitía terminaríamos pasando todo el día con él dándome lecciones de no rendirse nunca, ni siquiera aunque la posición que defiendes se basa en la estupidez y la equivocación.

Mostrarme de acuerdo funcionó. Se fue a discutir con Silencioso y Linda. Todo

negocios, supongo, puesto que no brotaron chispas.

Me dediqué a conversar con Bomanz, que estaba intentando abrirse camino a través de alguna trampa moral en la que se había metido en relación con el clavo. Tenía algunas preguntas para las que nadie tenía ninguna respuesta. Yo no estaba seguro de que hubiera ninguna respuesta. Aquel clavo era como un chorro de tinte negro derramado en una charca de agua ya lodosa y extendiéndose. Ya había envenenado Galeote. Lo habíamos resistido porque sabíamos de él y podíamos apartarlo conscientemente de nuestros pensamientos. Pero ¿qué ocurriría si nuestro grupo tenía éxito y derramaba su sombra sobre él?

Pavoroso.

¿Y qué infiernos íbamos a hacer con la maldita cosa si conseguíamos echarle la mano encima? Nunca oí a ninguno de esos payasos hablar sobre ello. Todo se limitaba a impedir que los otros tipos la agarraran antes e hicieran algo con ella.

Estaba malditamente convencido de que el lugar donde se hallaba ahora no era ya en absoluto un lugar seguro.

No tenía la menor idea acerca de qué hacer. Tampoco parecía que ninguna posible idea, si la había, fuera a funcionar. No había ningún lugar en el mundo donde pudieras ponerla que nadie pudiera encontrar, excepto quizá si la dejabas caer a la parte más profunda del océano. Y eso probablemente tampoco serviría de nada.

Algún maldito pez podría tragarla antes de que se hundiera tres metros, luego el pez se vararía en cualquier playa o sería atrapado por algún maldito pescador con un talento oculto para la hechicería y un ansia secreta de conquista.

Esa es la naturaleza de los talismanes malignos.

Mi mejor idea era reunir un puñado de hechiceros que pudieran elevar la maldita cosa a los reinos exteriores y la clavarán a un cometa que pasara o cavaran un pequeño agujero a otro plano, metieran el clavo por él, y volvieran a tapar el agujero.

Ambas cosas lo único que hacían era trasladar el problema a otros. La gente del futuro cuando regresara el cometa o la gente del otro plano.

Había estado captando retazos de los intercambios de signos entre Cuervo, Linda y Silencioso, sin prestar mucha atención, como cuando no puedes evitar captar fragmentos de una conversación cercana que en realidad no te interesa. Cuervo estaba empezando a despotricar. Estaba gruñendo con los dedos acerca de quedarnos sentados allí esperando a que ocurriera algo en vez de salir y hacer que ocurriera.

Estaba volviendo, sí. Aquel era el viejo Cuervo. Si tenías un problema, matabas a alguien, o al menos le sacabas la mierda del cuerpo a golpes.

Estaba casi tentado a gritar: «¡Hey!», cuando capte que se estaba ofreciendo voluntario junto conmigo para ir a echar una mirada al lugar donde se había producido la excitación de la mañana. Me tragué la palabra. ¿Por qué dejar que los tipos de abajo supieran que estábamos allí cuando Linda podía decirle que se fuera a

refrescarse un poco la cabeza?

Traidora hechicera.

Ella lo consideró un gran idea. Debíamos llevarnos con nosotros a Bomanz, sólo por si había algún hechicero por los alrededores.

Silencioso sonrió de oreja a oreja. El muy pelmazo se vio hablando y soltando su discurso cada segundo que estuviéramos fuera.

Decidí que iba a pedir el cargo de jefe de reclutamiento si iba a verme metido con los Rebeldes todo el resto de mi vida. El movimiento podía utilizar a unas cuantas mujeres más. Y también a unos cuantos soldados que no fueran unos tocapelotas.

Con la pequeña ayuda de una ilusión de Bomanz, bajamos simplemente las escaleras y salimos por la puerta delantera, caminando como si pertenciéramos al lugar. Como dijo Cuervo, si no pertenciéramos al lugar habríamos empezado por no estar allí, ¿no?

Valor y estilo. Este es mi compañero Cuervo.

Habían echado el cuerpo al carro con todos los demás, pero no tuvimos problemas en hallar el lugar. Había sangre por todas partes, y una multitud de críos haraganeaban por allí contándose los unos a los otros toda la historia.

Cuervo sólo echó una ojeada a las manchas. A Bomanz tampoco le servía de nada la escena. No buscaba hombres muertos.

Recorrimos el callejón que había usado el asesino para escapar. Me sorprendió que no hubiera soldados vigilando, aunque no pude imaginar tampoco que pensaban que estaban buscando. Simplemente parecía como algo que algún oficial pensaría que valía la pena hacer. Si es que los oficiales utilizan sus cabezas para pensar, por supuesto.

El lugar donde resultaron muertos los dos soldados fue un poco más difícil de hallar debido a la oscuridad. Aquel callejón era un lugar que te ponía la carne de gallina. Parecía como si la luz nunca hubiera entrado allí. Como un lugar que jamás había pertenecido a la gente. Como si hubiera sido reclamado por otras cosas, y se mostrara impaciente ante nuestra intrusión.

Extraños pensamientos. Me estremecí.

Quizá las sombras de los soldados asesinados todavía flotaban por allí.

Entonces Bomanz conjuró una bola de luz y la colgó sobre nuestras cabezas.

—Eso está mejor —dijo—. Por un minuto me asusté aquí.

Después de todo era bueno para algo.

—Sí —dijo Cuervo. Empezaron a escrutar los alrededores. No había mucho que ver. Fui a un montón de escombros para sentarme y esperar a que terminaran. Una rata gorda pasó dando saltitos por mi lado sin el menor asomo de sentirse intimidada ante una especie superior. Le tiré un trozo de ladrillo roto.

Se detuvo y me miró por encima del hombro, con sus ojos rojos brillando.

Pequeña mamona arrogante. Agarré otro trozo de ladrillo y esta vez puse un poco de impulso tras él.

Cargó contra mí.

¡*La rabia!*, pensé, e intenté subirme al montón de escombros mientras agarraba un tablón roto para golpearla con él. El montón se derrumbó. Me deslicé hacia abajo, pateando y maldiciendo. La rata escapó a toda velocidad para no volver a ser vista nunca más. Pasaría mucho tiempo contándoles su hazaña a sus compañeras.

Cuervo dejó escapar una sorda risita ante todo el suceso.

—Te saludo, oh poderoso cazador, terror de las ratas.

—Oh, cállate. —Acabé de bajar rodando del montón y vi un cuadrado de desgastada lona asomar por entre los cascotes. Tuve un ramalazo de astucia. Me puse en pie, me sacudí el polvo, y me senté en los cascotes. Ellos siguieron husmeando. Acabé de extraer la cosa, decidí que era la mochila de alguien, luego decidí que podía ser el motivo por el cual nuestro villano había plantado cara allí cuando todo lo que necesitaba hacer en realidad era meterse por aquella grieta y dejar a los soldados respirando polvo.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —exclamó Cuervo cuando se dio cuenta. Bomanz no dijo nada, pero sus ojillos como cuentas se iluminaron.

Captaron rápidamente la situación. Cuervo quería abrir la mochila allí mismo, pero Bomanz le dijo:

—Este no es el lugar. Podría venir alguien.

Cuervo pensó en deslizarse al interior del edificio que había usado el asesino para escapar. Gran idea, sólo que alguien había tapiado con tablas la grieta desde dentro.

—Supongo que lo mejor será que la llevemos de vuelta al templo —dijo.

Los soldados nos aguardaban al extremo del callejón. Eran una docena y estaban preparados para cualquier contingencia. Habríamos ido directamente a su encuentro si no hubiéramos tenido un hechicero experimentado con nosotros para oler su presencia.

Retrocedimos para conferenciar. Bomanz supuso que a estas alturas todas las salidas del laberinto de callejones debían de estar cubiertas. Muy pronto entrarían tras nosotros. Podía sacarnos de allí en cualquier momento, pero para hacerlo debería organizar tal barahúnda que pondría a Exilio subiéndose por las paredes.

—Por los tejados entonces —dijo Cuervo. Como si fuera algo tan obvio como fácil.

—Una gran idea. Pero soy un hombre viejo. Y soy un hechicero, no un mono.

—Dale la mochila, Lance. Puede cubrir su propio culo y llegar a casa con mamá. Nosotros no encargaremos de los soldados.

—¿Qué has dicho? Oh, sí. Seguro. Tú eres el tipo con estilo. Para ti es un juego

de niños. —Pero entregue la mochila. Bomanz se la pasó por los hombros. Era demasiado grande para él.

—No corráis riesgos estúpidos —me dijo en voz baja—. Ella querrá que volváis.

Escalofríos a lo largo de mi espina dorsal, y unos cuantos pensamientos más acerca de qué tipo de loco era yo metiéndome en todos aquellos berenjenales. El cavar patatas nunca me pareció algo tan bueno.

No sé si Cuervo lo oyó. No dio ninguna señal de ello. Nos pusimos a ello y hallamos un camino a los tejados, que eran una loca sucesión de inclinadas superficies alquitranadas, trozos planos, chimeneas, pizarra, cobre, tejas, cañizo y ripias. Como si ningún constructor hubiera utilizado los mismos materiales que sus vecinos. Tropezamos y trastabillamos y estuvimos más de una vez a punto de caer y rompernos la cabeza o una pierna, pero siempre algo nos salvó en el último momento.

Quizás hubiera sido mejor que me hubiera partido la cabeza.

Durante un tiempo no pareció que nuestra excursión por los tejados fuera a servirnos de nada. Cada vez que echábamos una mirada para ver si era seguro, siempre había algunos soldados allá abajo. Pero justo cuando le pregunté a Cuervo:

—¿Te gusta la paloma asada? Porque parece que vamos a tener que pasar el resto de nuestras vidas aquí arriba —brotó alguna especie de hurra allá atrás donde habíamos dejado al viejo hechicero, y todos los soldados a la vista se encaminaron en aquella dirección.

—Ese estúpido saco de conjuros hizo probablemente algo sutil, como convertir a alguien en un sapo.

—¿Siempre has de ser tan negativo, Lance? —Cuervo se lo estaba pasando en grande.

—¿Yo? ¿Negativo? ¡Los dioses lo prohíban! Nunca tuve un pensamiento negativo en mi vida. ¿De dónde has sacado una idea como esa?

—El camino está despejado. Bajemos por aquí.

«Por aquí» era una caída de dos pisos hasta una dura superficie de adoquines.

—Te estás burlando de mí.

—No.

—Entonces ve tú primero para que yo pueda aterrizar encima tuyo.

—Sientes deseos de llevar la contraria, ¿no? Vamos, adelante.

—No, gracias. Prefiero buscarme un lugar por el cual pueda bajar más seguro.

Quizá me pasé un poco. Me lanzó una mirada desagradable y dijo:

—De acuerdo. Haz lo que tengas que hacer. Pero no voy a quedarme aquí hasta que encuentres una escalera por la que bajar. —Se deslizó hasta el borde del tejado, se colgó de él, osciló ligeramente, se dejó caer.

Sé que lo hizo sólo para fastidiarme. Y consiguió lo que buscaba haciéndolo. Se distendió un tobillo. Cuando dejó de maldecir, le dije:

—Espera aquí. Estaré contigo en un minuto.

Fue algo más que un minuto, por supuesto.

Recorrí un par de tejados y encontré una forma de bajar hasta la calle paralela a donde había dejado a Cuervo. Me arremangué los pantalones y giré la esquina de la siguiente calle transversal..., y me di de bruces contra todo un grupo de chicos grises.

El sargento se echó a reír.

—¡Qué me *maldiga!* He aquí a uno tan ansioso que viene corriendo.

Supongo que no reaccioné demasiado bien. Simplemente me quedé allí de pie con la boca abierta durante cinco segundos más de lo debido. Cuando finalmente mis pies decidieron que era tiempo de moverse ya era demasiado tarde. Cinco de ellos me rodeaban. Llevaban porras de policía y exhibían sonrisas nada tranquilizadoras. Sabían lo que buscaban. El sargento me dijo:

—Ve con el resto de los reclutas, soldado.

Miré hacia un grupo de unos diez tipos de aspecto aturdido reunidos en un compacto grupo, la mayoría de ellos con el peor aspecto posible.

—¿Qué es toda esta mierda?

Se echó a reír.

—Acabas de alistarte. Segundo Batallón, Segundo Regimiento, Fuerzas de Defensa de Galeote.

—Y un infierno.

—¿Quieres discutirlo?

Miré a sus compañeros. Estaban preparados para todo. Y yo no iba a recibir ninguna ayuda de los otros “reclutas”.

—No en estos momentos. Hablaremos de ello más tarde, tú y yo solos. —Le ofrecí mi mejor imitación de la expresión de Cuervo *voy-a-hacerme-un-collar-con-los-dedos-de-tus-pies*. Captó la idea.

Quiso soltar una bravuconada, pero se limitó a decir:

—A formar. Y no nos causes problemas. No me gusta esto ni una pizca más que a ti.

Así fue como volví a entrar en el ejército.

## CAPÍTULO 55

Cuervo aguardó un rato, luego, preocupado, cojeó por los alrededores buscando a Lance. No halló el menor rastro. Lance podía haberse caído por el borde de la tierra.

Podía pasar horas en una búsqueda fútil que lo pondría a él en peligro, o podía ir a casa y hacer que Silencioso y Bomanz lo buscaran de la manera fácil.

El dolor en su tobillo había despertado el viejo dolor en su cadera, de modo que ahora eran las dos piernas, y se movía con la rigidez de un viejo artrítico de ochenta años. No era el momento para heroicidades.

No tuvo problemas para entrar en el templo, alcanzar la torre y subir las escaleras. Excepto por su propio cuerpo. Alguien arriba había estado vigilando. Silencioso cubrió su avance con una cortina de suave ceguera selectiva.

Bomanz fue tras él antes de que cruzara la puerta.

—¿Dónde está Lance? ¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Desapareció. ¿Qué te parece si haces algo con este tobillo mientras te lo cuento? —Se sentó con la espalda contra la pared, la pierna extendida. Contó todo lo que había que contar.

Bomanz hurgó, apretó, retorció. Cuervo hizo una mueca. El hechicero dijo:

—No hay mucho que pueda hacer excepto aliviar el dolor. ¿Silencioso? Tú sabes más sobre curaciones que yo.

Silencioso hizo una pausa en su traducción para Linda, se aplicó al tobillo sin demasiado entusiasmo. Bomanz se agitó alrededor, murmurando:

—Tengo que encontrar algo suyo que haya llevado consigo el tiempo suficiente como para que forme parte de él. —Entre gruñidos, hurgó en las escasas posesiones de Lance, encontró su diario—. Esto debería servir. —Fue a un rincón y empezó a murmurar y a retorcerse.

Silencioso no hizo mucho más por el tobillo de Cuervo de lo que había hecho Bomanz. El dolor desapareció, pero el tobillo se negó a ejercer su función cuando Cuervo apoyó su peso en él. No iba a ganar ninguna carrera pedestre en los próximos días.

Todo el mundo aguardó tensamente a Bomanz. Nadie expresó el miedo común, el de que Lance había sido atrapado por los soldados de Exilio.

Finalmente Bomanz alzó la vista.

—Necesito un mapa de la Ciudad.

Silencioso lo obtuvo de Linda. Bomanz lo examinó durante un minuto antes de decir:

—Está en alguna parte en esta zona.

—Esto es esa zona despejada donde nos dejó la ballena del viento —señaló Cuervo.

—Sí.

—¿Qué demonios está haciendo ahí fuera?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Será mejor que alguien vaya allí y lo averigüe. ¡Oh, infiernos! Yo y mi boca. —Linda lo había señalado a él, había hecho chasquear la lengua y le había guiñado un ojo. Él era el elegido.

Cuervo cerró los ojos, se relajó unos instantes, dejando que la tensión y el dolor disminuyeran. Luego preguntó:

—¿Qué había en la mochila?

—Más dinero del que he visto en ningún tipo de por aquí —dijo uno de los Torque—. Está en ese rincón, supongo que querrás verla.

—No sé si tengo tanta ambición como eso. —Pero se levantó de todos modos—. ¿No hay nada que pueda sernos útil?

—Bueno, no puedo recordar ninguna vez en la que hallar dinero no haya sido útil para mí.

Aquello no sonaba prometedor. Cuervo revisó la mochila, se sintió decepcionado. Miró a Linda. Ella hizo signos:

—¿Alguna cosa?

Negó con la cabeza, pero respondió, también por signos:

—Esto demuestra que el asesino, y en consecuencia el hombre asesinado, estaban relacionados con el robo del clavo. Todo esto procede del Túmulo. Algunos de estos tipos de monedas no han estado en circulación en ninguna parte desde hace siglos. Pero Bomanz ya debe de habértelo dicho.

Ella asintió.

—¿Y no puede usar nada de aquí para hacerse una idea de dónde está el hombre, de la misma forma que lo hizo con Lance?

Ella negó con la cabeza. Se puso en pie y empezó a caminar de un lado para otro, haciendo ocasionalmente una pausa para mirar fuera. Al cabo de un rato llamó la atención de Silencioso, hizo signos:

—Baja discretamente y escucha todo lo que puedas oír sobre Exilio. Con cuidado. No quiero que vaya demasiado por delante de nosotros.

Bomanz no regresó hasta después de medianoche.

—¿Dónde has estado? —gruñó Cuervo—. Nos has tenido preocupados de que pudiéramos perderte a ti también.

—No es tan fácil como eso ir el por ahí fuera. Tienen patrullas por todas partes, intentando impedir que se produzca otro estallido. Esta noche las luchas son esporádicas. Exilio tiene a Telaraña y Seda haciendo el trabajo pesado, cercando a los hechiceros y quienes sea que hayan acudido a agarrar el clavo. Ahí es donde está toda

la excitación esta noche. La excitación por el futuro la proporcionará el cólera. Ya está apareciendo por todas partes.

Todo el mundo le miró furioso.

—¿Qué hay de Lance? —restalló Cuervo—. Ve al grano, viejo.

Bomanz sonrió. Pero no había humor en su sonrisa.

—Ha vuelto al ejército.

—¿Qué?

Linda llameó algunos signos a Cuervo. Cuervo dijo:

—Ella tiene razón. Deja de dar rodeos y dilo.

—Lo han metido en un campamento en esa zona abierta. Rodeado con una cerca. Y están agarrando a todos los hombres entre quince y treinta y cinco años a los que pueden echar mano. Los están metiendo ahí dentro y llamándolos las Fuerzas de Defensa de Galeote. Puede que les proporcionen algo de entrenamiento para poder usarlos como carne de cañón si hay un ataque, pero creo que la razón principal de que estén ahí es que Exilio desea a la parte más peligrosa de la población encerrada donde no pueda causar más problemas a los grises.

—¿Cómo podemos sacarlo de ahí? —hizo signos Linda.

—No sé si podemos. Puede que tenga que salir por sus propios medios. —Los detuvo antes de que todos saltaran sobre él—. Lo intenté. Fui hasta la puerta y les ofrecí a los guardias una larga historia lacrimógena acerca de cómo se habían llevado a mi único nieto y mi medio de subsistencia. Se mostraron muy considerados, pero me dijeron que nadie podía salir de allí, y de todos modos no recordaban haber reclutado a nadie llamado Filodendro Lance. Dijeron que lo hubieran recordado.

—Técnicamente es un desertor aunque sea el único hombre de los Guardias que queda por ahí —dijo Cuervo—. No debe de haber dado su auténtico nombre.

—Me di cuenta de ello mientras estaba hablando. Así que lo dejé antes de que se irritaran. Fueron muy razonables, considerando que tienen a gente importunándoles todo el día.

Todo el mundo miró a Linda. Linda hizo signos:

—Lo dejaremos ahí por ahora. Está más seguro que nosotros aquí. Si hay alguna necesidad desesperada tenemos los medios para comunicarnos con él. Hay otros asuntos que nos preocupan ahora. Sugiero que les dediquemos un poco de atención. Se nos está agotando el tiempo. Y todo lo demás.

## CAPÍTULO 56

El Viejo Pez se mostró primero turbado, luego asustado, cuando Smeds no apareció. Smeds se había ocupado del problema planteado por Tully Stahl vivo, pero ¿y del problema de Tully Stahl muerto? Los grises tenían el cuerpo. Si lo identificaban, ¿cuánto tiempo transcurriría antes de que descubrieran que Tully había estado con él?

No demasiado. Smeds había conseguido algo de tiempo, pero la arena del reloj seguía deslizándose y los cuerpos seguían cayendo.

Aquel era el problema con todo el asunto. Seguían quedando inmediatamente atrás, pero el margen era siempre un poco más angosto. Y el coste de mantenerlo a raya escalaba, y el precio del fracaso se hacía más terrible, mientras que las recompensas nunca parecían mejores.

No sintió el menor remordimiento acerca de Tully Stahl. Tully lo había estado pidiendo, casi suplicando. Lo sorprendente era que hubiera durado tanto tiempo. Pero Timmy Locan le preocupaba mucho. De los cuatro, Timmy había sido el que menos merecía un final desagradable.

Estaba a punto de renunciar a buscar a Smeds y volver a su escondite en las ruinas cuando oyó cómo los grises estaban reclutando a todos los ciudadanos en edad militar a los que podían agarrar.

La intuición le dijo lo que había ocurrido. Smeds estaba ahora en el ejército.

Que en estos momentos era probablemente el lugar más seguro donde podía estar. Si tenía el buen sentido de dar un nombre falso.

El muchacho tenía buen sentido.

El Viejo Pez se encaminó a las ruinas para ocultarse de los ojos de los cazadores, y por el camino tuvo una inspiración. ¿Por qué no ocultarse él también a plena vista? Argumentarían un poco acerca de su edad, pero lo aceptarían. Y sería un buen y maldito remedio contra las inminentes privaciones del asedio. Los soldados, incluso las milicias, serían mejor alimentados que los tipos que se ocultaban, en sótanos en ruinas. Y la gente hechicera que gobernaba Galeote protegería a sus soldados del cólera con más diligencia que a la población en general.

Y se encaminó hacia el campamento que los grises habían instalado en la zona arrasada.

Todo fue como había esperado. Le dejaron entrar tras una breve discusión y buscar rápidamente signos de cólera en él. Dio el nombre de Forto Reibas, que era un chiste privado sobre él y los grises. Era el nombre que le habían dado a su nacimiento, pero nadie lo había usado en dos generaciones.

## CAPÍTULO 57

Pese a todo, los jinetes negros que habían acosado repetidamente al Renco con sus trucos y trampas y obstáculos habían usado muy poca hechicería. No comprendía su juego. Le preocupaba, aunque no quería admitírselo a sí mismo. Confiaba en que su propia fuerza bruta le llevaría adelante, confiaba en que ya no había nadie en este mundo que pudiera igualarle fuerza contra fuerza.

Ellos lo sabían. Eso era lo que le preocupaba. No tenían ninguna posibilidad contra él, y sin embargo lo acosaban y lo guiaban de una forma que sugería que tenían toda la confianza del mundo en la eficacia de lo que estaban haciendo. Lo cual significaba una gran y terrible trampa allá delante.

Habían usado tan poca hechicería que había dejado de estar atento a su presencia. Su propio estilo era golpear demoledoramente. La sutileza era lo último que esperaba de nadie.

No fue hasta que llegó por cuarta vez junto al mismo árbol desfigurado que se dio cuenta de que lo había visto antes, de que de hecho su incansable correr lo había guiado en un círculo de unos ochenta kilómetros de diámetro y que había estado persiguiéndose a sí mismo durante cientos de kilómetros.

¡Otro maldito rodeo!

Controló su ira y halló su camino fuera del interminable sendero. Luego hizo una pausa para hacer inventario de sí mismo y de sus alrededores.

Estaba un poco al norte de la Torre. La sintió allá abajo, una cosa burlona, osada, casi llamándole a probar sus defensas de nuevo. Era una afrenta.

—Parecía como si no hubiera nada que a sus enemigos les gustara más que hacerle perder el tiempo golpeándose la cabeza contra aquella fortaleza adamantina. Así que puso la tentación a un lado. Se ocuparía de la Torre después de tomar posesión del clavo de plata y modelarlo en el talismán que le proporcionaría el dominio del mundo.

Se encaminó hacia el norte, hacia Galeote.

Su paso era elástico. Reía quedamente mientras corría. Pronto ya. Pronto. El mundo pagaría sus deudas.

## CAPÍTULO 58

El Perro Matasapos trotó cerca de la Torre, inseguro de por qué tentaba de aquel modo al destino. Sentía al Renco correr en círculos al norte de él, y eso le divertía. Esos nuevos señores del imperio no eran tan terribles como los antiguos, pero eran listos. Quizá más listos que cualquiera de los antiguos excepto la propia Dama y su hermana. Se sintió satisfecho de que el poder hubiera pasado a manos competentes.

En una ocasión había oído a un hombre sabio decir algo. Era acerca de los tres estadios del imperio, las tres generaciones. Primero venían los conquistadores, imparables en la guerra. Luego venían los administradores, que lo unían todo en un edificio aparentemente inmovible, eterno. Luego venían los derrochadores, que no conocían ninguna responsabilidad y dilapidaban el capital de su herencia en caprichos y vicios. Y caían a manos de otros conquistadores.

Este imperio estaba efectuando la transición de la era del conquistador a la del administrador. Sólo quedaba uno de los antiguos, el Renco. Los herederos del imperio habían salido para arrojarle fuera del escenario de la historia. Los conquistadores eran demasiado pendencieros e imprevisibles para dejarles seguir si deseabas un imperio bien ordenado.

Haría bien en considerar su propio lugar en aquel futuro no caótico.

Trotó hasta lo que consideraba una distancia segura de la puerta de la Torre, se sentó, aguardó.

Alguien salió casi de inmediato. Alguien cuya visión del futuro tenía espacio para un antiguo terror sin tiempo como el Perro Matasapos.

Formaron una alianza.

## CAPÍTULO 59

Smeds gruñó cuando echó a un lado su manta y rodó sobre sí mismo. Tenía magulladuras sobre Sus magulladuras y le dolían todos los músculos y articulaciones. Dormir en el suelo no ayudaba.

Esta era la tercera vez que despertaba en la tienda que compartía con otros cuarenta hombres. No tenía intención de seguir un día más en la milicia.

—¿Estás bien, Ken? —preguntó uno de sus compañeros de tienda. Estaba usando el nombre de Kenton Anitya.

—Envarado y dolorido. Supongo que tendré la posibilidad de eliminar la tortícolis antes de que termine el día.

—¿Por qué seguir luchando contra ella? No puedes ganar.

Alguien miró fuera.

—¡Hey! Ha nevado. Hay como un par de centímetros ahí fuera.

Hubo un coro de risas y observaciones sarcásticas acerca de su buena suerte.

—Cuando era niño la gente me pateaba desde todos lados —dijo Smeds—. No estoy dispuesto a que me pateen más. Voy a devolver las patadas, y seguiré pateando hasta que decidan que es mejor dejarme tranquilo. —Ya llevaba cuatro peleas con los grises que se ocupaban del entrenamiento de su pelotón.

—Les has hecho entender tu mensaje —dijo otro de sus compañeros—, pero tu táctica no es tan buena como eso. Tienes que usar un poco la cabeza también.

Ese era Verde. Se había convertido casi en el líder de la tienda. Todo el mundo imaginaba que Verde no era su auténtico nombre. No lo llevaba muy bien. Todo el mundo imaginaba también que había estado antes en el ejército. Manejaba toda la mierda militar como si hubiera nacido en medio de ella, y siempre te dejaba saber cómo podías conseguir que las cosas te resultaran más fáciles..., si deseabas saberlo. A los demás les gustaba, y la mayoría aceptaban sus consejos.

Smeds se reservaba su juicio. El tipo se mostraba demasiado como en su casa para él. Podía ser un espía. O quizás un desertor que había terminado siendo atrapado por los reclutadores grises. Smeds tenía la convicción de que al menos allí en Galeote un desertor con unos largos antecedentes militares había servido probablemente con los Guardias en el Túmulo.

—Estoy abierto a Sugerencias, Ci. Pero no voy a dejarme dominar.

—Mira lo que está ocurriendo, Ken. Originalmente te trabajaron porque deseaban mostrarnos lo que podía ocurrir si no éramos buenos chicos. Los provocabas tan fácilmente que siguieron y siguieron.

—Una y otra vez. Y probablemente de nuevo hoy. Y no pienso retroceder

tampoco.

—Tranquilízate. Tienes razón. La cosa ha ido más allá de lo razonable. Pero cada vez que ves rojo eres presa del cabo Real.

—Sólo porque no puedo llegar hasta el Sargento.

—Pero el sargento y el cabo son tipos medio decentes que sólo intentan hacer un trabajo que no creen que valga la pena hacer. Tu auténtico problema es Cadi. Cadi aguarda hasta que los otros te tienen bajo su control, y entonces entra en el cuadro y te saca la mierda del culo a patadas.

Varios de los hombres asintieron. Uno dijo:

—Cadi ha conseguido dominar al resto de ellos.

—Y se siente a cubierto en tanto que no te mate —dijo Verde.

En realidad Smeds no deseaba hablar de aquello. Pero probablemente tenían razón acerca de Cadi.

—¿Y?

—Ve tras Cadi si quieres conseguir algo. Es la raíz de toda mezquindad. Es el que va a hacerte daño. Hazle pagar. E intenta ponerle una correa a ese temperamento tuyo. Si vas a estallar, hazlo cuando corresponda, no sólo porque no te gusta cómo están yendo las cosas, Ninguno de nosotros quiere estar aquí. Si conservamos la cabeza, quizá todos nos salgamos de esto.

Smeds deseó explotar justo en aquel momento pero se contuvo, principalmente porque si lo hacía lo haría delante del más sensato sentido común, lo cual le costaría todo el respeto que Se había ganado.

Estaba realmente preocupado por Smeds Stahl. Smeds Stahl se estaba mostrando inclinado a dejarse llevar. Necesitaba mantener un mayor control sobre él. O terminaría actuando de la misma manera que lo había hecho Tully.

Se preguntó si no sería la influencia del clavo.

Su determinación de hacer las cosas bien dio un gran impulso a la mañana.

La fortuna fue todo sonrisas. La tienda contigua a la izquierda empezó antes, y oyó al cabo gritar allí:

—Locan, Timmy —de modo que estuvo preparado para el truco cuando el cabo Real lo intentó. Se limitó a mirar a su alrededor estúpidamente como todos los demás, y no respondió cuando Real intentó:

—Stahl, Smeds.

Se estaban aproximando. Ahora conocían los nombres.

Sufrió otro shock una hora más tarde. Estaban pateando en el barro, haciendo algo parecido a la instrucción. Su pelotón se cruzó con otro que se encaminaba en dirección contraria, y allá, en la fila exterior, estaba el Viejo Pez.

Pez le hizo un guiño, y Smeds Casi perdió el paso.

## CAPÍTULO 60

Vigilar a Exilio se había convertido en una misión permanente para Silencioso. Y ahora parecía que estaba dando resultados. Se sintió excitado cuando volvió al templo.

—Han venido con los nombres de tres hombres que eran compañeros regulares del hombre asesinado —hizo signos—. Timmy Locan. Smeds Stahl. El Viejo Pez.

—¿Pez? —preguntó Cuervo en voz alta.

—Sí —hizo signos Silencioso. La descripción era vaga, pero pudo ser el hombre que os zurró a los tres.

—¿El Viejo Pez?

Silencioso sonrió perversamente, pero hizo signos:

—Han sido rastreados hasta un lugar conocido como la Calavera y las Tibias, que ahora se halla abandonado excepto por los ocupas. Pero los Acechadores Nocturnos tuvieron a un cabo apostado allí hasta la noche en que empezaron los disturbios. Lo están buscando. Creen que puede identificar a los hombres. Exilio se siente ya muy cerca. Está movilizando todos sus recursos. El Renco es esperado también para mañana.

Linda estaba excitada. Parecía como si hubiera topado con una respuesta inesperada. Dio una palmada, exigiendo atención.

—Impediréis que lleven ese soldado ante Exilio. Lo quiero. Llevadlo al establo de Lamber Gartsen.

Había trabajado duro, usando sus aliados de la Llanura, para reunir lo poco que quedaba de la causa Rebelde. Gartsen era uno de ellos.

—Identificad y coged también al propietario de la Calavera y las Tibias. Y a cualquiera que haya permanecido algún tiempo allí durante el período apropiado. Id con cuidado. No han hecho un gran esfuerzo para atraparnos, pero saben que estamos aquí. Estarán alertas, esperando su oportunidad. Vestíos como guardias de Exilio. Adelante.

Intentaron discutir. Discutir con Linda era como discutir con el viento. Sin otra elección, acabaron estando de acuerdo con ella, para protegerla.

Salieron del templo uno a uno, sin que nadie reparara en ellos en la agitación general. Linda los reunió a dos manzanas de distancia, recibió los informes de las criaturas de la Llanura que había enviado como vanguardia, hizo signos:

—Los guardias de Exilio se hallan alojados en el anexo del Tesoro. Ahora hay doce de ellos, fuera de servicio. Silencioso, tú y Bomanz los neutralizaréis. No si podéis o intentadlo. Simplemente hacedlo.

Los hombres se sentían desconcertados. No estaban preparados para enfrentarse cara a cara con una ciudad en su mayor parte en manos imperiales.

Esta vez, sin embargo, no discutieron.

Silencioso conocía un conjuro para poner a dormir a la gente, pero su base era verbal. Disgustado, se lo cedió a Bomanz. Los hechiceros se fueron. Linda les dio un margen de cinco minutos.

Silencioso les aguardaba en la puerta del anexo. Hizo signos:

—Están dormidos.

—Los quiero tan dormidos que no despierten en días —señaló Linda—. Luego ocultadlos allá donde no sea probable que los encuentren.

Silencioso frunció el ceño pero asintió.

Poco después, mientras se vestían con un disfraz aceptable en las calles de Galeote, Bomanz dijo:

—Disfracémonos bien. Cuanto más tiempo les tome el darse cuenta de ello, más tiempo podremos aprovecharnos de estos uniformes.

Cuervo gruñó. Silencioso asintió. Uno de los Torque preguntó:

—¿Qué son esos broches con los rostros en granate? ¿Insignias de lealtad?

Silencioso examinó uno, lo dejó rápidamente, hizo signos a Bomanz. El viejo hechicero miró el broche.

—Insignias de lealtad, sí, pero también una forma para Exilio de rastrear a su gente. Será mejor que hagamos algo con ellos. Como hacer que ese buitro idiota se los lleve volando muy lejos.

Linda hizo signos con impaciencia.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó Bomanz—. Me apresuro tanto como puedo.

Pasó otra media hora antes de que abandonaran el anexo. Linda, Cuervo y Bomanz iban a caballo, disfrazados como jinetes negros. El resto iba como soldados de a pie. Allá por donde pasaban, la gente se apartaba a su paso.

Una vez abandonaron el centro de la ciudad, Linda y el Torque herido se separaron y se dirigieron al establo de Gartsen. Allí había una piedra parlante. Linda quería ponerse en contacto con el Viejo Padre Árbol. El resto fue a ver lo que podían hacer para impedir que los imperiales pusieran sus manos sobre cualquiera que pudiese identificar a los hombres que habían robado el clavo de plata.

# CAPÍTULO 6 I

Una vez imaginé que probablemente estaría más seguro en la milicia que alrededor de Linda, me aposenté e hice todo lo posible por sentirme como en casa. Se estaba cómodo volviendo a la vieja rutina. No tenías que pensar ni que preocuparte por nada.

Pero supongo que había pasado demasiado tiempo corriendo libre. Me cansé muy pronto. La primera vez que sentí deseos de salir a tomarme una cerveza y no pude supe que iba a salirme de aquello y quedarme fuera.

Esa idea se vio impulsada cuando el sargento nos llevó a nuestra primera práctica de armas. Permanecimos en medio del barro mientras el viento mordía nuestros rostros. La mitad de nosotros no íbamos vestidos para aquello. Pero no fue eso lo que me cabreó. Fue lo que nos dijo el sargento.

—Escuchad, hombres. Acabamos de saber que vamos a tener que enfrentarnos a problemas mañana. Todo lo que tengáis que aprender vais a tener que aprenderlo hoy. Si queréis media oportunidad de salir con vida, prestad atención. La única arma que vamos a daros es una lanza. Así que vamos a practicar con ella. —Señaló a unos soldados que sujetaban en sus brazos fajos de lanzas. Las puntas estaban cubiertas con fundas de madera para que nadie se pinchara o cortara—. Esos dos tipos nuevos son expertos. Nos han sido cedidos por los Acechadores Nocturnos. Van a ocuparse de la instrucción. Si no hacéis lo que os dicen, van a patearos el culo del mismo modo que lo hago yo cuando no hacéis lo que os digo. —Hizo un gesto hacia uno de los Acechadores Nocturnos.

Creo que todos aprenden sus discursos en el mismo lugar.

El Acechador Nocturno quitó la protección de la cabeza de una lanza.

—Esto es una lanza —dijo. Iba a cegarnos con información iluminadora. Pero yo ya había jugado montones de veces con esos juguetes. Aquellos otros tipos no. Quizás algunos de ellos necesitaran que se lo explicaran. Tienes que gatear antes de andar, y andar antes de correr. Excepto mi hermano pequeño Rábano. Por todo lo que recuerdo, vino a este mundo corriendo.

—Este borde es lo bastante afilado como para poder afeitarse con él. Esta punta atravesara una armadura si ponéis un poco de fuerza detrás. La lanza es un arma muy versátil. Podéis clavarla, acuchillar con ella, cortar, sajar. Podéis usarla para mantener vuestra tienda en pie o usarla como caña de pescar. Pero una cosa que nunca podréis hacer con ella es lanzarla. No es una jabalina. Si la lanzáis, la habréis cagado definitivamente. Seréis carne fácil para el primer tipo que quiera destriparos.

Bien. Regla Uno.

Y así sucesivamente. Mientras nuestros culos se helaban al viento.

Llegó la parte en la que empezamos las prácticas, a partir de los movimientos básicos. Los Acechadores Nocturnos pidieron siete voluntarios para practicar con nuestros instructores regulares. Me sentí orgulloso. Los reclutas me habían escuchado. Nadie se presentó voluntario.

Y Los Acechadores Nocturnos escogieron a siete al azar y empezaron a enseñarles los movimientos. El sargento formó cuatro parejas y su compañero tres.

Tal como imaginé, cuando empezaron a moverse rápido el soldado llamado Cadi tuvo la oportunidad de herir “accidentalmente” al tipo con el que estaba practicando.

El Acechador Nocturno interrumpió la práctica:

—Siete más. Vamos.

Aquel cabeza caliente llamado Ken nosequé pareció dispuesto a ir tras Cadi y abrirle más o menos la cabeza. Les dije a un par de tipos:

—Vigíladle. Calmadlo un poco. Y no dejéis que se empareje con Cadi.

Tomé la lanza del tipo al que Cadi había derribado. Le sangraba la nariz.

Por torpe que hubiera parecido Cadi, imaginé que podía danzar un poco a su alrededor y lanzarle un golpe “afortunado” que lo frenara para el resto de los que tendrían que enfrentársele. Estaba un poco oxidado, pero solía ser bastante bueno con la lanza estándar de la infantería. Siempre había sido mi mejor arma.

El cuerpo te traiciona siempre. Adopté una posición de defensa-ataque casi sin pensar. Cadi pareció desconcertado. Imaginé que era algo normal porque todo lo desconcertaba.

El Acechador Nocturno vino y movió mis manos y pies y culo en lo que consideraba que era una posición más aceptable. Cuando lo tuvo todo dispuesto nos lanzó a los movimientos. Hice todo lo posible para seguir pareciendo inepto mientras las cosas se aceleraban. Pero músculos y huesos recordaban y deseaban hacer las cosas bien.

Cadi decidió romperme la nariz. Cuando fue a por ello tropecé fuera de su camino y le golpeé accidentalmente en la barbilla. Ladró. Alguien en las filas gritó: “¡Sí!” Alguien rio.

Aquello lo colmó para Cadi. Vino a por mí.

Tropecé e intenté representar el papel de un chico asustado intentando defenderse. Si la cosa hubiera ido en serio hubiera podido matarle una y otra vez.

Entonces me ofreció una abertura que ni siquiera un ciego hubiera podido fallar. Le desgarré la oreja izquierda, le hice tropezar, lo envié resbalando por el barro. Retrocedí intentando parecer asustado e incapaz de creer lo que había hecho.

—¡Ya es suficiente! —restalló nuestro sargento—. Dame la lanza y vuelve a la fila, Verde. ¡Cadi! Ve a que te curen esa oreja.

Entregué la lanza y me reuní con los demás. Todos estaban esforzándose por no

reír.

—¡Verde! —Era el sargento de los Acechadores Nocturnos—. Ven aquí.

Fui hasta él. Me puse firme. Me miró a los ojos, fijamente. Luego tocó el tajo en mi mejilla. Retrocedió, tomó una lanza de uno de los grises, retiró la protección de la punta, la arrojó a un lado.

—Dadle una lanza.

Me mantuve realmente inmóvil. Todo el mundo se estaba preguntando qué demonios, excepto mi Sargento. Creí entender. El Puente de la Reina. Pero no tenía sentido. Había ocurrido hacía mucho tiempo. Mi sargento intentó discutir. El Acechador Nocturno sólo repitió con un gruñido:

—Dadle una lanza.

Le ofrecí mi mejor imitación de la mirada de Cuervo e intenté no temblar demasiado mientras retiraba la protección de la lanza que alguien me tendía. No tiré la protección a un lado. Aquel bastardo iba en serio. Iba a tener que jugar, y no iba a valer ningún truco.

Hizo algunos curiosos movimientos para soltar sus músculos.

Mi boca estaba terriblemente seca.

Cuando se volvió hacia mí adopté una posición zurda, con la que todo el mundo tiene problemas durante un par de minutos. Mantuve la protección de la punta de la lanza en mi mano derecha.

Probó con un golpe en dirección a mis ojos. Lo desvié, suavemente, sólo manipulando la lanza con mi mano izquierda. Eché la derecha hacia adelante, golpeé sus nudillos con la protección. Fría como estaba, debió de dolerle como el infierno. En el segundo que el dolor lo distrajo hice girar mi lanza, aún con sólo una mano, en un movimiento dirigido directamente a su garganta. Se echó hacia atrás para eludirlo. Agarré mi lanza con la mano derecha y me situé en una torpemente equilibrada posición lateral derecha, con el extremo inferior del mango de mi lanza hacia adelante. Me lancé hacia adelante con el extremo inferior de la lanza horizontal y le alcancé debajo de las costillas, dejándolo sin resuello.

Después de lo cual sólo necesité un par de fáciles movimientos para desarmarlo y tumbarlo de espaldas en el barro con la punta de mi lanza en su garganta. Todo el proceso tornó sólo diez, doce segundos.

—Estás equivocado —le dije—. Yo no estuve allí. Pero aunque tuvieras razón deberías haber recordado que los Acechadores Nocturnos son sólo los segundos mejores, en lucha individual.

Alcé la lanza, retrocedí un paso, volví a colocar la protección, tendí el arma al cabo Real, me encamine a mi lugar en las filas. Recé mucho mientras lo hacía. Nadie me miró directamente a los ojos. Todos estaban terriblemente asustados.

El Acechador Nocturno se tomó su tiempo para ponerse en pie. Estaba tan pálido

como nunca he visto a nadie sin haber sangrado mucho, cosa que él sabía que podía haber ocurrido. Rechazó toda ayuda. Recuperó lanza y protección e hizo todo un espectáculo del proceso de limpiar el arma mientras cuarenta y siete hombres aguardaban a que ocurriera algo.

Miró a su alrededor, dijo:

—Cada día se aprende algo. Si se es listo. Que salgan los siguientes seis hombres.

Todo el mundo suspiró. Incluido yo. La tormenta de mierda había sido contenida por un tiempo.

Observé que cabeza caliente Ken miraba mi mejilla como si nunca antes se hubiera dado cuenta de la marca. Quizás el frío hacía que destacara más.

## CAPÍTULO 62

Con un poco de hechicería y un poco de suerte, Bomanz averiguó que los hombres que había enviado Exilio a por el valioso cabo acababan de llegar al cuartel general de los Acechadores Nocturnos en su busca.

—Nada como conseguir que alguien haga tu trabajo por ti —dijo Cuervo.

—Me parece una espléndida idea —dijo Bomanz—. ¿Por qué no buscamos un lugar y aguardamos a que lo traigan hasta nosotros?

Algo tan fácil de hacer como de decir. Sólo había un camino decente y directo que iba desde el cuartel general de los Acechadores Nocturnos hasta el corazón de Galeote.

—Por fin llegan —dijo Bomanz—. Silencioso. Lanza ahora esa bruma. No la hagas tan densa que huelan problemas.

Silencioso se alejó un poco y se inmovilizó. La gente que pasaba le miraba y se alejaba de él tanto como podía. Pronto hubo un olor más fuerte de lo normal a humo de madera quemada. El aire se volvió brumoso.

—Ahí están —dijo Bomanz, señalando a un pequeño grupo que se acercaba.

Cuando el grupo llegó a su altura, la bruma se hizo bruscamente más densa. Bomanz golpeó la escolta de cuatro hombres, los derribó al suelo, llamó a su buitre favorito para que se ocupara de sus insignias de lealtad.

Los cuatro escoltaban a un hombre y una mujer. Silencioso observó a la mujer y empezó a hacer signos tan rápido que sólo Cuervo pudo seguirle.

—La brigadier Estigma —dijo—. Tenemos que llevárnosla también. No vas a rechazar un regalo de los dioses.

Pese a toda la comitiva, llegaron al establo de Gartsen sin atraer la atención. Los hechiceros eran útiles a veces. Cuervo preguntó al hombre que acudió a recibirles, Gartsen:

—¿Dónde está ella?

—Arriba.

Cuervo rodeó un pequeño menhir, subió, hizo signos con una sola mano.

Ni el cabo ni Estigma habían dicho todavía una sola palabra. No tenían la menor idea de cuál era la situación. Hasta que Linda se presentó ante ellos. Estigma la reconoció. La brigadier exclamó:

—Oh, mierda. Es cierto.

—Dile a Linda que estamos listos para ir a buscar al resto —dijo Bomanz.

Las manos de Silencioso aletearon. Ignoró al viejo hechicero. Preguntó a Linda:

—¿Hablaste con el árbol?

—Sí —respondió ella a sus signos—. Está turbado. Sugiere que saquemos a Lance de ese campamento. A través de sus criaturas ha oído que ocurrió allí algo relacionado con Lance. Debemos esposar a estos dos y dejarlos con Gartsen.

Silencioso empezó a protestar. Ella se vistió con las ropas de uno de los guardias de Exilio. A veces usaba su impedimento en su provecho. Como cuando no deseaba discutir.

Silencioso y Cuervo estaban lívidos. Ninguno de los dos creía que el árbol hubiera mencionado en absoluto a Lance.

## CAPÍTULO 63

Smeds puso su grano de arena en la discusión.

—No paso hambre y no estoy enfermo y eso vale algo, aunque esté cansado y dolorido todo el tiempo. —Había sido un día duro.

—Sí —dijo alguien—. Apuesto a que fuera de aquí ahora es un infierno.

—Lo que me pregunto —dijo otro— es: supongamos que le damos al Renco. ¿Entonces qué? ¿La misma vieja mierda de vaca hasta que encuentren su loquesea de plata?

El grupo guardó silencio. Aquella era la primera vez que alguien mencionaba el futuro. Nadie quería pensar en eso.

Smeds miró a Verde. Por atestada que estuviera la tienda, siempre había un espacio despejado alrededor de Verde. Nadie comprendía lo que había ocurrido aquella tarde, pero todos sabían que aquello iba a traer complicaciones. Nadie quería estar demasiado cerca de Verde cuando se presentaran.

Alguien dijo:

—Llega el Renco y la mierda empieza a volar, todos van a estar malditamente demasiado atareados para ocuparse de mí. Si veo la posibilidad, me largo. Aunque tenga que aporrear a Cadi o a algún otro.

El sargento abrió el faldón de la entrada.

—¡Fuera y a formar!

¿Y ahora qué?, se preguntó Smeds. ¿Más instrucción? ¿No habían hecho la suficiente para un día? ¡Infiernos! Estaba demasiado cansado para que le tocaran las pelotas.

Al menos no habían sido elegidos sólo ellos. Todas las tiendas estaban escupiendo hombres. Tan pronto como hubieron formado, el sargento les hizo marchar hasta situarse de espaldas a la empalizada. Los grises corrían de un lado para otro con lámparas y antorchas.

Smeds captó un atisbo de Pez en la fila de atrás del segundo pelotón a su izquierda. El viejo había hecho algo para oscurecerse el pelo.

El sargento les hizo poner firmes.

Llegaron tres jinetes oscuros desde la dirección de la puerta. Un hombre de negro caminaba al lado de cada uno. Avanzaban lentamente, estudiando cada pelotón. Una revista. Los hombres de Exilio echando una ojeada más a su heterogénea milicia...

El estómago de Smeds se hundió. Actuaban más bien como si estuvieran buscando a alguien.

Pero pasaron frente al pelotón de Pez Sin hacer ninguna pausa. Quizá todo fuera

bien después de todo.

A Los jinetes negros pasaron el siguiente pelotón y empezaron a cruzar frente a la formación de Smeds...

El jinete que iba en cabeza se detuvo. Extendió un brazo, señalando. Sus dedos danzaron. El hombre a pie al lado del jinete se abrió camino entre las filas.

Smeds casi se meó en los pantalones.

El soldado oscuro agarró a Verde.

Smeds Suspiró. ¡Verde! ¡Por supuesto! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de que el brazo apuntaba de nuevo, no vio a los dos hombres de a pie que se acercaban hasta que estuvieron casi sobre él.

Su sangre se convirtió en hielo.

Lo agarraron y lo arrastraron fuera de las filas.

Los jinetes se encaminaron hacia la puerta. Smeds caminó pesadamente detrás de Verde, con un jinete a su izquierda y un soldado de a pie a su derecha. Tras el primer shock abrumador, empezó a recuperar el control. Ya se había salido de un par de situaciones difíciles. Sólo tenía que permanecer tranquilo y alerta y moverse rápido cuando llegara el momento.

Un minuto después de que estuvieran entre edificios, ocultos de los que les miraban desde el campamento, Verde estalló en una carcajada.

—¡Chicos, tenéis más pelotas que cerebro! —Dio un codazo en la cadera a uno de los jinetes—. Gracias.

—No me des las gracias. Yo imaginé que pertenecías a ese lugar. Esto fue idea de Linda.

—¿De veras? —Verde se echó a reír de nuevo—. Lo recordaré cuando llegue el momento en que seas tú quien estés con el agua al cuello. ¿Por que habéis agarrado también a mi amigo Ken?

—Ella dice que es uno de los hombres que robaron el clavo.

Verde se lo quedó mirando.

—No jodas.

Smeds tuvo la impresión de que le pegaban una patada en los testículos. El pánico no iba a hacerle salir de esta.

## CAPÍTULO 64

Pez comprendió lo que estaba ocurriendo en el momento mismo en que vio que los soldados de Exilio sacaban a Smeds de la formación. No pensó, simplemente reaccionó. Todo el mundo estaba pendiente de lo que hacían los hombres de negro.

Dio unos pasos hacia atrás, se giró, saltó por encima de la baja empalizada. Algunos de sus compañeros en el pelotón se dieron cuenta de su maniobra, pero no dijeron nada. Mejor aún, a ninguno se le ocurrió la brillante idea de seguirle.

Se dejó caer al suelo, corrió, maldiciendo en voz baja su cuerpo por haber envejecido más allá del punto en que esto significaba algo. Todo él era dolores y rigideces a causa de todo un día de instrucción, y dudaba de que pudiera llegar a recuperarse nunca.

Pero maldita sea, no iba a rendirse, ni a aquellos vampiros imperiales ni a las debilidades de su carne.

Alcanzó las ruinas no despejadas frente a la puerta de la empalizada unos minutos antes de que salieran los jinetes. Se acurrucó en la oscuridad, aguardando, y evaluó la situación.

Tenía dos cuchillos. Puesto que había acudido como voluntario, los grises no le habían registrado y desarmado como hacían con los reclutados. Pero dos cuchillos no iban a ser mucho contra aquella pandilla.

La respuesta era la habilidad. Como cazar, preparar trampas y sobrevivir en el Gran Bosque. Habilidad, astucia y sorpresa.

Rechazó algunas posibilidades, como hacer con Smeds lo que Smeds había hecho con Tully. Smeds no se merecía eso. Tampoco serviría de nada porque de todos modos ya sabían a quiénes estaban buscando. Además, Smeds era el único que sabía dónde estaba oculto el maldito clavo.

Observó salir las siluetas de los de negro. Antes de que abandonaran la zona despejada estuvo seguro de que allí ocurría algo raro. No se encaminaban hacia donde se encontraba Exilio, en el templo de la diosa en la parte alta de la ciudad. A menos que planearan ir por el camino largo.

¿Y ahora qué?

Puesto que había esperado que se dirigieran directamente a Exilio, se había situado cerca de su ruta más directa. Tendría que moverse rápido si no quería perderlos.

Se deslizó por entre las ruinas como un fantasma, haciendo menos ruido que un maldito cazador. Era muy bueno deslizándose sigilosamente. Una preocupación, no poco importante, era que su presa pudiera olerle. Durante días antes de presentarse

voluntario había estado sometido a demasiada presión como para asearse adecuadamente, y los días dentro de la empalizada no habían hecho más que acentuar la situación.

En el Gran Bosque, para sobrevivir allá donde merodeaban los salvajes, prestabas una gran atención a cómo olías.

Lo captó rápidamente: estaba observando desde veinte metros de distancia cuando un par de ellos empezaron a felicitarse mutuamente.

La palabra clave fue como un trompetazo: Linda.

Fue como un mazazo.

Nunca había esperado que la Rosa Blanca y su gente se sintieran realmente asustados por las amenazas, pero tampoco había imaginado que fueran tan atrevidos como para robar uniformes de la gente de Exilio para poder penetrar en el campo de entrenamiento y llevarse a nadie de allí.

Aquello cambiaba unas cuantas cosas. Aquello hacía que el tiempo fuera un elemento menos crítico. Aquello significaba que las probabilidades no eran tan malas. No podían quedar muchos de ellos tras las purgas que se habían iniciado la semana pasada. Quizás, una vez llegaran a su destino, pudiera hacer algo. La gran preocupación era cuán agresivamente iban a presionar a Smeds.

Les siguió tan de cerca que casi se convirtió en una sombra extra de ellos, y tan cautelosamente que ninguno de ellos sintió ese hormigueo en el cuello de estar siendo observado. Y, maravilla de maravillas, le condujeron a un lugar que conocía.

Sólo había estado en el establo de Gartsen unas pocas veces, durante sus flirteos con la causa Rebelde. Pero saberlo todo sobre el lugar donde vas a meterte es mejor que ir a ciegas.

Tuvo un gran susto poco antes de que los Rebeldes alcanzaran su escondite.

Un gran pájaro surgió de la nada y se posó en el hombro de uno de los jinetes. El jinete maldijo y lo ahuyentó. El pájaro se echó a reír y se puso a hablar sobre cómo Exilio estaba terriblemente excitado porque no podía hallar a algunos de sus guardias.

Pez recordó que la Rosa Blanca llamaba a la Llanura del Miedo su hogar, y que se suponía que algunas criaturas parlantes infestaban el lugar.

Su suerte estaba todavía con él. Tuvo que considerar la llegada del pájaro como un buen presagio.

No así el hombre al que había seleccionado como su percha. Deseaba que el pájaro se fuera. El pájaro no quería irse.

—Prefiero cabalgar desde aquí —dijo—. No puedo ver ni una mierda en la oscuridad.

Pez recordó el zoo que llevaban consigo el día que los había visto fuera de la Calavera y las Tibias. Eso era algo que también había que considerar.

Después de que entraran en el patio del establo, Pez rodeó el lugar una vez,

cautelosamente. No vio ningún centinela, pero eso no quería decir que no estuvieran allí, ocultos del frío.

La temperatura estaba bajando rápidamente. Y si aquel cielo cubierto era lo que pensaba, nevaría antes del amanecer. Una capa de nieve en el suelo haría que merodear por allí sin ser detectado fuera algo peor que un grano en el culo.

Se fundió en las sombras y empezó a buscar una entrada que sabía que estaba en la parte de atrás, donde un cobertizo de una sola vertiente tenía la cerca como pared trasera.

Allí estaba todavía, después de todos aquellos años, y parecía como si no hubiera sido usada desde los viejos días. La abrió muy cautelosamente. No hizo ni la mitad del ruido que temía, pero el que hizo envió estremecimientos a lo largo de toda su espina dorsal. Se deslizó suavemente al interior, como una serpiente al acecho.

Algo del tamaño de un gato pero que no era un gato despertó con un sobresalto. Reaccionó primero, su mano se cerró alrededor de la garganta de la criatura.

Había otra cosa, como un ratón o una ardilla, con la que topó cuando se deslizaba cautelosamente hacia el establo principal, donde una escalera clavada desde fuera conducía a un altillo para el heno. Murió sin el menor sonido. Subió la escalera como una oleosa sombra.

La puerta del henil estaba atrancada por dentro tan sólo con una tabla. Deslizó un cuchillo por la rendija, la alzó, se escurrió dentro. Volvió a colocar la tabla en su lugar.

De abajo brotaba una pequeña luz. También sonaban voces.

Y a menos de tres metros de él en el altillo había un hombre y una mujer, atados y amordazados. La mujer miraba en su dirección pero no a él. Se acercó un poco más...

¡Por los dioses! ¡Esa gente tenía redaños! Aquella era la brigadier Estigma en persona. Y el otro era el cabo de la Calavera y las Tibias. Todo encajaba en su lugar. Los imperiales y esa gente conocían los nombres pero no los rostros. Ese cabo era el mejor testigo disponible.

Allá abajo, alguien empezó a gritarle a Smeds. Smeds no respondió nada. Alguien más dijo que bajaran la voz o los vecinos pensarían que se había desatado el cólera allí.

Pez se inclinó hacia adelante un poco más.

—Cabo —susurró, desde detrás de una bala de heno. El soldado se sobresaltó, luego gruñó. Estigma buscó la fuente del susurro. Por la suerte que tuvo, él hubiera podido ser muy bien un fantasma—. ¿Quieres salir de esta?

Otro gruñido, esta vez afirmativo.

—Van a pedirte que mires a un hombre y les digas quién es. Diles que Su nombre es Ken algo. Cíñete a eso. Cuando vuelvan a traerte aquí arriba te habrás salido de esta. Si tú no le respaldas es el adiós, brigadier.

El hombre miró a su comandante. Ella asintió con la cabeza: hazlo.

Pez se deslizó entre el heno suelto, fuera del camino, para esperar. Ya había hecho todo lo que podía hacer.

## CAPÍTULO 65

Cuervo y Bomanz despotricaron contra mi compañero de tienda Ken y el uno contra el otro. El hombre estaba sentado en una silla —la única que teníamos— y no decía nada. Estaba totalmente resentido por todo aquello, pero de una forma tan testaruda que no creo que hubieran podido sacarle un chillido ni con un atizador al rojo. Simplemente les miraba como si considerara la posibilidad de degollarles en cualquier momento. Incluso se negó a comer nada.

Yo no. Yo me quedé por allí metiéndome todo lo que pude por la boca y preguntándome qué infiernos estaba ocurriendo puesto que nadie se había molestado en explicarme nada.

Linda entró, llamó la atención de todo el mundo, hizo signos:

—Traed al soldado.

¿Y ahora qué?

Cuervo y Silencioso subieron al henil. Al cabo de un minuto regresaron con un Acechador Nocturno amordazado y, por la forma en que agitaba sus muñecas, atado. Lo trajeron hasta el lado de la silla. Miró indiferente a Ken. Ken no reaccionó en absoluto.

Silencioso le quitó la mordaza. Cuervo preguntó:

—¿Conoces a ese hombre de la silla?

—Sí —croó el Acechador Nocturno. Acumuló algo de saliva en el fondo de su garganta—. Sí. Se llama Ken algo. Solía ir ocasionalmente al lugar donde yo estaba destinado, bebía algunas cervezas con nosotros.

Silencioso y Cuervo se miraron y fruncieron el ceño. Cuervo preguntó:

—¿Estás seguro de que su nombre no es Smeds Stahl?

—Completamente seguro...

Silencioso le lanzó un golpe a un lado de la cabeza y lo derribó. Cuervo preguntó:

—¿Estás seguro? Este hombre de aquí y la mujer de ahí estuvieron ambos en el Puente de la Reina. Todavía guardan rencores.

El Acechador Nocturno le miró fijamente y dijo:

—Hombre, le llamaré Tommy Rizos, Rey Barbacana o Smeds Stahl si eso te hace feliz. Pero eso no va a convertirle en Smeds Stahl.

—Encaja con la descripción.

El Soldado miró a Ken.

—Quizás. Un poco. Pero Smeds Stahl debe de ser al menos diez años más viejo que este tipo.

—¡Mierda! —dijo Cuervo. No creo haberle oído usar nunca esa palabra antes.

No era el momento correcto, pero no pude evitarlo.

—Ahí estábamos —dije—, encaminándonos a la última curva del camino, a sólo unos pocos kilómetros de nuestro destino final. Y el maldito caballo empezó a cojear.

Lo apreciaron. Por un segundo pensé que Silencioso iba a decir realmente algo. Probablemente algo que yo no desearía oír.

Linda entró en estampida, preguntó qué ocurría. Leía un poco los labios pero no lo captaba todo.

Cuervo y Silencioso se pusieron a hacer signos como el mismísimo infierno. Ella hizo un gesto que no me había enseñado, probablemente maldiciendo, luego les dijo que volvieran a llevar al Acechador Nocturno al henil. Cuervo y Silencioso se lo llevaron a rastras como si fuera culpa suya el que las cosas no salieran de la forma que ellos querían. Linda hizo signos a todo el mundo que prestaba atención diciendo que todo era culpa suya por saltar a conclusiones precipitadas acerca de algunos tipos que vio en un porche un día. Yo no sabía de qué infiernos estaba hablando. Cuando volvieron Silencioso y Cuervo tuvimos una gran sesión de ay de mí. El buitre de Bomanz estuvo a punto de ser estrangulado por todo el mundo.

Unos golpes en el altillo interrumpieron todo aquello. Todo el mundo subió a la carga para ver que ocurría.

Las puertas exteriores del henil, por las que se izaban las balas de heno y las metían dentro, estaban golpeando a causa del viento. El Acechador Nocturno y la brigadier Estigma, de los que no me habían hablado antes, habían desaparecido. Silencioso y Cuervo miraron las cuerdas y las mordazas en el Suelo y empezaron a despotricar sobre de quién era la culpa de que el Acechador Nocturno no hubiera sido atado lo suficientemente bien.

Volví a bajar y se lo dije a Linda. Me hizo gritarles para que dejaran toda aquella mierda y salieran de allí y los atraparan. Lo hicieron, aún gritándose los unos a los otros. Ella empezó a dar órdenes dirigidas a detener a los Acechadores Nocturnos antes de que pudieran volver por su cuenta con los suyos.

—Que Pie Palmeado se quede aquí. No está en buena forma. —El Torque estaba dormido en uno de aquellos apartados para los caballos, y llevaba allí desde que yo había llegado—. Lance. Tú quédate y ocúpate de nuestro huésped.

Aquello iba a ser grande. Cuervo y Silencioso me lanzaron su famosa mirada asesina, como si de alguna forma yo hubiera arreglado todo aquello para poder quedarme a solas con ella. Infiernos. Después de tres días en aquel campamento no me sentía con ánimos de hacer nada.

Estábamos en un apuro. Por lo que Linda había dicho por signos supuse que nos habíamos quedado sin lugares donde ir. Ni siquiera podíamos volver al templo porque Estigma y el cabo probablemente habían oído hablar de cómo nos habíamos ocultado directamente en el bolsillo de Exilio.

Incluso aquel buitre salió para efectuar una exploración aérea. Me alegró. Todavía no se había metido conmigo, pero estaba hasta las orejas de oírle incordiar a Bomanz. El viejo hechicero tenía razón.

Nunca había visto a Linda parlotear antes de aquel modo. Paseaba de un lado para otro y daba golpes con los pies y hacía gestos incompletos y me hacía signos sin terminar nunca un pensamiento. No estaba asustada, sólo preocupada por lo que nos ocurriría al resto de nosotros y al movimiento si no conseguíamos detener a los Acechadores Nocturnos a tiempo.

No sé lo que pensé que podíamos hacer, pero en aquel momento parecía una buena idea atar bien a Ken. Así que me situé detrás de su silla, conversando con Linda, como si de pronto necesitara algo detrás de lo que ocultarme.

No sé cuánto tiempo había transcurrido, probablemente sólo un par de minutos, cuando vi a alguien moverse detrás de Linda, y pensé que era Pie Palmeado Torque que finalmente había despertado. Sentí deseos de insultarme a mí mismo por ser tan malditamente gallina y no haber agarrado la oportunidad cuando estaba ahí...

¡Aquel no era Torque! Era alguien distinto...

Al segundo mismo de darme cuenta de ello, antes de que pudiera advertir a Linda de lo que ocurría, el hombre apoyó un cuchillo en su garganta.

—Suéltalo —me dijo. Y cuando yo simplemente me quedé allí con la boca abierta hizo que brotara una gota de sangre—. ¡Hazlo!

Empecé a trastear con los nudos.

Entonces Torque decidió despertar.

No creo que el pobre estúpido llegara a saber nunca lo que estaba ocurriendo. Salió tambaleándose, frotándose los ojos y murmurando. El tipo que sujetaba a Linda se volvió en redondo y le golpeó con un cuchillo que sujetaba con su mano izquierda, luego volvió y golpeó a Linda en el costado con el mismo cuchillo cuando ella se volvía hacia él, y casi en el mismo movimiento lanzó contra mí el cuchillo con el que la había amenazado.

Me alcanzó en el muslo. Lo sentí hundirse en la carne y golpear el hueso. Entonces el sucio suelo del establo abrió sus brazos y saltó a mi encuentro. El tipo arrancó su cuchillo del cuerpo de Linda y saltó para acabar de liberar a nuestro huésped. Luego se dispuso a degollarme.

—¡Eh! —gritó nuestro huésped—. ¡Deja eso! No intentaban matarme.

—Esta es la segunda vez que han metido sus narices en nuestros asuntos. Quieren echarnos a un lado. Les advertí la última vez...

—Sólo vayamos a buscar mi mochila y salgamos de una maldita vez de aquí antes de que vuelvan los demás.

Hubiera podido besarle, si hubiera sido capaz de hacer algo. En aquellos momentos no me sentía con demasiados ánimos.

El otro bajó la vista hacia mí.

—Dile a esta zorra que ésta ha sido su última oportunidad. La próxima vez, ¡zas!  
—Hizo destellar su ensangrentado cuchillo de lado a lado por delante de su garganta. Entonces Ken halló la mochila que yo había encontrado en aquel callejón, se la echó al hombro y se marcharon.

Cuando la puerta del establo se cerró tras ellos, rechiné los dientes y me arranque del muslo el maldito cuchillo. No me desangré allí mismo, de modo que supe que la herida no había alcanzado ninguna vena grande. Me arrastré hasta Linda. Estaba pálida y se quejaba, pero quiso que primero fuera a comprobar cómo estaba Torque.

Todavía estaba vivo, pero no creí que se pudiera hacer mucho para conservarlo así. Se lo dije a Linda. Hizo signos de que teníamos que hacer algo.

Por supuesto que teníamos que hacerlo. Pero no sabía malditamente el qué.

Cuervo entró en tromba.

—¡Los atrapamos! Estamos seguros durante... ¿Qué demonios ha ocurrido, Lance?

Por aquel entonces ya estaban todos dentro, incluidos los prisioneros recapturados. Se lo dije. Mientras lo hacía, llegó uno de nuestros pequeños espías procedente del templo para informar de que Exilio había ordenado una búsqueda general de la brigadier Estigma y de las personas desconocidas que se hacían pasar por guardias suyos.

Bomanz y Silencioso hicieron todo lo que pudieron por nuestras heridas, luego todo el que pudo salió de nuevo a la calle. Ahí fuera estaba empezando a nevar.

—Divertido, ¿eh? —les dije a los Acechadores Nocturnos. No le vieron la gracia. Francamente, yo tampoco.

## CAPÍTULO 66

—¿Qué mierda vamos a hacer ahora? —gruñó Smeds a Pez cuando dejaron de correr para recuperar el aliento—. Ya no queda ningún lugar seguro.

—No lo sé —reconoció Pez—. Gasté todas mis ideas para sacarte de ahí.

—Sabén nuestros nombres, Pez. Y ese grupo de ahí conoce nuestros rostros.

—Tú eres quien no me dejó ocuparme de ellos. Terminarás pagando por ello, así que no me llores.

—Ya ha habido bastantes muertes y daño. Todo lo que quiero es irme de aquí. —Intentó acomodar su mochila más confortablemente—. Ya ni siquiera me importa un comino vender el clavo. Simplemente deseo despertar de esta pesadilla.

A su alrededor habían empezado a arremolinarse copos de nieve. Pez gruñó acerca de dejar huellas, luego preguntó:

—¿Sabes de algún sitio donde podamos descansar aunque sólo sea un rato? Doce horas serán suficientes. Veinticuatro sería mejor. El Renco llegará aquí y ya no habrá necesidad de seguir escondiéndonos y escurriéndonos, porque los soldados estarán muy atareados.

En lo único en que Smeds pudo pensar fue en un sistema de drenaje construido cuando él era niño para desaguar el exceso de agua de lluvia. Antes del sistema siempre se producían inundaciones locales cuando llovía mucho. Parte de las zanjas habían sido cubiertas. Él y sus amigos habían jugado y se habían escondido allí a menudo. Pero no se le había prestado mucha atención en diez años. Las obras públicas que no servían a los ricos y poderosos tenían una forma inevitable de morir de negligencia.

No era un lugar en el que deseara pasar ni un momento. Sería frío y húmedo y estaría infestado de ratas y, en estos días, probablemente de sabandijas humanas. Pero no podía pensar en ningún otro lugar donde pudieran permanecer fuera de la vista, aunque sólo fuese por una hora.

—Cuando era niño acostumbrábamos a...

—No me lo digas. Si no lo sé no se lo podré decir a nadie. Sólo dime dónde hay un buen lugar desde donde puedas verme sin que yo o nadie que me esté observando pueda verte a ti.

Smeds pensó en ello y mencionó un lugar que sabía que todavía estaba allí porque su batallón de trabajos forzados había pasado por allí cada mañana y cada noche. Lo describió, luego preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ver si Exilio está dispuesto a hacer un trato.

—¡Oh, mierda, hombre! Te hará pedazos.

—Puede hacerlo —admitió Pez—. Pero sabemos de alguien que va a hacerlo pronto de todos modos. Es el único que ha ofrecido un trato serio.

—Creo que si tuviera que elegir preferiría que los Rebeldes se hicieran cargo de esa maldita cosa. Los imperiales ya son lo suficientemente desagradables sin ella.

Pez gruñó.

—Quizá. Pero ellos no querrán pagar por ella. Quieren que se la den por amor. Soy una puta demasiado vieja y resabiada como para no desear que me paguen por mi trabajo.

—De todos modos, supongo que a la gente como nosotros no les importa quién controle las cosas —admitió Smeds—. Sea quien sea, va a intentar arrebatarnos el clavo de todos modos.

El cielo se había abierto al fin, derramando su carga de nieve tan abundantemente que se había convertido en su aliada.

Pez empezó a explicarle a Smeds lo que deseaba que hiciera.

## CAPÍTULO 67

El grupo salió en tromba a la ventisca. Cuervo gruñó.

—Los hemos perdido.

Rechoncho Torque dijo:

—No se puede ver ni la mano delante del rostro aquí fuera.

—Rastreaste a Rastrillador en medio de una tormenta de nieve en Rosas, ¿no? — le pregunté a Cuervo.

—Las circunstancias eran distintas. —Se sentía doblemente irritado ahora por lo que creía haber visto cuando cruzó en tromba la puerta. Como si hubiéramos podido hacer algo de la forma en que estábamos.

Linda nos hizo callar. Dejó claro que estaba centrada en el asunto porque les dijo lo que teníamos que hacer si esos tipos les decían a los chicos de gris dónde encontrarnos de nuevo. Sentía casi lástima por esos dos.

A veces se excedía con la empatía. Yo no tenía ninguna hacia unos tipos que me clavaban cuchillos.

La excitación empezó algunas horas más tarde cuando un par de nuestros pequeños espías del templo llegaron a la carrera para decirnos cómo un tipo que sonaba como el que me había apuñalado se había entrevistado con Exilio para ver si podían hacer un trato. Como gesto de buena fe le había dicho a Exilio dónde podía hallarnos a nosotros y a la brigadier Estigma. También le había dicho a Exilio que su cuartel general estaba tan acribillado de espías que no podía estornudar sin que alguna criatura de la Llanura informara de ello.

Eso significó una gran excitación por todas partes. Un puñado de nuestros pequeños aliados no recibió la noticia a tiempo para marcharse. Telaraña y Seda capitanearon el pelotón exterminador. Mientras tanto, organizaron un batallón para ir tras nosotros. Imaginaban que les oíríamos venir, pero contaban con atraparnos en nuestra huida en medio de una ciudad muy consciente de nuestra presencia.

Pensé que se mostraban un tanto optimistas al respecto, considerando que Bomanz y Silencioso habían hecho un buen trabajo impidiendo que repararan antes en nosotros. Pero probablemente Exilio no sabía que poseíamos este tipo de recursos. No acerca de Bomanz, al menos. Imaginé que su gran pánico llegaría cuando empezara a preguntarse a qué recursos podía recurrir Linda más allá de la Llanura.

Tenía que haber maquinado algo con el Padre Árbol. El qué, no lo sabía. Pero no podía ser nada pequeño.

No hay nada como verse clavado al gran ojo de la historia sin tener ni la más ligera noción de lo que está ocurriendo. No es nada personal, Lance, viejo amigo, pero no pueden hacerte decir lo que no sabes.

Linda les dijo a Silencioso y a los Torque que fueran a buscar los caballos para que no pudieran ser recapturados. Iban a ocultarlos en un solar vacío cercano. ¿Y qué iban a hacer con las huellas? Alguna hechicería, supuse.

Los caballos formaban parte de sus planes. Fueran cuales fuesen. Había captado parte de una discusión con Silencioso en la que ella le dijo que deseaba robar un buen puñado más.

Un pequeño y heroico mono de las rocas permaneció colgado en el interior del templo hasta el último momento, estando a punto de ser asado por las gemelas, para poder descubrir tanto como fuera posible acerca del trato de Exilio para el clavo.

Había habido un trato. El mono dijo que Exilio iba a jugar limpio y mantener su parte del trato si los tipos con el clavo mantenían la suya. El mono dijo que el tipo que hablaba en su nombre no tenía ni idea de dónde estaba el clavo y tampoco tenía la menor idea de dónde se ocultaba el tipo que lo sabía.

Aquello tenía sentido para mí. Y para Exilio, supongo. No perdió tiempo en intentar sacarle la información al tipo: simplemente preguntó al intermediario cómo deseaban efectuar el cambio.

¡Nosotros habíamos tenido al tipo que lo sabía! ¡Yo había vivido con él durante días en la maldita tienda! Sentí deseos de patear a algunos Acechadores Nocturnos por mentirnos.

Cuervo también captó la idea.

—¿Cómo demonios se supone que vamos a engañar a la gente para que luche contra el imperio si esos bastardos actúan honestamente con nosotros? ¿Alguien ha oído de un hechicero haciendo tratos honestos?

Bomanz le lanzó algunas miradas asesinas, pero nunca tuvo la oportunidad de discutir, porque precisamente entonces nos llegó la noticia de que los chicos de Exilio se acercaban.

Cuando entraron en tromba lo único que vieron fue a la brigadier Estigma y a su compañero sentados en el suelo junto a nuestro pequeño menhir. El resto de nosotros todavía estábamos allí, pero Bomanz nos había camuflado como montones de estiércol y otras cosas mientras proporcionábamos a los Acechadores Nocturnos la idea de que nos estábamos escabullendo fuera del lugar.

La piedra parlante retumbó:

—¡Hey, chicos! Habéis llegado tarde de nuevo. Siempre llegáis demasiado tarde. ¿Por qué no despertáis y os colocáis del lado de los vencedores? La Rosa Blanca no guarda rencor.

Los incursores eran todos guardias personales de Exilio, no reclutas, pero la piedra siguió incordiándoles.

Se dispersaron. Algunos subieron al henil, donde no se ocultaba nadie. Algunos se ocuparon de liberar a los Acechadores Nocturnos. Y algunos se dedicaron a pensar en cómo silenciar a aquella piedra bocazas.

El menhir desapareció. Y, justo cuando sus ojos dejaron de desorbitarse, volvió.

—Chicos, será mejor que sigáis aprisa el dictado de vuestros corazones y de vuestras cabezas. Ya casi está amaneciendo, y antes de que anochezca mañana la Rosa Blanca va a curar este lugar de la enfermedad imperial. —Desapareció de nuevo.

Aquello les impresionó.

Volvió otra vez, derramando más burlas. Se irritaron de tal modo que dejaron de efectuar un trabajo a fondo en su búsqueda.

Hubo unos ruidos fuera. Tres hombres salieron a la carga a la ventisca para ver qué pasaba. Hubo un destello, un grito. Un tipo regresó dentro, tambaleándose.

—Están todos muertos ahí fuera. Se llevaron los caballos.

Aquel maldito Silencioso estaba haciendo todo un espectáculo en honor a Linda. Ella debía de estar irritada con él por malgastar a todos aquellos hombres cuando no había ninguna necesidad de hacerlo. Pero yo no podía culparle. Había estado conteniéndose durante mucho tiempo. A estos tipos valía la pena hacerles pagar.

Otro grupo llegó a la carga para vengar a sus compañeros. La piedra parlante aulló y vitoreó y se carcajeó y siguió con su número.

Nunca atraparon a Silencioso, por supuesto. Pero se ocupó de unos cuantos más de ellos. Finalmente tomaron a la brigadier Estigma y la llevaron fuera mientras todavía quedaban algunos de ellos con vida.

Un poco más tarde Silencioso trajo diez caballos. Él y los Torque se mostraron realmente complacidos consigo mismos. Creo que quizá Linda fue la única que no se sintió complacida con ellos.

## CAPÍTULO 68

La nevada había cesado. El cielo se había aclarado. El mundo se había vuelto casi intolerablemente brillante cuando el Renco remató la altura que le proporcionó el primer atisbo de su destino. El silencio le turbó un poco. Debería haber habido pájaros, si no otras cosas. ¿Y por qué había tanto humo derivando con el viento desde Galeote, más del que podían explicar todas las chimeneas de la ciudad?

No importaba. No importaba en absoluto. Podía captar aquella pieza de hechizada plata llamándole como si él hubiera nacido para esgrimirla, como si hubiera sido forjada para él y sólo para él. Su destino estaba allí, ante él, y toda la labor ratonil de aquellos que se lo negaban no le impediría tomar aquel poder que era suyo por derecho.

Avanzó, caminando ahora, ya sin prisas, confiado pero aún inquieto por el silencio y la persistente sospecha de que todos los horizontes eran máscaras llevadas por sus enemigos.

## CAPÍTULO 69

El Perro Matasapos era sólo uno de una variada partida de monstruos que seguían el rastro del Renco. Pero era el que iba por delante de todos, su líder, el único de todos que no cargaba con algún terrible lord o lady de la Torre. Él era la avanzada, el explorador, el campeón, y antes de que terminara aquel día esperaba entrar en los anales de la historia como el destructor del último de los Diez Que Fueron Tomados, como el que había cerrado definitivamente la puerta que se abría sobre los viejos tiempos.

Remató una baja cresta, vio Galeote por primera vez. Supo, por las alteraciones en la nieve, que el Renco había hecho también una pausa allí. Ahí estaba ahora, una mota distante marcando un solitario rastro a través del prístino paisaje nevado.

Se dejó caer sobre su barriga para disimular su perfil, escuchó el silencio. Observó el humo derivar de la ciudad, notó que todo lo que se alzaba fuera de las murallas la última vez había sido despejado, sin dejar más que una lisa superficie blanca. Inquieto por un momento, escrutó el horizonte, casi con la sensación de que los distantes bosques eran los apretados cascos y lanzas de legiones aguardando en perfecta formación. Sus compañeros se apelotonaron tras él. Aguardaron hasta que la mota que era el Renco desapareció contra la oscura masa de las murallas de la ciudad. Luego todos reanudaron su marcha, avanzando hacia el destino con la concentración en una línea cuyo frente se fue abriendo y haciéndose más ancho por momentos.

## CAPÍTULO 70

Smeds se sentó en las heladas sombras, temblando, incapaz de detenerse. Su estómago estaba como hueco. Le dolía. Se sentía asustado. Esperaba que fuera el frío y el hambre, pero temía que fuese la primera mordedura del cólera.

El aire estaba lleno de humo y del hedor de los cuerpos que estaban siendo quemados. La muerte había recogido una gran cosecha durante la noche. Pocos que no fueran soldados habían comido bien desde hacía días. La enfermedad se abría fácilmente camino en cuerpos ya debilitados.

Observó el puente que cruzaba la zanja y se preguntó si Pez llegaría a venir alguna vez, y que haría él si no venía. Luego se sentó allí y se fue convenciendo gradualmente de que era el último de los cuatro, poseedor del mayor tesoro del mundo y sin embargo tan pobre que se veía obligado a vivir en un albañal como una rata.

Rebuscó en su mochila por décima vez, buscando algo de comida que de algún modo hubiera podido quedar olvidada. De nuevo no encontró nada excepto el oro y la plata que se había traído del Túmulo. Una fortuna, y la hubiera entregado toda por una buena comida, una cama caliente, y la confianza de que los grandes terrores del mundo habían olvidado su nombre.

Se sobresalto. Soñando despierto, no había reparado en los dos hombres en el puente. Uno se parecía a Pez. Hizo la señal que se suponía que debía hacer antes de alejarse del otro, que se quedó allá donde estaba.

Smeds metió su mochila en un hueco de la pared de la alcantarilla, donde algunas de las piedras del edificio habían caído y las aguas altas habían arrastrado un poco de la tierra de la parte de atrás. Luego corrió hacia la luz del otro lado, a un centenar de metros de distancia.

A medio camino tropezó con un cadáver del que las ratas habían dado cuenta a medias. Se había inmunizado de tal modo al horror que simplemente siguió adelante, sin dedicarle apenas un pensamiento.

Salió a toda prisa al otro lado, resbaló sobre la nieve blanda, y se apresuró hacia donde se suponía que debía reunirse con Pez, oculto del hombre en el puente por un montículo de tierra de dos metros de altura. Pez llevaba un saco de lona azul de un tamaño apreciable.

—¿Es seguro? —graznó Smeds.

—Parece que están jugando limpio. Este es el primer tercio, junto con algo de comida y ropa y mantas y cosas que pensé que te serían útiles.

La boca de Smeds se hizo agua. Pero preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Sube al puente, coge el segundo tercio, dile dónde hallar el clavo. Yo vigilaré desde un lugar a cubierto. Si hace algo que no me guste, iré a por él y lo mataré. Vamos. Terminemos de una vez.

Smeds miró unos instantes al viejo, se encogió de hombros, salió al encuentro del hombre en el puente. Estaba más tranquilo de lo que había esperado. Quizá se estaba acostumbrando a la presión. Se sentía complacido consigo mismo por no haber flaqueado ni por un momento cuando lo cogieron los Rebeldes.

El hombre en el puente estaba reclinado en la barandilla, sin mirar a nada en particular. Giró su vista hacia Smeds sin mostrar la menor curiosidad cuando éste se acercó. Otro saco azul estaba apoyado contra su pierna. Smeds lo rebasó y plantó sus antebrazos en la barandilla al otro lado del saco.

El hombre era más joven de lo que Smeds había esperado y de una raza que no había visto nunca antes. Era fácil ver por qué había adoptado el nombre de Exilio.

—¿Smeds Stahl?

—Sí. ¿Cómo es que estás dispuesto a jugar limpio?

—He descubierto que la honestidad y el juego limpio son productivos a largo plazo. El segundo tercio está en el saco. ¿Tienes algo para mí?

—En la muralla de la ciudad. A ciento ochenta y dos pasos al este de la Puerta Norte, debajo de la veintiséis saetera para los arqueros, en el mortero detrás del bloque de piedra un poco más hundido para alojar el soporte de hierro de un puntal de madera.

—Comprendido. Gracias. Buenos días.

Smeds agarró el saco y se marchó de allí como si le persiguieran todos los diablos.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Pez.

—Sí. ¿Y ahora qué?

—Ahora me reuniré de nuevo con él para ver si has dicho la verdad. Si es así, me dará el último tercio. Si no, me matará y vendrá en tu busca.

—Mierda. ¿Por qué no nos marchamos ahora? Ya tenemos suficiente.

—El ha jugado limpio. Imagino que lo más juicioso es que nosotros le tratemos igual. No vamos a poder salir de Galeote por un tiempo. Es bueno saber que hay alguien que no va tras nosotros con malas intenciones. Vuelve al lugar donde te ocultabas. Yo regresaré al puente.

—De acuerdo.

Smeds estaba a punto de dejarse caer de nuevo a la zanja cuando las trompetas de alarma empezaron a sonar por toda la ciudad.

El Renco había llegado.

# CAPÍTULO 71

Cuervo le ponía los pelos de punta. Había decidido salir en busca del clavo, y no quería tener ninguna discusión en la puerta con Linda. Al tipo estaba empezando a funcionarle mal la cabeza. No se lo había dicho a nadie excepto al Hermano Oso Torque, al que convenció de que le acompañara.

Las cosas empezaron bien. No toparon con ninguna patrulla gris. Cuando llegaron al corazón de la ciudad, ahí iban Exilio y un tipo más viejo, como si hubieran calculado el momento en beneficio de Cuervo. Los siguieron a ambos.

Exilio y su compañero terminaron apoyándose en la barandilla de un puente peatonal que cruzaba una gran zanja de drenaje. Cuervo y Torque observaron desde una cierta distancia. La zona alrededor de la zanja estaba despejada. No podían acercarse a ellos tanto como Cuervo hubiera querido.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó Torque.

—Parece que esperar.

El hombre más viejo echó a andar hacia el otro extremo del puente y desapareció entre unos edificios más allá de la zanja. Cinco minutos más tarde otro hombre salió al puente, habló un poco con Exilio, se alejó cargado con un saco.

—Eso cierra el asunto —dijo Torque—. Es hora de decir adiós e irnos.

—No, todavía no lo ha cerrado —gruñó Cuervo—. Esperaremos y veremos qué más ocurre. Mira ahí. —El hombre viejo salió a reunirse de nuevo con Exilio.

Simplemente se quedaron allí de pie.

—¡Mira! —señaló Cuervo.

El lugar desde donde observaban estaba unos tres metros más alto que el puente. Justo la elevación suficiente para revelar la cabeza y los hombros de un hombre que cruzaba la nieve al norte del puente, detrás de un montículo que lo ocultaba de los hombres en él. Llevaba dos sacos azules.

Las trompetas de alarma desgarraron las entrañas del silencio.

Los hombres en el puente desaparecieron.

—Será mejor que volvamos —dijo Torque.

—¡Espera! —Había un brillo desagradable en los ojos de Cuervo—. Exilio va a estar muy atareado con el Renco. Haremos que ese hombre nos diga dónde está el clavo, y quizá podamos ser los primeros en llegar a él.

## CAPÍTULO 72

Smeds había regresado a su punto de partida. Puso los dos sacos en el mismo escondite que la mochila, excepto un par de mantas del ejército, un chaquetón grueso, un cuchillo, comida y una botella de coñac. Comió, calentó sus venas, escucho las trompetas de alarma. Las cosas iban a ponerse terriblemente mal ahí arriba.

Un ruido alcantarilla abajo le sobresaltó. Escuchó atentamente, imaginó que procedía de allá donde yacía el cadáver, y que lo había producido algo mucho más grande que una rata.

Se levantó cautelosamente, llenó los bolsillos de su chaquetón con comida, dejó las mantas encima del tesoro..., y se inmovilizó.

Un hombre se erguía silueteado en el extremo más cercano de la alcantarilla. Uno de esos Rebeldes. Pez había tenido razón. Los bastardos no iban a renunciar.

El hombre se acercaba.

Smeds se deslizó al interior del agujero con su botín. El lugar era angosto y el intento de ocultación patético, pero contaba con que la visión del hombre necesitaría un tiempo para ajustarse tras la claridad de fuera.

Evidentemente.

El hombre seguía moviéndose tentativamente cuando llegó a la altura de Smeds. Smeds adelantó una mano y le cortó la garganta de lado a lado.

El hombre emitió un sonido como de conejo herido y empezó a agitarse espasmódicamente. Smeds salió y caminó hasta la boca de la alcantarilla. No prestó atención al ruido hecho por alguien que avanzaba tambaleante desde atrás en su dirección. Miró al resplandor exterior, con ojos lagrimeantes. Salió cautelosamente, preparado para cualquier eventualidad. Y se encontró solo.

La orilla de la zanja era casi vertical allí, recubierta de piedra, de cuatro metros de altura y salpicada de hielo. Una gran cantidad de nieve había caído al interior de la zanja. Smeds se abrió paso a través.

Un furioso aullido desde el interior de la alcantarilla añadió un nuevo incentivo para asegurar la presa de sus manos y pies mientras trepaba.

Oyó salir al hombre mientras rodaba por encima del borde de la zanja. Se puso en pie y aguardó.

Un rostro furioso se asomó por el borde. Smeds lo pateó tan fuerte como pudo, alcanzó al hombre en el centro mismo de la frente. Cayó hacia atrás. Smeds se asomó por el borde, miró hacia abajo a la figura casi enterrada en la nieve. Acarició el cuchillo en el bolsillo de su chaquetón, Se lo pensó mejor antes de bajar porque dos mujeres y varios niños Se habían detenido junto al puente, mirando.

—Espero que mueras congelado, hijo de puta. —Pateó nieve suelta hacia abajo, Se dio la vuelta y se alejó.

Se sintió mejor de lo que se había sentido en toda una semana, y en aquel momento le importó una maldita mierda *qué* le reservara el futuro.

## CAPÍTULO 73

Linda echó espuma por la boca cuando las trompetas de alarma empezaron a sonar. Había descubierto que Cuervo y Oso no estaban, y se sentía más irritada de lo que yo era capaz de imaginar. Fuera lo que fuese lo que tuviera en la cabeza, fuera lo que fuese lo que pensaba para nosotros, había contado con más gente respaldándola.

En aquellos momentos nos tenía a mí, a Silencioso, a Bomanz y a Rechoncho Torque. Pie Palmeado Torque había muerto hacía media hora. Linda dio una patada en el suelo y gesticuló:

—No le necesito. Sobreviví sin él antes. Adelante. Preparad esos caballos. —Se puso una cota de malla que le llegaba hasta las rodillas pasándosela por encima de la cabeza, y a continuación un tabardo blanco. Mientras se ceñía una muy poco femenina espada gruñó e hizo muecas, pero nadie le discutió nada.

Bomanz nos ayudó a ambos a montar. Rechoncho Torque le tendió una lanza que había tomado de un montón que había en el establo. Ella había hecho atar su estandarte en su parte superior, enrollado. Si su herida la molestaba, no lo demostró.

Finalmente Silencioso consiguió mantener lo suficiente el equilibrio como para intentar discutir con el torbellino. El torbellino casi lo derribó, y lo único que pudo hacer fue saltar sobre su propio animal e intentar mantenerse en él.

Linda hizo una pausa, fuera en la calle. Miró al Cielo, pareció complacida con lo que veía. Cuando alcé la vista todo lo que vi fue un halcón planeando muy alto, o un águila, más alta todavía.

Emprendió la marcha. No se había molestado en decirnos a ninguno de nosotros lo que pensaba hacer, probablemente porque imaginaba que la hubiéramos atado para detenerla e impedirselo.

Tenía razón.

Nos situamos de modo que los dos hechiceros estuvieran lo más cerca posible de ella, para protegerla con sus habilidades.

Se encaminó en dirección al lugar donde las alarmas decían que se hallaba la amenaza. La muy loca.

Los imperiales tuvieron varias ocasiones de saltar sobre nosotros, pero anulamos la mayoría de ellas. Mientras avanzábamos hacia aquella parte de la ciudad cerca de la muralla sudeste, dimos alcance a varios cientos de soldados que se apresuraban hacia allá. Silencioso y Bomanz conjuraron un horrible sonido y los enviaron corriendo por delante de nosotros, para asustar a todo el mundo y apartarlo de nuestro paso. Llegamos al espacio despejado detrás de la muralla. Linda se encaminó directamente a una larga rampa que había sido construida para que las máquinas

pesadas pudieran ser izadas hasta la parte superior de la muralla. La subió, haciendo que los soldados saltaran fuera de ella para apartarse de su camino.

Me dije a mí mismo que el último año había sido excitante y que ahora había llegado el momento de morir.

Los soldados se alejaron en todas direcciones cuando alcanzamos la parte superior de la muralla. Divisé allá fuera al Renco caminando hacia Galeote, completamente solo.

Linda hizo que su montura retrocediera y relinchara. Desplegó su estandarte bermellón con la rosa blanca bordada en seda.

Un silencio absoluto. Los imperiales miraron, boquiabiertos, petrificados. Incluso el Renco detuvo su implacable avance y miró.

Entonces el chillido del águila —¡era un águila!— desgarró el aire. El ave de presa picó chillando. Antes de que se posara sobre el hombro de Linda, lo cual debió de ser un impacto capaz de sacudir todos los huesos, señaló hacia el terreno más allá de la muralla.

Todas las cabezas se volvieron. ¡Tres, cinco, seis, siete, ocho! Las ballenas del viento se alzaron en el cielo. Escuadrones, tropas, batallones de centauros surgieron al galope de sus escondrijos, y el tamborilear de sus cascos se convirtió en un trueno continuo pese al efecto amortiguador de la nieve. Secciones enteras de árboles empezaron a moverse hacia la ciudad. Las mantas se deslizaron de los lomos de las ballenas de viento y buscaron las corrientes ascendentes. Más de ellas se deslizaron sobre la ciudad desde detrás de nosotros, sólo para hacer saber al mundo que el lugar estaba rodeado.

Linda se irguió sobre sus estribos y examinó los alrededores, en busca de alguien que no estuviera de acuerdo en que aquél era el día de la Rosa Blanca.

Los campos nevados entraron en erupción, y las piedras parlantes empezaron a aparecer, adoptando posiciones a lo largo de líneas predeterminadas, formando el esqueleto de una muralla que encerraría al Renco dentro de ella.

¡Maldita sea! El dios árbol debía de haber empezado aquello apenas llegamos a Galeote.

Linda volvió a acomodarse en su silla. Se sentía complacida consigo misma. Todo el mundo la observaba en busca de algún indicio, incluso el Renco.

Bomanz miraba al norte, un decidido centinela, dispuesto a no dejar nunca que los acontecimientos a sus espaldas lo distrajeran de su guardia. Silencioso estaba igual de atento hacia la muralla al sur, mientras que Torque y yo intentábamos mantener nuestra vigilancia hacia todas partes a la vez. Bomanz dijo:

—Lance, dile que Exilio viene hacia acá.

Hice retroceder mi caballo hasta que Linda pudo ver mis manos sin tener que desviar su atención del Renco y continuar con sus disposiciones. Asintió. Le dije que

también había divisado a Telaraña y Seda deslizándose con cautela al norte y al sur respectivamente de nosotros. Asintió de nuevo, imperturbable.

Exilio se nos acercó a paso normal, teniendo mucho cuidado de no ofender a nadie antes de comprender la verdadera magnitud de lo que ocurría. Me sorprendió su aspecto tan joven, pese al hecho de que yo había visto a la Dama, que tenía al menos cuatrocientos años y parecía tener unos bien conservados veinte. Capté al viejo que nos hirió a Linda y a mí deslizándose a la sombra de Exilio.

Exilio llegó junto a nosotros y examinó la situación. No exhibió ninguna respuesta en especial, excepto mirar a Telaraña y a Seda como advirtiéndolas de que se comportaran.

Se detuvo a nuestro lado.

—De lo más impresionante. —No parecía impresionado—. Me habéis tomado completamente por sorpresa. Soy Exilio. ¿Quién eres tú, y quién habla por ti? —Sólo un encuentro casual entre desconocidos, haciendo casualmente las presentaciones.

Bomanz y Silencioso estaban atareados. Torque todavía no dominaba demasiado bien la lengua. Eso dejaba al viejo Lance. Fui elegido.

—Yo hablaré. —Señalé a Linda—. Ella es la Rosa Blanca.

—Eso veo.

No imaginé la necesidad de nombrar a nadie más, pero Bomanz decidió que debía hacerlo. Dijo:

—Yo soy Bomanz. El Despertador. Exilio mostró una cierta sorpresa ante aquello. Bomanz tenía una cierta reputación. También se suponía que estaba muerto.

Señalé a Silencioso.

—Este es Silencioso. Antiguamente de la Compañía Negra. Yo soy Filodendro. —No mencioné a Torque. Parecía una buena idea dejar a alguien fuera para que hiciera trabajar la imaginación de Exilio.

—Supongo que estáis aquí por la misma razón que todos los demás. —Observé que clavaba su mirada en el Renco. Justo en aquel momento el Renco estaba evaluando la situación y enumerando sus opciones.

Hice signos a Linda. Me respondió. Dije a Exilio:

—El clavo de plata. El dios árbol no permitirá que caiga en manos de nadie que desee su poder. Sea cual sea el coste.

—Eso veo —dijo Exilio. Parecía como si la Llanura hubiera eructado hasta el último de sus fenómenos. Me pregunté quién se habría quedado en casa cuidando de la tienda—. Esa cosa de ahí fuera puede que tenga algo que decirnos al respecto a todos nosotros.

Linda hizo unos cuantos signos más. Dije:

—Lo destruiremos si tú no puedes. El árbol ha llegado a la conclusión de que ya se ha atormentado a sí mismo y al mundo el tiempo suficiente. Será destruido.

Exilio empezó a decir algo, pero nunca tuvo la oportunidad. Imagino que el Renco nos oyó lo suficientemente bien como para sentirse irritado porque todo el mundo deseara situarlo en tiempo pasado.

Tenía ya algo preparado. Pero en el momento en que iba a soltarlo Seda se lanzó contra él, lo golpeó desde el lado y lo derribó de culo. Su conjuro ascendió chillando cielo arriba, haciendo un ruido como el más grande bramido de toro de todo el universo. Telaraña lo golpeó desde el otro lado. Una tormenta de proyectiles partió hacia él. Resplandecientes bolas rojas trazaron un arco desde los campos al sur, y por primera vez me di cuenta del grupo de jinetes de negro allá a lo lejos, todos ellos montados en las criaturas de aspecto más desagradable que jamás haya visto. Creo que incluso reconocí a nuestro viejo amigo el Perro Matasapos. Cuando las bolas rojas cayeron, golpearon el suelo como una gigantesca estampida, dejando humeantes agujeros negros en la nieve y en la tierra de abajo.

Exilio se limitó a quedarse allí con las manos en los bolsillos, mirando.

Nadie de mi grupo hizo nada tampoco.

Los Acechadores Nocturnos llegaron a la carga hasta la zona despejada detrás de la muralla, todos pulidos y acicalados, marcando perfectamente el paso, con la banda sonando. Empezaron a tomar posiciones como si aquello no fuera más que un cambio de guardia. La brigadier Estigma, primorosamente bruñida, avanzó para dar novedades a Exilio.

El rugir murió. Nadie le había causado mucho daño al Renco. Él tampoco había causado ninguno.

Estigma nos miró. Le guiñé un ojo. Eso la sobresalto, de modo que probé otro truco, diablillo que soy.

—¿Qué haces después del servicio, ricura?

Me frunció inequívocamente el ceño. Supuse que yo no era bastante bueno para ella. No importaba. Ella era demasiado vieja para mí.

Una sombra cayó sobre todos nosotros en el momento en que ella y Exilio hablaban de tácticas. Una abuela de las ballenas del viento se había situado en posición encima nuestro, a baja altura. Me sentí impresionado.

Exilio y Estigma la miraron. Él parecía ser el más agitado. Volvieron a las tácticas. Contemplé el mundo allá fuera. El Renco estaba preparándose para intentar de nuevo algo. Los jinetes de negro habían desmontado. Sus monturas habían desaparecido. El Perro Matasapos estaba también entre los desaparecidos. Los jinetes se estaban acercando a pie. Observé que las piedras parlantes, los árboles andantes y los centauros se habían situado tras ellos.

El Renco cargó contra la muralla, mientras una nube negra se formaba a su alrededor. Todo se desencadenó de nuevo. Y no le perturbó en lo más mínimo. Saltó hacia arriba y pateó la muralla..., e hizo un agujero en ella de quince metros de

diámetro. Exilio se unió al grupo, derramando de alguna forma una interminable y torrencial lluvia de fuego.

Al Renco no le había gustado demasiado el fuego la última vez que lo vi. No le importó ahora, excepto que tuvo problemas en ver claramente. Deseaba derribar la muralla allá donde estábamos nosotros. La golpeó dos veces más, una a cada lado de nosotros, luego retrocedió para pensar qué hacer a continuación. Exilio abandonó las llamas. No habían conseguido mucho.

Los Acechadores Nocturnos estaban atareados reparando ya los huecos.

Sabía lo que haría yo a continuación si fuera el Renco. Saltaría a través de una de aquellas brechas y empezaría a ocuparme de mis principales enemigos.

Siendo casi tan listo como yo, pensó exactamente lo mismo.

Ahora la nieve estaba muy revuelta allá abajo, pero se situó sobre un trecho de nieve virgen mientras decidía contra qué brecha cargar. Como unos cincuenta tentáculos verdes y resbaladizos brotaron de una de ellas, convergieron sobre él, y empezaron a intentar hacerle pedazos. La nieve a su alrededor entró en erupción. Toda una manada de monstruos se amontonaron sobre el Renco. El Perro Matasapos le aferró la cabeza con sus mandíbulas e intentó arrancársela de un mordisco. Algo clavó una pezuña en su boca de modo que no pudiera gritar. La gente que había cabalgado aquellos monstruos corrió hacia la excitación.

Exilio y las gemelas no prestaron atención. Ahora miraban hacia la ciudad, y hacían concertados y complejos gestos de ven hacia acá. Lo que parecía como una bandada de pájaros se alzó de las profundidades de la ciudad y se encaminó hacia nosotros. Cuando estuvieron más cerca vi que no eran en absoluto pájaros, sino montones y montones de trozos de madera.

La bandada se posó fuera de la muralla, limpiamente apilada en una pira monumental. ¿Pensaban que así iban a asar al Renco? Ya habían probado el fuego.

No.

Una olla gigantesca siguió a la madera, chapoteando, y se aposentó en el centro de la pira. La siguió una gran tapa. Flotó simplemente unos instantes en el aire, como aguardando.

Los jinetes de negro se sumaron a la diversión allá abajo. Todo el mundo intentaba hacer pedazos al Renco. Le pregunté a Torque:

—¿Tienes alguna cebolla que podamos echarles?

—Ese es el espíritu —dijo la brigadier Estigma. Me guiñó un ojo cuando la miré.

¿El espíritu? Ya no me quedaba espíritu. Si pensaba en ello, aquélla ni siquiera era mi lucha. Y la cadera me estaba doliendo tanto que esperaba caerme en cualquier momento.

El Renco mordió la pezuña que tenía metida en la boca, la escupió, dejó escapar un aullido que sonó como el grito de muerte del mundo. Cuerpos y pedazos de

cuerpos volaron por todos lados. Sólo el Perro Matasapos siguió aferrado a su presa. Él y el Renco rodaron gruñendo y gritando mientras los demás intentaban saltar de nuevo sobre ellos. Exilio evaluó los daños. Me miró.

—Es demasiado fuerte para nosotros. De todos modos no teníamos mucha esperanza. ¿Contribuiréis?

Hice signos a Linda.

—Desea ayuda.

Ella asintió, se centró en la acción. Por un momento pensé que no iba a responder. Luego hizo una complicada serie de gestos con la mano. El águila despegó de su hombro, aleteó cielo arriba.

Vi lo que Exilio quería decir acerca de que el Renco era demasiado fuerte. Uno de los monstruos estaba efectuando de nuevo el truco de la pata en la boca para silenciar sus hechicerías. El Perro Matasapos estaba de espaldas, agitando sus cuatro patas, sus mandíbulas cerradas todavía sobre la cabeza del Renco, a la que casi le había dado una vuelta completa. Pero los otros no podían sujetar sus miembros. Y los estaba usando con un efecto devastador.

La sombra de la ballena el viento se hizo más y más grande. Estaba descendiendo. Ya casi podía olerla.

Dejó caer sus tentáculos sobre la refriega, agarró al Renco sin el menor cuidado de evitar llevarse consigo a la vez a alguien o algo más. El Perro Matasapos estaba metido en medio de toda aquella confusión, junto con un par de otros monstruos y un par de seres humanos demasiado vapuleados para gritar. Una ballena del viento tiene la fuerza suficiente como para arrancar robles reales de más de quinientos años. El Renco no. La ballena del viento redujo toda aquella masa informe a trozos diminutos y los arrojó al interior de la gigantesca olla.

Hay mucho que decir a veces acerca de la fuerza bruta.

La tapa de la olla cayó con un Clung. Sonaron los cierres. La pira rugió a la vida.

Me pregunté cómo iba a salirse el Renco de aquello. Había sobrevivido a lo peor muchas veces antes.

Miré a Exilio.

—¿Qué hay acerca del clavo de plata?

No se mostró feliz.

—No pudiste ganarle al Renco, no puedes ganarnos a nosotros.

Miró hacia las ballenas del viento, las piedras parlantes, los árboles andantes, los centauros y las mantas, dijo:

—Un punto a vuestro favor. Por otra parte, ¿por qué renunciar a una herramienta que podéis usar para derribar el imperio? Tengo buenos soldados aquí. Las posibilidades de la batalla no son peores que las de no luchar.

Yo no podía responder a eso. Era cosa de Linda. Todo el mundo a la vista

aguardó, esperando un indicio de su próximo movimiento.

La tensión no cedió ni un ápice porque el Renco estuviera fuera del juego.

Hice signos. Linda me hizo sostener el estandarte para poder tener ambas manos libres para responder. Me sentí ridículo haciendo aquello, como si me estuviera comprometiendo a una causa que todavía no podía apoyar. Me hizo signos durante largo rato.

Le dije a Exilio:

—El clavo no será utilizado por nadie, sea cual sea el coste. Se ha dispuesto un lugar junto al dios árbol, en el abismo entre universos, donde sólo un poder más grande y más malvado pueda hallarlo nunca. —Lo cual significaba, imagino, que cualquiera lo suficientemente malvado como para apoderarse de la maldita cosa sería lo suficientemente malvado como para simplemente no necesitarla.

Exilio miró a su alrededor, se encogió de hombros, dijo:

—Me parece bien. Nosotros también habíamos planeado aislarlo, pero nuestro método hubiera sido menos seguro.

Un destello y un estruendo puntaron su última palabra.

Bomanz se había agitado. Camino arriba, Telaraña dio un par de ebrios pasos y camino directamente más allá del borde de la muralla. El viejo hechicero dijo:

—Estaba en desacuerdo con la decisión.

Exilio miró a Seda, inmóvil en mitad de su propio movimiento. Se relajó lentamente, bajó la mirada, al cabo de un minuto fue a ver lo que le había ocurrido a su hermana.

Mire a Bomanz. El viejo muchacho parecía realmente complacido consigo mismo.

Hablando de viejos. ¿Dónde demonios estaba aquel tipo que había estado siguiendo a Exilio?

Había desaparecido. Y en ningún momento lo había visto marcharse.

Aquel viejo bastardo era casi como un fantasma.

## CAPÍTULO 74

Cuervo volvió lentamente en sí, tembloroso y desorientado. El recuerdo de una bota acercándosele y de un salvaje impacto. La consciencia de que tenía un terrible dolor de cabeza. Que su cadera había empezado a dolerle de nuevo terriblemente. Que sentía tanto frío que había empezado a notar calor en las extremidades.

Un momento de pánico. Intentó moverse, halló sus miembros sólo vagamente cooperativos. El pánico empeoró antes de que amaneciera la razón.

Consiguió arrancarse de la nieve, se puso cuidadosamente en pie. Palpó todo su cuerpo, raspó la sangre seca de su rostro. El muy bastardo le había dado de lleno. Casi tenía que admirar a esos tipos, la forma en que luchaban contra todo el mundo.

Se extrajo dolorosamente de la zanja, se puso en pie sobre piernas temblorosas, mirando a su alrededor, con la vieja herida de la cadera royéndole. Las cosas habían cambiado. Había monstruos en el cielo y fuegos de brujas ardiendo en la distancia.

El Renco había llegado. Linda debía de estar en medio de todo aquello. Y él no estaba allí.

Ella pensaría que había huido de nuevo.

Alcanzó el centro de la excitación a tiempo para ser testigo de la caída de Telaraña. Todo el mundo pareció relajarse después del incidente. El Renco ya no debía de ser una amenaza.

La multitud bajó de la muralla. Los Soldados trajeron caballos para Exilio y la brigadier Estigma. Un pelotón de Acechadores Nocturnos los rodeó, y emprendieron su camino hacia el norte. Cuervo se preguntó qué demonios estaba ocurriendo. Parecía como si Linda y Exilio hubieran hecho un pacto.

No podía atraparles ahora, cojeando como iba.

Las gemelas habían juntado sus cabezas. Lanzaron lúgubres miradas hacia el grupo que se alejaba. Irradiaban un hedor de maldad a punto de desatarse.

Mejor estar pendiente de ellas.

## CAPÍTULO 75

Cuando los monstruos empezaron a deslizarse por el cielo Smeds sufrió un ataque de cautela. Incapaz de pensar en ningún lugar donde huir, se encaminó de vuelta a la zanja.

El tipo al que había pateado todavía estaba allí, agitándose de tanto en tanto. Retrocedió y observó, esperando a ver qué haría. Al cabo de un rato el tipo despertó, se arrastró fuera de la zanja y se alejó cojeando. Bien. Ahora tenía un lugar donde aguardar a Pez. Dio la vuelta y entró en la alcantarilla por el lado norte, la recorrió, y se sentó a esperar.

Pez se dejó ver una eternidad más tarde, de pie allí en el puente peatonal... No llevaba el otro saco azul. Maldita sea. Smeds silbó sólo lo suficientemente fuerte como para que le oyera Pez, agitó cautelosamente la mano.

—¿Qué ocurrió? —preguntó cuando Pez llegó a su lado—. ¿Dónde está el otro saco?

Pez se lo explicó.

Smeds contó su historia.

—Entonces necesitamos salir de aquí —dijo Pez—. Recojamos las cosas. Podemos salir por una de las brechas si se produce algo más de excitación. Con el clavo en manos de quien sea, podemos contar con ello.

Recogieron los sacos azules, que restregaron con tierra para ensuciarlos, y la mochila de Smeds, y se encaminaron hacia la zona donde habían sido abiertas las brechas en la muralla. La ciudad era un lugar de fantasmas. Los vivos se protegían tras puertas cerradas y ventanas atrancadas, rezando a sus dioses para que los mantuvieran a salvo de los terrores de fuera y del cólera de dentro.

El grito ocasional de alguna víctima del cólera hizo que Smeds pensara más en el rondar de los muertos que en el sufrimiento de los vivos.

## CAPÍTULO 76

Exilio no iba a decir dónde estaba oculto el clavo. No actuó como si deseara sacar algo de todo aquello, sólo como si deseara estar metido en el meollo del asunto. Como si deseara echar un vistazo a la causa de todo aquel jaleo. No puedo decir que le culpe. Yo lo vi cuando no era más que un gran clavo. Deseaba ver hasta que punto había cambiado.

Nos condujo hacia la Puerta Norte de Galeote, subió a la muralla, y empezó a ir de un lado para otro. Aguardamos. Fuera, las tropas amigas habían empezado a derivar hacia el norte. Exilio tuvo una inspiración, le dijo a la brigadier Estigma que sellara la zona dentro de la muralla. Ya habíamos tenido suficientes problemas con aquel pedazo de metal. Pidió que acudieran también mamposteros y trajeran equipo para levantar grandes pesos.

¡El maldito clavo estaba en la muralla! No era extraño que nadie lo hubiera hallado todavía.

Estigma envió mensajes. Acudieron algunos Acechadores Nocturnos. Me preocupe. Me hubiera sentido más preocupado todavía si el cielo no estuviera lleno de monstruos.

Se necesitaron dos horas para reunir maquinaria y hombres, y otra para que se pusieran manos a la obra y empezaran a desmontar la muralla. Nadie puede permanecer tenso durante tanto tiempo.

En algún momento durante la espera Bomanz le preguntó a Exilio:

—¿Qué disposiciones has tomado para mantener encendido vuestro fuego? Someter al Renco fue una buena idea, pero tendréis que cocerlo a presión durante días. El fuego parece estar fracasando con el.

Exilio miró hacia el sur. Bomanz tenía razón. Exilio frunció el ceño, murmuró algo, le gruñó unas palabras a la brigadier Estigma. La siguiente vez que mire, algunos de mis ásperos antiguos compañeros de la milicia estaban añadiendo leña debajo de la olla. Y no hacían un trabajo demasiado bueno.

Una vez todo estuvo dispuesto y el escondite del clavo fue sellado por dentro y por fuera de la ciudad, Exilio le preguntó a Linda si estaba dispuesta a presenciar cómo era sacado a la luz. Ella le respondió que adelante con ello.

Había un nuevo tipo de tensión a nuestro alrededor, como si los temperamentos estuvieran a punto de saltar y todos esperáramos a que alguien hiciera algo inexcusable de modo que pudiéramos dejar escapar la presión pateándole el culo.

Los hombres empezaron a trabajar con almádenas, cuñas y palancas, y al cabo de diez minutos la primera piedra saltó de su sitio.

El día dio paso al anochecer antes de que los trabajadores dejaran al descubierto la capa de mortero que se suponía que contenía el clavo. Por un momento todo el mundo olvidó enemistades y lealtades y se apiñó para contemplar la oscurecida mitad del clavo que estaba a la vista. Linda le dijo a Silencioso que fuera a cogerlo.

Silencioso tomó un martillo de mampostero, se puso unos gruesos guantes de cuero, tomó un saco de cuero forrado y la camisa vieja de alguien para envolverlo y guardarlo. No iba a correr ningún riesgo con aquella maldita cosa.

Linda preparó un pequeño cofre de madera.

Cuando Silencioso acabó de liberar el clavo miré hacia la gigantesca olla. Así que me perdí el principio de la excitación a mi alrededor pero no su inicio en la olla, donde los hombres que alimentaban el fuego se dispersaron de pronto, como un banco de pececillos cuando aparece un gran pez hambriento.

La tapa de la olla saltó por los aires.

Algo hecho de piezas de todas las cosas que habían ido a parar a la olla, con demasiados miembros y todos ellos en los lugares equivocados, se arrastró por encima del borde de la olla, cayó al fuego.

Alguien gritó a mis espaldas. Me volví.

Un flaco Acechador Nocturno había arrojado a la brigadiera Estigma por encima de la parte interior de la muralla. Otro había clavado un cuchillo en el cuerpo de Exilio. El primero avanzaba hacia Bomanz.

¡Telaraña y Seda!

Bomanz retrocedió unos pasos, agitando los brazos en el aire, y cayó de cabeza en la nieve que se había acumulado allá abajo contra la muralla.

Sólo Linda mantuvo algo parecido a la presencia de ánimo. Soltó el estandarte de la Rosa Blanca, extrajo su espada, lanzó a la atacante de Bomanz un furioso tajo, y la arrojó detrás del hechicero por encima de la muralla.

La que había atacado a Exilio chilló espeluznantemente.

Aquel espantoso chillido demolió a todo el mundo. Simplemente nos desmoronamos.

Entonces ella saltó y empezó a cortar y a sajar en dirección a Silencioso. Aferró el clavo, lo alzó por encima de su cabeza y aulló triunfante.

Cuervo apareció de la nada, la golpeó en el pecho, intentó arrebatarse el clavo, falló en su primer intento pero lo logró en el segundo. El clavo trazó un arco en el aire y cayó abajo, a la nieve, en la parte de fuera de la muralla. Cuervo y la que fuera de las dos gemelas le siguieron un instante más tarde, Cuervo removiendo su cuchillo en un círculo en el vientre de ella mientras ella chillaba e intentaba estrangularle.

Y fuera de la muralla la cosa surgida de la olla saltó y gateó y se arrastró hacia nosotros, indiferente a la resistencia de las criaturas de la Llanura.

## CAPÍTULO 77

—Es hora de irse —dijo Pez a Smeds.

Salieron de su escondite y avanzaron hacia la brecha más cercana como si cumplieran con una misión de los dioses. Los hombres que corrían con los ojos desorbitados por el pánico no les prestaron la menor atención. Treparon por los cascotes, se dejaron caer fuera, y echaron a andar hacia el sur.

Smeds esperaba el desastre a cada paso. Hasta que no cruzaron el primer risco bajo y Galeote desapareció de su vista no empezó a sentirse positivo.

—¡Lo conseguimos! ¡Maldita Sea! ¡Realmente lo conseguimos!

—El infierno todavía podría derramarse sobre nosotros —advirtió Pez. Luego sonrió—. Pero te diré una cosa: el futuro parece más brillante que hace unos meses.

## CAPÍTULO 78

Las impresiones giraron y giraron mientras Cuervo caía de la muralla junto con la chillante hechicera: el suelo dio vueltas y subió hacía él, una ballena del viento emitió su retumbante protesta mientras su intento de agarrar la cosa salida de la olla era rechazado.

¡Impacto! Notó que su hoja alcanzaba la espina dorsal de la mujer, se clavaba entre las vértebras. Sintió que su pierna derecha se doblaba debajo del cuerpo de ella y restallaba. Se gritaron el uno al otro mientras sus rostros se estrellaban juntos.

Recibió la mejor parte de ello. Retuvo la consciencia e incluso un fragmento de voluntad. Se arrastró alejándose de ella, unos pocos pasos, empezó a intentar evaluar el daño en su pierna. No parecía una fractura compuesta. Pero dolía como el infierno.

Había cuerpos tendidos a todo su alrededor. Sólo Bomanz parecía respirar todavía.

Amontonar nieve alrededor de su pierna ayudó a entumecer un poco el dolor.

La gente estaba gritando ahí arriba. Vio a Lance saltando de un lado para otro, agitando las manos, señalando. Miró.

La cosa de la olla se estaba acercando. Se hallaba a menos de un centenar de metros. Y nada parecía capaz de detenerla. Las mantas la golpeaban con sus rayos. No les prestaba la menor atención. Sólo tenía un pensamiento: el clavo de plata.

Lance estaba intentando decirle que cogiera el clavo y lo lanzara arriba antes de que la cosa se apoderara de él.

Bomanz rodó sobre sí mismo, se puso sobre manos y rodillas, sacudió la cabeza, miró aturdido a su alrededor, vio la cosa, se puso tan pálido como la nieve. Croó:

—Intentaré contenerla. Hallaré el clavo. Se lo daré a Linda.

Se puso tambaleante en pie, Cojeó hacia la cosa.

Cuervo supuso que realmente ya no se podía darle el nombre del Renco a aquella cosa, aunque la locura, la ambición y la rabia de los Tomados la impulsara.

Buscó alguna señal del clavo. El dolor en su pierna era lo peor que había experimentado desde que Matasanos le había alcanzado con la flecha de la Dama.

## CAPÍTULO 79

Finalmente Cuervo pareció captar lo que deseábamos de él. Yo ya me había ofrecido voluntario a bajar. Linda no me dejó. Ahora hice signos:

—Parece que tiene la pierna rota.

Asintió.

Bomanz golpeó la cosa de la olla con un conjuro con el poder del abuelo de todos los conjuros. Detuvo la cosa en su camino. Se tendió sobre su barriga, permaneció tendida allí brillando biliosamente, emitiendo un horrible sonido como un lamento.

Un par de Acechadores Nocturnos trajeron a la brigadier Estigma de vuelta arriba. Tenía un brazo roto y algunas costillas rotas y parecía como la muerte clavada de un palo, pero estaba dispuesta a luchar. Le dije:

—Creo que eres el mando imperial más alto que queda.

Ella miró a su alrededor, murmuró:

—Sí —pero parecía como si se le hubieran agotado las ideas.

Una piedra parlante se dejó caer del cielo, golpeó la muralla. Era mi viejo colega con la cicatriz. Deseaba órdenes de la Rosa Blanca. La Rosa Blanca no tenía ninguna orden.

Cuervo se arrastró por la nieve. La cosa de la olla empezó a avanzar de nuevo. Los centauros corrían a su alrededor, lanzando jabalinas. El conjuro de Bomanz había ablandado su protección. La mayoría de las jabalinas alcanzaron su blanco. La cosa se asemejaba a un puerco espín. Pero no parecía notar los proyectiles ni preocuparse por ellos.

¡Hablando de fijaciones obsesivas!

Bomanz lanzó un nuevo conjuro.

Lo detuvo de nuevo en su camino. Humeó sin llama. Las jabalinas ardieron. Pero no estaba fuera de juego, sólo lo había frenado un poco. Bomanz alzó la vista, se encogió de hombros. ¿Qué más podía hacer?

Cuervo siguió cavando en la nieve, arrastrando su pierna rota. No se molestó en mirar a su alrededor para ver lo que se le acercaba. Lo encontraría a tiempo o no lo encontraría.

Le dije a Estigma:

—Mientras estamos aquí sin hacer nada, ¿por qué no descolgarnos algunas cuerdas hasta ahí abajo para que podamos subir a mis compañeros? —Silencioso estaba de pie ahora pero parecía como si sólo estuviera un diez por ciento en este mundo. De hecho, parecía un lunático, con la boca llena de espuma.

Estigma me miró como si tuviera fiebre cerebral si pensaba que ella iba a levantar

un dedo para salvar a cualquier Rebelde. Le recordé:

—Tenemos a toda una pandilla de ballenas del viento hambrientas ahí arriba. — Caracortada desapareció para dirigir a la más cercana. Empezó a descender. Caracortada reapareció con una risita.

Estigma me lanzó la clásica mirada rencorosa, puso a algunos de sus hombres a trabajar en uno de los tornos que habían sido usados para abrir la muralla.

—¡Prepárate para que te subamos! —le grité a Silencioso. Me ignoró. Estaba preparándose para lanzarle a aquella cosa que había sido el Renco algún tipo de sorpresa.

El viejo Bomanz gritó, lanzó su mejor disparo e intentó salirse del camino, todo al mismo tiempo. Nada de aquello le sirvió de mucho.

La cosa se lanzó sobre él, lo aplastó, pasó por encima. Bomanz gritó una sola vez, más ultrajado que dolorido o aterrorizado, luego intentó luchar.

Silencioso alzó la vista hacia Linda, sonriendo a través de sus lágrimas. Hizo una especie de reverencia, sólo con la cabeza..., y saltó.

¡Maldito loco!

Golpeó a la cosa por detrás. La carne borboteó como agua y ardió como nafta, aunque las llamas eran verdes. La cosa empezó a rodar y a rodar y a rodar sobre sí misma, dejando atrás trozos de su masa.

Cuervo siguió buscando el clavo.

Linda empezó a martillar la piedra con el puño, derramando silenciosas lágrimas. Temí que algo demasiado violento se hubiera roto en ella... Se detuvo, giró, hizo signos:

—Haced que la ballena del viento lo tome ahora. Nunca será más débil.

No tuve que decírselo a Caracortada. Leía los signos. Desapareció. Cuando regresó, la ballena del viento estaba despedazando de nuevo a la cosa.

Le pregunté a Estigma:

—¿Crees que puedes mantener la olla hirviendo esta vez si volvemos a meter los pedazos dentro?

Hizo una mueca como una verdulera buscando pelea.

—Tú haz tu parte, yo me ocuparé de la mía. ¿Cómo planeas volver a colocarla tapa?

Eso era fácil.

—Caracortada, haz que una de las grandes vuelva a colocarle la tapa a la olla. Y quizá que transporte también unos cuantos cientos de toneladas de leña.

Estigma me lanzó una mirada, controló su temperamento, dijo:

—Quizá no seas tan estúpido —e hizo que sus hombres la ayudaran a bajar hasta la calle.

Allá hacia el sur, donde estaban las brechas, había una enorme confusión. La

gente se encaminaba hacia el exterior, un flujo que parecía que los grises no se molestaban siquiera en detener.

La cosa cayó dentro de la olla. La tapa se cerró con un gran *clang* definitivo.

Cuervo gritó.

Había encontrado el clavo de plata. O éste lo había encontrado a él.

Cuando la mire, Linda estaba martilleando de nuevo la muralla, con ambos puños ensangrentados.

El había cogido la cosa con su mano desnuda.

Se puso en pie. ¡Sobre una pierna rota! Alzó el clavo hacia nosotros. Le grité.

Me miró. No le reconocí. Un terrible cambio se había producido en él. Rio horriblemente.

—¡Es mío! Sus ojos eran los ojos del Dominador. Ojos de locura y poder, que yo había visto en el Túmulo el día que la Dama había vencido a su esposo. Eran los ojos del Renco, dispuestos a gozar con la agonía de un mundo que no le había proporcionado más que dolor. Eran los ojos de todo el que jamás había albergado un rencor y de pronto se descubría con el poder de hacer todo lo que deseara, sin miedo a las represalias.

—¡Es mío! —rio.

Mire a Linda, tan abrumada por la desesperación como nunca la había visto.

Cerro la fuente de las lágrimas, empezó a hacer signos. Estaba tan pálida como una hoja de papel. Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—Tenemos que hacerlo. —Las lágrimas volvieron a surcar sus mejillas. Ella tampoco deseaba hacerlo. Pero tenía que hacerse, o el infierno por el que habíamos pasado sería un tiempo y un dolor completamente malgastados.

Hacía mucho tiempo Cuervo había estudiado hechicería. Sólo lo suficiente como para empañar su alma, un tinte que el clavo podía hacer madurar y utilizar como un canal para el mal..., su mal.

—¡Hazlo! —hizo signos.

¡Maldita fuera! Era mi mejor amigo. Maldito fuera aquel menhir Caracortada. Hubiera podido dar la orden en cualquier momento, pero aguardó y nos obligó a hacerlo nosotros para que no pudiéramos culparle a él ni a su precioso dios árbol.

—Mátale —dije—. Antes de que lo posea por completo.

Por todo lo que pude decir, Caracortada no hizo malditamente nada.

Pero allá abajo el brazo de un centauro hizo un centelleante movimiento hacia adelante. Una jabalina destelló. El asta se estrelló contra una de las sienes de Cuervo y brotó por la otra.

Esta vez no iba a volver de entre los muertos. Esta vez no estaba fingiendo.

Me senté y me volví hacia dentro de mí mismo, diciéndome que tal vez, si yo no hubiera arrastrado tanto los pies mientras nos encaminábamos al sur, quizás hubiéramos alcanzado a Matasanos y así nunca hubiéramos llegado hasta este lugar. Iba a tener a este monstruo sobre mis hombros durante el resto de mi vida.

Linda tenía su propia versión de lamentarse por lo sucedido.

Sólo Torque mantuvo su mente centrada en el trabajo. Tomó el cofre de madera de Linda, se deslizó hasta abajo por la cuerda del torno, retiró el clavo de manos de Cuervo. Volvió a subir, depositó la caja delante de Linda, vino hasta mí y dijo:

—Dile que me salgo de esto, Lance. Dile que no puedo soportarlo más. —Se alejó, quizá buscando al hermano que había dejado con Cuervo y no había vuelto.

No pude culparle por hacerlo.

## CAPÍTULO 80

Smeds depositó la última piedra sobre la tumba del viejo. Las lágrimas se habían secado. La furia estaba calmada. No era justo que Pez hubiera sucumbido al cólera tras haber recibido lo peor que podían haberle arrojado los más perversos villanos del mundo. Pero no había justicia en esta existencia.

Si la hubiera, Timmy Locan era quien debería estar allí, no Smeds Stahl.

Smeds siguió su camino hasta la ciudad de Rosas. Un año más tarde era un respetado miembro de la comunidad, propietario de una floreciente cervecería. Vivía bien, pero sin ninguna ostentación que despertara una curiosidad no deseada. Nunca contó su historia a nadie.

## EPILOGO

No importaba cuantas veces caminara a su alrededor, el agujero al “abismo” en el interior del dios árbol seguía pareciendo una pieza de seda negra suspendida a un metro por encima del suelo. Se negaba a tener más de dos dimensiones.

Linda trajo el pequeño cofre que contenía el clavo de plata, lo arrojó a través de él. Fuimos necesarios los dos para hacer lo mismo con el ataúd que contenía todo lo que había quedado en la gran olla cuando, tras una semana de cocción, el hervor dejó tan sólo un residuo seco. El círculo negro desapareció como si un mago de escenario se hubiera metido la tela en su manga.

Por fin pudimos asearnos por lo que parecía ser la primera vez en años, luego Linda me mostró la conejera que había sido el hogar de la Compañía Negra y del movimiento Rebelde durante muchos años. Fascinante. Y repelente. Esa gente debió de pasar por un infierno tan grande... Les deseé tiempos mejores que los míos, estuvieran donde estuviesen.

De alguna forma terminamos haciendo lo que hombres y mujeres parecen incapaces de evitar. Después, se vistió con las ropas de una mujer campesina, sin un asomo de mallas o una sola hoja oculta.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Hizo signos:

—La Rosa Blanca ha muerto. Ya no hay ningún lugar para ella. No es necesaria.

No discutí. Nunca estuve de ese lado.

Sin nada mejor que hacer, fuimos al Viejo Padre Árbol para que nos llevara a un lugar donde pudiéramos comprobar el progreso de la industria de la patata.

No había cambiado demasiado, excepto que la gente a la que yo conocía se había vuelto más vieja.

Los nietos no creerían ni una palabra de nuestras historias, pero se pelearían con cualquiera que no estuviera de acuerdo con el hecho de que contábamos las mentiras más excitantes del mundo.